

Selección RNR



CATHERINE
BROOK

*Una noche
con Rubí*



Romance Histórico

Una noche con Rubí
Serie Joyas de la nobleza – Libro 1.º

Catherine Brook



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Catherine Brook

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-877-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

Surrey, 1804

El cielo estaba nublado. Los truenos resonaban en el lugar con una fuerza estremecedora y los rayos y centellas se dibujaban en la oscura noche de forma rápida y seguida, como prefacio de la tormenta que no tardaría en estallar. La luna, oculta entre tantas nubes, privaba a la noche de su luz, por lo que nadie podría haber distinguido con claridad a las cuatro pequeñas figuras que corrían a través del viejo camino, no solo para buscar un refugio, sino también para salvar sus vidas.

Sus hermosos vestidos garantizaban su buena cuna, a pesar de estar sucios y algo rasgados por la huida.

El llanto de al menos tres de ellas rompía el silencio de la noche. Lo que debió ser una hermosa noche en familia, que celebraba la Nochebuena, se convirtió en una de las peores pesadillas para cualquiera, cuando, apenas terminado el brindis, unos hombres armados irrumpieron en su casa y mataron a cada ser que se encontraba en la estancia, sin piedad ni motivo alguno. Únicamente se salvaron cuatro criaturas que, por insistencia de su institutriz, habían decidido jugar de forma oportuna al escondite.

Los tres hermanos Loughy, sus esposas y una gran parte de ambas familias estaban ahí; por lo que a las niñas respecta, se encontraban completamente solas, con la única compañía de ellas mismas.

Para tres de ellas, siempre será desconocido el motivo por el que alguien quiso hacerles daño, pero siempre quedaría en la memoria de todas lo sucedido esa noche. El terrible recuerdo de cómo casi toda su familia había muerto en tan solo minutos quedaría siempre en su mente. La horrible imagen de los cuerpos inertes en el piso las atormentaría en sus pesadillas para hacerles imposible olvidar el asunto.

Nadie sabría nunca exactamente lo que sucedió. Si alguien pudo escuchar los disparos, a pesar de lo lejos que quedaba la finca de las otras, nadie intervino o,

al menos, no dio tiempo de ello, ya que todo sucedió tan rápido que era casi imposible de creer. Los pocos lacayos que se armaron para defender a sus señores debían estar incluidos en el río de sangre que bañaba lo que antes había sido un gran salón, decorado con hojas perennes, muérdago y laurel que, según la tradición, ofrecían alegría y vida eterna. No fue el caso.

Definitivamente, ninguna olvidaría esa noche. Tres de ellas desconocerían que el causante había muerto en esa misma revuelta y solo una quedaría marcada por haber sido testigo de la traición entre la propia sangre.

—Apresúrese, por favor, llegaré tarde —gritó la mujer sacando un poco la cabeza a través de la ventana del carruaje.

—Voy lo más rápido que puedo, excelencia —respondió el chofer—, pero el camino está muy oscuro y sería un peligro ir más rápido, además, pronto empezará a llover y el este podría tornarse resbaladizo.

Lady Rowena Armit, duquesa de Richmond, se recostó en el asiento y miró por la ventanilla sin ver nada en realidad ya que, como afirmó el chofer, la noche estaba demasiado oscura para poder distinguir algo.

Iba de camino a su mansión en Londres, donde celebraría, junto con su esposo y su familia, la Nochebuena. Se había retrasado debido a que fue a visitar a una muy querida amiga suya que se hallaba enferma y a punto de morir. Se le había pasado el tiempo, por lo que ahora iba tarde a la cena. Sin embargo, no se arrepentía del viaje: al menos pudo despedirse de su querida Clareen, que seguro no pasaría de esa noche y causaría una tragedia a la familia en un día que debía ser de felicidad.

Siguió observando, a medias, el camino. No debía de faltar mucho para llegar a Londres cuando el carruaje se detuvo abruptamente.

—¿Qué sucedió? —preguntó—, pero el conductor pareció no escucharla, ya que intentaba controlar los caballos que se habían agitado por la brusca parada.

Llena de curiosidad, abrió la puerta del carruaje y se bajó sin ayuda, ante la atónita mirada de los lacayos que la acompañaban por seguridad y que de inmediato se pusieron a su alrededor.

Lady Richmond reprimió una exclamación de fastidio y se dispuso a

averiguar la causa por la que se detuvieron.

Lo que vio la sorprendió.

Ante sí, se encontraban cuatro hermosas niñas: tres de ellas debían tener unos ocho años y la otra, unos cuatro. Al parecer, la más pequeña se había caído y las demás intentaban levantarla, pero la pequeña parecía reacia a pararse. Fue una suerte que su cochero pudiera detener el carruaje a tiempo o hubiera sucedido una desgracia.

—Ya no puedo más, Rubí —se quejaba la niña.

De repente, todas parecieron percatarse de su presencia porque la miraron con una expresión de miedo en los ojos que le rompió el corazón e, inmediatamente, una de ellas empezó a insistir con más vehemencia en que la pequeña se levantase.

Rowena no sabía qué pensar, apenas detallaba los vestidos, pero lo que vio fue suficiente para hacerle saber que no eran indigentes. Sin embargo, también pudo notar que debían venir corriendo desde hacía rato, por el estado desaliñado que su ropa presentaba. Por más que lo intentaba, no podía entender qué estaban haciendo las cuatro criaturas solas en mitad del camino y en plena Nochebuena cuando todos deberían estar en casa, no importaba cuál fuera la clase social.

Con temor a asustarlas, se acercó lentamente y se agachó frente a ellas.

—Hola —murmuró con voz suave.

Cuatro pares de ojos se posaron en ella brillando con desconfianza.

—¿Qué hacen aquí solas?, ¿dónde están sus padres? —insistió.

Supo que había tocado una fibra débil cuando todas empezaron a llorar, todas menos una que parecía inmersa en un trauma.

Rowena las miró con determinación, pero no pudo distinguir bien sus rasgos ni características. Solo era consciente de que dos de ellas tenían el pelo de un rubio intenso y de que sus colores de ojos no podían ser más distintos. La que sujetaba a la niña por un brazo, los tenía avellana. La otra, la que no lloraba, los tenía grises. Una de las rubias, la más grande, poseía ojos oscuros, aunque no supo si eran negros u otro color, y la más pequeña de todas, también rubia, tenía los ojos verdes más hermosos que hubiera visto nunca.

—¿Dónde están sus padres? —volvió a preguntar al no obtener respuesta.

La de ojos avellana la miró con estos cubiertos de lágrimas y respondió en un murmullo como si todavía no se creyese lo que iba a decir.

—Muertos.

—¡Dios! —exclamó.

—Los mataron a todos —comentó una de las rubias.

—¿A todos? —preguntó— ¿No son hermanas?

—Primas —respondió la de ojos avellana— y ella es mi hermana —señaló a la rubia más pequeña que aún sujetaba por el brazo.

—Excelencia —interrumpió el cochero— deberíamos...

Ella lo detuvo con una señal de manos y centró su atención en las niñas.

—¿Cómo se llaman?

—Rubí —dijo la de ojos avellana.

—Zafiro —respondió la rubia grande.

—¿Y tú, pequeña? —preguntó a la niña que seguía en el piso llorando.

—Es-Esmeralda —dijo entre sollozos.

—¿Y tú? —preguntó a la de ojos grises, pero ella no respondió, seguía absorta en sus pensamientos, fueran cuales fueran.

—Ella es Topacio —respondió Rubí.

Rowena esbozó una pequeña sonrisa con la intención de dar ánimo.

—Veo que a sus padres les gustaban las piedras preciosas —supo que fue un error en el momento en que las palabras salieron de su boca y se reprochó mentalmente por la indiscreción.

—Decían que éramos sus joyas —habló por primera vez Topacio, quien seguía sin soltar una lágrima, pero se dejó caer contra el piso y abrazó sus rodillas contra el pecho como en estado de *shock*.

A Rowena se le partió el corazón al ver tanta tristeza junta. No podía dejarlas ahí, sería una crueldad de su parte. Cuatro niñas solas en la calle corrían peligros incontables. Las llevaría con ella, al menos, hasta que se aclarara la situación.

—Vengan conmigo —les dijo— tendrán un lugar donde dormir y no estarán solas.

—Milady... —intentó hablar uno de los lacayos.

—Vendrán conmigo —afirmó con decisión acallando cualquier protesta.

Sin embargo, las niñas no se veían muy convencidas y no se movieron de donde estaban; de hecho, parecía que querían echar a correr de nuevo.

—No hay nada que temer —dijo con voz dulce— todo estará bien.

No supo cuál de las dos frases las había convencido pero, después de lanzarse miradas entre sí, la siguieron. Pronto todos se encontraban en el carruaje camino a la mansión en Londres.

Por supuesto que la llegada de Rowena con las cuatro niñas causó sorpresa, pero nadie se atrevió a cuestionarla. Todos sabían del buen corazón de la duquesa y de su debilidad por los niños, ya que a sus veintiséis años no había podido tenerlos. También conocían su férrea determinación y su esposo, que la amaba más que a sí mismo, no se atrevió a contradecirla cuando afirmó que las criaturas se quedarían ahí.

Las pequeñas, que no quisieron comer nada, fueron trasladadas a una habitación infantil arreglada a toda prisa y la Nochebuena transcurrió todo lo normal que la situación permitió.

No hizo falta investigar mucho para averiguar lo que pasó. El día siguiente, el día de Navidad, se vio algo empañado por los chismorreos de lo que llamaron "La tragedia de La Joya".

Según se enteraron la pasada noche, un grupo de hombres armados entraron en la residencia del señor Loughy, el mayor de los hijos de la familia y, sin razón aparente, mataron a todos los que se encontraban dentro.

Toda la familia paterna estaba ahí, y solo familiares lejanos por parte de las vías maternas podían acoger a las niñas. No obstante, ninguno de ellos se presentó en los meses siguientes reclamándolas, al fin y al cabo, recoger a una criatura significaba un gasto y, si era mujer, peor, pues tendría que proporcionarle una dote, costearle una presentación en sociedad —sin contar con los gastos de mantenerlas— siendo la única esperanza para recuperar la inversión que la mujer encontrara un buen marido, cosa que muchas veces no era posible. En el fondo, Rowena se alegró de que nadie las buscara; les había tomado mucho cariño a las adorables criaturas, y no quería dejarlas ir. Además, si alguien iba a buscar a una de ellas, significaría separarla de las otras, y ella

estaba segura de que eso las destrozaría, pues se querían como hermanas. Así que, con ayuda y apoyo de su esposo, se convirtió en su tutora. Las educaría como a unas damas y se encargaría de conseguirles en un futuro un buen marido a cada una. A partir de ahora, las señoritas Loughy serían sus hijas, aunque ellas no llegaran a considerarla su madre porque entendía que el recuerdo de las suyas siempre estaría patente, pero ella ya las quería como lo que eran: unas joyas. Como las joyas que tenían los anillos que poco después habían descubierto que llevaban colgados en sus cuellos y que tenían la piedra preciosa que hacía honor a sus nombres. Ahora eran sus joyas. Joyas de la nobleza.

Capítulo 1

Londres, 1816

Rubí Loughy se ajustó por última vez su máscara roja en el momento en que el carruaje de alquiler se detuvo frente al Pleasure club.

The Pleasure club era una de las tantas casas de juegos en Saint James Street preferida por los aristócratas y especial por la peculiaridad de que, al menos una vez al año, organizaba mascaradas. Allí se permitía el acceso a mujeres, normalmente de clase alta, que utilizaban el anonimato para hacer lo que la sociedad les prohibía, ya fuera jugar, beber en exceso, o pasar la noche con algún amante sin mucho riesgo de ser descubiertas por un marido celoso u ofendido. Incluso, Rubí podía asegurar que parejas casadas de las más altas esferas de la sociedad llegaban a tropezarse y no se reconocían.

Sin embargo, a pesar del anonimato proporcionado, cualquier joven soltera, decente y con suficiente cerebro jamás se aparecería por esos lugares donde su inocencia pudiera ser corrompida. Ella nunca se consideró estúpida y podía decirse que todavía era inocente, pero aun así estaba dispuesta a entrar y no se iría hasta conseguir la información deseada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —la voz de su prima detuvo el avance de su mano hacia la puerta.

—Empiezas a sonar como Zafiro —respondió sin mirarla—, claro que estoy segura.

—Está bien, si estás segura de llevarlo a cabo, no seré yo quien te detenga. Si no hubiera querido hacerlo, no hubiese venido contigo. El único motivo de la pregunta era terminar de aplacar mi conciencia.

Rubí giró la cabeza y sus hermosos ojos avellana observaron con diversión a su prima que en ese instante ajustaba su máscara azul celeste.

—¿Desde cuándo tienes conciencia? —le preguntó en tono burlón.

Topacio Loughy se limitó a sonreír de esa manera que solo ella podía lograr, una sonrisa fría que no llegaba a los ojos, pero que resultaba atrayente y volvía

sus facciones más hermosas aún, de ser eso posible.

—Un pequeño atisbo de ella apareció hoy, pero nada que no se pueda solucionar al oírte asegurar que estás aquí por tu propia voluntad y que yo no te he arrastrado a nada.

Rubí sonrió y, después de asegurarse de que su flamante pelo rojizo se encontraba bien sujeto y de que la máscara cubría gran parte de su rostro, abrió la puerta del carruaje y bajó haciendo un pequeño salto sin aceptar la ayuda del conductor.

Topacio siguió su ejemplo y luego de darle instrucciones al cochero para que las esperase, las mujeres se dirigieron a la entrada del club arrastrando sus vestidos, color rojo y celeste respectivamente, que habían elegido para la ocasión. Los vestidos eran de Rowena, ya que a una joven decente no se le permitiría nunca usar ese tipo de vestido con colores tan llamativos y con un escote digno de una cortesana.

Como esperaban, no hubo ningún problema en la entrada y al instante se encontraron admirando la magnificencia del lugar. Grandes columnas de marfil separaban un salón de otro. Las paredes estaban decoradas en azul rey y dorado. Las velas se hallaban colocadas estratégicamente para que su luz fuera ampliada por los espejos distribuidos para ese fin. Los meseros iban de un lado a otro con copas de whisky, vino, oporto y todo tipo de licores finos existentes. Atendían a la gente que se encontraba dispersa en grupos, tal y como estarían en una velada común, solo que esta no era una velada común. Las mujeres vestían de forma escandalosa y coqueteaban sin ningún pudor, mientras, los caballeros colocaban sus manos en lugares nada decentes y a ellas, en lugar de disgustarles, parecía agradarles. Todo alrededor no era más que un escenario lleno de lujuria y depravación que escandalizaría a cualquier matrona y haría desmayar a una joven decente y normal. Para su suerte, ellas eran decentes, pero nunca habían sido normales; y, aunque Rubí admitía sentir cierta incomodidad en el lugar y algo de repulsión por las imágenes presentadas, estaba decidida a quedarse y averiguar la información deseada.

—Bueno, te dejo para que localices a tu objetivo, yo iré a ver en qué me entretengo.

Los ojos de Rubí se abrieron como platos ante la declaración y Topacio sonrió.

—Juegos de cartas, por supuesto, quiero poner en práctica lo que William me ha enseñado ¿En qué pensabas?

Rubí negó con la cabeza y sonrió. Tal parecía que el ambiente del lugar había empezado a corromper su mente. En verdad, ¿en qué pensó? Su prima podía ser de todo, pero no era loca. Bueno, no mucho... al menos no en ese aspecto.

—¿No me vas a acompañar? —se quejó Rubí un poco temerosa de recorrer ese lugar sola.

—¿Y perder una oportunidad única como esta, por buscar a un jugador empedernido? No, gracias, prefiero probar mi habilidad en las cartas.

Rubí asintió, resignada.

—Anda, al menos sabré donde encontrarte, pero si empiezas a perder, retírate. Topacio sonrió.

—Yo nunca pierdo —fue lo único que dijo antes de irse.

Vio cómo Topacio desaparecía entre la gente pensando en que no tenía remedio. Su prima era muy hermosa, nadie podía siquiera ponerlo en duda. Su pelo caoba enmarcaba un rostro delicado. Sus ojos eran grises y siempre expresaban un misterio, atraían de tal manera que era imposible despegar la vista de ellos una vez posada su mirada ahí. Sin embargo, no todo podía ser un dotado de virtudes, muchos la consideraban una mujer fría e insensible, tal vez, porque esa era la imagen que siempre quiso dar, incluso ante ella misma. Había que llegar a conocerla muy a fondo solo para saber que en el interior, muy en el interior, era distinta a lo que todos creían. Rubí sabía que ella guardaba secretos, nunca fue la misma desde aquella noche de la tragedia y no sabía si algún día volvería a serlo.

Obligándose a centrarse en su misión, empezó a buscar con la vista a su objetivo que no era otro que lord Anderson, conde de Hereford.

Anderson era uno de los caballeros que la cortejaba y que, según ciertas habladurías, estaba a punto de pedirle matrimonio. A diferencia de su hermana Esmeralda, ella era práctica y no tenía ideas románticas. Sabía que cuando se casara, quizá no lo hiciese por amor, pero al menos tenía que sentir cierto cariño

y respeto hacia su pareja y estos tendrían que ser recíprocos.

A pesar de que no tenía muchas ganas de casarse —y, de hecho, venía eludiendo al igual que sus primas los múltiples intentos de Rowena por conseguirlo— sabía que debía hacerlo estando como estaba a punto de cumplir sus veintiún años. Si no lo hacía pronto, las propuestas desaparecían, pero lo haría solo bajo las condiciones anteriores.

Le habían llegado rumores de que Anderson había caído en la ruina, que tenía miles de deudas de juego y que solo quería casarse con ella por la cuantiosa dote que su padre le había asegurado antes de morir. Un hombre que quería casarse con ella solo por eso no podía respetarla y menos apreciarla, por lo tanto, si pensaba aceptar su propuesta, debía asegurarse de que todos los rumores fueran inciertos y, en el fondo, esperaba que lo fueran. El conde era la única opción que había considerado aceptable entre tantos caballeros que solo se amaban a sí mismos. Se decepcionaría mucho si todo lo dicho por la gente fuera verdad. No tenía la certeza de que él estuviera ahí, pero cualquier jugador empedernido lo estaría, después de todo, era la famosa mascarada del Pleasure club; no solo había juego, sino también muchas otras actividades en las que entretenerse.

Empezó a buscar al conde entre la gente enmascarada. No sería difícil de reconocer, a pesar de tener el aspecto común de un aristócrata inglés: alto, flaco y rubio, Anderson cojeaba de la pierna izquierda, consecuencia de una herida de procedencia desconocida. Solo esperaba que no estuviera sentado, entonces habría un problema.

Empezó a merodear por cada uno de los salones ignorando deliberadamente los piropos vulgares lanzados por caballeros pasados de copas.

Lo vio cuando iba a entrar a un salón del que ella acababa de salir y según recordaba había unos caballeros jugando a un juego cuyo nombre desconocía. Se apresuró a seguirlo y lo alcanzó a tiempo para ver cómo se sentaba en la mesa con los otros hombres.

"Esto no augura nada bueno", se dijo mientras se acercaba a la mesa y simulaba ser una de las "damas" que observaban la partida con entusiasmo. Tal vez solo jugaría un poco, eso no significaba que todo lo demás fuera cierto.

—Hereford, qué bueno verte por aquí —dijo uno de los hombres de aspecto

temible que estaba en la mesa— debo suponer que ya has conseguido mi dinero y tienes más para jugar.

Notó como Anderson se ponía pálido y se removía incómodo en el asiento a la vez que hacía con la cabeza un gesto negativo casi imperceptible. Técnicamente sus sospechas ya estaban confirmadas, pero algo la impulsó a quedarse ahí.

—To-todavía no lo tengo, John, pero pronto lo conseguiré. Déjame jugar esta partida, puede que logre abonarte algo de lo que te debo —su voz tenía un patético tono de súplica.

"Vaya hombre con el que pensaba casarme", se dijo.

—Y si pierdes, la deuda será mayor —advirtió el tal John—, aunque eso era más que obvio, —no veo cómo podrás pagarla si es así.

—Me casaré pronto —afirmó.

Rubí se tensó al oírlo y decidió seguir escuchando, después de todo, Anderson se había vuelto el centro de atención.

Jonh sonrió de forma calculadora.

—Entonces es cierto —dijo—. La señorita Rubí Loughy ha sido tan estúpida como para aceptar tu propuesta de matrimonio.

Todos en el grupo soltaron una pequeña carcajada, todos menos Rubí, claro. Ella estaba muy ocupada apretando los puños y respirando hondo para contener la furia que la embargaba.

—Aún no, pero lo hará —aseguró.

Rubí ya sentía cómo la sangre empezaba a teñir su blanca piel y solo le quedó agradecer a la máscara que ocultara gran parte de su cara.

—Debo admitir que te llevarías una buena mercancía si te casas con ella —comentó Jonh— es bonita, rica y además cuenta con la protección de los duques de Richmond, pero ¿estás seguro de que te aceptará?

—Seguro —Anderson alzó la cabeza con gesto arrogante—. La tengo comiendo de mi mano; la convenceré de casarnos por medio de una licencia especial y pronto será mi esposa.

—Entonces brindemos por ello —todos en la mesa alzaron las copas o vasos

en señal de brindis— y por la noche de bodas que, sin duda, no será ningún sacrificio. Quizás me la puedas prestar un día, como parte de pago.

—Quizás —concedió el canalla.

A esas alturas Rubí ya se encontraba temblando de furia. Tuvo que hacer gala de un gran autocontrol para no ceder a los instintos salvajes de la sangre irlandesa de su madre y lanzarse sobre él y sacarle los ojos, o tal vez romper una copa y usar el vidrio para cortarlo en pedacitos. Eran posibilidades muy tentadoras, en verdad que lo eran, pero recordó que el asesinato se pagaba con la horca.

—Aunque tampoco es la más bonita de sus primas —continuó hablando el desgraciado al verse el centro de atención—, pero Dios sabe que es la más fácil de manipular. La rubia es muy inteligente, la morena es una arpía y la otra es muy joven. Sin embargo, me conformo con esta. Será todo un placer tenerla debajo de mí.

Otras carcajadas resonaron en el lugar y Rubí llegó a la conclusión de que, si no se iba de ahí pronto, explotaría. No obstante, su orgullo le impedía irse sin al menos lanzar un ataque, aunque fuera pequeño. Después, durante la proposición de matrimonio, lo pondría en su lugar.

—Vaya, milord, veo que tiene una opinión muy alta de sí mismo —su voz hizo eco en la multitud que ahora tenía la vista posada en ella—. Demasiado alta diría yo, al menos para alguien con una constitución semejante a la de un esqueleto y para colmo con una pierna mala. No creo que pueda complacer a una mujer así —lo repasó de arriba abajo como para enfatizar lo dicho y pidió mentalmente perdón a Dios por la ofensa que sus palabras suponían a todas aquellas personas que sufrían una discapacidad y que eran mejor que esa alimaña. Dios debía saber que ella solo quería vengarse—. No creo que su esposa tarde mucho en buscarse un amante.

Las carcajadas llenaron nuevamente el salón y Rubí vio con satisfacción cómo Anderson enrojeció de rabia. "Bien, para que vea lo que se siente ser objeto de burla", pensó.

—¡Perra! —le gritó—, ahora mismo te puedo demostrar de lo que soy capaz.

Ella no se dejó intimidar ni por el insulto, ni por la amenaza; en cambio,

sonrió y habló con voz segura.

—No, gracias, aprecio demasiado mi tiempo para perderlo en imposibles.

Entre las risas de la multitud, Rubí giró sobre sus talones y salió con pose orgullosa del salón sin prestar atención a la mirada depredadora que la siguió hasta que hubo desaparecido.

Rubí estaba más que colérica en ese momento. Si bien se hallaba satisfecha con el resultado de la pequeña disputa, no era suficiente para satisfacer la necesidad de venganza que bullía en su interior. Había sido humillada públicamente y habían hablado de ella como si no valiera más que un objeto. Eso no podía quedar así, por Dios que no podía quedar así. Se vengaría; de alguna forma haría que sintiese lo mismo que ella; tal vez, no pudiera hacerlo de forma pública, o no se atreviera a tanto, pero se vengaría de cualquier modo.

¿Cómo se había equivocado tanto? ¿En verdad estuvo a punto de aceptar la propuesta de matrimonio de esa imitación de hombre? Agradecía haber abierto los ojos a tiempo, temblaba solo de pensar en lo que hubiese sido su vida si se hubiera convertido en su esposa.

Tomó una copa de la bandeja de un mesero que pasaba por ahí y dejó que el fuerte líquido le quemara la garganta.

Aún no podía creer que su intuición fuera tan mala. Solo dos hombres en sus dos temporadas había considerado aceptables y con los dos se había equivocado de forma horrible. Sin embargo, esta equivocación era en demasía peor que la anterior. El conde no solo no era un caballero aceptable, sino que para ella no era ni siquiera un hombre, de hecho, ahora no lo consideraba más que una alimaña.

Se recostó en una de las columnas de mármol y apuró el contenido de su copa. Tenía que tranquilizarse, no podía buscar a Topacio hasta que no lo hiciera. Ella notaría inmediatamente su mal estado y querría saber qué pasó y, aunque era inminente que se enterara, Rubí prefería que sucediese cuando ya estuviesen lejos de ese lugar.

Eran pocas las veces que Topacio Loughy perdía el control, siempre solía comportarse ante todos con una fría indiferencia que rara vez se alteraba, pero cuando lo hacía, no auguraba nada bueno para los que estaban alrededor. Muchos la consideraban una mujer fría e insensible y, en cierta parte, lo era, pero

Rubí la conocía desde su nacimiento y sabía que, al menos cuando de su familia se trataba, no lo era. Por ende, tenía plena seguridad de que cuando se enterara de todos los detalles (porque de alguna manera conseguiría sacárselos) no se los tomaría bien, y todos sabían que el mal carácter de Topacio Loughy era legendario como de mortal podía ser su lengua. A ella no le importaría montar un escándalo en donde hiciera uso de alguno de esos famosos talentos, pero a Rubí sí le importaría, por ello, prefería que todo se mantuviese en secreto, en la medida de lo posible, al menos, hasta que estuvieran a unos kilómetros de distancia y fuera imposible dar marcha atrás.

Detuvo a un mesero, agarró otra copa y se la tomó. Al ver que no calmaba su rabia, volvió a hacer lo mismo, pero el licor parecía un remedio inútil. Por su mente no dejaban de pasar cada uno de los insultos dirigidos a su persona, desde poco inteligente hasta no ser excepcionalmente hermosa, y con solo pensarlos la rabia aumentaba. ¿Quién se creía él?

Solo después de la cuarta copa empezó a sentirse mejor y eso porque su cerebro ya no podía pensar con claridad y se hallaba un poco mareada. Por lo visto, se había pasado de copas, lo mejor sería irse.

—Debo admitir que su actuación fue espléndida, y admiro su capacidad para dar su merecido con solo unas palabras. Es usted una mujer excepcional y me pregunto ¿qué hace una joya como usted sin compañía?

Ella giró para enfrentar al hombre que se había acercado en algún momento mientras estaba inmersa en sus cavilaciones.

A pesar de la máscara negra que ocultaba el rostro del recién llegado y de la nube de alcohol que empañaba la mente de Rubí, ella no tuvo dificultad en reconocerlo. Esa voz no era otra que la del primer hombre del que se decepcionó, el marqués de Aberdeen.

Capítulo 2

Damián observó con interés a la mujer que tenía en frente y compuso una de sus viejas sonrisas seductoras. La dama había llamado su atención en el mismo instante en que entró en el salón, pero captó todo su interés cuando, con un ingenio innegable, puso en su lugar al canalla de Hereford. Dios sabía que había estado a punto de hacer lo mismo, solo que él no hubiera utilizado precisamente el ingenio. La manera en que se refirió frente a todo el mundo a la señorita Rubí Loughy fue despreciable y, aunque era cierto que no le tenía el mayor de los afectos a la joven, ninguna mujer merecía que hablaran de ella de esa forma, por eso recibió con agrado la lección que le dio la mujer. No dejaba de sorprenderle su audacia y astucia al atacar justo el punto más débil de un hombre: su orgullo. Debido a esto, se propuso saber más de ella.

—Solo le dije lo que se merecía —respondió Rubí— y sobre el porqué estoy sola, quizás desee estarlo, de hecho, ya me iba.

Se dio media vuelta, pero al hacerlo se tambaleó en el proceso y Damián se dio cuenta de que era posible que tuviera unas cuantas copas encima.

—Pero la noche aún es joven —le dijo.

Hacía bastante tiempo que no estaba con una mujer. Desde que regresó de la guerra, ninguna parecía atraerle lo suficiente para despertar sus más bajos instintos hasta que la vio a ella. El vestido rojo pasión dejaba entrever el cuerpo de una diosa griega, además de unos generosos pechos que serían la fantasía de cualquier hombre. Sus ojos eran de color avellana. Sus labios carnosos incitaban a ser besados. Su piel parecía de marfil y su pelo no sabía si era rojo o un color similar pero lo había dejado maravillado. Debido a la máscara que cubría casi toda su cara, no podía determinar cuán bello era su rostro, pero algo le decía que sería hermoso, como toda ella. Dios, Aberdeen decidió que al único lugar a donde iría sería a una de las habitaciones de arriba, con él.

—¿No le gustaría, eh..., divertirse un poco? He conocido a pocas mujeres que son bellas e inteligentes al mismo tiempo. Sin duda, una excepción como usted

debe saber cómo hacerlo, y yo sería un imbécil si la dejara marchar.

Rubí observó entonces con determinación al hombre que tenía en frente. No cabía duda de que el marqués era un hombre muy apuesto. Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos marrones. Su mandíbula era firme y sus rasgos tal vez eran un poco duros, pero eso en lugar de restarle atractivo se lo sumaba. El cuerpo del hombre era musculoso por donde lo vieran y su presencia era imponente y algo intimidatoria, ya que medía más de un metro ochenta. Entendió pues, por qué lo consideraban anteriormente un crápula, tenía todo para serlo.

La pregunta formulada tardó un poco en ser asimilada por su cerebro. ¿Divertirse? No sería mala idea luego de lo sucedido, sin embargo, recordó que él le caía mal y no podía divertirse con alguien que le caía mal, ¿cierto? Aunque, ahora que lo pensaba, no recordaba por qué le caía mal. Verdaderamente debió haber bebido mucho, pues tardó un poco en recordar el motivo de su disgusto hacia él.

Lo que ocasionó su aversión hacia Aberdeen sucedió en la temporada pasada, su primera temporada social. Recordaba el día que se lo presentaron. Su primera impresión fue la de un hombre atormentado, después de todo, había regresado de la guerra y la gente comentaba que lo que se veía ahí dejaba traumatado a cualquiera; para peor de males, el hombre regresó y se encontró con que su hermano había muerto, y él era ahora el poseedor del título con muchas responsabilidades a su cargo. Sin embargo, Rubí pensaba que tal vez no estaba atormentado, sino amargado. Llegó a esa conclusión después de haber escuchado por casualidad una conversación entre él y un hombre cuyo nombre no recordaba.

—¿Es muy bonita la señorita Loughy, cierto? —había preguntado el hombre que se encontraba con él

—¿Cuál de todas? La duquesa me ha presentado a tres —fue la seca respuesta del marqués.

—Sinceramente, las tres son tan preciosas como las joyas cuyos nombres representan, y eso que todavía hay una que no ha sido presentada, —sonrió de forma pícaro— pero, en este caso, me refiero a la pelirroja.

Aberdeen se encogió de hombros.

—Sí, es muy hermosa —admitió—, pero no pongo en duda que ella y sus primas sean iguales a todas, bellas pero sin una pizca de cerebro, sin embargo, aceptables en el mercado matrimonial del que no pienso participar hasta que sea obligatorio.

Después de esas palabras, Rubí enfureció hasta el punto de que tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no revelar su presencia y decirle lo que pensaba al respecto. ¿Quién se creía que era para juzgarlas sin ni siquiera conocerlas?, ¿para cortarlas con el mismo patrón que el de las demás? Lo peor de todo era que no se había metido solo con ella, sino también con su familia y eso para ella era imperdonable. Aunque el motivo de su aversión podía sonar un tanto ridículo, ella era bastante rencorosa. Lo que más se reprochaba era que había creído que él era diferente a los demás hombres conocidos en la temporada y, en cierto punto, no se equivocaba. Sí era diferente, era más insufrible y arrogante que los demás. Desde ese día no hizo nada para ocultar el disgusto que le causaba su presencia y él debió notarlo, pues se había alejado de ella como de la peste y era probable que tampoco le cayera en gracia. No obstante, ahí estaba, hablando con ella y la había llamado inteligente, un tanto irónico considerando la opinión que en verdad tenía de ella, claro que él no podía ni sospechar quién era en verdad.

—¿Señora?

Rubí tardó un momento en darse cuenta de que se refería a ella.

—¿Sí?

—Le he preguntado que si no le gustaría pasarla bien esta noche —lo dijo en un tono tan serio que nadie creería que hablaba de diversión.

Rubí lo pensó y solo tardó un segundo en decidirse. Sí, se divertiría un poco. Claro, ella era ajena a la idea de diversión del marqués.

—Sí, me gustaría, pero no con usted —negó con la cabeza para enfatizar lo dicho. El alcohol le había soltado la lengua.

Él arqueó una ceja y se acercó lentamente hasta quedar detrás de ella.

—Le aseguro que yo sí sé complacer a una mujer —susurró en su oído mientras acariciaba con los dedos la unión entre el cuello y el hombro.

Rubí se perdió un momento en la marea de sensaciones que la recogieron. Sentía la suave y caliente respiración detrás de su oreja. La yema de los dedos que acariciaba su hombro le producía una cálida y agradable sensación en todo el cuerpo que no había sentido antes, como si su piel fuera demasiado sensible al contacto.

Entre el alcohol y las nuevas sensaciones que recorrían su piel por las simples caricias, Rubí tardó un poco en entender el verdadero significado de sus palabras ¿Acaso acababa de hacerle una propuesta indecorosa? Considerando el lugar donde se encontraba, no debería de extrañarle, todos ahí estaban en posiciones más comprometedoras que las suya. Sin embargo, debía recordarse que ella era una dama y esa insinuación era lo que necesitaba para saber que debía alejarse de ahí inmediatamente. Entonces, ¿por qué su cuerpo se negaba siquiera a dar un paso lejos del contacto? El alcohol, sin duda, tenía que ser el alcohol el que la hacía sentirse así. No volvería a tomar nunca, aunque esas sensaciones que le provocaban los dedos de Aberdeen eran demasiado agradables, no eran adecuadas.

Decidida, giró dispuesta a decirle al hombre que se marchaba, pero, antes de que alguna palabra saliera de su boca, se vio con los labios de él sobre los suyos, entonces, no supo si la sorpresa no la dejó reaccionar, o fue que no quiso reaccionar.

El beso estaba cargado de pasión, pero a la vez era suave. Cuando la lengua del hombre se introdujo en su boca, una advertencia empezó a formarse en la mente de Rubí, pero esta murió en cuanto su cuerpo empezó a arder en unas llamas que, tenía la certeza, cualquier toque avivaría.

En un mar de sensaciones, claudicó y le posó con renuencia las manos en su hombro deseando sentir su contacto. ¿Qué importaban un par de besos?, merecía un poco de disfrute después de lo que acababa de pasar. Su reputación se encontraba a salvo ahí, y no solo por la máscara que protegía su rostro, sino porque todos los demás estaban absortos en sus propios asuntos y muchos eran iguales a los de ellos, así que ¿qué más daba? El momento era demasiado maravilloso para desaprovecharlo, no importaba que se lo proporcionara un hombre que le caía mal.

Soltó un pequeño gemido de protesta cuando sus labios se separaron de los suyos, pero luego la mano de él rodeó íntimamente su cintura, casi rozando su seno, entonces, se vio anhelando su contacto otra vez.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando se percató de que se movían.

—A un lugar donde estaremos más cómodos —le susurró al oído.

Se dejó llevar, ya que su nublada mente no fue capaz de entrever lo peligrosa de la situación. ¿Qué era lo peor que podía suceder?

—Creo que he ganado de nuevo.

Unos murmullos de protesta se oyeron entre la multitud mientras Topacio sonreía satisfecha.

—Lo único que ganarás será una buena reprimenda si no nos vamos inmediatamente de aquí —escuchó que le murmuraba una fastidiosa voz familiar al oído.

Topacio soltó un imperceptible bufido y giró para ver a su prima.

—¿Qué haces aquí, Zafiro? —dijo en voz baja solo para sus oídos.

—Esa pregunta debería hacérselas yo a ustedes. ¿Qué rayos hacen aquí? ¿Tienen la mínima idea de a lo que se exponen?

Topacio recogió sus ganancias, les dedicó una sonrisa a los caballeros en la mesa y luego condujo a su prima lejos de oídos indiscretos.

—¿Dónde esta Rubí? —preguntó Zafiro fulminando con sus oscuros ojos azules a su prima.

Topacio se encogió descuidadamente de hombros, como si el asunto no le importara mucho.

—Buscando a Hereford, supongo. Vino a comprobar si los rumores son ciertos y yo la he acompañado.

—Qué amable de tu parte —dijo su prima, sarcástica— Se me olvidaba que eras un derroche de amabilidad, siempre se puede contar contigo.

Topacio sonrió.

—Ciertamente.

Zafiro enfureció y sus pálidas mejillas, apenas cubiertas por una máscara azul

oscuro, enrojecieron.

—Mira, Topacio, mi paciencia no está en el más alto nivel en este momento. Mejor vamos a buscar a Rubí para irnos de aquí antes de que alguien nos reconozca —su tono volvía a ser calmado, gracias a su gran autocontrol.

—Dudo que alguien lo haga —dijo Topacio repasando a Zafiro de arriba abajo—. Debo admitir que tu máscara es muy bonita, seguro la sacaste de la última mascarada de Rowena, pero el vestido... —negó con la cabeza en señal de reprobación ante el vestido blanco— es muy recatado, demasiado para este tipo de lugar, eso sí que llamará la atención.

—Entonces, es mejor que nos apuremos a buscar a Rubí para salir de aquí.

Rubí descubrió qué era lo peor que podía pasar cuando se encontró en una de las habitaciones de arriba, del club. No había que ser un genio ni estar sobrio para saber que eran destinadas a los encuentros de amor clandestinos.

—Esto no está bien —dijo cuando vio que él cerraba la puerta.

Los efectos del apasionado beso todavía recorrían su cuerpo, pero eso no podía estar bien. Miró la habitación iluminada de forma tenue por unas pocas lámparas de gas. No podía distinguir con claridad los detalles, pero sí pudo percatarse de la elegante cama en el centro que parecía esperarlos. Tenía que salir de ahí.

—No veo nada de malo, la pasaremos mejor aquí.

A Damián debería darle vergüenza seducir a una mujer borracha que no estaba especialmente muy dispuesta a ser seducida, pero desde que la vio, la deseó, y no recordaba haber deseado a una mujer así desde que regresó de Waterloo. Todo lo vivido allí lo había marcado: las privaciones, las muertes inminentes, la masacre por todos lados, la destrucción; todo eso le había cambiado la vida de forma irremediable.

Se negó a que los feos pensamientos le arruinaran la noche y se acercó a la mujer dispuesto a terminar lo que había comenzado. Ella retrocedió y miró la puerta como considerando sus opciones de salir, pero Damián no estaba dispuesto a dejarla escapar. Ella lo deseaba, se lo dejó claro cuando respondió a su beso con pasión, y una noche llena de esta era lo que necesitaba para

olvidarse de los problemas que suponía la vida cotidiana. Además, si eso no era lo que buscaba, ¿qué hacía allí, entonces? A menos que fuera una aficionada al juego, no había otra razón factible para que se encontrara en un lugar de esos.

Cuando la alcanzó, la rodeó con sus brazos. Rubí empezó a ver la batalla perdida cuando sus labios rozaron los de ella, primero en una tierna caricia y luego en algo más profundo y excitante.

Una parte de su cerebro, todavía algo consciente de lo que sucedía, advirtió que eso no estaba bien e intentó recordarle que era Aberdeen con quien se encontraba y que, aunque no fuera Aberdeen, ¡eso no estaba bien! Una señorita decente no debía estar en esa situación, ni en ese lugar, en realidad Y, ahora que empezaba a enumerar, tampoco debería estar gozando de esa agradable sensación, pero, Dios, sí que se sentía bien. Así que poco a poco fue desechando la protesta que su nublada mente intentaba hacerle llegar y empezó a disfrutar del momento. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Bien que lo sabía, pero ignoró esa amenaza por ahora. Ella no permitiría que eso llegara más lejos, solo disfrutaría al máximo la excitante sensación de estar pegada a él, de lo agradable de sus besos. Solo llegarían hasta ahí, se dijo, solo un par de besos.

Soltó un gemido cuando sintió que una de sus manos acariciaba su pecho a través de la tela del corpiño. El contacto envió una nueva oleada de placer a su cuerpo y apenas fue consciente del momento en que desabrocharon los botones en la parte de atrás de su vestido y, posteriormente, los lazos del corsé, haciendo que quedara solo en camisola y enagua al caer ambos al suelo. Se sentía mareada y no supo si era por el alcohol o por las ondas de placer que recorrían su cuerpo. A pesar de que eso no estaba bien, algo dentro de sí se negaba a abandonar la exquisita sensación que le producían las manos de él sobre sus, ahora, sensibles pezones y sus labios que recorrían en ese momento su cuello, deteniéndose donde latía el pulso y acariciando con su lengua ese lugar vulnerable. Rubí enredó las manos en su pelo y echó la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso a su cuello.

En pocos segundos, o minutos —no sabía— se encontraba desnuda frente a él; solo supo que tuvo un poco de sentido común para impedir que le quitara la máscara, pero no el suficiente para evitar que la acostara en la cama y la dejara

perdida en un mar de sensaciones.

Sus neuronas intentaron enviar desesperadamente la información de que debía salir de ahí, pero su cuerpo se negó a reaccionar. En cambio, se quedó mirando embobada y presa de curiosidad cómo Aberdeen se deshacía de su chaleco, luego, de su camisa y por último de sus pantalones.

Verlo desnudo, con un torso firme solo marcado por una cicatriz de guerra, con sus piernas musculosas y una virilidad que logró que su piel se tronara tan roja como un verdadero rubí, hizo alarma en su cerebro y consiguió que parte del sentido racional atravesara no solo la nube de alcohol, sino también la de excitación que la rodeaba, haciéndola consciente de lo que en verdad estaba a punto de hacer.

Se incorporó un poco en la cama con una fuerza de voluntad sorprendente, se puso las manos en las sienes, y las masajeó como si así pudiera entender todo mejor. Tenía que detener eso, tenía que hacerlo antes de que perdiera por completo la cordura. Con esa determinación, hizo un último intento de parar lo que su cuerpo tanto deseaba, pero que era del todo incorrecto.

—Esto no está bien, debemos...

Antes de que pudiera terminar, Aberdeen se colocó encima de ella, acallando cualquier protesta con su boca.

Rubí supo en ese momento que tenía la batalla perdida.

Enredó una mano en su cabello y con la otra se dedicó a explorar el duro torso. No protestó cuando sintió que le abrían las piernas, algo dentro de ella lo anhelaba, algo desconocido dentro de sí le exigía algo más, no sabía qué, solo sabía que lo necesitaba.

Se tensó cuando sintió la invasión de su miembro en su entrada. Un dolor agudo le recorrió el cuerpo y se mantuvo por unos segundos hasta que fue disminuyendo y dio paso a una agradable sensación, la de tenerlo dentro de ella.

Abrió los ojos —que hasta entonces había mantenido cerrados— y observó, a pesar de la poca luz y de la máscara negra que aún cubría su rostro, cómo los ojos marrones de él se abrían en un indiscutible gesto de sorpresa. Se había quedado quieto y con la respiración agitada parecía debatirse en un asunto muy importante.

El cuerpo de Rubí se negó a esperar que lo resolviera, ella deseaba algo desconocido y quería conocerlo.

—Por favor —rogó sin saber muy bien por qué pedía.

Él sí pareció saberlo, y soltando un pequeño gruñido de redición, empezó a moverse, primero lento y luego más rápido. Ella intentó seguir sus movimientos hasta que el placer fue creciendo y alcanzó pronto su cima más alta y sintió entonces, cómo estallaba en mil pedazos. Él embistió unas veces más y salió de ella en el momento en que encontró su liberación.

Damián se separó de su cuerpo y se recostó a su lado con la respiración agitada y las manos en la cabeza.

Pronto, las respiraciones de ambos se fueron normalizando. Rubí tenía muchas ganas de dormir, pero el recuerdo de lo recién sucedido la atravesó de repente e hizo que cualquier rastro de sueño e incluso de ebriedad desapareciera de su mente de inmediato. La realidad empezó a envolverla y se incorporó bruscamente de la cama.

Dios, ¿Qué había hecho?

Capítulo 3

Rubí agarró las sábanas para cubrirse y bajó lo más rápido que pudo de la cama, mientras se reprendía una y otra vez la estupidez que acababa de cometer. Se había vuelto loca, completamente loca, tan loca que deberían internarla en Bedlam.

Todo el alcohol pareció haberse esfumado de su mente y la realidad cobraba cada vez más vida. No, en verdad, no pudo haberse acostado con Aberdeen, ¡no pudo haberse acostado con nadie! ¿En serio había perdido su virtud esa noche? ¿En verdad se había dejado seducir de esa manera hasta el punto de haber perdido todo rastro de sentido común?

Un tanto mareada, buscó con la vista su ropa hasta que la vio en una pila en el centro de la habitación. Ignorando el dolor entre sus piernas y su desnudez, se acercó rápidamente a las prendas y empezó a vestirse haciendo caso omiso de la otra presencia en el cuarto; su mente se hallaba en esos momentos en lo recién acontecido y en las posibles consecuencias. ¡Estaba arruinada! No se podría casar nunca. Y no es que el asunto pudiera salir a la luz: aún llevaba la bendita máscara, algo torcida, y no tenía idea de cómo todavía seguía ahí, pero la llevaba; también la habitación se encontraba muy oscura para que el hombre pudiera verla con exactitud. No había ninguna probabilidad de escándalo. No, el asunto consistía en que su propia conciencia le impediría aceptar cualquier propuesta de matrimonio sabiendo que la otra persona ignoraba que su virtud no seguía intacta. Entonces, si se lo llegara a revelar a alguien y este no guardaba el secreto, estaría arruinada. ¿A quién engañaba? Ya estaba arruinada.

—¿Quién entrará? —preguntó Damián interrumpiendo sus pensamientos.

Rubí giró hacia a él con cara de alguien que acababa de recordar que no estaba sola en la estancia. Intentó ajustar su vista a la penumbra del lugar para verlo.

—¿Qué?

—¿Acaso no entrará alguien acusándome de haber robado su virtud y

obligándome a contraer matrimonio?

Si no estuviera tan furiosa con él por la seducción y con ella misma por haberse dejado seducir, se habría reído por lo absurdo de la pregunta.

—Al menos que sea una nueva moda, dudo que un club de mala muerte sea el lugar idóneo para tender una trampa matrimonial. No se preocupe, su soltería está a salvo —dijo con desdén.

“Además, si alguien hubiera deseado entrar, lo habría hecho antes de que las cosas llegaran tan lejos”, dijo para sí misma.

“No puede ser, no puede ser”, se repetía mientras luchaba con los lazos del corsé, que no pudo ajustar bien, pero serviría.

— ¿Quién es usted? — le preguntó.

—Una persona que prefiere mantener su identidad en secreto.

— ¿Qué hacía una joven virtuosa en un lugar como este? —preguntó sin tapujos.

Rubí lo fulminó con la mirada odiándolo en ese momento mucho más que antes. Al menos, ya tenía una razón válida para hacerlo.

—Lo que yo hacía aquí, no es de su incumbencia, milord.

—¿Sabe quién soy?

—Sí —no valía la pena ocultarlo.

—¿No le parece justo que yo también sepa quién es usted?

—¡No!

Terminó la imposible tarea de abrocharse el vestido y tocó su pelo. Varias de las horquillas se habían salido de su sitio y sería imposible arreglarlo, por lo que se lo soltó todo y se lo sujetó en una cola con uno de sus propios mechones. Tendría que dar muchas explicaciones.

Giró hacia Aberdeen que seguía medio recostado en la cama en una posición relajada. Claro, la vida era tan sencilla para los hombres; él no había perdido nada.

—Usted nunca me conoció —le dijo— nada de esto sucedió.

Él no cambió su expresión cuando respondió.

—Dado que desconozco su nombre, no, no la conozco, pero sobre lo de hacer

como que nada sucedió... —negó con la cabeza— lo veo imposible, cariño, fue una noche maravillosa.

Si hubiera tenido algo a la mano, se lo hubiera lanzado.

— ¡Cállese!— le ordenó negándose a pensar en lo ocurrido.

Sin decir nada, abrió la puerta y salió a toda prisa de ahí.

Damián observó el lugar por donde había escapado la mujer todavía anonadado por lo sucedido ¡se había acostado con una virgen!, por más que se lo repetía no podía creérselo, aunque su conciencia lo tenía bastante presente, pues no dejaba de reprochárselo.

Se repitió varias veces que no era su culpa, él no sabía que ella era una joven inocente, y ella no debía estar en un lugar como ese si lo era, sabiendo lo que se podía encontrar. Pero, una vocecilla en su interior se empeñó en recordarle que la mujer no estaba, al principio, muy dispuesta a quedarse con él en la habitación y que se había aprovechado de que ella tenía unas cuantas copas encima para seducirla. Pero ¡por Dios!, ¿cómo iba a saber él que era virgen?, sus intentos por proteger su virtud tampoco fueron muy grandes. No obstante, él no le había dejado muchas oportunidades para quejarse...

Golpeó la cama con el puño para desahogar su frustración y empezó a vestirse.

La ropa de la mujer, su porte y su forma de hablar delataban su buena cuna. Estaría en un serio problema si eso se descubría, aunque, por la manera en la que le había asegurado que su soltería seguiría intacta y la forma en que se había negado a decirle su nombre, daba a entender que ella no tenía muchas ganas de ser descubierta, y él no tenía dudas del porqué. Si todo eso se volvía un asunto público, él no sería el villano de la historia, pues ¿qué haría una mujer decente en un lugar como ese? Cualquiera señorita aceptable tendría que estar mal de su cabeza para aparecerse por ahí.

Se dijo que, quizás, si estuviera mal de la cabeza o fuera una rebelde sin cura —en cualquiera de los dos casos— no tendría responsabilidad alguna. Como ya había dicho, él no sería el villano de la historia, entonces, ¿por qué rayos seguía con el cargo de conciencia? Pensó que el hecho de que ella pareciera tan arrepentida de lo sucedido no ayudaba en mucho.

Se dijo que su suerte era envidiable. No había estado con una mujer en meses y la primera que le había interesado resultó ser virgen. Encima para peor de males, había pasado una de las mejores noches de su vida con ella; apenas pudo contenerse para salir a tiempo y no dejarla embarazada. Al menos tenía ese consuelo, no la había dejado con un hijo suyo en el vientre, pero saberlo no le servía de mucho.

La encontraría, juró. No sabía cómo, pero lo haría, y cuando lo hiciera, se aseguraría de conocer los motivos que la llevaron a ese lugar y, por ende, a su cama. Cuando los supiera, decidiría si era necesario reparar el daño o no.

Atravesó la habitación para salir, pero a medio camino vislumbró entre la penumbra un brillo en el suelo de la habitación. Se acercó para ver mejor y encontró que lo que brillaba era un rubí. Un rubí incrustado en un anillo de oro se encontraba tirado en el suelo, en el lugar exacto donde había estado la ropa de la mujer.

Lo recogió. El rubí tenía una excepcional forma de corazón y algo en este se le hizo conocido. No podía recordar dónde lo había visto, pero lo había visto, eso podía asegurarlo.

Se lo guardó en el bolsillo del chaleco y salió con la seguridad de que esa misteriosa joya lo ayudaría a encontrar a la mujer.

Una vez en el salón, Rubí se dispuso a buscar a Topacio con la mirada. Acababa de decidir que nadie, y eso incluía a su hermana y a sus primas, se enteraría de lo sucedido. No importaba cuántas mentiras tuviera que decir para ello, nadie se enteraría.

Todavía no podía creer lo que había ocurrido. Cada vez que lo recordaba, se convencía más de que había perdido la cabeza y que debería estar internada en un centro para enfermos mentales.

Localizó el vestido de Topacio a unos pocos metros suyos y se dispuso a ir tras ella.

En el camino, repasó mentalmente las posibles mentiras que diría en respuesta a las posibles preguntas que formularía Topacio al verla. Odiaba mentir, y no podía decirse que lo hiciera muy bien, pero en este caso no le quedaba otra y

tendría que hacer lo posible para sonar convincente o la atormentaría hasta que confesara todo.

Cuando la alcanzó, las excusas se esfumaron por un momento de su mente al ver que su prima ya no estaba sola.

— ¿Tú qué haces aquí? —le preguntó con tono acusador a Zafiro.

De ellas tres, Zafiro era la que mejor se adaptaba a la sociedad. Poseía una belleza tan encantadora como las demás. Su pelo rubio, sus facciones delicadas, y los ojos tan azules como el cielo de la noche venían atrayendo desde la temporada pasada a un sinfín de caballeros que se disputaban su mano. Era la más capacitada para convertirse en una buena esposa. Sabía todo lo que una dama debía saber y, en pocas palabras, solo se podría describir como perfecta, siendo su único defecto, al menos para la mente masculina, su inteligencia. Tenía una inteligencia aguda. Era capaz de resolver grandes ecuaciones matemáticas, tenía un impresionante conocimiento de historia, hablaba griego, latín, francés italiano y alemán a la perfección y sobre todo, ella sí sabría distinguir a un desgraciado cazador de dote de un verdadero caballero. Sí, era perfecta, pero también era una aguafiestas, no era capaz de hacer —al menos por iniciativa propia— algo que se considerara socialmente incorrecto, por ende, a Rubí le esperaba un buen sermón de su parte en ese momento.

—Vino a quitarnos la diversión —respondió Topacio todavía pensando en lo bien que la había estado pasando en la mesa de juego.

Zafiro entrecerró los ojos y miró de forma alternativa a sus primas con la rabia presente en sus pupilas.

—Son las dos unas malagradecidas —les reprochó cruzándose de brazos— vine aquí para evitar que se vieran involucradas en un escándalo y solo recibo a cambio reproches. La pregunta correcta sería, querida prima ¿dónde rayos te encontrabas tú?

Rubí se mordió el labio como hacía cuando estaba nerviosa y luego miró a sus primas. Zafiro se hallaba como en pocas ocasiones bastante furiosa y Topacio... Topacio la examinaba meticulosamente deteniéndose en su cabello. Era obvio que había notado el cambio de peinado. Rubí solo pudo agradecer que no mencionara el asunto.

—Yo... yo buscaba a Topacio.

Zafiro entornó los ojos y la miró como si estuviese determinando qué tan cierto era lo que decía.

—Te hemos buscado por todo este club al menos tres cuartos de hora, lo hemos recorrido entero dos veces ¿Cómo es que, entonces, no dimos contigo?

—El club es muy grande, yo podía estar por un lado mientras ustedes estaban por otro.

Su mente presentaba dificultades para dar respuestas claras; después de todo, el alcohol no había desaparecido por completo y eso debió darse a entender en su voz porque Zafiro preguntó

— ¿Has estado tomando?

—Solo una copa —multiplicada por cuatro.

Zafiro resopló, la miró con duda, pero no objetó más y se limitó a decir

—Salgamos de aquí.

Cinco minutos después, Zafiro había despedido al coche de alquiler que había tomado para seguir las y se montó con ellas en el carruaje.

Durante todo el camino, Rubí no fue consciente de nada que no fueran sus pensamientos. Seguía sin poder comprender cómo se permitió llegar tan lejos pero, sobre todo, no entendía su forma de responder ante cada toque y cada beso de Aberdeen. No se explicaba el placer exquisito que obtuvo en sus brazos y eso la asustaba más que el hecho de haber perdido su virtud.

Cuando llegaron a su residencia en Mayfair, cuidaron de abrir la puerta con el mayor sigilo posible, percatándose siempre de no ser observadas. Entraron y se quitaron el calzado para hacer el menor ruido a la hora de trasladarse a sus habitaciones. Sin embargo, apenas habían cruzado parte del vestíbulo, se escuchó el chasquido de una cerilla e inmediatamente después, el oscuro vestíbulo fue iluminado por el resplandor de una vela.

Capítulo 4

Temerosas de lo que encontrarían o, mejor dicho, de a quién encontrarían, las Loughy giraron hacia donde provenía la luz de la vela.

Los suspiros de alivio fueron tan evidentes, que el causante del susto casi se echó a reír.

— ¿Qué rayos haces despierto a esta hora, James? —susurró Topacio en tono de reproche.

James alzó una ceja ante la pregunta y una de las comisuras de sus labios se torció en un gesto de burla.

—Creo que debería ser yo el que formulara esa pregunta, o mejor debería preguntar ¿de dónde vienen?

—Yo he preguntado primero —objetó Topacio.

Él sonrió de forma pícara.

James era el hermano de William y el futuro duque de Richmond, si no había — como hasta ahora— herederos. Su apariencia era la típica de un aristócrata inglés, rubio y de ojos azules claros. Lo único que podía distinguirlo de los demás era ser un poco más alto de lo común, medía aproximadamente un metro ochenta y pico, también era más fornido que otros aristócratas. Tenía músculos bien definidos gracias a las clases de boxeo y se podría decir que era bastante apuesto. Poseía un sentido del humor excepcional. Tenía diversos negocios a pesar de solo contar con veinticuatro años pues, aunque las cosas se veían a su favor, él no contaba con el título en un futuro. Tenía, al igual que todos, la esperanza de que Rowena concibiera un hijo, a pesar de que ya a sus treinta y ocho años se veía imposible. En resumen, James era todo lo que una dama desearía: apuesto, con dinero, con conexiones y, como la cereza del pastel, buena persona. Su único defecto era ser un mujeriego y seductor empedernido, y no mostraba muchas ganas de cambiar.

—Regresaba de la mascarada del Pleasure club cuando me topé, de camino a mi habitación, a un duende que paseaba por el pasillo preocupado por dónde

estarían sus primas y su hermana.

Se oyó un golpe sordo, como de piel contra piel.

—Yo no soy ningún duende —dijo una voz femenina algo aguda en voz baja.

James giró la cabeza y se enfrentó con una sonrisa a los hermosos ojos verdes que lo fulminaban con la mirada.

—Pero tienes la estatura de uno.

Otro golpe sordo.

A James se le borró la sonrisa de la cara y fulminó, a su vez, a la chica con la mirada.

—Ya es suficiente. Para ser tan pequeña, tienes la mano bastante pesada.

—Bajen la voz —ordenó Zafiro— pueden despertar a alguien, y tú, Esmeralda— dijo mirando a la chica—, ¿qué haces despierta a esta hora?

—Las vi salir por la ventana y me pregunté a dónde iban —respondió la joven—. Cuando el tiempo pasó y no regresaban, empecé a preocuparme y, para calmarme, decidí pasear por los pasillos, donde me encontré a James, y como estaba tan nerviosa, no me quedó otra que contarle lo que vi —sus ojos verdes la miraban con disculpa.

Esmeralda Loughy, de dieciséis años, era la hermana menor de Rubí, y en cierta forma, la antítesis de ella, tanto en el aspecto físico como en la actitud. Así como Rubí había heredado el aspecto de su madre, Esmeralda lo había hecho de su padre. Tenía el pelo rubio como Zafiro y unos hermosos ojos verdes que hacían honor a su nombre. Era fanática de las novelas de romance y soñadora hasta decir basta. Tenía claro que cuando le llegase el momento de casarse, lo haría única y exclusivamente con aquel hombre que le hiciera sentir mariposas en el estómago. Rubí solo podía esperar que no se viera pronto decepcionada, aunque sabía que podía haber matrimonios por amor, como el de sus padres, por ejemplo, también sabía que eran muy poco comunes. Encontrar el amor verdadero entre tanta gente hipócrita resultaba todo un reto y la determinación de Esmeralda podía no ser suficiente. Rubí quería mucho a su hermana y había intentando hacerle ver que no siempre se encontraba el amor, pero su hermana era terca, y sus ideales románticos eran tales que, hasta su institutriz, la paciente señorita Smith —que tantos años había aguantado a las indomables Loughy—

renunció afirmando que Esmeralda era un caso perdido y que nunca se casaría si no cambiaba su forma de pensar. Rubí sospechaba que la razón de renuncia era el hecho de ya no aguantar más a las Loughy que la vena romántica de su hermana, pero ese no era el caso. El caso era que a ella le preocupaba sobremanera su hermana, pero esta sabedora de que no podía hacer más de lo que había hecho, solo le quedaba rezar para que Esmeralda no saliera con sus ilusiones rotas en su primera temporada.

—Eso me recuerda —comentó James— que acabo de responder a su pregunta y aún estoy esperando respuesta a la mía— se cruzó de brazos intentado dar una imagen de autoridad.

Ninguna de las Loughy se dejó intimidar, ni tampoco respondieron, ya que no tenían una buena excusa para dar.

—Saben, es curioso —continuó James— cuando estaba en la mascarada me pareció ver unos vestidos idénticos a los suyos que me recordaron a unos que le había visto a Rowena.

Tampoco respondieron, no había nada que decir.

— ¿Y bien? —las apremió al ver que ninguna hablaba— ¿me van a explicar qué hacían ahí?

—Lo mismo que tú, por supuesto —respondió Topacio tranquilamente, mientras una sonrisa se formaba en sus labios—, divertirnos, de hecho, he ganado una pequeña fortuna en las cartas.

James abandonó su semblante serio y mostró una de sus conocidas sonrisas.

—Cariño, creo que tu idea de diversión dista mucho de la mía, créeme, no estábamos haciendo lo mismo.

Las otras Loughy se ruborizaron (aunque no fue visible en la oscuridad) y a Topacio se le borró la sonrisa y fulminó a James con la mirada.

Rubí pensó con amargura que su idea de diversión debía ser la misma que la de Aberdeen. Como deseaba subir a su habitación y quedarse allí, para siempre de preferencia, pero no podía hacerlo hasta acabar con el absurdo interrogatorio.

—Fui a comprobar si los rumores sobre Hereford son ciertos —soltó—. Topacio me acompañó y Zafiro nos siguió. ¿Contento?

—Hubieras podido pedirme a mí que lo averiguara —sugirió James.

—Preferí descubrirlo por mí misma.

Y vaya que lo había descubierto.

— ¿Y eran ciertos? —preguntó curioso.

Como toda respuesta, Rubí giró y se dirigió hacia su habitación sin decir palabra. Eso fue suficiente respuesta para todos.

Rubí caminó lo más rápido posible hacia su cuarto y tuvo que contenerse para no cerrar con un portazo.

Solo recordar el acontecimiento de esa noche la hacía arder de furia y no se refería precisamente a lo ocurrido con Hereford, sino a lo que eso produjo.

La cabeza le daba vueltas, se empezó a quitar a duras penas el vestido mientras se repetía una y otra vez lo estúpida que había sido. Lo rápido que había sucumbido y, lo peor de todo, lo mucho que le había gustado. Recordarlo no solo la hacía rabiar, sino que conseguía que un calor se extendiera por todo su cuerpo. Rememorar sus besos sobre su piel y sus manos sobre ella hacía que se estremeciera y... ¡Y qué estaba pensando! ¡Era con Aberdeen con quien había estado! ¡Aberdeen! El hombre al que le había declarado la guerra en el instante en que la juzgó sin conocerla. El hombre... el hombre que la hizo sentir mujer. Ni echándole la culpa al alcohol podía negarlo.

Frustrada consigo misma, pateó el suelo como una niña berrinchuda y terminó de quitarse el vestido. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su anillo no estaba en el corpiño donde lo había guardado. Seguramente se le había caído cuando se desvistió y se había olvidado de él. No, ¡no!, eso era lo último que le faltaba para acabar la noche más desastrosa de su vida: perder el único recuerdo que tenía de sus padres. Ese anillo era especial, todas tenían uno y siempre lo llevaban consigo como si de un amuleto se tratase; las hacía sentir bien, era como una parte de sus padres que permanecía junto a ellas y ¡lo había perdido! Las cosas no podían estar saliéndole peor.

Se puso el camisón y se metió en la cama, más molesta consigo misma de lo que ya se encontraba. Luego de un rato dando vueltas en el lecho, al fin empezó a sentir cómo el cansancio se hacía presente. Estaba a punto de caer en los brazos de Morfeo cuando la puerta de su cuarto se abrió sin previo aviso.

Rubí ahogó un gruñido y fingió estar dormida, pero a los pocos segundos

tenía a Topacio sacudiéndola por los hombros. Abrió los ojos e incorporándose un poco, usó su codo para apoyar su cabeza y miró a su prima.

—Supongo que era mucho esperar que aguardases hasta mañana para iniciar el interrogatorio.

—¿Qué sucedió? —preguntó acostándose en la cama en la misma posición que ella.

—Descubrí que todo era cierto —confesó.

—Y...

Nunca dejaría de admirar esa capacidad de su prima para saber cuando otra persona ocultaba algo. Sabiendo que era inútil hacerla desistir del asunto, le contó todo lo que escuchó decir a Hereford.

—Oh, cariño —le tomó una mano en gesto de apoyo—, Hereford es un malnacido, ¿Cómo se atreve? ¡Esto no puede quedar así!

—No me tientes, Topacio, la necesidad de venganza es demasiado grande para ser avivada.

—Es que esto merece una venganza, eso que le dijiste no es de lejos suficiente, el canalla necesita una venganza del mismo tamaño de lo que te ha hecho.

—Sabes, una persona normal me aconsejaría dejar las cosas como están, y afirmararía que la venganza no lleva a nada.

—¿Soy yo acaso una persona normal? —preguntó arqueando una ceja— esto merece una venganza, no hay más que decir.

—Yo me encargaré de ello —aseguró.

También se aseguraría de que no pudiera engañar a otra ingenua; cómo lo haría, tendría que pensarlo luego.

Topacio se conformó con la respuesta, pero como Rubí temió, el otro asunto no lo dejó pasar.

—¿Se puede saber dónde te metiste después de eso? Y ¿por qué tu cabello ya no tenía el peinado?

Rubí suspiró.

—Después de eso, me alejé un poco para calmarme —al menos eso no era

una mentira— y sobre el cabello... un borracho tropezó conmigo por atrás, casi me hace caer y el peinado se arruinó, así que decidí soltarlo y recogerlo en una cola.

Topacio la miró por un rato a los ojos, un rato en el que tuvo que hacer un esfuerzo monumental para no desviar la mirada. Luego, su prima sonrió fríamente y Rubí supo que eso no era una buena señal.

—Cariño, eso no se lo cree ni un niño, ¿qué sucedió en verdad? —su voz no admitía réplica, pero ella no iba a hablar.

—No quiero decirlo —respondió tajante.

—Rubí...

—No voy a hablar ,Topacio, respétalo, por favor.

Su prima la miró enfurruñada por lo que parecieron años, luego se levantó de la cama y encogiéndose de hombros, dijo

—Ten por seguro que me enteraré —salió sin decir nada más.

Rubí se acostó y suspiró. Después de una eternidad logró conciliar el sueño, pero la imagen de los labios de Aberdeen sobre los suyos fue lo último que pasó por su mente antes de caer rendida.

Capítulo 5

Se comenta que cierto marqués regresado de la guerra ha vuelto a las andadas. Anoche, en la famosa fiesta de máscaras, se lo vio en compañía de una misteriosa dama de cabellos rojos y vestido de igual color. Juntos subieron a una de las habitaciones, y no creo que fuera para hablar con más tranquilidad.

Columna de cotilleos, Comentan por ahí.

Cuando Topacio le había advertido a su prima que de una u otra forma se enteraría de lo sucedido, estaba convencida de que lo haría, no obstante, nunca creyó que lo haría tan rápido.

Releyó otra vez el artículo que tenía en sus manos mientras se llevaba una tostada a la boca. Todo era mucha coincidencia y ella nunca había creído en estas. No había duda: ¡Rubí había estado con Aberdeen!

A esta altura de su vida, y viviendo lo que había vivido, muy pocas cosas sorprendían a Topacio y esta pertenecía, sin duda, al grupo de esas pocas cosas.

Aún asimilando lo leído, Topacio se volteó a ver a su prima que entraba en esos momentos.

—Parece que nos levantamos tarde —comentó Rubí al ver que no había nadie más en la mesa del desayuno.

Si fuera por ella, se hubiera quedado todo el día en la cama. Tenía un dolor de cabeza espantoso que dio otro motivo más para afirmar que no volvería a tomar una sola gota de alcohol en su vida. Hacerlo solo causaba problemas, a veces, más grandes que los imaginados.

—Sí —respondió Topacio con tranquilidad tendiéndole el periódico y señalándole la columna de chismes para que lo leyera—, Zafiro, Esmeralda y William deben estar despiertos desde hace rato y Rowena y James deben seguir durmiendo.

Supo el momento exacto en el cual Rubí había leído la nota. Se puso pálida y tiró el papel a la mesa como si tocarlo la quemara.

— ¿Y bien? —inquirió Topacio con su habitual indiferencia— ¿Qué tienes

que decir en tu defensa?

Rubí pensó que la vida sería hermosa si la gente no se metiera en asuntos que no le importaban. Esa era una de las muchas columnas de chismes que circulaban por la ciudad y ella no podía dejar de admirar la capacidad de esas personas para obtener información. Siempre se enteraban de todo aquello que la sociedad pudiera considerar interesante y lo publicaban sin ningún pudor, nunca daban nombres, pero todos deducían fácilmente de quién hablaba. No sabía como lo hacían, si tenían espías en todos lados o poseían poderes sobrenaturales, pero no había nada que se les escapase. Por esa columna en específico, ella se había enterado de la situación económica de Hereford, y se lo agradeció en su momento, pero ahora era a ella a quien ponían en un aprieto. Fuera cual fuera el escritor, había sido demasiado claro en su descripción al decir el color de su cabello, que no era del todo común en Inglaterra y se podía asegurar que era la única pelirroja en esa fiesta. Topacio seguro lo sabía. No tenía ni idea de cómo escapar del asunto y su cabeza no tenía muchas ganas de pensar en unas excusas que de seguro, serían inservibles, así que dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Una coincidencia ¿no crees? —comentó haciendo una mueca.

A Topacio eso le bastó como prueba.

—No creo en las coincidencias.

Rubí se desplomó en la silla y parecía a punto de llorar.

—Oh, Topacio, nadie debe saber esto.

Ella le tomó la mano en gesto de apoyo.

—Cariño, ¿cómo sucedió? —habló con ese tono dulce que solo se lo escuchaba una vez cada milenio.

Rubí apoyó los hombros en la mesa y luego se sujetó la cabeza con las manos.

—No lo sé... yo estaba muy molesta y empecé a tomar, luego apareció él y comenzó a hablar... después me besó y terminamos arriba —se ruborizó al decirlo— cometí una estupidez, lo sé.

—Sin embargo, no hay nada que se pueda hacer ya al respecto —concluyó Topacio con su normal indiferencia —mejor dime, la gente... La gente suele rumorear que es un amante excepcional, ¿es cierto?

— ¡Topacio! —exclamó poniéndose tan roja como un tomate —esto es un asunto serio.

—Un asunto al que ya no se puede dar marcha atrás y que no vale la pena discutir — argumentó—. Por lo menos lo has disfrutado —ella nunca se lamentaba por asuntos que no podían resolverse.

— ¡Mis posibilidades de matrimonio están arruinadas! —vociferó en voz baja como si su prima no comprendiese aquel asunto.

Topacio pareció considerarlo un momento.

—Cierto que no hay muchas pelirrojas en Inglaterra, pero tampoco eres la única, nadie te relacionará con la nota, ni tienen por qué hacerlo. Ante la sociedad, no estás arruinada.

—No podría casarme con alguien haciéndole creer que sigo intacta, eso sería deshonesto, y tampoco podría confesarlo a nadie.

—Entonces no te cases —sugirió— no veo cuál es el empeño en volverse posesión de un hombre. A los veinticinco años, la dote que nuestros padres nos dejaron pasará a nuestras manos, podremos con ello vivir tranquilas el resto de nuestras vidas.

Rubí negó con la cabeza.

—Quiero una familia, Topacio, tal vez no tan pronto, pero deseo una familia.

Topacio puso los ojos en blanco ante la declaración.

—Entonces, ve con Aberdeen, dile que tú eras la joven con la que estuvo anoche y exígele que se case contigo.

— ¡Estas loca! —exclamó horrorizada— jamás haría eso, además, Aberdeen me cae mal.

Topacio soltó un bufido poco femenino signo de su exasperación.

—Debiste recordar eso antes de acostarte con él —espetó—. Sabes —se levantó—, me has colmado la paciencia, cuando tengas claro lo que harás, me dices —dicho esto salió del comedor.

Solo que Rubí no tenía la menor idea de lo que haría.

Agarró el diario entre sus manos y lo arrugó. Lo quemaría lo más pronto posible, no se arriesgaría a que James lo viera y llegara a las mismas

conclusiones que Topacio o, peor aún, que Zafiro se enterara. Rubí podía confiar en la discreción de su prima, pero sabía Dios que el sermón que le daría sería más largo que el de un reverendo en misa de domingo. Lo mejor era deshacerse de ese papel, aunque a James no le agradaría mucho encontrarse sin su periódico cuando despertase.

Se levantó a cumplir su cometido sin ni siquiera comer, la incertidumbre de su futuro era suficiente para quitarle el hambre.

Horas más tarde, Rubí pensaba la mejor forma de hacer creíble la enfermedad que inventaría para ser excusada de ir a la velada de los Derby, que había olvidado que se realizaría esa noche.

Después de todos los acontecimientos recientes, de lo que menos tenía ganas era de encontrarse en esa velada a las dos personas que habían contribuido a su actual estado de desesperación.

Hereford iría, no había duda de ello. El que tuviera la certeza de que ella asistiría bastaba para que él también lo hiciera. Con respecto a Aberdeen..., no tenía la seguridad de que él fuese, pero algo —llámenlo intuición o conocimiento de su actual mala suerte— le decía que él iría y, sinceramente, no tenía idea de a cuál de los dos deseaba ver menos.

Después de varios minutos de pensar, sin obtener ideas, una buena excusa, Rubí decidió que asistiría y, por más extraño que sonase, Hereford era la razón. Si deseaba acabar ya con el asunto, debía conseguir su desquite, debía conseguir ya la propuesta de matrimonio y de eso se aseguraría esa noche.

Con más decisión, llamó a su doncella para que la ayudase a vestirse.

El vestido de tafetán color rosa pastel era bonito; tenía un escote cuadrado recatado adornado con cintas blancas, con encaje Quillings en las mangas y un lazo también blanco que le rodeaba la cintura. Era una bella creación, no le sentaba tan bien como el rojo intenso que llevó a la mascarada, pero no podía llevar otra cosa por su condición de soltera que, dadas las circunstancias, sería indefinida.

Una vez en la mansión de los Derby, Rubí decidió que se divertiría a toda costa y no dejaría que nada le molestase. Aceptó invitaciones para todos los bailes hasta que su carnet estuvo casi lleno, aunque tuvo que dejar dos espacios

vacíos en los que pasaría tiempo con Hereford que, por el problema de su pierna, no podía bailar. Solo la idea de estar con él le repugnaba, pero decidida como estaba a causarle, aunque sea, un poco de humillación al rechazar su propuesta, logró mantener la sonrisa y asentir ante todo lo que decía. Pronto estuvo segura de que, a más tardar, mañana tendría su propuesta y, por ende, su desquite.

Ya para la mitad de la velada, se encontraba arrepentida de aceptar tantos bailes; no aguantaba los pies. Decidió ir en busca de una limonada para refrescarse y fue entonces cuando lo vio.

Su instinto no le había fallado; Aberdeen había asistido y supo, en cuanto la mirada de él se posó en la suya, que sí debió haber inventado una enfermedad.

Capítulo 6

Rubí hizo un gran esfuerzo por no desviarle la vista al hombre que en esos momentos la miraba como si quisiera resolver un enigma. “No me reconocerá, es imposible que lo haga”, se repitió para tranquilizarse, pero cada segundo que esos ojos marrones se mantenían en su persona, se ponía cada vez más nerviosa. Entonces, como una tabla de salvación, Rowena se acercó a él, con Zafiro a su lado, y seguro se vio obligado a pedirle un baile.

Damián se forzó a prestarle atención a la dama con la que bailaba, pero la tarea se le dificultaba, pues sus pensamientos estaban en otro lado.

Apenas vio a Rubí Loughy, sus pensamientos vagaron a la misteriosa mujer de la noche anterior. No sabía si era porque su color de cabello era igual o porque su silueta era similar, pero Rubí Loughy le recordó inmediatamente a la dama que por más que intentaba, no podía sacarse de la cabeza, lo cual era una estupidez, por supuesto. No podía haber más diferencia entre ambas.

La mujer de anoche era inteligente, audaz e irradiaba pasión por cada uno de sus poros, a pesar de no haber conocido a otro hombre que él. En cambio, la señorita Loughy era ingenua, lo demostraba el hecho de que estuviera dispuesta a casarse con el conde, a pesar de los rumores que corrían de él. Era una belleza más sin mucho cerebro que solo buscaba marido.

—Es usted una bailarina espléndida —le dijo a Zafiro Loughy con el fin de mantener su cabeza en tierra.

—Gracias, milord, usted también es un bailarín excepcional —respondió cortés, pero sin rubores ni sonrisas tontas.

De las tres señoritas Loughy que estaban en ese momento en sociedad, Zafiro Loughy era a la que consideraba más aceptable. Además de ser hermosa, sus ojos dejaban entrever una inteligencia y sensatez sin igual. Era una dama de los pies a la cabeza. Cualquier hombre estaría feliz de estar bailando en esos momentos con ella. En cambio, él tenía los pensamientos en una pelirroja a la que sabía, no le caía en gracia.

No dijo más por los minutos restantes del baile y solo cuando la tomó del brazo para regresarla hacia donde estaba la duquesa, se percató de su anillo.

Un sudor frío amenazó con rodarle por la frente cuando vio la similitud entre ese y el que ahora guardaba en los faldones del frac. La única diferencia entre ambos, era que el que portaba la dama a su lado, poseía un zafiro en lugar de un rubí.

—Es un hermoso anillo el que usted lleva —comentó temiendo a dónde lo llevaría esa conversación.

Zafiro se observó el anillo que sobresalía en su guante blanco, sonrió con ternura y algo de melancolía, luego lo miró.

—Cada uno de nuestros padres nos obsequiaron uno a cada una, con la piedra correspondiente a nuestros nombres —respondió ella.

Eso bastó para que el temor de Aberdeen empezara a aflorar, pero aún así preguntó

— ¿Siempre lo llevan consigo?

—Siempre, jamás nos lo quitamos, es como un amuleto.

“No puede ser, esto no puede ser”, se repitió Damián buscando la forma de negar lo innegable, de convencerse de que era imposible lo que pensaba en ese momento, pero ¿en verdad lo era? ¿No acababa el mismo de compararlas a ambas?

Solo había una forma de comprobarlo.

Dejó a la señorita Zafiro donde la encontró y se fue en busca de Rubí Loughy; la halló en el mismo sitio que antes, esta vez acompañada de Topacio Loughy.

Sin vacilar en ningún momento, se dirigió con paso firme hacia ella, esquivando hábilmente a toda la gente en el camino. Poco antes de llegar, su mirada se desvió a las manos enguantadas que estaban desprovistas de joyas. Eso no era una buena señal, sobre todo, porque Topacio Loughy tenía su anillo puesto.

En pocos segundos más, se encontró frente a ellas saludándolas con una inclinación de cabeza.

—Señorita Loughy ¿me concede el siguiente baile? —la miró a los ojos para que no hubiera duda de a cuál señorita Loughy se refería.

Rubí arrugó ligeramente el ceño en gesto de sorpresa y le echó una mirada furtiva a su prima cuyos ojos grises brillaban con diversión. A la condenada le divertía la situación incómoda en la que se encontraba.

—Me temo, milord, que tengo ocupado todos los bailes —respondió lo más calmada que pudo.

—Y este es mío —interrumpió la voz de lord Edward, que había llegado en ese momento.

Damián no pesaba darse por vencido.

—Estoy seguro de que a la señorita Topacio le encantará bailar con usted para compensarlo.

Lord Edward pareció horrorizado y Topacio soltó una pequeña risa musical.

—No se cómo ha llegado a esa conclusión, milord —respondió ella—, le aseguro que no tengo la menor intención de bailar con alguien.

Aberdeen le dirigió una mirada pétrea y Rubí agradeció por primera vez la falta de educación de su prima.

—Ya ve, milord, no puedo bailar con usted, sería una completa descortesía hacerle eso a lord Edward.

—Pero señorita —dijo en un tono que aparentó ser de pena— ¿me va a negar el privilegio de bailar con usted? Estoy seguro de que lord Edward ya ha tenido ese placer, en cambio, yo no y hoy que al fin me he decidido a proponerle un baile, ¿me lo va a negar?

—Creo que puedo conceder eso, señorita —intervino lord Edward—, por favor, por mí no se preocupe —inclinó la cabeza y se fue.

Rubí casi rechino los dientes de la rabia al ver que el hombre se iba.

—No bailaré con usted —afirmó tajante.

—Yo creo que sí lo hará —respondió de igual forma y la tomó del brazo para llevarla a la pista.

—No sabía que la guerra dejaba problemas auditivos a sus sobrevivientes —intervino Topacio— creo que mi prima ha dicho que no quiere bailar con usted, milord.

—Nadie le ha pedido su opinión..., bruja —esta última palabra apenas fue un

susurro, destinado a ser escuchado solo por él, pero Topacio, con su agudo oído, lo oyó claramente.

Aberdeen arrastró a Rubí hacia la pista sin que ella pudiera hacer nada para liberarse por miedo a un escándalo. Solo cuando estuvo demasiado lejos para ser salvada, Topacio salió de su estado de su estupefacción y una sonrisa incrédula se formó en sus labios.

—¿Qué sucede? —preguntó Zafiro llegando a su lado.

—Creo que Aberdeen me cae bien.

—En verdad, milord, no entiendo su insistencia en este baile —comentó Rubí mientras giraban en la pista de baile al ritmo de un vals. Había pensado en decirle que no tenía permiso para bailar, pero la sonrisa de Rowena al otro lado del salón hubiera desmentido su afirmación.

Estaba nerviosa, no lo podía negar, pero moriría antes de dejarlo entrever. Sentir sus manos en su cuerpo, aunque fuera de manera formal, no hacía más que revivir los recuerdos que tanto intentaba olvidar.

—Mejor dígame, señorita Loughy, ¿no llevaba usted siempre puesto un anillo de Rubí?, hoy no se lo he visto y su prima me aseguró que siempre lo llevaban consigo.

Rubí esperaba no haber palidecido. No estaba segura de lo que sucedía, pero tenía un mal presentimiento.

—No entiendo a que viene el interés en el asunto, milord.

—Sucede, que deseo regalarle a mi hermana un anillo de rubí por su cumpleaños y pensé que quizás podía ver el suyo para darme una idea de como mandar a hacer el de mi ella.

Rubí no se tranquilizó nada con esa explicación.

—Todos nuestros anillos son iguales, milord, la única diferencia es la piedra; si desea ver el modelo, puede ver el de cualquiera de nosotras.

—Pero yo deseo ver el rubí en ese modelo, para asegurarme de que es la piedra que deseo escoger.

—Yo... yo no he traído el mío, tenía mucha prisa y se me ha olvidado.

—En otra ocasión, entonces.

Rubí prefirió no replicar, ya era demasiado para un día.

Bailaron en silencio unos minutos más, luego Damián retiró de improvisto la mano que sostenía a la suya y la metió en el faldón de su frac. Sacó algo de ahí y pocos segundos después, Rubí tenía el anillo nuevamente adornando su dedo.

—Creo que eso es suyo —dijo en un semblante neutro, pero lo que estaba pensando no le pasó desapercibido a Rubí.

Ahora sí había palidecido, es más, debía parecer un muerto. Era un milagro que siguiera de pie y no estuviera desplomada en el piso. Miró al suelo con la leve esperanza de que este se abriera y la hiciera desaparecer, pero no sucedió, hubiera sido demasiada suerte. Esto no podía estar pasándole a ella. Una parte suya estaba feliz de haber recuperado su anillo, pero esa felicidad no era nada comparado con la angustia que empezaba a formarse en su interior.

— ¿Nada que decir? —preguntó enarcando una ceja.

Nada que ella quisiera decir. Tenía que pensar en algo rápido.

—Yo... eh... yo le agradezco que haya encontrado mi anillo, milord. La verdad es que lo había perdido, pero no deseaba que mis primas se enterasen. Tienen un valor muy sentimental para nosotras y por ello tuve que afirmar que lo había dejado en casa —consiguió decir al fin con naturalidad. Después de todo, no era completamente una mentira.

— ¿Y dónde lo perdió? —preguntó con falsa tranquilidad.

Primero muerta que decírselo.

—No lo sé, milord, no recuerdo —al menos desearía no hacerlo.

—Un tanto extraño que, teniendo un valor sentimental para usted, lo haya perdido, ¿no cree?

—Suelo ser muy despistada.

El final del baile la salvó de más preguntas indeseadas y rápidamente se escabulló. Cuando localizó a Rowena entre un grupo de mujeres, se dirigió hacia ellas.

—Rowena, me siento mal.

No tuvo que hacer mucho para pasar la inspección de la mujer rubia de treinta

y ocho años; su semblante bastó para que esos claros ojos azules se llenaran de preocupación maternal.

—Oh, querida, busquemos a las demás para irnos.

Durante la búsqueda, Rubí no se separó de Rowena en ningún momento, como si temiera que Aberdeen apareciera en cualquier instante exigiendo una explicación. No obstante, ni en su cama se pudo sentir cómoda. Algo le aseguraba que él iría en busca de una explicación, pues también tenía la certeza de que la había descubierto, pero ella no podía permitir que él se enterara. Estaría arruinada si así era, tenía que convencerlo de que ella no era a quien andaba buscando, hacerse la tonta, inventarse algo o, mejor todavía, evitarlo a todo costa. Sí, esa era la mejor idea, evitarlo y hacer que Aberdeen se olvidara del asunto.

Solo debió saber que no se lo pondría tan fácil.

Capítulo 7

Rubí se encontraba en su habitación hablando con Topacio cuando el mayordomo le informó que el marqués de Aberdeen deseaba verla.

—Topacio, recíbelo y dile que no estoy.

—El mayordomo puede hacer eso.

—Tú mientes mejor, además, puedes lograr que se vaya.

Topacio pareció pensarlo.

—Está bien —accedió— aunque empiezo a sentir curiosidad por saber el motivo del repentino interés de Aberdeen hacia ti.

—Oh, te lo digo después, ve y dile que no estoy, por favor —rogó.

Topacio asintió y bajó hasta llegar a la sala de visitas donde esperaba Aberdeen. Este se levantó al verla entrar, pero su expresión de fastidio le dejó claro su descontento.

—Milord, qué sorpresa verlo —exclamó Topacio con una leve expresión divertida en los ojos.

Topacio Loughy nunca usaba la expresión “qué alegría verlo”, pues para ella era mentir de manera descarada cuando no era el caso.

Él no se molestó en responder al saludo.

—Recuerdo haber pedido ver específicamente a la señorita Rubí Loughy —dijo.

—Pero qué descortés, milord —se fingió ofendida —mi prima no está y ya que me he tomado la molestia de venir a decírselo yo misma, lo menos que esperaba era una respuesta al saludo.

Damián bufó e hizo una reverencia burlona en forma de saludo.

—Qué alegría verla, señorita Loughy —dijo en tono sarcástico— ¿puede informar a su prima que deseo hablar con ella?

Topacio amplió su sonrisa.

—En verdad empezaré a pensar que tiene problemas auditivos, milord, acabo

de decirle que no está.

Acababa de descubrir, cuál de las tres señoritas Loughy le caía en verdad peor. La mujer mentía bien, pero él sabía que mentía.

—Su mayordomo me informó que iría a buscarla.

—No pudo haberle dicho eso, milord, debió haberle dicho que iría a ver si se encontraba. De decirle lo contrario, sería despedido.

Era inteligente, tuvo que admitir Damián, pero también era una arpía, aunque el dulce tono de su voz y su cara de ángel se empeñaran en desmentir ese hecho.

Mientras Aberdeen intentaba controlarse, una joven rubia entró en el pequeño salón.

—Topacio...oh, disculpen, no sabía que había visitas.

—No las hay —respondió Topacio—, milord ya se iba. Pero, ya que estás aquí, permítanme hacer las presentaciones. Milord, ella es la señorita Esmeralda, hermana de Rubí. Esmeralda, él es milord, marqués de Aberdeen.

Esmeralda hizo una perfecta reverencia y Aberdeen tomó su mano para besarla, sin dejar de sorprenderse por lo distintas que ambas hermanas resultaban físicamente.

—Es un verdadero placer conocerla, señorita. Es usted igual de hermosa que su hermana, debe ser de familia —Esmeralda se ruborizó— estoy seguro de que en su primera temporada tendrá a todos los hombres babeando por usted.

—Gracias, milord— exclamó Esmeralda con las mejillas más sonrojadas aún —¿a qué debemos el honor de su visita?

—He venido a ver a su hermana. ¿Podría llamarla, por favor?

Antes de que Esmeralda pudiera hablar, Topacio intervino.

—Ya le he dicho que no está, milord —su tono de voz era igual de calmo, pero Damián pudo notar una leve exasperación en él —ha salido con su doncella a hacer unas visitas.

—Pero si la acabo de ver... — una mirada de Topacio bastó para que ella entendiera. —saliendo con su doncella, cierto; no está, milord.

Damián intentó no perder la paciencia. No podía ser más obvio que Rubí Loughy no quería recibirlo y había mandado a la bruja de su prima a despedirlo,

sin ser consciente de que al hacerlo, incrementaba más sus sospechas, pues si no debía nada ¿por qué no enfrentarlo? No importaba. Él no se iría de ahí sin verla.

—Entonces...

La llegada de Zafiro lo interrumpió.

—Oh, milord, es usted, he escuchado que había una visita.

—He venido a ver a su prima, la señorita Rubí —dijo con la esperanza de que esta Loughy sí dijera la verdad.

—Y yo le he informado que no está —apuró a decir Topacio.

Zafiro entendió el mensaje pero, para desgracia de Rubí, mentir no estaba entre sus muchas cualidades.

—Oh, sí, salió hace poco —dijo, pero su tono era indudablemente nervioso.

Aberdeen perdió la paciencia.

—Miren señoritas, basta de juegos, no pienso irme de aquí sin ver a...

— ¡Milord! —exclamó una voz que no podía ser otra que la de Rowena, seguro informada por el mayordomo de tan ilustre visita— qué placer tenerlo por aquí.

—Excelencia— saludó— qué gusto verla.

— ¿A qué debemos el placer de su visita?

Él sonrió.

—He venido a ver a una de sus encantadoras pupilas —no supo cómo hizo para no atragantarse con la palabra "encantadoras"—. La señorita. Rubí.

A Rowena se le iluminaron los ojos.

—Oh, por supuesto, debe estar en su habitación, yo misma la buscaré. Siéntese, por favor —dijo y luego salió feliz a cumplir su cometido.

Aberdeen miró a las tres Loughy con una sonrisa victoriosa en los labios.

—Bien —comentó Topacio a nadie en particular mientras se dirigía a la salida sin despedirse —no puede decir que no lo intentamos.

—Yo... me retiro —dijo Esmeralda que hizo una reverencia de despedida y salió un poco confundida.

Zafiro, como la dama educada que era y a pesar de lo incorrecto de la situación, no se atrevió a dejarlo solo hasta que apareció Rowena acompañada de

una reacia Rubí. Cuando iba saliendo, sus ojos azules le dijeron a Rubí que más tarde exigiría una explicación.

—Yo los dejó —dijo Rowena saliendo pero dejando la puerta del salón abierta para guardar el decoro.

Rubí suspiró con resignación, conteniendo el impulso de rogarle que se quedara. Ella ni siquiera debería dejarla sola, eso iba en contra del decoro, pero debía estar muy desesperada por encontrarle marido, además, no había virtud que resguardar; ella ya estaba arruinada. Con desgana, se sentó en la silla opuesta a la de Aberdeen y lo miró con fastidio.

— ¿Qué desea, milord? —preguntó sin rodeos. No estaba para saludos corteses.

—Creo que sabe la respuesta —dijo sentándose.

—Me temo que no lo sé, milord.

Oh, vaya que lo sabía, pero ya que el plan de mantenerse alejada no surtió efecto, intentaría haciéndose la tonta. Moriría antes de admitir que había sido ella la mujer de esa noche. De alguna forma conseguiría que Aberdeen viera en ella a la estúpida señorita tonta que siempre creyó que era.

—Sabe —continuó como si ella no hubiera hablado— nunca creí que fuera tan cobarde. Mire que mandar a la bruja de su prima a mentir por usted.

También sabía eso. Sabía que se había comportado como toda una cobarde al mandar a Topacio a despacharlo, pero ¿qué más podía hacer? ¿Era pecado querer evitar la conversación que seguro se avecinaba? Sin nada que decir en su defensa, aclaró:

—Topacio no es una bruja.

—Sin embargo, actúa como una, pero no he venido a hablar de ella. Vengo en busca de una explicación.

Rubí se mordió el labio y se lo soltó al darse cuenta de que lo hacía; no podía dejarle saber que se encontraba nerviosa.

—Le repito milord, que no tengo la menor idea de lo que me está diciendo.

Aberdeen arqueó una ceja.

— ¿Ah, no?

—No.

—Me podría decir, entonces, ¿dónde estaba la noche del sábado?

Rubí respiró hondo. Nunca se le había dado muy bien mentir.

—En mi casa, por supuesto, ¿puedo saber a qué viene la pregunta?, me parece un tanto ridícula.

A Aberdeen no le pasó desapercibido cómo se retorció las manos en su regazo, indudable signo de su nerviosismo.

— ¿Le gustaría saber dónde encontré su anillo?

¡No! —quería exclamar Rubí— pero si lo hacía, despertaría más sospechas, así que muy en contra de su voluntad preguntó:

— ¿Dónde lo encontró?

Damián inclinó su cuerpo ligeramente hacia adelante, intimidándola.

—En una de las habitaciones del Pleasure club, lo perdió la mujer con la que pasé la noche.

No podía creer que hubiera sido tan directo, ¿Qué clase de caballero era ese?

El hecho de que se hubiera puesto tan roja como un tomate, dio más credibilidad a lo que Rubí fingió a continuación.

—¡Milord! —exclamó intentando parecer lo más horrorizada posible— esos... esos no son temas de conversación correctos.

¡Esos ni siquiera eran temas de conversación! Una joven decente y una matrona se hubieran desmayado ante semejante descaro y falta de educación ¿debería fingir un desmayo?

—Y —continuó él como si nada— lo más curioso era que la mujer se parecía a usted: su color de cabello era igual, tenía ese tono rojizo con unos que otros reflejos marrones bastante extraños.

Rubí se encontró deseando que se la tragara la tierra. Pensó un momento en dejar de fingir. ¿Para qué?, él estaba completamente convencido de que ella era la mujer con la que había pasado la noche; no se equivocaba, sin embargo, no podía darse por vencida tan rápido, había muchas cosas en juego.

Se levantó y adoptó la pose más digna que pudo.

—Me temo, milord, que si va a seguir hablando de esa forma tan grosera en

mi presencia, deberá retirarse.

—¿Me está corriendo?

—Sí.

Damián suspiró y se levantó.

—¿Por qué mejor no nos dejamos de juegos, Rubí, y hablamos claro?

—No... No le he dado permiso de usar mi nombre de pila —tartamudeó.

Eso era lo que le faltaba, perder todo el respeto que poseía como una dama. Él en esos momentos debía estar creyéndola una paloma desviada, sin remedio y no podía culparlo. La culpa había sido solo suya y de nadie más. Ella se había dejado seducir. Ella se había acostado con él. Ella consintió todo eso y ahora estaba intentando salvar algo insalvable. Pero, la peor batalla era la que no se realizaba.

—Tal vez, porque yo no te he pedido permiso —respondió Damián con tranquilidad y a Rubí le provocó pegarle algo en la cabeza para bajarle la arrogancia—. Te he dicho que nos dejemos de juegos, tú sabes muy bien qué quiero decirte.

—Le aseguro que no tengo ni la menor idea y le pido, por favor, que me trate con respeto—, aunque ella consideraba que no se lo merecía.

—En ningún momento te he faltado el respeto.

— ¡Lo ha hecho desde que llegó!

La paciencia de Rubí empezaba a flaquear.

—Tal vez, lo veas así porque insistes en desempeñar un papel que, si me permites decirlo, interpretas muy mal.

—No estoy interpretando ningún papel —se obligó a bajar el tono de su voz por si había oídos indiscretos cerca.

—¡Basta ya! —masculló Damián— ya me cansé, estoy seguro de que eras la mujer con la que estuve aquella noche.

Rubí sentía que le faltaba la respiración. Una cosa era andar con rodeos y otra tratar el tema directamente.

—No..., no pienso permitir semejante ofensa, ¡váyase de aquí!

—Si no lo era, ¿qué hacía su anillo en la habitación?

—Ya..., ya le dije que lo perdí, alguien pudo haberlo encontrado, vendido y este fue a parar a la dama con la que tanto se empeña en confundirme —su voz fue casi un susurro, temerosa de que alguien pudiera oírlos.

—¿Por qué se negó a recibirme? —inquirió también en voz baja.

—Porque que cae mal —una verdad para variar entre tantas mentiras.

Damián no se inmutó, en cambio, pareció reconsiderar el asunto.

—Entonces, supongo que solo hay una forma de comprobar lo que digo.

Rubí no tenía ni la menor idea de cuál era esa forma, pero tampoco deseaba saberla.

— ¡Márchese! —ordenó, a ese punto le interesaba un rábano la buena educación. Le lanzaría todos y cada uno de los objetos de la estancia si con eso conseguía sacarlo de ahí.

Él no le hizo caso, en cambio, se acercó a ella, la acorraló contra el mueble y, antes de que ella pudiera prever sus intenciones, la besó.

Rubí se quedó estática, sin saber cómo responder; su cuerpo preso de sorpresa se negó a reaccionar y lo dejó hacer. Esos labios se movían entre los suyos y le recordaban el exquisito placer que podían proporcionarle. Le hicieron recordar al detalle la noche de su perdición y la instaron a que pecara pero, antes de que sus más bajos instintos la traicionaran, él se separó.

—Creo que es suficiente confirmación para mí.

Rubí se dejó caer en la silla. Sentía que sus piernas ya no la sostenían y creía que se desmayaría en cualquier momento. Demasiada presión para un solo día.

Damián se apiadó de ella. Había ido ahí con la firme convicción de que obtendría respuesta a sus preguntas y estaba dispuesto a conseguirlas, pero no era ciego y veía como a Rubí Loughy se le acababan las fuerzas para seguir en la batalla. Admiraba su capacidad de querer mantener su identidad oculta y, el que quisiera hacerlo —sumado a su actitud nerviosa—, solo le confirmaba lo que ya temía. Ella se arrepentía de esa noche. Saber eso solo hacía que la culpa reviviera en él. En el fondo hubiera deseado que las cosas fueran diferentes, había intentado convencerse por todos los medios de que eso no era su culpa, pero no podía, su conciencia no lo dejaba tranquilo y por eso estaba ahí, buscando una respuesta que pudiera darle algo de tranquilidad. Había esperado

encontrar algo en su actitud que le dijera que ella no se encontraba en lo absoluto afectada por lo ocurrido o que había ido a ese lugar en busca de eso, pero solo había encontrado todo lo contrario. Había encontrado a una mujer que no sabía qué hacer en ese momento y que parecía a punto de perder el sentido. Lo que lo llevaba a la conclusión de que esa noche ella se había molestado tanto al escuchar tales atrocidades sobre ella de la boca de Hereford que había tomado para calmarse. Se había pasado de copas. Y él se había aprovechado de ello. Si no hacía algo, eso le pesaría siempre en la conciencia.

—Tranquilízate, por favor —pidió en un tono más dulce—, solo quiero hablar contigo.

—Yo no quiero hablar —respondió ella utilizando hasta el último gramo de autocontrol de su cuerpo—. ¡Váyase! ¡Lárguese y no regrese!

Damián pensó que tal vez era mejor dejarla para que se recuperara y luego volver. De lo que sí estaba seguro era de que obtendría su explicación.

Giraba para irse cuando entró el mayordomo.

—Señorita Rubí, milord, el conde de Hereford, desea hablar con usted.

Rubí suspiró y le dijo al mayordomo que lo hiciera esperar un momento. Se había olvidado por completo de la posibilidad de que Hereford viniera hoy a pedirle matrimonio. Y había venido en el momento más inoportuno, tenía que decir. No no sabía de dónde sacaría fuerzas para rechazar de la peor manera la propuesta de matrimonio. No tenía ganas ya ni de vengarse. Y, para peor de males, Aberdeen giró en ese momento hacia ella.

— ¿Qué hace ese canalla aquí? Por Dios, Rubí ¿no me digas que en verdad piensas aceptar su propuesta de matrimonio después de todo lo que dijo de ti? No creo que estés tan desesperada. No permitiré que te cases con él.

Rubí no supo en ese momento qué fue lo que la enfureció más, si el hecho de que siguiera llamándola por su nombre (aunque debía admitir que sonaba maravilloso en sus labios), o que en verdad la creyera tan desesperada para aceptar la propuesta, o que le haya dicho que no lo permitiría. ¿Quién se creía él para decirle algo así? Si a ella le daba la gana de terminar de arruinar su vida, él no tenía por qué meterse.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de su incumbencia —espetó con las

fuerzas que la rabia le proporcionaba—. ¡Lárguese ahora mismo o empiezo a gritar hasta que alguien venga a socorrerme! ¡Y no vuelva a llamarme por mi nombre!

Damián pensó que el que no hubiera fingido ignorancia ante lo que dijo Hereford de ella, era señal de que ya daba la batalla por perdida. Por otro lado, comprendió que fueran cuales fueran sus intenciones, seguramente, no aceptaría la propuesta; no sería tan estúpida. Aunque ya estuviera mancillada, no creía que eso la hiciera llegar tan lejos. Él mismo la había visto enfrentarse a Hereford cuando habló todas esas cosas malas de ella. La mujer tenía ganas de matarlo, no creía que hubiera cambiado de parecer.

—Bien— aceptó —me iré, pero tenemos una conversación pendiente.

—No tenemos ninguna conversación pendiente; es más, seré feliz si no vuelve a dirigirme la palabra.

—Te equivocas, regresaré; así que nos vemos pronto..., Rubí.

Aberdeen sonrió al ver como ella se ponía roja y parecía buscar con la mirada algo que lanzarle encima.

“Vaya temperamento”, pensó mientras salía del salón. Según había podido comprobar en los últimos dos días, su primera impresión sobre la señorita. Loughy no pudo haber sido más errónea. La mujer tenía carácter y vaya que lo había demostrado... en más de un aspecto, pensó permitiendo que una pequeña sonrisa se formara en sus labios. Sinceramente, nunca le había caído del todo mal, su antipatía hacia ella radicaba en la ella le tenía a él, por algún motivo desconocido. Nunca había podido negar que se trababa de una mujer interesante, aunque siempre pensó que era estúpida, pero había algo en ella que le llamaba la atención. Era como una especie de extraña atracción que no había experimentado antes, atracción que no hizo más que incrementarse con la noche pasada junto a ella.

La sonrisa se le borró al ver a Hereford que se levantaba y caminaba al salón de donde él acababa de salir y donde Rubí le hacía señas para que entrase. Hereford lo miró, inclinó la cabeza a modo de saludo y siguió caminando.

A Aberdeen le entraron unas repentinas ganas de retorcerle el cuello a ese imbécil. Había que ser bien canalla para hacer lo que él estaba haciendo con

Rubí Loughy y solo esperaba que el hecho de que ella se sintiera desesperada por haber perdido su virtud no la llevara a cometer una estupidez. Y aunque la cometiera, él no podía permitir que ella se casara con otro, mucho menos con Hereford, para resarcir un error cuyo causante había sido él. En todo caso, le tocaría a él pedirle matrimonio y Dios sabe que esa posibilidad la reconsideraba desde la noche pasada, cuando se había enterado de todo. Pasó toda la noche en vela pensando en el asunto.

Hace poco estaba más que decidido a expandir su soltería por el mayor tiempo posible, hasta que fuera inevitable tener que casarse para tener un heredero; claro que no había contando que sucediera algo como esto. Sin embargo, la idea de un matrimonio con Rubí Loughy no le disgustaba tanto como lo hubiera hecho hace tan solo días, no después de esa noche que había resultado ser una de las mejores de su vida; ni el hecho de descubrir la identidad de la misteriosa dama podía hacerle negar eso. Tenía que admitir que solo pensar en lo que otro hombre pudiera hacerle al enterarse de que ella no era virgen lo hacía hervir de culpa, pero pensar que otro hombre pudiera tocarla le hacía nacer un extraño sentimiento de posesión dentro de sí. Cuando llegó a su casa ya había tomado una decisión. Primero, escucharía la explicación que le obligaría a darle, pero, independientemente de la respuesta, él tenía que resarcir el daño. Se casaría con ella, estuviera ella dispuesta o no, aunque no veía que tuviera muchas opciones al respecto. Rubí Loughy sería suya o, mejor dicho, ya lo era.

Capítulo 8

Rubí tuvo que respirar hondo varias veces para poder recuperar algo de su autocontrol. Luego de que creyó conseguirlo, hizo una seña a Hereford para que entrara y así acabar de una vez con ese asunto.

La visita de Aberdeen y sus resultados habían logrado ponerle los nervios de punta; estaba alterada, exhausta, y lo único que deseaba era encerrarse en su habitación y no salir más nunca, sobre todo ahora que el hombre sabía toda la verdad y sus intenciones eran desconocidas. ¿Podría ser acaso peor su suerte?

Hereford entró en ese momento con esa pose tan arrogante que hacía que su bastón pareciera más un artefacto majestuoso para completar su apariencia que algo que en verdad necesitaba. Rubí compuso su mejor sonrisa de bienvenida. Se obligó a pensar en lo satisfactorio que sería lo que sucedería a continuación.

—Milord, pero qué alegría verlo.

—Mi querida señorita Loughy —dijo tomándole la mano para besarla y ella tuvo que reprimir el impulso de apartarla— he venido, porque ya no puedo esperar más.

Rubí sonrió.

—Siéntese, milord, por favor.

—No, no, creo que será mejor estar de pie para decirle lo que quiero decir. Verá, desde que la vi por primera vez, supe que usted era la mujer que deseaba por esposa, supe que era la persona con la que quería pasar el resto de mi vida, por ello, hoy, en contra de todas las formalidades que dicen que primero debo hablar con su tutor, yo vengo —dijo sacando de su chaleco un pequeño estuche que contenía un sencillo anillo de diamante—, vengo a pedirle que me conceda el honor de ser mi esposa. ¿Quiere casarse conmigo?

Rubí sonrió y los ojos de Anderson brillaron con satisfacción.

—Por supuesto... que no, milord. No tengo la menor intención de casarme con usted.

Anderson abrió los ojos con sorpresa.

— ¿Perdón?

—Ha escuchado bien, no me voy a casarme con usted.

—Pero yo... es decir... yo creí que...

—¿Creyó que estaba interesada en usted? —dijo en tono de burla—. Por el amor de Dios, milord, nunca lo creí tan estúpido. ¿En verdad pensó que yo, una dama poseedora de una gran dote, que está bajo la tutela de los duques de Richmond, iba a casarme con usted?

—Pero... —el hombre no parecía salir de su estado de estupor.

—Puedo aspirar a algo mejor que un conde empobrecido, querido. Lo mío fue... un juego. Quería demostrarme a mí misma que podía tener a quién quisiera a mis pies y lo conseguí, ¿no?, fue demasiado simple engañarlo. Soy demasiada mujer para usted.

Al menos esa última frase era verdad y Rubí se sintió mejor al ver cómo al hombre se le empezaba a tornar la cara de un rojo carmesí. No sabía si era por la rabia de ver sus planes frustrados o la vergüenza de la humillación pasada, pero no le importaba, le había dado un poco de su propia medicina; ahora sabía lo que era sentirse humillado y rebajado a nada.

—Eres una... —se calló justo antes de que la palabra ofensiva saliera de su boca, no importaba cuán enfadado estuviera, su poco orgullo le impedía decir algo grosero ahí.

—Creo que es mejor que se vaya, querido.

Anderson no se hizo rogar. Giró sobre sus talones y se fue con la mayor dignidad que pudo recoger.

Rubí se dejó caer en el sofá apenas el hombre salió por la puerta. Aunque obtuvo cierta satisfacción al conseguir su desquite, no podía estar completamente tranquila porque las palabras de Hereford en aquel club fueron las que provocaron su estado actual de nerviosismo. Ahora, no sabía qué pensaba hacer Aberdeen. No sabía si lo divulgaría todo, si divulgaría una parte... Fuera como fuera, él no saldría perdiendo ya que había sido ella la que había ido a ese bendito club. Aberdeen nunca le había parecido una de esas personas que les gustara el chismorreo ni que desprestigiara la reputación de alguien solo por diversión o desquite; estaba casi segura de ello, sin embargo, también había

estado casi segura de que Hereford era un buen hombre, por lo que ya sabía no debía confiar en su capacidad de juzgar a las personas.

Se levantó con desgana. Hereford no se quedaría tranquilo después de haber invertido tanto tiempo en un plan que al final no había resultado fructífero. Con su rechazo, Rubí le había robado la posibilidad de obtener su dote y, por ende, la salvación de su deuda. Ya no tenía tiempo para cortejar a nadie más y debía estar desesperado por la sola idea de terminar en la cárcel de deudores. A pesar de ser tan mala juzgando los caracteres de las personas, tenía la certeza de algo, Hereford querría venganza y la mejor forma de obtenerla era desprestigiarla ante la sociedad. Podía inventar cualquier cosa y manipular la situación a su antojo, y solo había una opción para evitar eso: hacerlo ella primero. De esa forma, no solo aseguraría su reputación (que para ella ya no valía nada, pero para su familia sí), sino que también advertiría a las otras chicas del cazafortunas y canalla que era Hereford. Si alguien quería casarse con él, ya sería bajo su responsabilidad.

Decidida a llevar de inmediato a cabo la segunda parte de su plan, Rubí subió a su habitación. Tomó de su cómoda una hoja y una pluma y se sentó en su tocador a escribir: “Mi querido remitente desconocido:”

No era lo mejor que se le podía ocurrir, pero en esos momentos no sabía con qué otro nombre llamar a un columnista anónimo de chismes, así que continuó:

Le escribo porque tengo en mis manos información que le interesará y estoy encantada de compartir con usted.

Sepa que es toda una certeza que el conde de Hereford está en la ruina. Le debe cantidades exorbitantes de dinero a un famoso jugador conocido como John. También sepa que cierta dama ha rechazado su propuesta de matrimonio, ya que es claro que el interés profesado era por la dote de ella, por eso el conde debe andar desesperado buscando alguna otra dote que cazar. No nos gustaría que ninguna otra joven cayera en sus redes, ¿verdad? Creo que debe suponer quién le envía esta carta, no obstante, espero contar con su discreción.

Atte.: Anónima.

Rubí selló la carta. La enviaría a la sede del periódico donde escribía el desconocido, y los empleados se la harían llegar pues, como buen reportero de

chismes, nadie sabía quién era ni donde vivía. Corría el riesgo de que la carta fuera abierta antes de llegar a su destinatario, pero estaba dispuesta a correrlo mientras todo saliera como quería.

A más tardar mañana "Comentan por ahí" ya habrá publicado tan jugosa noticia y los chismes no tardarían en correr. Puede que hubiera algunos que no lo creyeran y lo desestimaran por ser un simple cotilleo, pero se hablaría de ello y habría gente que lo creería pues, si lo decían, lo decían por algo. Sí, la sociedad lo creería o, al menos, lo tomarían en consideración.

Sabía que tendría que enfrentarse a algunas preguntas indiscretas después de eso, pero estaba dispuesta a responderlas e incluso propagaría ella misma el chisme. No dejaría oportunidad a Hereford de desprestigiarla; si lo intentaba, después de eso, todos lo tomarían como ataque defensivo y sus palabras caerían en saco roto o, al menos, eso deseaba. A veces, la palabra de una mujer no valía nada contra la de un hombre, pero esperaba que ese no fuera el caso. Confiaba en que en la guerra de las habladurías de ese tipo siempre las ganaba quien atacaba primero. Ya después, pensaría en qué le diría a Rowena al respecto.

Luego de que hubo enviado a un lacayo con la carta, regresó a su cuarto, donde se encontró con Zafiro y Topacio que tenían cara de querer una explicación.

—¿Y bien? —inquirió Zafiro.

—¿Bien, qué?

—No te hagas la tonta, Rubí. ¿Por qué no querías recibir a Aberdeen?

—Creo haber dejado claro desde hace tiempo que me caía mal.

—Estoy segura de que esa no es la razón.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡Porque lo estoy! Además, la pregunta debería ser ¿por qué Aberdeen quería verte?

—Esa respuesta sí me interesa —intervino Topacio.

Rubí miró a sus primas con cara de fastidio. Su resolución de mantener todo oculto no había durado ni una semana. ¿Qué más daba, entonces, que Zafiro también se enterara? Si lo sabía Aberdeen, ya nada importaba.

Con resignación, empezó a narrar toda la historia. Al final, Zafiro la miraba

como si le hubiera salido otro ojo.

—¡Es que te has vuelto loca! —gritó.

—¡Baja la voz! —ordenó— sí, cometí el peor error de mi vida, lo sé, pero ya no puedo hacer nada para remediarlo.

—Y lo dices con tanta calma —bufó sin poder creérselo— ¿Acaso no sabes las consecuencias que esto acarrea?

—Las tengo bastante presentes, pero no te preocupes, hoy he decidido que no pienso casarme nunca. Los hombres solo traen problemas.

Zafiro seguía negando con la cabeza.

—Aberdeen lo sabe —afirmó— por eso vino— dedujo.

Rubí asintió.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Topacio.

—Bueno...

Al final de esa parte de la explicación, Zafiro parecía a punto de explotar. Incluso parecía más preocupada que ella.

—Estás metida en un buen lío, Rubí —le dijo.

Eso también lo sabía.

—A pesar de todo, no creo que Aberdeen sea el tipo de persona que riega chismes de esa índole, sobre todo cuando lo involucran a él.

Zafiro no pareció hacerle caso.

—Tienes que casarte con él —afirmó.

Ahora fue Rubí quién la miró a ella como si se hubiese vuelto loca.

—¡Por supuesto que no!

—No tienes otra alternativa. Si él es un caballero, se casará contigo; es más, ya debió habértelo pedido.

—¡No pienso casarme con él!

—Es la única forma, Rubí, no puedes casarte con nadie más, ¡estás mancillada! Es justo que él repare el daño.

—Daño que de una u otra forma acepté —le recordó— yo causé todo, yo viviré con las consecuencias.

—En realidad —intervino Topacio— si vamos al caso, todo este asunto lo

causó Hereford. Yo voto porque lo linchemos a él.

—Oh, no menciones a ese canalla —espetó Zafiro— merece que le peguen un tiro entre ceja y ceja; en verdad, espero que le hayas dado su merecido. Pero ese no es el tema, estábamos en que...

—En que no me casaré con Aberdeen —interrumpió Rubí— no lo obligaré a hacerlo y no creo que él se deje obligar. Lo que sucedió, sucedió y ya no pudo remediarlo. Además, ya te he dicho que no pienso casarme nunca, por ende, la falta de virtud no supondrá ningún problema.

—¿Y si estás embarazada? —preguntó Zafiro.

Rubí no había pensado en eso. Una punzada de preocupación le atravesó el pecho, pero desapareció después de analizar el asunto.

—No lo creo, seguramente Aberdeen tomó medidas para evitarlo.

—¿Se puede evitar? —preguntó Zafiro asombrada.

—Creo que sí —respondió frunciendo el ceño en gesto pensativo—, espero que sí.

—¿Cómo sabes eso?

Ella se encogió de hombros.

—Rowena debería contratar doncellas más discretas.

—Oh, tú deberías ser menos chismosa —dijo Topacio.

Zafiro le quitó importancia al asunto con un ademán de mano.

—No importa, nadie me quitará de la cabeza que debes casarte con él.

—Y a mí nadie me convencerá de lo contrario.

—¡Ya basta! —intervino Topacio fastidiada— creo que Rubí está bastante grande como para resolver los líos en lo que se ha metido y vivir con las consecuencias de sus actos.

—Tal y como haces tú —espetó Zafiro.

—Exactamente. Zafiro, estamos haciendo una tormenta en un vaso de agua. Ya no se puede hacer nada para evitar lo que sucedió. Rubí no quiere casarse y tú no puedes obligarla. Fin del asunto.

—Pero está arruinada —objetó Zafiro en un tono de verdadera preocupación.

—Mi virtud, tal vez —contestó Rubí en tono dulce—, mi vida no.

—No podrás tener hijos.

—Entonces, seré la tía consentidora —se encogió de hombros en un ligero intento de humor— ¿En verdad crees, Zafiro, que podría ser feliz con Aberdeen?

Ella pareció pensarlo un momento.

—Es un buen hombre —respondió—, ni siquiera sé por qué te cae mal.

—Dejémoslo en que no nos llevaríamos bien.

—Eso no puedes saberlo.

—Lo sé —dijo un tanto exasperada.

—Quizás si lo tratarás más...

—Basta, aunque yo aceptara, él nunca lo haría. Fin del asunto. ¿Puedo contar con tu discreción y apoyo al respecto?

Zafiro la miró ofendida.

—Pero que pregunta más estúpida, por supuesto que puedes contar con ello.

Rubí sonrió y se arregló para abrazarlas a ambas.

—No sé qué haría sin ustedes —les dijo.

—Tendrías una vida más sencilla —comentó Topacio separándose del abrazo—. Yo me retiro, no se vayan a poner a llorar —dijo antes de salir.

—¿Nunca cambiará cierto? —le preguntó Zafiro a Rubí.

—Lo dudo.

—Sabes, a veces, pienso que nos oculta algo.

Rubí se encogió de hombros.

—Si es así, ten por seguro que, si es por ella, nunca lo sabremos.

—Topacio no era así, Rubí, lo sabes; no era tan mezquina, tan cínica ni descarada. Es tan... desconfiada, es como si intentara defenderse de antemano de algún ataque que, está segura, llegará. Nunca volvió a ser la misma desde aquel día.

—Ninguna volvió a ser la misma desde aquel día, Zafiro, nadie puede ser el mismo después de haber perdido a sus padres en una masacre cuyo motivo se desconoce. Mejor agradece que tuvimos suerte y Rowena cuidó de nosotras.

—Lo agradezco, por supuesto que lo hago, pero... a veces es tan difícil olvidar— dijo acariciando el anillo en su dedo.

—No hay por qué olvidar, solo es cuestión de suprimir los malos recuerdos y quedarse con los buenos. Ellos siempre estarán en nuestros corazones.

—Si... supongo que sí.

Después de que Zafiro se fuera, Rubí se acostó en la cama y empezó a pensar. Vaya que la vida podía ser una caja de sorpresas, lástima que la mayor parte de las veces, estas no fueran tan buenas.

Ella no recordaba con claridad ese día tan trágico. Solo se acordaba de la huida. De la necesidad de escapar de ese lugar lleno de sangre. De la angustia sentida en cada paso que daban intentando buscar un lugar donde pasar la noche. Fue de ese tipo de experiencias que no se le deseaba ni al peor enemigo. Ese día había cambiado todo. Todo lo que conocían se había derrumbado. Sus padres habían muerto. Su familia también. Estaban completamente solas. Solas en un mundo del que recién habían descubierto que podía ser muy cruel. Solas con la única compañía de las otras, lo que había conseguido que el vínculo entre ellas fuera irrevocable.

Rowena había sido como un ángel de la guarda que les mandó el cielo. Se había ocupado de ellas cuando nadie más quiso hacerlo y las había querido como si fueran sus hijas de sangre. William tampoco se había quedado atrás, no tardó en aceptarlas en su familia y en proporcionarles el mismo cariño que Rowena. Eso era algo por lo que siempre estarían agradecidas. Algo que nunca olvidarían. La vida, tal vez, les había arrebatado —de la manera más cruel posible— a sus padres, pero no las había dejado desamparadas.

Sin embargo, Rubí no podía dejar de pensar que, en momentos como esos, daría lo que fuera por tener a su madre consigo, por contarle todos sus problemas y esperar que ella, con esa voz dulce y maternal que la caracterizaba, le dijera que todo estaría bien, que todo tenía una solución, que solo era cuestión de encontrarla.

En ese instante Rubí no veía ninguna solución posible. Vivía en una sociedad donde la mujer tenía que ser lo más parecido a la perfección y, si no lo era, se consideraba una oveja descarriada. Donde llegar virgen al matrimonio determinaba el grado de dignidad de señorita. Donde despreciaban y criticaban a todos aquellos que no siguieran sus reglas. Sabiendo eso, era muy difícil

encontrarle la solución al asunto.

Si se casara con alguien y este alguien descubriera que no era tan íntegra como el día de su nacimiento, tenía derecho a reprochárselo y podía desprestigiarla ante toda la sociedad, si lo deseaba. Así, ella quedaría completamente arruinada; y si quedaba arruinada, su familia también. No deseaba hacerles eso a sus primas y mucho menos poner en esa situación de bochorno a Rowena. Por ende, nunca se casaría. Vivía en un mundo demasiado injusto, y no daba indicios de cambiar. Nunca podría tener una familia, hijos a los que amar y con los que compartir. Viéndolo así, el panorama se observaba bastante negro. La única solución radicaba en casarse con Aberdeen, pero ella no lo haría. No lo obligaría a ello, y no solo porque aún le cayese mal, sino porque estaría condenándolos a ambos a una vida que podía resultar peor que la realidad misma. Además, Rubí ya había comprobado que en los hombres no se puede confiar. A veces podían resultar bastante despreciables y, para estar atada a alguien así, para someterse siempre a su voluntad, prefería quedarse soltera. Sí, eso era lo que haría, se quedaría soltera, y no había nada que decir al respecto.

Capítulo 9

Aberdeen sí que tenía algo que decir al respecto.

Rubí se debió imaginar que no todo podía ser tan sencillo, que él no se daría por vencido tan fácilmente, pero nada le costaba soñar.

Solo un día más tardó Aberdeen en aparecer de nuevo por su casa. Cuando le dijo que tenían que hablar, lo decía en serio, y Rubí presentía que no iba a poder librarse de él hasta que no lo hicieran o, en el peor de los casos, no se desharía de él.

En el momento en que vio, desde la ventana de su cuarto, el carruaje que se acercaba, no necesitó esperar a que su ocupante bajara para saber quién era. De inmediato su cabeza empezó a inventar una serie de planes para evitarlo, pero ninguno parecía ser bastante bueno. Dos minutos más tarde, Rowena tocaba la puerta de su cuarto.

—Rubí, querida, el marqués de Aberdeen quiere verte.

Rubí suspiró, pensando que tan difícil sería convencer a Rowena de que ella no quería verlo. Tal vez fuera más difícil que hacerlo desistir a él, por lo que no tenía sentido seguir evitando lo inevitable; él quería hablar, hablarían, y que fuera lo que Dios quisiera.

Con la pose más digna que pudo, bajó para recibirlo. Lo que no esperaba era que él no quisiera hablar ahí, sino en algún lugar de Hyde Park.

Rubí no sabía si esa sería mejor idea. Desde luego que su casa no era ni de lejos un lugar donde quisiera tratar los asuntos, no obstante, un parque abarrotado de gente tampoco lo era, aunque bien podían encontrar un lugar privado donde hablar, porque aún era temprano; ese era para Rubí el mayor problema, no quería quedarse a solas con él. Por lo menos en su casa alguien acudiría rápido ante la mínima exigencia de ayuda.

Está bien, tal vez exageraba un poco, no es que Aberdeen fuera a secuestrarla, a violarla o a hacer algo por el estilo en un lugar público, pero no quería quedarse a solas con él, más por temor a su propia reacción que a lo que pudiera

hacer él.

—Pero Rowena, hoy es el día libre de las doncellas, no hay nadie que nos acompañe— objetó.

Aberdeen la miró con un dejo de diversión ante el comentario, pero Rubí lo ignoró y esperó la respuesta de la duquesa.

Rowena era fiel a las normas del decoro y, aunque el parque quedara muy cerca de su casa, jamás la mandaría sin un acompañante debido a la gran cantidad de cotilleos que causaría.

—Una de tus primas podría acompañarte... Hablaré con Topacio... no, mejor buscaré a Zafiro.

—Zafiro salió —indicó con satisfacción— fue con lady Alice a la reunión semanal del club de lectura de lady Mary.

—Entonces le diré a Topacio —dijo con resignación preparándose para la batalla— ¡No!, acabo de recordar que la sobrina de la cocinera no salió a ningún lado, le pediré el favor y la recompensaré luego con otras horas libres. Ya regreso.

—¡Espera! ¿Hablas de Molly? —Rowena asintió— mejor habla con Topacio, para qué molestar a la pobre muchacha —dijo intentando ocultar su preocupación, ya que Molly era la persona más despistada y manipulable que conocía; los perdería de vista antes de haber llegado al parque y, sino, Aberdeen no tendría ningún problema en deshacerse de ella.

—Tonterías —replicó Rowena— sabes que Topacio no aceptará, iré por Molly— y, sin decir más, desapareció.

Rubí se dejó caer en una de las sillas con aire de resignación.

Aberdeen la miró con una sonrisa burlona.

—Qué conservadora, mi querida señorita Loughy, pero ¿piensa que una doncella me desviará de mis objetivos?

Rubí lo miró con odio y no respondió.

Poco después apareció Molly y luego de cambiarse su vestido de mañana por uno de paseo, ambos iniciaron una caminata hacia Hyde Park.

Como supuso, a Aberdeen no le costó mucho deshacerse de Molly y, unos

minutos después de haber llegado al parque, se encontraban caminando solos o, al menos, eso parecía, pues Molly estaba a unos diez metros de distancia de ellos. No sabía por qué pensó que podía posponer lo inevitable.

Poco después, se encontraban en un lugar poco transitado completamente solos. No había nadie alrededor, puesto que debían ser más o menos las diez de la mañana y gran parte de la aristocracia debía estar durmiendo. ¿Por qué no podía ser él igual que los demás? Ni siquiera podía visitarla a una hora correcta.

—Creo que aquí podremos hablar —dijo Aberdeen recostándose contra uno de los árboles y cruzándose de brazos.

—¡Es usted la persona más terca que he conocido en mi vida! —espetó furiosa—. Creo haberle dicho la última vez que no quería que me volviera a dirigir la palabra nunca más.

—Y yo creo no haber accedido a eso.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una explicación.

—¿Por qué le importa tanto? Olvídelo, se lo dije aquella noche, eso nunca pasó.

Aberdeen sonrió.

—Hasta que por fin lo admites.

—Ha resultado ser demasiado persistente para mi gusto. Sí, lo admito —declaró al fin, sabiendo que sería estúpido seguir negándolo— yo era esa mujer. Solo le ruego, milord, que no comente nada; mi familia saldría perjudicada y, créame, es lo que menos deseo.

—¿Y tú no sales perjudicada?

Que le siguiera hablando de “tú” la irritaba sobremanera.

—Acabo de decidir no casarme nunca. Ustedes los hombres no son más que unos seres despreciables y, sean cuales sean las consecuencias, no pienso volverme propiedad de uno.

—Hereford te ha dejado muy mala opinión del sexo masculino.

—Hereford y usted —le corrigió sin importarle lo que podía salir a colación con esa afirmación—. Los dos son despreciables.

Aberdeen se limitó a arquear una ceja.

—Supongo que lo dice por lo sucedido en la mascarada.

—¡Ya le dije que olvide el asunto!

Rubí empezaba a ponerse histérica y Aberdeen decidió ir con cuidado.

—Supongo que sabrás que no me puedo quedar tranquilo sabiendo que he causado la caída en desgracia de una dama.

Ella no quería saber a dónde llegaría eso.

—Yo no he caído en desgracia —dijo intentando tranquilizarse—. Ante la sociedad, seguiré siendo una dama.

—Sin embargo, mi conciencia sabe que no es así.

—¿Insinúa, entonces, que por un error he dejado de ser una dama?

—Yo no he dicho eso.

—Eso fue lo que dio a entender.

Aberdeen gruñó.

—No te desvíes del asunto. Lo que te estoy diciendo es que, desde que sucedió, aún si saber quién eras, no puedo con la culpa.

—Ah... bueno, si es así, yo lo libero de toda culpa ¿Se siente mejor ahora?

Aberdeen —por toda respuesta—la fulminó con la mirada haciéndole saber que estaba perdiendo la paciencia.

—¡Ya basta! —masculló—. Sabes a la perfección lo que quiero decir. Te casarás conmigo— afirmó.

Rubí no se hubiese quedado más atónita si le hubiesen dicho que el cielo se estaba cayendo. Esto tenía que ser una broma. Esto no podía estar sucediéndole a ella. ¿Tendría razón Topacio y el hombre se estaría quedándose sordo? ¡Le acababa de decir que no se quería casar!

—Creo, milord, que acabo dejar completamente claro el hecho de que no deseo casarme.

—Y yo creo que no te he preguntado.

Rubí no daba crédito a lo que escuchaba. ¿Acaso pensaba que podía obligarla a casarse con él?

—Esta usted loco, yo no pienso casarme con usted —declaró— estoy segura

de que no lo ha pensado bien— dijo intentando ser razonable.

—Lo he pensado bastante.

—Está siendo irracional.

—Lo mismo podría decir de ti. Date cuenta, Rubí, lo que ha sucedido impedirá que puedas casarte y formar una familia.

Ella lo miró furiosa.

—Ya le dije que no quiero casarme.

—Lo dices ahora porque estás decepcionada, pero en un futuro lo desearás y serás infeliz al saber que no lo podrás tener. Yo por mi parte, me sentiré culpable por haber sido el responsable.

Rubí empezó a respirar hondo varias veces. Lo que decía no carecía del todo de sentido, sabía que en un futuro podía desearlo. No obstante, eso no era motivo suficiente para aceptar un matrimonio con un hombre que solo quería aplacar su conciencia. ¿Quién le garantizaba que después no se arrepintiera? Que luego de unos meses de matrimonio se diera cuenta de que había cometido el peor error de su vida y la culpara a ella del asunto. No, no se arriesgaría a ello, primero se quedaba solterona.

—Olvídelo, milord, no me pienso casar con usted.

—No creo que tengas muchas opciones.

Dios, era tan exasperante. Otra razón más para negarse.

—Tengo la opción de quedarme soltera y esa es la que elijo.

Aberdeen negó con la cabeza.

—Piénsalo, Rubí. Es la mejor opción.

Él no tenía ninguna intención de dejarle otra opción pero, tal vez, si le daba un tiempo para pensarlo, las cosas serían más sencillas.

—No pierda su tiempo esperando una respuesta mía, milord, ya le he dado la definitiva.

Y lo había llamado a él terco.

—Piénsalo —repitió.

Rubí perdió la paciencia. No había duda de que el hombre no pensaba darse por vencido. Tenía que cambiar de estrategia.

—No ha pensado, milord, que tal vez no deba sentirse culpable, pues yo también deseaba la situación, ¿no se ha puesto a analizar el motivo por el que fui a ese lugar?

—Creo que he estado preguntándotelo desde ayer.

—Bien —Rubí sonrió de la forma más cínica que pudo—, pues sepa que fui a ese lugar a buscar aventura y la encontré; tal vez no fue lo que planeé, pero la encontré. ¿Está dispuesto a casarse con una mujer cuyo espíritu aventurero puede ser un problema en un futuro? Piénselo, si me... si estuve con usted esa noche ¿quién le garantiza que no vaya a hacer lo mismo en un futuro?

Aberdeen pareció reconsiderar la situación y Rubí casi cruzó los dedos esperando que le creyera, sin embargo, segundos después su cara formó una sonrisa burlona.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una mala mentirosa?

Ella se mordió la lengua para no empezar a soltar una serie de improperios. Se irguió todo lo que pudo y espetó

—Si espera que me case con usted, milord, mejor espere sentado; parado se cansará— dicho eso, empezó a caminar en dirección contraria para buscar a su inútil carabina.

No cruzaron palabra en todo el camino y eso para Rubí fue lo mejor, lo que menos deseaba era hablar.

Cuando llegaron a la casa, Aberdeen se despidió no sin antes repetirle que lo pensara.

Antes de subir a encerrarse en su habitación, Rubí fue al comedor donde seguro seguían los periódicos, y se los llevó a su cuarto. Una vez ahí, comprobó con satisfacción que la noticia ya había sido publicada y Hereford estaría prácticamente desprestigiado. Si había algo importante en la sociedad londinense era el dinero y, si alguien no lo tenía, podía declararse excluido.

Al menos ese asunto sí había salido bien —pensó—, no como el otro. ¿Cómo era posible que Aberdeen hubiera tomado semejante decisión? ¿Es que acaso se había vuelto loco? Sabía, según los comentarios que, a pesar de haber sido en una época un crápula empedernido, Aberdeen era un hombre de honor, que sabía respetar su palabra. Eso, tal vez explicara su absurda idea del matrimonio, pero

no era suficiente para que ella lo considerara justificable.

Rubí siempre supo que el amor no era una prioridad en su vida, así como también era consciente de que no sería un requisito a la hora de contraer matrimonio, sin embargo, tampoco se casaría con un hombre al que no le tuviera aprecio, no importaba que ese hombre le hubiera hecho sentir cosas que nunca antes había sentido, eso no era suficiente para casarse.

Él, por algún motivo desconocido, estaba convencido de que un matrimonio entre ellos era la mejor opción, pero ella no lo veía así. En cierto modo apenas lo conocía, no sabía quién era en realidad el marqués de Aberdeen, solo podía contar con los comentarios de la gente que, para colmo, desde que regresó de la guerra, afirmaban que lo desconocían, que ya no era el mismo de antes; unos lo achacaban a las responsabilidades del título que se vio obligado a coger después de la muerte de su hermano, pero otros decían que se debía a algo ocurrido en la guerra. La gente solía decir que nadie podía vivir esa experiencia y salir sin ninguna consecuencia emocional.

Por otro lado, ella estaba segura de que él no había pensado bien las cosas. Según recordaba, él mencionó una vez que no se casaría antes de lo obligatorio y, dado que debía rondar los treinta años, Rubí no pensaba que ya fuera obligatorio. Aberdeen actuaba movido por el remordimiento y ella tenía la certeza de que él se arrepentiría pronto, por ello, no se casaría con él, para no estar ahí cuando lo hiciera. Esa era su última palabra.

Capítulo 10

Damián apartó el informe que le había mandado su administrador. Se le hacía imposible concentrarse en él cuando su mente estaba en otro lado. En Rubí Loughy.

Hace poco hubiera jurado ante quien sea que no se casaría antes de los treinta y cinco y ahora la vida se había encargado de hacerle ver que no era lo que él quería, sino lo que el destino dispusiese. Lo más irónico del asunto era que la afortunada no fuera otra que Rubí Loughy.

La primera vez que la vio, le pasó tan desapercibida como todas las demás jóvenes casaderas que las madres casamenteras se empeñaban en presentarle. No vio en ella nada de especial. Era bonita, sí, pero el mercado matrimonial se encontraba lleno de jóvenes así, por ende, supuso que Rubí y todas sus primas eran iguales. Tardó un poco en darse cuenta de lo contrario.

A pesar de no haber demorado mucho en descubrir que Topacio Loughy era una arpía y que Zafiro Loughy era la más sensata, se podría decir que sí tardó un poco más en descubrir quién era en realidad Rubí. Al menos, hasta hace dos días, solo sabía de ella una cosa; que él no era de su agrado y que al parecer seguía sin serlo, pues no encontraba otro motivo por el que se negara de forma tan vehemente al matrimonio. Para él era una muy buena solución, tanto para ella como para tranquilizar su conciencia que, por más que intentaba convencerse de que no era culpa suya, se negaba a dejar de molestarlo.

Siempre tuvo claro que cuando se casara tenía que hacerlo con una mujer de carácter afable y buenas maneras. Por lo visto en los últimos días, Rubí Loughy distaba mucho de tener alguna de esas dos cualidades, pero para él, poseía una excepcional y escasa entre las jóvenes de buena cuna: tenía una pasión innata. Aún podía recordar la forma en que reaccionó ante sus besos y caricias; podía ser una buena amante si lo quería y, por más egoísta que sonase, él la quería para sí.

Desde que había regresado de la guerra y se había encontrado con todo el

peso de las responsabilidades familiares sobre sus hombros, no había habido ninguna mujer que lograra encender su deseo. Es que no era fácil; cuando uno ve miseria y muerte, culpa de la ambición de otros, no se vuelve a ser el mismo. Rubí había logrado que el deseo volviera a nacer en él y por eso no pensaba dejarla.

Siendo sincero, no entendía por qué se mostraba tan reacia con respecto al asunto. Él le ofrecía lo que cualquier mujer querría: título y posición. No podía comprender cómo alguien que pudiera tener eso, prefería permanecer soltera. Aunque ya debía saber que, muy al contrario de lo que pensaba antes, esa mujer no era igual a las otras. Necesitó solo dos días para descubrir que tenía un temperamento con tendencia a estallar, que era bastante testaruda y, en contra de su primera impresión, sí era inteligente, al menos, en cierto modo; eso lo había comprobado esta mañana cuando leyó por casualidad, en una columna de cotilleos, la comprobación de que Hereford estaba en la ruina y que andaba buscando una esposa con dote, ya que la candidata que tenía en mente lo había rechazado. No tenía duda de quién había sido la fuente, y solo pudo admirar su estrategia de atacar antes de que Hereford lo hiciera, aunque él pensaba que era muy improbable que el hombre se quedara sin hacer nada, pero eso no lo sabía.

En conclusión, ya que había encontrado una serie de virtudes antes desconocidas de la señorita Rubí Loughy, estaba más convencido que antes de que sería la esposa perfecta, al menos para él. Solo era cuestión de que ella se diera cuenta, y si no... Bueno, vería que haría entonces.

—Si no dejas de reírte, Topacio, lanzaré cada una de estas feas figurillas de porcelana hacia ti hasta que alguna dé en el blanco— amenazó Rubí, llevándose la tasa de té a los labios.

Topacio interrumpió sus carcajadas, pero la sonrisa de diversión en su cara permaneció intacta. Una sonrisa de verdadero júbilo como pocas veces dejaba ver, era de esas sonrisas que hacía que su cara se iluminara y que podría dejar embrujado a más de uno.

—Esto es un asunto serio —continuó.

—Para mí es de lo más irónico y, por ello, divertido —argumentó su prima

acomodándose mejor en el pequeño mueble de la sala destinada para el té.

—Para mí, Rubí —intervino Zafiro totalmente seria— rechazarlo fue lo más estúpido que has hecho en tu vida, además de haber estado con él en un principio, claro.

—En cambio, yo pienso que ha sido la decisión más sensata que pude haber tomado, varias razones me lo confirman.

—Mencióname tres razones que digan que el marqués no es un buen candidato.

—Es arrogante y presuntuoso —espetó— no me pidió matrimonio, me lo ordenó, ¿qué puedo esperar de un hombre así en un futuro?

—Supongo, que ya que te mostraste tan horrorizada con la idea, no le quedó mucha opción que mostrarse firme. Dime otra.

—Está amargado y es insufrible —dijo.

Zafiro lo pensó.

—A mi no me parece; estoy segura de que, sea cual sea la razón por la que lo consideras así, no estás siendo objetiva.

Rubí empezaba a molestarse.

—¡Es un mujeriego!

—Corrección: era un mujeriego; desde su regreso, la única falta que ha cometido fue asistir a esa mascarada, además, si fuera un mujeriego, no podría ser ni amargado, ni insufrible, así que te estás contradiciendo.

Rubí se exasperó.

—Si no le encuentras ningún defecto, ¡cásate tu con él!

Zafiro frunció el ceño.

—Te ha pedido matrimonio a ti.

—¡No me lo ha pedido!

—Cálmate, Rubí —intervino Topacio—. Zafiro solo intenta hacerte ver cuál es la mejor opción.

—¿Tú también crees que es la mejor opción? —preguntó fulminándola con la mirada.

Topacio se encogió ligeramente de hombros.

—Aberdeen tiene razón en una cosa: ahora dices querer permanecer soltera, pero pronto desearás una familia que, debido a un error, te está vetada. Él te la puede proporcionar, además de darte título y fortuna y, con lo poco que he podido entender de las conversaciones que nos has contado, él no piensa darte otra opción. En mi opinión, no creo que se dé por vencido hasta obtener lo que quiere. Resígnate.

Rubí se ofendió.

—¿Acaso tu lo harías?

—No —respondió sin dudar—, pero lo bueno de tener una mala reputación es que ningún caballero me considera apta para ser siquiera cortejada, por lo que no tengo que preocuparme por eso. Además, ya pasaste una noche con él y pudiste comprobar lo buen amante que es, no veo por qué tanto problema.

Zafiro y Rubí se ruborizaron ante el comentario, solo que Zafiro lo hizo por vergüenza y Rubí por la rabia, que la hizo agarrar uno de los cojines bordados que estaban en el pequeño sofá y lanzárselo a su prima, lo que provocó que el té se derramara en su regazo; suerte que en el tiempo que llevaban conversando debió enfriarse, porque Topacio se limitó a fruncir el ceño en gesto furioso y mirarla amenazante. Rubí no le hizo caso.

—No me pienso resignar —afirmó levantándose— no me casaré con él. No me ataré a un hombre que ordena matrimonio para tranquilizar su conciencia, y no hay nada más que decir sobre el asunto.

La mirada que Zafiro y Topacio se lanzaron le indicó a Rubí que ellas no pensaban lo mismo, pero no les hizo caso y se fue.

Rubí nunca esperó que su no deseado cortejo se iniciara esa misma noche, en la velada de los Arby.

Cuando entró en el abarrotado baile, a la primera persona que sus ojos pudieron reconocer fue a él, justo al otro lado del salón; hablaba con unos caballeros y, como si solo el hecho de mirarlo le indicara su presencia, giró para verla. Él le sonrió, con esa misma sonrisa que dejaría babeando a más de una. Rubí se avergonzó de que la haya descubierto mirándolo y desvió la vista hacia un lado, solo para encontrarse con la mirada cómplice de Rowena.

—Creo que el marqués está interesado en ti, querida —comentó entusiasmada la duquesa— vamos a saludarlo y conseguiremos que te pida un baile.

Comenzó a avanzar, pero Rubí la detuvo tomándola discretamente por el brazo.

—No, Rowena, por favor —suplicó en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque no deseo bailar con él.

—¿Por qué no? —volvió a preguntar sin entender cuál podría ser el motivo para que Rubí no quisiera bailar con tan buen partido— hay que buscarte otro pretendiente, ya que Hereford ha resultado ser un cazafortuna; gracias a Dios que no lo aceptaste.

—¿Tan ansiosa estás de liberarte de nosotras, Rowena?

La duquesa la miró ofendida.

—Por supuesto que no, pero están en la edad casadera; si no se casan ahora, a sus veinte años, después será muy tarde.

—Sí, pero preferiría elegir yo con quién.

—Si no se les permitiera elegir, ya todas estarían casadas con uno de los tantos hombres que han ido a pedirle la mano a William.

—Sí, lo sé pero, por favor, el marqués no y no preguntes por qué, solo él no.

Rowena frunció el ceño, pero no insistió más y se alejó para saludar a un grupo de amigas.

Rubí suspiró y, ya que sus primas se habían dispersado hacia algún lugar, ella empezó a buscar a un grupo donde integrarse. Localizó a las señoritas Bramson y se dirigió hacia allá.

Las gemelas Bramson eran tan iguales por fuera como distintas lo eran por dentro, pero agradables a su modo. Adriana Bramson era alegre, risueña y siempre tenía una mirada pícaro y divertida en su rostro, a pesar de haber sido dejada casi plantada en el altar hace poco; bueno, no fue precisamente así, pero sí fue roto su compromiso unos días antes de la boda, lo que para la sociedad era lo mismo; sin embargo, la alegre muchacha no dejó que eso interfiriera en su vida y, en vez de ir a esconderse al campo y no salir nunca más —como la gente

esperaba—, asistía a todas las veladas a las que era invitada y mostraba su mejor actitud, como si el asunto y lo que dijeran de ella no importase. Al contrario, Amber Bramson era algo tímida, pero dulce y simpática cuando entraba en confianza. No eran las mujeres más hermosas, pero sí aceptables. Tenían el cabello castaño claro y unos dulces ojos verdes. Eran menudas y de complexión delgada pero su cuerpo estaba bien formado. En resumen, aptas para el matrimonio. A Rubí le había costado un buen tiempo diferenciar a una de la otra, y solo lo había conseguido cuando se enteró de que Adriana tenía un lunar poco más abajo de la comisura izquierda del labio.

Casi llegaba a ellas cuando alguien se interpuso en su camino.

No pudo evitar un leve gruñido de fastidio al ver a su incordio personal vestido de etiqueta, de blanco y negro.

—No muestre tanto entusiasmo, querida —sonrió burlón—. ¿Me permites reservar un baile?

—No.

Él ladeó un poco la cabeza en forma reprobatoria, pero Rubí sabía que divertía.

—Por eso es que no hay que preguntarte ese tipo de cosas —respondió calmado, tomó su carnet de baile y anotó su nombre en dos piezas, como si la respuesta de Rubí hubiera sido sí.

Inclinó la cabeza a modo de despedida y desapareció por donde vino.

Rubí llegó hasta las Srtas. Bramson y estas le dedicaron una sonrisa cómplice. Lo que le faltaba.

—Veo que el marqués de Aberdeen está interesado en ti, querida —dijo Adriana con una sonrisa pícaro mirando en la dirección a donde se había ido el marqués.

—Oh, no —respondió Rubí sabiendo que, todos debían de haber llegado a esa conclusión— solo me pidió un baile.

—Dos diría yo —comentó Amber mirando su carnet de baile—, lo suficiente para saber que está interesado, pero no tantos para considerarse demasiado.

Rubí se ruborizó.

—No tengo interés en él —les dijo.

Ambas hermanas se encogieron ligeramente de hombros al mismo tiempo.

—Es una lástima, es un partido perfecto, mejor que Hereford, de eso no hay duda.

—Adriana —la amonestó Amber— eso no nos interesa.

Adriana le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Tienes razón, perdona, es que no se habla de otra cosa.

—Lo supongo —dijo distraída— ¿Han visto el vestido de lady Margaret?

El cambio de tema funcionó, las mellizas empezaron a comentar y pronto la conversación tomó varios giros. Otros caballeros se acercaron a pedirle un baile, pero a ella no le interesaba; lo único que le importaba es que iba a tener que bailar dos veces con Aberdeen. Pero ¿por qué tenía que hacerlo? Él no tenía ningún derecho a obligarla a bailar con él, así que, cuando la música empezó a sonar, se escabulló antes de que él diera con ella. No pensaba bailar con él, solo para demostrarle que no iba a hacer lo que él quería.

Logró llegar hasta la terraza y se quedó ahí, observando la luna mientras escuchaba la música sonar. Habían pasado aproximadamente dos minutos en tranquila paz hasta que una voz la interrumpió.

—Creo que ese baile era mío.

—Dado que no se lo concedí de forma voluntaria, no lo considero válido.

Él se acercó a la barandilla y se colocó a su lado.

—¿No has reconsiderado la idea del matrimonio?

—No he reconsiderado nada, porque mi decisión ya la sabe. ¡Déjeme en paz!

Damián fingió no haber escuchado esa última parte.

—¿Sabes que podría contar todo lo sucedido a los duques y no te quedaría otra opción que una boda?

Rubí palideció y una sensación de horror se imprimió en su cara.

—No lo haría —susurró—. No, no lo haría, eso es demasiado hasta para usted, Aberdeen.

Damián suspiró.

—No, no lo haría, pero ¡por el amor de Dios, Rubí! ¿Qué fue lo que hice para causar tal aversión hacia a mí? ¿Acaso fue tan grave?

Rubí no pensaba explicárselo y tampoco se molestó en pedirle que dejara de llamarla por su nombre.

—Digamos que no fue tan grave, pero suficiente para saber que no eres el tipo de hombre que deseo como marido.

—Pero aun así estuviste conmigo esa noche.

Rubí lo miró furiosa.

—¡Estaba borracha! —espetó— y usted se aprovechó de seducir a una mujer borracha.

Damián se mostró avergonzado.

—Y por ello no puedo con la culpa.

—Ya le he dicho que lo libero de toda culpa.

—¿Por qué fuiste ahí, Rubí? —le preguntó.

Por un momento, pensó en no responder, pero al final habló.

—Fui a investigar si los rumores sobre Hereford eran ciertos.

—¿Sola?

Ella negó con la cabeza.

—Topacio me acompañó.

—Debí imaginármelo —susurró—. Te propongo algo: ¿te parece si inicio un cortejo formal? Para conocernos mejor.

Rubí negó con la cabeza.

—No pierda su tiempo, ya le dije que no pienso casarme, ni con usted, ni con nadie.

"Mujer terca", pensó Aberdeen.

—Bien —dijo, aunque no pensaba dejar el asunto ahí—, ya que me has privado de mi baile, creo que es hora de que me lo cobre de otra forma.

—¿Cobrárselo? ¿De otra forma? ¿De qué me esta hablan...?

Los labios de él sobre los suyos interrumpieron cualquier protesta. Ella empezó a forcejear, pero no pasó mucho hasta que las ya conocidas sensaciones empezaron a embargarla e hicieron que se rindiera a ellas. Rubí le rodeó el cuello con los brazos y respondió al beso con la misma pasión de la última vez.

Soltó un gemido de protesta cuando él se separó, y fue entonces cuando fue

consciente de la realidad y al placer lo sustituyó la rabia hacia ella misma. ¿Es que acaso era estúpida? Esta vez no había ni una gota de alcohol en su cuerpo que pudiera justificar su vergonzoso comportamiento. ¿Cómo podía caer tan fácil? Y lo peor de todo era que se había dejado besar en un lugar público, donde cualquiera pudo haberlos visto. Ya no tenía dudas, había perdido la razón, estaba completa y absolutamente loca.

—Creo —comentó Aberdeen con la voz un poco ronca— que no me molestará si decides escabullirte de nuevo para el otro baile, esto me parece mucho mejor que bailar.

Rubí cerró los puños a los costados y respiró hondo varias veces para calmarse. Últimamente estaba sufriendo de muchos instintos asesinos. Tuvo que morderse la lengua para no decirle, con las palabras más obscenas que sabía, lo que pensaba de su comentario. En cambio, le dirigió una mirada furiosa, cuadró los hombros, y salió del lugar sin darse cuenta de que unos ojos grises la observaban con diversión desde el lugar más oculto del mismo balcón.

Capítulo 11

Damián permaneció unos momentos más en el balcón observando cómo Rubí se alejaba. Luego sonrió. Después de todo, iba a ser más difícil de lo que pensó convertirla en su mujer, pero no imposible, tendría que haber una forma. La mujer era demasiado testaruda para su gusto, pero a veces esa testarudez podía ser divertida si sabía como manipularla.

Después de que pasaron los suficientes minutos para que pudiera entrar sin levantar sospechas, se dispuso a ir a las puertaventanas que daban al salón, pero antes de dar siquiera un paso, una voz lo detuvo.

—Milord.

Damián se sobresaltó y una pequeña carcajada resonó en el lugar.

—Milord, no sé como ha podido salir vivo de la guerra si se sobresalta ante cualquier sonido.

Damián miró con desprecio a la mujer que se encontraba a su lado.

—¿Qué es lo que quiere? O mejor dicho ¿Cuándo ha entrado?

Topacio sonrió.

—He estado aquí todo el tiempo y pude presenciar su... encuentro.

Damián abrió los ojos con sorpresa, pero no dijo nada, solo pensó que la mujer se movía con un silencio digno de un espía de la corona.

—¿Qué es lo que quiere? —volvió a preguntar sin ocultar su fastidio.

—Pero qué humor, milord, yo solo quiero ayudar.

—¿Ayudar? —inquirió frunciendo ligeramente el ceño.

—Sí, ayudar. ¿Usted quiere casarse con Rubí, cierto?

Damián asintió no muy seguro de cuánto sabía la mujer.

—Sin embargo, Rubí es demasiado obstinada y le aseguro que no aceptará, no importa si eso significa quedarse soltera el resto de su vida.

Bien, al parecer sabía bastante.

—Entonces...

—Entonces, he venido a proponerle una solución al asunto.

Damián arqueó una ceja, no estaba muy seguro de poder confiar en esa mujer cuya lealtad debería estar con su prima, pero nada perdía con escucharla.

—La escucho.

Topacio amplió su sonrisa y empezó a hablar; cuando terminó, Damián no podía estar más sorprendido.

—Es usted una bruja —le dijo.

—Una bruja que le acaba de dar la solución perfecta —recordó ella.

Él negó con la cabeza como si no creyera lo que acababa de oír.

—¿No le importa traicionar así a su propia prima, a su sangre?

El rostro de Topacio perdió la sonrisa.

—Hasta la propia sangre traiciona, milord, nunca lo olvide; no obstante, yo no lo veo como una traición, más bien como un favor hacia a ella, para que no cometa el peor error de su vida. ¿Qué me dice?

Damián lo pensó.

—No lo sé, sería un escándalo y la boda tendría que celebrarse rápido; eso no es lo que deseo, no quiero presionarla tanto.

—No precisamente tiene que ser rápido —dijo Topacio contándole la otra parte de su plan— podrán tener al menos un mes o más para organizarla.

Él asintió.

—¿Entonces está de acuerdo?

—Sí —dijo decidido.

—Bien —volvió a sonreír de forma fría y giró para marcharse, pero antes de salir le dijo—, estoy confiando en que será el marido que mi prima se merece, milord; si no lo es, recuerde, me vuelvo tan silenciosa como un gato y sé disparar.

Topacio se fue riendo por lo bajo ante la expresión estupefacta del hombre.

Damián tardó un momento en recuperarse de la declaración y llegó a la conclusión de que la palabra de Topacio Loughy no debe ser tomada a la ligera.

Dejó que pasaran otro par de minutos y salió decidido a no perder a Rubí de vista. Le debía un baile o un beso, según prefiriera ella. Sonrió. Le debía un

baile.

El día elegido para ejecutar el disparatado plan de Topacio Loughy había llegado. Dos días después de aquel baile, Damián se encontraba entrando en la residencia de la señora Rushforth para asistir al almuerzo que había organizado la mujer.

No podía negar que, por cada minuto que pasaba, las dudas sobre si iba a hacer lo correcto se incrementaban. Rubí lo odiaría por un buen tiempo si lo hacía y no sabía si podría convencerla de que al final era lo mejor. Tampoco estaba seguro de poder llevar a cabo tal plan egoísta, solo imaginado por una mujer más egoísta como lo era Topacio Loughy. En un principio había aceptado, sí, pero ahora no estaba seguro. Manipular la vida de los demás a su antojo para conseguir lo que quería le parecía un acto de lo más ruin, siendo lo peor que lo que realizaría a continuación era justo lo que ni él ni otros caballeros deseaban que se les hiciera.

Pensó en cuánto quería a Rubí Loughy como esposa y evaluó si valdría la pena en verdad lo que iba a hacer. Después de un momento decidió que sí. Si se pensaba bien, era un tanto irónica la situación. Tenía recelos para llevar a cabo un plan egoísta, pero él mismo había admitido que sus razones para convertirla en su esposa, además de la culpa, también eran puramente egoístas, así qué ¿qué más daba un acto más de esa índole?

Decidido, caminó con paso firme por el jardín; primero, hasta donde se encontraba la señora Rushforth para saludarla, y, luego, hasta donde se encontraba lady Richmond como todas sus pupilas.

Observó cómo una expresión de fastidio mal disimulada pasaba por el rostro de Rubí Loughy y sonrió por ello. Luego fijó su vista en Topacio Loughy; en su rostro no había el menor rastro del remordimiento que lo había carcomido a él durante todo el camino, lo que hizo que se preguntara si en verdad lo que se decía de ella era cierto, que era una mujer fría y sin sentimientos a la que no le importaba nadie más que no fuera ella. Aunque esta era una descripción que se podía aplicar a la mayor parte la sociedad, Topacio era la única que no se molestaba en ocultarlo, lo que causaba más de una habladuría. Damián no era un

hombre que se dejara llevar por el instinto, pero algo le decía que esa mujer era algo más de lo que quería aparentar. Además, no debía ser tan egoísta si había elaborado ese plan.

—Lady Richmond —saludó cuando hubo llegado—. Señoritas.

Hizo una inclinación de cabeza como saludo y ellas respondieron, pero se podía notar a kilómetros que Rubí lo hacía de mala gana y que no se sentía nada contenta de verlo ahí.

—Milord, qué alegría verlo por acá —dijo Rowena— hace un día precioso, ideal para este tipo de eventos.

—Estoy en total acuerdo, excelencia.

—Bueno, lo dejo en buena compañía. Si me permite iré a saludar a unas amigas, estaré cerca si me necesitan —dicho esto se fue.

—Yo iré a ver qué hay de interesante en este lugar —dijo Topacio y también desapareció no sin antes guiñarle un ojo de forma disimulada.

—Yo... —comenzó Zafiro pero Rubí interrumpió.

—Tú te quedarás con nosotros, ¿verdad, Zafiro? —preguntó en tono aparentemente amable, pero en su voz estaba implícita una advertencia.

Zafiro miró a todos lados como buscando la mejor excusa para irse y pareció encontrarla porque dijo.

—Oh, mira, las mellizas Bramson, iré a saludarlas —comentó y luego desapareció dejándolos solos.

—Para qué quiere uno enemigos si con la familia basta —masculló en voz casi inaudible, pero Damián la escuchó, porque sonrió.

—Pero si a mí me parecen bastante agradables.

La mirada que Rubí le lanzó hizo agradecer a Damián de que estas no mataran.

—Hablemos claro, milord, está siendo tan molesto como una sanguijuela; dígame, ¿qué tengo que hacer para librarme de su acoso?

—¿Acoso? —preguntó enarcando una ceja divertido— así se le llama ahora al cortejo.

—Para mí es acoso.

—Se podría decir que muchas mujeres hacen lo mismo con tal de conseguir un marido.

—Yo nunca lo he hecho y por ello no me gusta ser víctima de él.

—Hagamos algo, veámonos en la biblioteca en diez minutos y te prometo no volver a insistir en el tema del matrimonio —al menos, después no necesitaría insistir más.

A Rubí se le iluminaron los ojos, algo que lo molestó; ni siquiera pensó en lo indecorosa que podía ser la situación si así podía librarse de él.

—Hecho— aceptó.

—Bien, te esperó allá —le dijo y se fue.

Mientras caminaba hacia la biblioteca, Rubí se negó a pensar en lo incorrecto de ese encuentro. Tenía solo una cosa en mente y era librarse de ese hombre de una vez por todas. Ella sabía que él terminaría por agradecerlo, cuando se diera cuenta de que había estado a punto de cometer una locura; sin duda, agradecería que ella nunca hubiera aceptado esa absurda propuesta.

Suspiró. La idea del matrimonio en sí nunca le había resultado absurda, es cierto, ella desearía pronto tener una familia y no podría, pero ese era el precio que tendría que pagar por su error, un error bastante placentero, sí, pero error al fin; no pensaba solucionar un error cometiendo otro. Aberdeen era demasiado arrogante para su gusto, y aunque hubiera demostrado ser un hombre de honor al pedirle matrimonio, ella no se casaría con él. No importaba que le hiciera temblar —y no de frío— cada vez que estaba cerca de él. No importaba que desde la primera vez que lo vio sintiera una curiosidad innata hacia él, a pesar de haber salido después decepcionada. Ese último punto era el que más le molestaba, no había podido alejar su curiosidad hacia él a pesar de la decepción que se llevó posteriormente. No había podido evitar que ese hombre la intrigara y, sobre todo, no había podido evitar pensar que era una buena persona pese a su comportamiento arrogante, presuntuoso y cínico pero, como ya había comprobado, no podía confiar en su instinto. Tenía que pensar en todos sus defectos para poder convencerse de que él no era ni de cerca lo que ella aceptaría en un esposo; no interesaba que, dadas las circunstancias, fuera él el único esposo que pudiera tener.

Al entrar en la biblioteca, localizó a Aberdeen en el otro extremo de la estancia, parado frente a la ventana en una pose relajada.

—Bien —dijo Rubí acercándose— ¿De qué quería hablar?

Damián sonrió.

—Nunca mencioné que deseara hablar —replicó acercándose para acorralarla con los brazos.

Rubí retrocedió hasta que chocó con una de las estanterías. Él aprovechó para bloquearle el paso con sus brazos.

— ¡Es usted despreciable! —espetó— pero escúcheme bien: el hecho de que haya cometido la sandez de acostarme con usted una vez no significa que yo me considere menos respetable y mucho menos una fulana.

A Damián se le borró la sonrisa.

—Es bueno saber eso, pues yo nunca te he considerado nada parecido.

—Entonces, déjeme ir —pidió sintiendo cómo su cercanía empezaba a afectarle. Tenía que salir de ahí.

Él negó con la cabeza y, antes de que Rubí pudiera protestar, la besó.

La idea de resistirse abandonó su cabeza apenas esos labios empezaron a acariciar los suyos y esa lengua comenzó a jugar con la suya, entonces, Rubí no encontró, por más que quiso, la manera de resistirse. Odiaba la forma en que se rendía ante él con un simple beso. Odiaba ser tan vulnerable a esos labios, pero Dios, qué bien se sentía.

Le rodeó el cuello con los brazos y se entregó perdiéndose en el mar de sensaciones que el beso le provocaba. Se pegó más a él deseando sentir su contacto y él la atrajo hacia sí para abrazarla. Cuando sus labios se trasladaron a su cuello, no fue consciente de nada más que del placer que esto le provocaba. Hundió las manos en su cabello y arqueó el cuello para darle más acceso. Sus últimas acciones sin duda alguna debían ser pecado, pero un pecado delicioso; y si ya había cometido el pecado de estar con él sin el matrimonio, ¿qué más daba?

Buscó a tientas sus labios y él se los dio. Estaba tan concentrada en su delicioso sabor que tardó más de lo necesario en ser consciente de los murmullos y carraspeos que le indicaron que ya no se encontraban solos.

Como si sus neuronas apenas hubieran procesado la información, Rubí perdió

el color y giró hacia la puerta de la biblioteca. De inmediato se despegó al ver que tenía público.

Esto tenía que ser una broma.

Capítulo 12

Rubí nunca había sido creyente ni de maldiciones, ni de maleficios, ni muchos menos de supersticiones. Pero ahora, que veía al grupo de mujeres frente a sí, estaba segura de algo: tenía demasiada mala suerte para ser creíble. Y es que ese tipo de cosas solo parecían sucederle a ella.

Con la cara roja de vergüenza, analizó los rostros reprobatorios que se encontraban frente a ella. Lady Marden, lady Kindell, la señorita Carter y su anfitriona conformaban el grupo que, para rematar, eran las personas más chismosas con la que contaba la sociedad. Como si fuera poco también se encontraban Zafiro, Topacio y Rowena.

“Genial”, pensó Rubí, ¿acaso algo podía ser peor?

—¿Pero qué significa esto, milord? —preguntó la señorita Carter, una solterona de cuarenta años sin otro oficio que el chisme.

Agradeció que la pregunta fuera dirigida a él, porque ella no se veía capaz de hablar. Giró hacia Aberdeen para ver su expresión y se sorprendió al notar que no parecía estar en lo más mínimo afectado. Supuso que tantos años de servicio militar le habían enseñado a controlar sus emociones.

—Yo pido disculpas por esto. Verán, la señorita Loughy ha aceptado ayer ser mi esposa, y hoy solo queríamos discutir la mejor manera de dar la noticia; supongo que... se nos ha pasado la mano, la emoción, ya saben.

Unos murmullos de sorpresa empezaron a extenderse entre las mujeres.

Mientras su cerebro iba identificando el significado de cada palabra dicha por Aberdeen, se iba sintiendo cada vez más perpleja. Perplejidad que dio paso a la furia cuando entendió que era una excusa demasiado buena para haber sido planeada en tan solo segundos. Una excusa que, además, la ponía en una situación tal vez un tanto menos comprometedora que en la que la habían encontrado, pero comprometedora al fin y que se ajustaba perfectamente a los planes del marqués. Una excusa que debió haber sido planeada con anticipación. Abrió los ojos al ser consciente de lo que acababa de suceder. Había caído en

una trampa. Si todo eso no fuera a cambiar su vida, se habría reído por lo irónico del asunto.

No se molestó en disimular la mirada furiosa que le dirigió a Aberdeen o, mejor dicho, no pudo disimularla. Este, como si temiera que dijera algo, comentó.

—Querida, no me mires así; sé que tal vez esta no era la manera en que querías hacerlo público, pero era menester explicárselos a estas damas, no sea que fueran a pensar mal.

La tranquilidad con que lo dijo no hizo más que enfurecerla todavía más. Ya empezaba a respirar con dificultad y temía explotar. Intentó decir algo pero las palabras no parecían querer salir de la boca. Miró hacia el grupo de espectadoras. Las mujeres parecieron haberse quedado conformes con la explicación dada, ya que ya ahora no la miraban con total desaprobación en el rostro, en cambio, sonreían como a quién le acababan de poner un jugoso postre en frente para comer, solo que era un jugoso chisme para comentar. Desvió la vista hacia Rowena y sus primas.

Rowena tenía el ceño un poco fruncido, seguro preguntándose qué estaba sucediendo, aunque sonreía y asentía cuando alguna de las damas giraba para decirle algo. Zafiro, por su parte, miraba a Topacio preguntándole algo con la mirada y comprendió cuál era el interrogante cuando desvió la vista hacia ella. Topacio tenía ese brillo en los ojos y esa media sonrisa que ponía cuando algo que había planeado salía bien.

No podía ser, no podía creerlo, pero era más que obvio: ¡lo habían planeado los dos! Aberdeen se había encargado de entretenerla ahí mientras Topacio buscaba espectadores. ¡La había traicionado! De Aberdeen podía creerlo, pero ella era su prima, su sangre, sabía que no quería casarse y aun así ¡la había traicionado!

Empezó a ver todo rojo, no sabía si por la rabia o por el dolor que ese hecho le causaba.

Miró a Topacio, como si esperara que ella hiciera algo que negara la conclusión a la que había llegado, pero solo hizo su típico gesto de encogerse ligeramente de hombros y eso fue suficiente confirmación.

¡Condenados fueran los dos! ¿Cómo podían haberle hecho esto?

Rubí agradeció cuando la gente empezó a salir de la biblioteca, seguro ansiosas de contar lo visto. Después de las mujeres, salió Rowena cuyos ojos azules la miraron, asegurándole que le pediría una explicación. Zafiro la siguió y cuando Topacio estaba a punto de salir Rubí la agarró del brazo para detenerla, no se iría de ahí sin que le aclararan lo sucedido.

—¿Cómo han podido hacerme esto?! —exclamó cuando estuvo segura de que no había oídos indiscretos cerca— ¿Cómo has podido, Topacio? Se supone que debías estar de mi lado, eres mi prima, mi familia, mi sangre; sabías que no deseaba casarme y aun así has participado en este absurdo ¿Es que no tienes un mínimo de sentimientos? —Topacio no respondió y lo peor era que en su rostro no había el menor rastro de remordimiento—. Eres una traidora, una arpía de la peor calaña, nunca creí que todo lo que decía la gente fuera cierto, siempre quise pensar que había algo bueno en ti, pero esto... —negó con la cabeza— nunca te lo perdonaré; te juro que no te volveré a hablar en mi vida. Y usted —dijo dirigiéndose a Aberdeen— es una alimaña, ¡lo odio! Juro que pagaré por esto, ¿cree que puede ir por ahí haciendo con la vida de los demás lo que se le antoje? ¿Manipulando situaciones para su conveniencia? Pues le aseguro que conseguiré que cada día de nuestro matrimonio sea un calvario —dicho esto salió echa una furia.

El silencio que siguió fue roto por Topacio segundos después.

—¿Acaso olvidé mencionar que tenía sangre irlandesa? —mencionó Topacio mirando a Aberdeen que tenía una expresión estupefacta en el rostro.

—Está furiosa, creo que cometimos un error.

Topacio se encogió de hombros.

—Se le pasará, ya lo verá. Es probable que no me hable por algún tiempo, pero se le pasará —dijo y después salió.

Damián solo atinó a asentir. Era sorprendente cómo esa mujer no parecía mostrar el menor signo de culpa ante lo sucedido. Él mismo se sentía en esos momentos como un bastardo egoísta. ¿En verdad había llegado tan lejos solo para conseguir a una mujer? Podía tener a la que quisiera, sin embargo, la quería a ella, y saberlo hacía que no se sintiera tan mal. Lo compensaría, se dijo, de

alguna forma conseguiría que se le pasara el enfado y que fuera feliz.

Mientras caminaba hacia el lugar donde se realizaría el almuerzo, se le ocurrió la idea perfecta.

Todo el almuerzo le pareció a Rubí eterno. Tuvo que hacer gala de sus mayores esfuerzos para no mostrar lo furiosa que se encontraba cuando Aberdeen anunció el compromiso y la fecha de la boda que se realizaría en mes y medio. Y vaya que tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse, ya que lo que deseaba en ese momento era matarlo. ¿Cómo jugaba así con su vida? Era un desgraciado, ahora sí tenía motivos para odiarlo, era un desgraciado, arrogante, manipulador. La había atraído a la trampa como a un ratón al que le ponían en frente un succulento queso antes de atraparlo y matarlo. Pero se las pagaría, de alguna forma se las pagaría.

Al final de día tenía ganas de llorar, y así lo hizo. Se encerró en su habitación y lloró sin saber bien por qué hasta que se quedó sin lágrimas. No cenó nada. Permaneció en su cuarto que parecía haberse convertido en su refugio. Se casaría con un hombre que ya no solo le caía mal, sino que sentía por él algo que se asimilaba al odio. Tal vez él algún día se arrepintiera de todo eso, pero al menos ella estaría ahí para recordarle que todo fue su culpa, y bien que se arrepentiría. De eso se encargaría ella.

Estaba por llamar a su doncella para que la ayudara con el vestido cuando tocaron su puerta.

— ¿Puedo pasar, querida? —era la voz de Rowena.

—Pasa.

Rowena entró. Su rostro tenía una expresión que no podía definirse como otra cosa que preocupación maternal.

—¿Qué sucedió, cariño? —preguntó sentándose en la cama.

Rubí sonrió melancólicamente.

—¿Te sonaría muy inverosímil si te dijera que he caído en una trampa matrimonial?

Rowena sonrió.

—Es lo que he supuesto, pero me preguntó ¿por qué?, es decir, Aberdeen no había mostrado interés hacia a ti antes, su interés viene de unos días para acá.

¿Qué sucedió?

Rubí suspiró.

—¿Por qué supones que sucedió algo?

—Porque estoy segura de que algo sucedió. ¿Qué pasa, cariño? ¿No confías en mí?

—No es eso, es solo que... es todo muy complicado de explicar y entender.

—Estoy segura de que seré capaz de comprenderlo.

Rubí no lo creía así. Era muy probable que se desmayara de la impresión.

—Lo que haya sucedido no importa, Rowena, de todas formas me tendré que casar con él.

—Sabes que jamás te obligaríamos a ello.

—¿Acaso hay forma de evitarlo? —preguntó sabiendo que no la había.

Rowena pareció pensarlo.

—Podemos fingir un tiempo lo del compromiso y luego romperlo.

—Se formaría un escándalo, lo sabes, sobre todo por la situación en que nos descubrieron; yo quedaría arruinada y con ello el buen nombre de ustedes también. Jamás les haría eso, en serio, Rowena, ya no importa.

La mujer parecía no querer irse de ahí hasta no haber conseguido quitarle ese desánimo.

—Aberdeen no es un mal hombre, quizás hizo lo que hizo porque se enamoró de repente de ti y como tú te negabas a darle una oportunidad...

Rubí tuvo que contener un bufido.

—Si tú lo dices... —dijo en un tono que dejaba claro que ella no lo creía así.

—¿Por qué mejor no me dices qué es lo que te repele de él? Nunca he sabido el motivo de tu aversión hacia uno de los mejores partidos de Inglaterra.

Rubí pensó que nada perdía con contárselo, así que se lo dijo.

Rowena después de haber analizado un momento la información recibida comentó.

—¿No te parece una razón un tanto absurda y carente de fundamento?

—Tal vez —se encogió de hombros—, pero lo de hoy solo confirma la opinión que saqué de él en aquella ocasión.

Rowena no rebatió el asunto.

—Bien —dijo— sobre Topacio...

Rubí gruñó.

—No me hables de ella, no le pienso volver a hablar en lo que me queda de vida —dijo con firmeza.

—Es tu familia, cariño, no puedes dejar de hablarle.

—Lo haré.

—Estoy segura de que no lo hizo con mala intención, ¿en verdad crees que Topacio haría algo intencionalmente para lastimarte?

—Antes, no lo hubiese creído; ahora no estoy segura, pero te prometo reconsiderar el asunto si es lo que deseas.

Rowena asintió y se levantó con un suspiró.

—Sí, piénsalo y también analiza el asunto de la boda. A veces las cosas pasan por algo, intenta verle el lado bueno a lo sucedido y quizás te llesves una sorpresa —le aconsejó y luego salió dejando a Rubí reconsiderando el tema.

Capítulo 13

—¿Tu también planeas dejar de hablarme como Rubí? —preguntó Topacio enarcando una ceja y sonriendo mientras untaba mantequilla en una tostada.

Zafiro, que era la otra persona en el salón de desayuno, la miró con ojos entrecerrados en claro gesto de desaprobación.

¿Por qué lo hiciste, Topacio? —preguntó a su vez.

—Creí que querías que se casara con Aberdeen.

—Sí, lo quería, pero de otra forma, no obligada. Lo que hiciste estuvo mal.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no te veo arrepentida?

—Tal vez porque no lo estoy.

—Pero si acabas de admitir que lo que hiciste estuvo mal.

—Pero eso no significa que me arrepienta de haberlo hecho— dijo como si fuera lógico.

—Rubí es nuestra prima, Topacio —le recordó.

—Creo que también sé eso.

Zafiro gruñó con exasperación.

—No debiste meterte en su vida así, no debiste hacer eso.

Topacio se encogió de hombros.

—Ya está hecho.

—Rubí no te volverá a hablar.

—Eso esta por verse.

—¿Por qué lo hiciste? —volvió a preguntar, ya que no había obtenido respuesta.

—El porqué lo hice es algo de lo que no te vas a enterar —le dijo mientras se levantaba—. Buenos días.

Topacio salió del comedor y dejó a Zafiro con la intriga.

—Tíralas a la basura, quémalas, haz lo que sea con ellas, pero quítalas de mi vista —ordenó Rubí a la criada que le preguntó que iban a hacer con las flores que habían llegado para ella.

Rubí estaba furiosa, como parecía ser su costumbre últimamente. El canalla le había mandado flores, ¿creía que con eso podía compensar lo hecho? Pues se equivocaba.

—Pero señorita... —protestó la criada —son muy hermosas.

Sí, eran rosas muy hermosas, pero no pensaba aceptarlas; hacerlo sería como si lo hubiese perdonado, no importaba que fueran sus favoritas.

—No me importa, deshazte de ellas.

—No, espera —la voz de James hizo eco en el vestíbulo— no las botes, dámelas a mí, estoy seguro de que a Caroline le encantarán. Es fanática de las rosas y siempre tiene su casa llena de ellas.

Rubí lo miró furiosa.

—No le darás las flores a tu nueva amante —le dijo sin importarle lo poco correcto que eso sonó.

—Pero acabas de decir que no las quieres, sería un completo desperdicio tirarlas —argumentó James.

—Como sea, no se las darás a tu amante. Nelly —le dijo a la criada— quédatelas, ponlas en tu cuarto o en la cocina, no sé —la criada murmuró un agradecimiento y se fue—. Y tú —dijo dirigiéndose a James— cómprale a Caroline sus propias flores.

—Te levantaste de mal humor hoy por lo que veo, y yo creí que estar comprometidas era lo que más alegraba a una mujer.

Rubí soltó un gruñido muy poco femenino y desapareció.

James ladeó la cabeza diciéndose que nunca entendería a las mujeres. Abrió la puerta de entrada y salió. Afuera se encontró con el carruaje del marqués que acababa de llegar.

—Si viene a ver a Rubí —le dijo una vez que Damián bajó del carruaje— le recomiendo que regrese otro día— aconsejó— amaneció con un humor insoportable, hasta le regaló tus flores a la criada, no sin antes sugerir que las quemaran o botaran.

Damián sonrió.

—Me hubiese sorprendido si se las hubiese quedado, pero tenía que intentarlo —respondió Aberdeen y se dirigió a la puerta.

James se fue del lugar sin saber qué pensar.

—Dígale que no estoy —le ordenó Rubí al mayordomo sin apartar la vista del libro que acababa de agarrar—. No, mejor dígale que no deseo verlo.

Una cosa en la que podía confiar era en la discreción de sus criados; sabía que ese rechazo tan evidente a su supuesto prometido no llegaría a voces ajenas.

—Muy bien, señorita —aceptó el hombre mayor.

—No creo que eso sea necesario —interrumpió la voz de Aberdeen antes de que el mayordomo pudiera siquiera dar un paso para despedirlo.

—Entrar de esa manera es del todo descortés, milord —dijo Rubí con sorna aún sin apartar la vista del libro, aunque era claro que no estaba leyendo nada.

—Rechazar a un invitado también lo es.

Rubí no respondió.

—¿Señorita? —dijo el mayordomo indeciso de qué hacer.

—Déjalo, Elkhart, lo atenderé.

El mayordomo inclinó la cabeza y salió.

— ¿Te gustaron las flores? —preguntó Damián tomando asiento en el sillón frente a ella sin esperar invitación.

Rubí no lo miró.

—No, eran horribles, las mandé a quemar.

Él sonrió.

—Es una lástima, mejor dime ¿qué tipo de flores te gustan entonces? Para que te agraden la próxima vez.

Ella levantó la vista del libro y lo miró furiosa.

—¿A qué ha venido?

—A verte, por supuesto.

Ella lo miró con rabia y decidió ignorarlo.

—¿Servirá de algo si te pido perdón?

—¡No!

—¿Y si te digo que estoy arrepentido?

—No le creería, ¿sabe por qué?, ¡porque es un desgraciado, Aberdeen! ¡Un canalla de lo peor, un egoísta arrogante que solo piensa en su bienestar y no le importa lo que los demás puedan pensar! —gritó y se sintió un poco mejor al desahogarse.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí —respondió ella más calmada— ¿Por qué lo hizo, Aberdeen?

—Porque me gustas —confesó— y porque si me iba a casar con alguien, quería que fuera alguien como tú.

Rubí abrió los ojos con sorpresa y luego lo miró con desconfianza.

—Eso no es cierto, yo no soy su tipo de mujer.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Rubí sonrió de forma cínica.

—Porque soy igual que todas, bonita pero sin cerebro, y usted no se casaría con alguien así hasta que sea obligatorio.

Aberdeen frunció el ceño pensativo, como si reconsiderara sus palabras, luego, ante todo pronóstico, se echó a reír.

Rubí escuchó atónita el sonido de su ronca carcajada. De todas las reacciones que hubiera esperado, esa era la última que hubiera imaginado y por algún motivo fue la que más rabia le causó.

—¿Se puede saber qué le causa tanta gracia?! —explotó.

Aberdeen tuvo que respirar varias veces antes de poder hablar.

—¿Así que escuchaste esa conversación? —preguntó aún jadeando de la risa, hacía años que no se reía así.

—¡Sí!

—¿No te parece de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

Rubí casi se queda con la boca abierta.

—¡Fue por casualidad!

Damián asintió, ya más calmo.

—¿Y debo suponer que todo tu desprecio hacia mí se debe a eso?

Ella asintió y él pareció pensar el asunto.

—Supongo que te debo una disculpa.

—Eso no me interesa, la gente se disculpa por algo de lo que se arrepiente, y usted no está arrepentido.

—Tengo que admitir que me apresuré en juzgarte Rubí, a ti y a tus primas, pero para ser sincero, dije eso pues en esta sociedad todos los años hay jóvenes debutantes y todas son entrenadas para lo mismo: cazar un marido y dejar atrás todo rastro de inteligencia o decisión propia. ¿Qué razón tenía para pensar que ustedes podían ser diferentes? ¿No te parece que exageraste un poco?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero soy muy rencorosa.

—Ya veo. Entonces, aclarado el asunto y llevándome la valiosa lección de que no debo juzgar sin conocer: ¿aceptas casarte conmigo?

—Creo, milord —respondió con desprecio— que no me ha dejado otra opción, pero al menos tendré el consuelo de que, cuando se arrepienta, no seré yo la causante de estar atada a usted.

—No me arrepentiré —aseguró— ¿Por qué piensas eso?

—No lo pienso, estoy segura. Esta haciendo todo esto movido por el remordimiento, esto no funcionará.

Damián se abstuvo de decirle los otros motivos por los que se quería casar y que harían que el matrimonio funcionara.

—Creo que eso depende de nosotros —dijo inclinándose hacia adelante para tomarle una de sus manos—. ¿Qué te parece si lo intentamos? Tenemos mes y medio para conocernos mejor; si no funciona, rompemos el compromiso.

—No podemos hacer eso, sería un escándalo de grandes proporciones.

—Ya que has decidido que no piensas casarte, no veo problema.

La mirada que le dirigió bien podía haberlo matado si hubiera tenido el poder.

—Mi familia saldrá perjudicada.

—Tu familia tiene mucho poder para ser dejada de lado tan fácilmente. Se hablará del asunto, sí, pero solo mientras encuentran algo mejor que comentar.

Rubí consideró el asunto.

—Está bien, acepto, pero le advierto que no pienso seguir adelante con la boda.

“Eso lo veremos”, pensó.

—El tiempo decidirá —dijo—. He pensado en invitarlas a mi residencia campestre por unos días. ¿Te gusta el campo?

Rubí asintió.

—Lo adoro, es mil veces mejor que Londres, no obstante, la temporada está en pleno apogeo y sería imperdonable faltar a ella.

—Pero unos días lejos no causaría inconveniente, ¿cierto?

—No.

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿se vienen unos días a mi residencia de campo?

—Por mí está bien, pero tendría que hablar con Rowena, aunque no creo que haya problema.

—Perfecto —se levantó— quedamos así entonces —alzó su mano y se la besó—. Otra cosa —dijo antes de irse.

—¿Si?

—Vuelves a llamarme “milord” o ha hablarme de usted y seré yo el que explotaré.

Dicho esto, salió y dejó a Rubí sonriendo.

Capítulo 14

Tal y como había predicho, Rowena no solo aceptó, sino que se mostró encantada con la idea, y no porque fuera fanática del campo, que no lo era, sino porque eso involucraría un obligado acercamiento entre Aberdeen y Rubí. Las demás no manifestaron el mismo entusiasmo que Rowena, pero no opusieron ninguna queja. William, al tener trabajo que hacer en la cámara de Lores, no podía ir, por lo que la duquesa tuvo que manipular de forma ágil a James para que accediera a acompañarlas. James, que sabía que entablar una discusión con su cuñada significaba una batalla perdida para él, accedió, a regañadientes, pero accedió.

Después de tres días de organización, la familia salió hacia la residencia solariega del marqués, a la que tardaron otros tres días en llegar, pues quedaba cerca de la frontera con Escocia.

Cuando llegaron, el sol ya estaba a punto de ocultarse, sin embargo, eso no les impidió ver el maravilloso paisaje que tenían en frente. Rubí nunca había visto un verde más intenso y hermoso como el de las llanuras y planicies que observó a través de las ventanillas del carruaje. La casa no se quedaba atrás. Se alzaba como una fortaleza en medio del terreno. Tenía una fachada amplia de hermosa piedra blanca. Unos escalones de mármol en semicírculo los condujeron a la gran entrada, donde las puertas dobles enmarcadas por dos columnas corintias fueron abiertas por un mayordomo que les dio la bienvenida.

Fueron guiados a través del vestíbulo hasta un gran salón tan hermoso como la casa misma. Las paredes estaban decoradas en damasco azul rey y dorado. El techo, en forma de cúpula, presentaba escenas de la mitología griega. De ahí colgaba un gran candelabro con espacio para, al menos, cuarenta velas que, reflejadas en los espejos colocados estratégicamente en las paredes, debían dar al salón un aspecto espectacular cuando estuvieran encendidas.

—Mira el lado bueno —susurró la voz de Topacio a su oído—, al menos todo esto será tuyo.

Rubí no respondió, aún seguía sin hablarle, aunque no podía negar que tenía razón. Ser la dueña de todo eso era un incentivo bastante fuerte y sería suficiente si ella fuera ambiciosa pero, para desgracia de Aberdeen y todos aquellos que querían verla casada, no lo era.

Aberdeen entró en ese momento en el salón y les dio la bienvenida.

—Un hermoso lugar, milord—comentó Rowena.

—Después de la boda podrá venir cuando quiera, excelencia—respondió Damián con una sonrisa viendo de reojo a Rubí que debía de estar mordiéndose la lengua para contener una réplica.

Luego de eso, fueron conducidos cada uno a sus habitaciones con el fin de que se pudieran preparar para la cena. Esta transcurrió de forma tranquila hasta que James comentó.

—Espero que tengas algo interesante planeado Aberdeen, ya que me arrastraron hasta aquí, al menos, espero no morirme de aburrimiento.

—Supongo que siempre podemos idear algo: carreras a caballo, competencias de tiro...

—Eso sería una magnífica idea, milord —intervino Topacio entusiasmada— porque supongo que no nos dejarán fuera, ¿verdad? Por mi parte, me encanta cabalgar y sabemos disparar muy bien. Creo que se dio cuenta de ello en aquella reunión lady Pembroke.

Damián asintió y Rowena soltó un chasquido de fastidio al recordar aquella ocasión en la que sus pupilas habían decidido hacer uso de su talento con las armas en la competencia de tiro que se suponía que era solo para caballeros.

—Oh, yo quiero aprender a disparar —dijo Esmeralda—. James, enséñame, les enseñaste a todas ellas, pero a mí no —se quejó.

—Eras muy joven en aquel momento —se defendió James—, pero cuando quieras te enseño, duende.

Esmeralda estaba tan feliz por la respuesta que no replicó por ese apelativo que tanto odiaba y es que, a pesar de tener dieciséis años, no parecía que fuera a crecer más de un metro cincuenta.

—¡No! —exclamó Rowena— James, te prohíbo que le enseñes a disparar a Esmeralda, es la única que no ha sido influenciada por ti.

James sonrió.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—¡Lo es!

—Pero yo quiero aprender —se quejó Esmeralda— no veo nada de malo en ello.

—Si James no te puede enseñar, yo lo haré —dijo Rubí.

Esmeralda sonrió satisfecha y Rowena suspiró.

—Muchachas, compórtense, por favor —pidió Rowena—, ¿qué debe estar pensando lord Aberdeen de nosotros? Debe creer que se ha unido a una familia de locos.

“No le vendría mal, por insistente”, pensó Rubí. Miró a Aberdeen para ver si el arrepentimiento ya brillaba en sus ojos, pero lo único que logró ver fue el inútil intento de ocultar una sonrisa divertida.

—No se preocupe, excelencia —respondió él—, créanme, estoy más que encantado con ustedes.

—Entonces debes sufrir de algún problema mental, Aberdeen, pues nadie en su sano juicio estaría encantado con todas estas locas, incluyéndote, Rowena.

La susodicha ahogó una exclamación de horror ante semejante desplante de mala educación y él pronto tuvo cinco pares de ojos que le lanzaban miradas asesinas.

—Eres insufrible, James —dijo Rubí.

—E Insoportable —añadió Topacio.

—Lo que has dicho es imperdonable —comentó Zafiro.

—Es una completa falta de respeto —chilló Rowena con aire ofendido.

—Faltas tú, duende —le dijo James a Esmeralda, que no había dicho nada.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo con todo lo dicho anteriormente, solo que yo te perdono si me enseñas a disparar.

Las carcajadas ante el comentario fueron inevitables para todos y pronto cualquier incomodidad desapareció dejándolos disfrutar de una agradable cena. Incluso Rowena se relajó, aunque dejó claro que esa no se la perdonaría.

—Con el tiempo uno se llega a acostumbrar —le dijo James a Aberdeen antes de retirarse.

Las damas hace tiempo se habían ido a acostar y ellos se habían quedado en la biblioteca fumando.

—Son un tanto peculiares —comentó Aberdeen.

—Sí, pero cuando llegaron, trajeron la alegría a la casa. Esta nunca volvió a ser la misma desde que ellas aparecieron y no es que nadie extrañe como era antes. Mis padres murieron cuando yo tenía diez años y desde entonces estuve bajo la tutela de mi hermano. Los días en esa casa era tan aburridos, que cuando me daban vacaciones en Eton, prefería convencer a uno de mis amigos para irme a su casa que venir a la mía. Sin embargo, desde que ellas llegaron, todo fue diferente. Las comidas estaban llenas de risas, en la casa siempre resonaban gritos. Es sorprendente como lograron sobreponerse de la muerte de sus padres; tardó bastante en suceder, sí, pero lo lograron y estoy seguro de que no hay un día en que mi hermano no bendiga el día en que Rowena las trajo.

A Damián le entró la curiosidad.

—¿Qué fue lo que sucedió ese día? Es decir, se han oído muchos rumores, pero nunca se supo en concreto qué sucedió.

Jame se encogió de hombros.

—Nunca hablaron del tema, supongo que era demasiado doloroso para hacerlo. Creo que ni ellas mismas saben bien qué sucedió.

Damián asintió.

—Buenas noches —se despidió James y dejó a Damián pensativo.

Al día siguiente, un problema impidió que Damián desayunara con sus huéspedes. Cuando regresó dispuesto a invitar a Rubí a cabalgar, no la encontró por ningún lado; lo que sí encontró fue su biblioteca invadida por dos féminas.

—Aquí no hay nada interesante que leer, Zafiro —se quejaba Esmeralda sin percatarse de su presencia.

—Para mí hay muchos libros interesantes que leer Esmeralda —respondió ella sin apartar la mirada de lo que fuera que estuviera leyendo.

—Para mí no, esto libros son tan aburridos que podrían curar cualquier caso de insomnio —farfulló—. Debí traerme uno de los míos.

—Los que tus lees no deberían llamarse libros, son puras novelas románticas; si quieres leer un libro de verdad, agarra cualquiera, te aseguro que te gustarán.

Esmeralda hizo una mueca ante la sugerencia y siguió buscando como si milagrosamente pudiera aparecer algo interesante.

Damián carraspeó para hacer notar su presencia.

Las dos mujeres giraron hacia él.

—Buenos días, milord —saludó Zafiro—, su mayordomo nos dijo que podíamos usar la biblioteca.

—Por supuesto —respondió— siéntanse como en su casa— giró hacia Esmeralda— si lo que busca son novelas románticas, creo que mi hermana guardaba las suyas allá —señaló una estantería atrás de él— en la última hilera, entre los libros de jardinerías y ejemplares en latín. Las escondía para que nuestros padres no se dieran cuenta. No les gustaba que leyera esas cosas.

—¿Y quién se las compraba? —preguntó Esmeralda mientras se dirigía al lugar indicado.

—Mi hermano, porque le gustaba satisfacer todos sus caprichos —respondió y las mujeres notaron cómo su voz bajaba un poco el tono, como si recordarla doliera.

Esmeralda aminoró la tensión que se formó sacando una novela.

—Esta se ve interesante —comentó— muchas gracias, milord.

—Es un placer, eh... ¿Alguna de ustedes me podría decir dónde está su prima?

No necesitaron especificación para saber que se refería a Rubí.

—No lo sé, milord —respondió Zafiro—, no la veo desde el desayuno; tal vez, Rowena sepa, creo que está en el salón del té hablando con Topacio.

Damián asintió y luego de murmurar un agradecimiento fue hacia el salón destinado para que las damas tomaran el té, una sala que no se ocupaba desde hacía años, según recordaba.

Cuando se iba acercando unas voces subidas de tono llamaron su atención. Al llegar, las puertas del saloncito estaban cerradas, pero eso no impedía que la conversación pudiera ser escuchada.

—Basta ya de rodeos Topacio Loughy —decía la voz un tanto molesta de Rowena— ahora mismo me dirás por qué organizaste toda esa trampa para que Rubí terminara comprometida.

—Por una vez no hagas tantas preguntas y confía en mí Rowena, sé lo que estoy haciendo— respondió ella tranquilamente—. No pienso decir más.

Damián decidió tocar la puerta en ese momento y cuando entró las mujeres parecían tan calmadas como si estuvieran hablando de cosas irrelevantes.

—Buenos días, milord —saludó Rowena—. ¿Está buscando a Rubí? —preguntó como si leyera su mente.

—Sí. ¿Sabe dónde está?

Rowena asintió.

—Dijo que iba a dar un paseo por el jardín... oh, ahí viene.

Damián giró para ver como Rubí se acercaba a ellos.

—Buenos días —lo saludó ella.

—Buenos días, ¿justo le iba a preguntar si quería pasear a caballo conmigo, para mostrarle el lugar?

Rubí lo pensó un momento.

—Está bien —aceptó—, iré a cambiarme.

—Topacio les servirá de carabina —intervino Rowena.

Topacio miró a su protectora con el ceño fruncido.

—No lo creo, estoy segura de que Zafiro estará más que encantada de hacerlo.

—Zafiro está leyendo y no habrá nadie que la saque de ahí, además, a ella no le gusta tanto montar como a ti.

—¿Por qué no vas tú?

—Sabes que no me gusta cabalgar.

Topacio masculló algo inaudible y salió nada contenta del salón para cambiarse el vestido por uno de montar.

Rubí también se fue.

—Le diré a la cocinera que prepare algo para merendar —dijo él y desapareció a cumplir su cometido.

Media hora más tarde, todos estaban listos para un paseo a caballo.

Cabalgaron un rato en completo silencio. Rubí observaba fascinada el lugar, el paisaje. No había un solo rincón que no fuera verde o que estuviera poblado de flores de todo tipo. Damián nombraba cada sitio y Rubí escuchaba con atención. Cuando llegaron a una especie de claro, Damián desmontó.

El lugar tenía árboles que lo protegían de los rayos inclementes del sol. No tenía nada de especial, pero a Rubí le pareció igual de bello que el resto de la propiedad.

—Creo que podemos comer aquí —dijo él mientras quitaba la canasta de la grupa del caballo.

Una vez que la colocó en el piso, giró hacia Topacio.

—Si quiere, señorita, puede seguir paseando por los alrededores; me han dicho que le gusta cabalgar.

Topacio sonrió.

—Dígalo con todas sus letras, milord; “Señorita Topacio, váyase que quiero quedarme a solas con mi prometida” —Rubí abrió los ojos con sorpresa y ella se rio— no se preocupe, de todas formas no pensaba quedarme, me da tedio hacer de carabina.

Topacio se acercó a la canasta, rebuscó en ella y sacó una manzana. Le dio un mordisco y volvió a subir a su caballo para, posteriormente, alejarse cabalgando.

Rubí miró la escena atónita. No supo por qué se había esperado otra cosa de Topacio.

—Debí convencer a Zafiro —murmuró por lo bajo, pero Aberdeen debió escuchar porque se rio.

—No obstante, creo que prefiero a esta prima en particular.

—Por qué será... —comentó con sorna.

—Tal vez ella sepa lo que es mejor para ti —le dijo él.

—¿Y acaso yo no sé lo que es mejor para mí misma?

—Está claro que no, de saberlo, estaríamos comprometidos desde hace tiempo —respondió él mientras colocaba el mantel en la grama para poner la comida.

Rubí lo miró furioso.

—Usted, milord, necesita una buena dosis de humildad; Sé que mucha gente lo considera uno de los mejores partidos de toda Inglaterra, pero eso no significa que todas deseen ser su esposa.

Aberdeen la miró con una media sonrisa en la boca.

—No lo decía por eso, pero ya que lo mencionas... —sonrió al ver su expresión— y creo haberte dicho que no me dijeras “milord”.

—Se me olvidó..., milord —esta vez fue Rubí la que sonrió al ver su expresión de fastidio.

—Mejor vamos a comer —dijo señalando un espacio en la manta para que se sentara.

—Es un lugar hermoso —comentó Rubí llevándose una tostada a la boca—, nunca he visto algo parecido.

—Podrías venir cuando quisieras si te casaras conmigo —le dijo.

Rubí resopló.

—¿Por qué siempre desvías la conversación a esos temas e intentas manipularla a tu favor? —cuestionó comenzando a hablarle de tú— ¿No podemos hablar tranquilos?

—Tranquila —dijo él—, no sabía que fueras histérica.

—¡No soy histérica!

—Estás actuando como una —le hizo ver.

Rubí lo pensó un momento y se dio cuenta de que él tenía razón.

—Tú me provocas —se defendió—, por lo general, soy muy tranquila.

A Damián le costaba creer eso.

—Permíteme ponerlo en duda.

—Deberías tomar eso en cuenta a la hora de pensar en mí como esposa, ¿querrías estar casado con una mujer histérica?

Damián se encogió de hombros.

—Sobreviviré, al igual que todos los hombres del planeta.

Rubí se cruzó de brazos en una pose ofendida.

—¿Estás insinuando entonces que todas las mujeres somos histéricas?

—¿Acaso no lo son?

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez solo somos histéricas cuando tenemos que aguantar a hombres como tú.

Él arqueó una ceja.

—¿Y por hombres como yo te refieres a...?

—A hombres arrogantes, desgraciados y mujeriegos que no tienen ni la más mínima consideración por una mujer.

—Entonces, según tú, ¿eso es lo que soy?

—Sí —afirmó segura—, ¿acaso me equivoco?

Él lo pensó un momento.

—En parte, tal vez, sea arrogante y fui alguna vez un mujeriego, pero no soy un desgraciado y sí tengo consideración por una mujer.

—Si hubieses tenido consideración por mí, yo no estaría aquí ahora, sino disfrutando de una tarde tranquila en Londres.

—Una tarde aburrida querrás decir; y sobre lo de la consideración, precisamente porque te tengo consideración, es que estamos aquí.

— ¿Ahora se supone que debo agradecer una consideración que no deseaba?
—preguntó estupefacta.

—Deberías, sí, pero no lo llamemos *consideración*, llamémoslo *un acto de honor*.

—Claro —respondió sarcástica— se me olvidaba que es usted todo un caballero y que, por ende, debe tranquilizar una conciencia a pesar de que le aseguré que no tenía que hacerlo.

—¿Te das cuenta de que al final volvimos al tema del que no deseabas hablar?

Rubí frunció el ceño al darse cuenta de que era cierto.

—Sí, pero ya que estamos aquí, piénsalo, ¿en verdad deseas casarte con una mujer histérica?

—Acabas de gritarme que no lo eres —le recordó—, Además, me acusas de manipular las conversaciones a mi antojo y tú estás haciendo lo mismo.

—No es cierto, solo recalco mis defectos para evitar que usted cometa el peor error de su vida.

“Recalco mis defectos para evitar que usted cometa el peor error de su vida”, esa debía ser la frase más extraña que Damián hubiera escuchado alguna vez de boca de alguna mujer. Ya era bastante extraño que rechazara de forma tan vehemente su idea del matrimonio, pero que llegara hasta el punto de recalcar sus defectos lo hacía dudar de su cordura; eso o, sin duda, él era demasiado arrogante para concebir la idea de un rechazo.

—Bien si es así, entonces yo no manipulo conversaciones a mi favor, simplemente recalco los beneficios que traerá la unión.

Rubí frunció el ceño e hizo un pequeño puchero con los labios dando a entender que no le gustaba que usara su estrategia contra ella.

No respondió, se dedicó a mirar con anhelo la tarta de manzana que tenía a su lado para luego rendirse y cortar una porción generosa. No había nada en ese mundo que amara más que un dulce, no importaba que la gente insistiera en que era impropio que comiera tantos ya que engordaría.

—¿Te gusta lo dulce? —preguntó Damián viendo divertido como engullía la tarta.

Rubí asintió.

—¿A quién no?

Damián sonrió.

—Ciertamente, dudo que haya alguien a quien no le guste —dijo él sirviéndose una porción—. Creo que esto es una de las cosas que más extrañé de la guerra.

A Rubí le pico la curiosidad y, aunque sabía que no debía, no pudo evitar preguntar.

—¿Por qué te volviste militar?

—No hay muchas carreras disponibles para un segundo hijo; era eso o el clero, y creo que no sería un buen reverendo.

Rubí se rio solo de imaginarlo, un famoso crápula dando sermón de domingo.

—No, sinceramente, no; pero un segundo tiene más posibilidades que esas.

James lo es y amasó dinero por medio de los negocios.

—Sí, pero para eso se necesita invertir y para ello, dinero y digamos que cuando adquirí la madurez necesaria para hacerlo, mi familia no estaba dispuesta a proporcionármelo —se dio cuenta muy tarde de que había hablado demás.

Rubí se hallaba en un dilema, sabía que no debía preguntar ya que la expresión de él decía que no quería hablar de ello y que se arrepentía de haberlo hecho pero, por otro lado, la curiosidad la mataba; solo que ¿qué debía importarle a ella su vida? Nada, absolutamente nada, ella no tenía por qué meterse en esos asuntos. Decidida volvió al tema inicial.

—Bien, supongo que lo dulce es la debilidad del hombre o, al menos, mi madre decía que esa era la mía, que terminaría como una vaca si seguía comiendo así —comentó para aligerar la tensión formada.

La táctica funcionó, la tensión en el ambiente se aligeró, pero el comentario también logró que esta vez fuera la curiosidad de Damián la que se activara; ella nunca había mencionado a su madre antes, sin embargo, no se atrevió a hacer ninguna pregunta imprudente que pudiera arruinar el momento. Al menos, estaba ganando confianza, eso era bueno. Sin embargo, era sorprendente saber que él también empezaba a confiar en ella, pues nunca se imaginó contar algo como lo que había dicho ni decirlo de manera tan tranquila. La relación con su familia era un secreto muy bien guardado y nunca, aunque fuera en un descuido, se permitía mencionarlo, pero lo hizo, se lo confesó a ella porque le inspiraba una confianza que le era ajena.

Empezó a analizar el asunto pero, al no encontrar ninguna respuesta que pudiera explicar de forma lógica ese hecho, decidió centrar su atención en otra cosa, que curiosamente fue en un trozo de tarta que le quedó en el labio.

Damián se inclinó hacia ella y estiró una mano para limpiarle la boca, pero lo que había planeado que fuera un gesto inocente, se convirtió en algo más apenas posó su vista en esos labios rellenos que parecían pedir a gritos ser besados. Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia adelante.

Iba a besarla, ¡oh, Dios, iba a besarla de nuevo! Cuando sus ojos se posaron en sus labios, ella leyó en ellos esa intención. Iba a besarla, pero Rubí no podía permitirlo y no porque no fuera correcto, sino porque, si lo hacía, sucedería

como siempre: perdería el control sobre sí misma y se entregaría; eso ya la estaba asustando y no podía permitir que volviera a suceder, al menos que quisiera terminar cediendo a la boda. El pensamiento fue suficiente para hacerla reaccionar.

—¡No! —exclamó cuando vio que él se inclinaba.

En un mecanismo de autodefensa, alzó los brazos para detener el avance sin acordarse de que tenía en una de las manos el plato con la tarta de manzana y, con el movimiento brusco, la tarta terminó estrellada entre su barbilla y su cuello.

Aberdeen se separó inmediatamente y pasó anonadado un dedo por su cuello como para comprobar que en verdad le había echado la tarta encima. Miró a Rubí con una mezcla de sorpresa e incredulidad en el rostro.

—¿Lo siento? —dijo ella sin saber que más decir.

—¿Se puede saber por qué, esto? —señaló su cuello sucio y los restos de tarta que empezaban a escurrirse por su camisa.

Claro que no se podía saber.

—Bien... dijiste que te gustaba el dulce.

Damián no podía creer lo que escuchaba.

—¿Y porque me gusta el dulce has decidido echarme la tarta encima? —preguntó intentado encontrarle la lógica al asunto. No lo consiguió.

Rubí no respondió y miró hacia abajo avergonzada.

—Si es así —continuó Aberdeen cortando otro trozo de tarta— también mencionaste que te gustaba el dulce.

Rubí tardó solo un segundo en comprender el significado.

—¡No! —exclamó levantándose en cuanto vio que el tenía en la mano un trozo de tarta.

—Sería injusto que solo yo me quedara con el placer de tener dulce encima.

Rubí retrocedía dos pasos por cada uno que daba él.

—Creo que puedo vivir con esa injusticia.

—Ah, pero yo no podría hacerlo —dijo acercándose más.

Rubí se alzó las faldas y hecho a correr a la primera señal de ataque.

Aberdeen la siguió y ella empezó a ir más rápido sin un rumbo decidido, corría entre los árboles como si su vida dependiera de ello mientras reía como una niña que acababa de hacer una travesura.

Debió saber que no tenía posibilidad contra Aberdeen, pero aun así lo intentó. Él la atrapó poco después y la envolvió con sus brazos entrillándole la tarta entre la barbilla y la boca. Rubí soltó un pequeño gritillo de protesta, pero siguió riéndose.

Cuando él intentó alejarse, se enredó con las faldas de ella haciendo que perdiera el equilibrio. Se sostuvo de los brazos de la mujer intentando recuperarlo, pero lo que consiguió fue hacer que ella también lo perdiera logrando que los dos terminaran, para su mala suerte, en un charco de barro que tenían atrás.

—¡Oh, vamos! —se quejó viendo su vestido sucio— ¿Ahora qué le voy a decir a Rowena?, le dará un ataque al verme así —miró a Damián—. Esto es tu culpa —lo acusó.

—¿Mi culpa? ¿Quién me lanzó la tarta encima?

—No tenías por qué ser tan vengativo. Mira cómo hemos quedado —protestó viendo su hermoso cabello cubierto de barro.

Damián se encogió de hombros.

—He oído que el barro es bueno para la piel.

Rubí lo miró como si le hubiera salido otro ojo, luego sonrió.

—Bien, si es así... —tomó en su mano un puñado de barro y se lo lanzó— con esto tendrás una piel envidiable.

Damián tardó un momento en reaccionar, pero cuando lo hizo, lo hizo de la misma manera que ella. Así, se enzarzaron en una batalla de lodo como dos niños de cinco años. Si alguien los viera, seguramente, no reconocerían en ellos a la respetable señorita ni al amargado y arrogante marqués que, después de muchos meses, reía como antes.

Capítulo 15

Cuando regresaron, Topacio los esperaba cerca de la casa para que diera la impresión de que regresaban juntos. Como era de esperar, ella no pudo, ni se molestó en contener la carcajada que se formó en su garganta al verlos bañados en lodo.

—Parece que hubieran estado jugando con los cerdos —dijo sin parar de reír—, de hecho, parecen uno de ellos.

Las carcajadas no dejaban de sacudir el cuerpo de su prima que tuvo que agarrarse del lomo del caballo como si temiera que fuera a caer al piso por la risa. Rubí solo pudo agradecer que no preguntara qué les había pasado.

La suerte estuvo de su lado pues Rowena no apareció cuando llegaron y tuvieron tiempo de escabullirse a sus respectivas habitaciones a pedir un baño. Los criados los miraban sorprendidos, pero por obvias razones, ninguno de ellos se atrevió a cuestionar nada.

Rubí tuvo que reconocer que ese día la pasó bien y los días siguientes a ese también. Salían a pasear todos los días, siempre teniendo como carabina a Topacio que desaparecía apenas estaba fuera de la vista de la casa, o a Esmeralda que, al llevarse un libro consigo y al concentrarse en él, bien podían ellos cometer todos los actos indecorosos del mundo y ella no se daría cuenta. Por obvias razones, Aberdeen nunca permitió que fuera Zafiro la carabina.

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que su opinión acerca de Aberdeen había cambiado. Seguía considerándolo un arrogante, pero ya le caía mejor. Pasar tiempo con él era bastante entretenido y, aparte del día en el que terminaron llenos de barro, no había intentado besarla de nuevo, pero ella no sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

A pesar de que su opinión hacia él había mejorado considerablemente y que la pasaba bien a su lado, todavía no accedería al matrimonio. Primero, porque sabía que tarde o temprano se terminaría arrepintiéndose. Segundo, porque todavía no podía perdonarles ni a él ni a Topacio lo que habían hecho. Su orgullo le impedía

dejar pasar eso así de fácil. Ellos habían manipulado su futuro a su antojo y eso no era algo que se perdonara tan rápido. Aberdeen había sido muy egoísta al hacerlo y ella no creía que esa fuera una buena cualidad en un esposo.

La verdad era que estaba hecha un lío. Deseaba casarse, deseaba tener una familia; siempre lo había deseado, pero nunca había pensado que sus posibilidades terminarían reduciéndose a Aberdeen, y no era la peor de las opciones del mundo, pero tampoco tenía la certeza de que era la mejor.

Imaginarse un futuro con él era muy complicado. Siempre lo había visto como aquel ser amargado que juzga sin conocer y por ello nunca lo vio como posible candidato y, ahora que lo conocía mejor, se le hacía igualmente difícil ver un futuro con él. En pocos días, le había mostrado facetas buenas de su personalidad, pero también le había mostrado las peores, como que era un hombre muy dominante, por ejemplo, y Rubí siempre supo que no deseaba un hombre así en su vida. Pero ahora..., ahora no sabía. Sí, estaba hecha un lío, no había otra manera de describirlo. La decisión que tomara sería irrevocable y la más difícil de su vida. Por un lado, si se casaba con él, tendría la familia que siempre deseó, pero corría el riesgo de haberlo juzgado de manera equivocada (como venía sucediendo últimamente) y terminar atada de por vida a un mal hombre. Y por el otro, si no lo hacía, se quedaría soltera por siempre y tendría que vivir siendo la tía consentidora. Ninguna de las posibilidades le gustaba, pero no tenía otras. Maldijo internamente el momento en que se dejó seducir; gracias a eso, su vida estaba definida solo por dos opciones de las cuales no sabía cuál elegir, siendo lo peor que tendría que elegir una antes de un mes, que era la fecha planeada para la supuesta boda.

Todos esos pensamientos no dejaron dormir a Rubí en su última noche en la casa del marqués, por lo que decidió bajar a la biblioteca a buscar uno esos libros que, Esmeralda aseguró, podían curar el más grave caso de insomnio.

Desde hacía tiempo había comprobado que ni los vasos de leche tibia, ni los tés relajantes lograban hacerla dormir cuando no podía. La única solución para ella siempre era un aburrido libro que la ponía a bostezar apenas leía la primera página.

Se llevó una vela consigo ya que los pasillos debían estar oscuros

considerando que era como medianoche y tranquilamente fue hacia la biblioteca

Al entrar en la estancia, Rubí se sorprendió al descubrir que esta no se hallaba sola y que, al parecer, no era la única que no podía dormir.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Damián.

Él se encontraba sentado en un sillón frente a la chimenea. Tenía una copa de licor en las manos y miraba fijamente al fuego.

—No podía dormir —respondió como si fuera obvio—. Esmeralda me mencionó que tenías unos libros tan aburridos como para curar el insomnio y he venido a buscar uno.

Él giró y la miró divertido.

—¿Desde cuando un libro es cura para el insomnio?

Ella se encogió de hombros.

—A mí siempre me ha funcionado. Y tú ¿tampoco podías dormir?

Damián asintió, pero se abstuvo de mencionar que hacía meses que no dormía bien.

Rubí no sabía qué hacer, debería agarrar cualquier libro y salir de ahí de inmediato, pero por algún motivo no deseaba dejarlo solo.

Sabiendo que hacía algo incorrecto, se acercó a él, colocó la vela en el piso y se sentó en el sillón de al lado girándolo un poco para poder verlo mejor. Él hizo lo mismo y pronto estaban mirándose a los ojos.

Por primera vez Rubí pudo ver algo vulnerable en esos ojos marrones, como un misterio, un secreto, algo que lo atormentaba, lo que le hizo adivinar que no era la primera vez que no podía dormir.

—¿Quieres un poco? —preguntó señalando la copa.

Rubí se horrorizó solo de ver el licor y negó efusivamente con la cabeza.

—No, gracias —no pensaba volver a tomar una gota de alcohol en su vida.

Damián pareció entender a qué se debía su negativa porque asintió.

—¿Por qué no podías dormir? —le preguntó a ella.

Rubí no tenía la menor intención de decirle que era por su culpa y por todas las dudas que tenía acerca de su futuro.

—No lo sé, no podía, eso es todo ¿y tú?, ¿por qué no podías dormir?

Él pareció meditar la respuesta y Rubí supo que pensaba en qué excusa decirle.

—Supongo que me pasó lo mismo —dijo al fin sin encontrar nada más que decir.

—Ya veo... —el tono de Rubí dejaba claro que no le creía, pero tampoco se atrevió a preguntar más.

Pasaron unos cuantos minutos en silencio, mirando el fuego de la chimenea. Ella no sabía por qué aún seguía ahí en vez de estar camino a su habitación donde se encontraría segura, pero una algo dentro sí se negaba a irse.

—Fue una muy buena semana —le dijo incapaz de permanecer más tiempo en silencio—. Gracias por todo.

Él la miró.

—¿Qué has decidido, Rubí? —preguntó sin rodeos.

Rubí no necesitaba fingir que no sabía a qué se refería, bien que lo sabía y si supiera la respuesta no estaría ahí.

—Nada todavía —respondió— dame un poco más de tiempo, Damián, no es una decisión fácil de tomar.

—Yo no lo veo tan difícil.

Y ahí estaba otra vez, ese lado de su personalidad que tanto odiaba.

—Pues lo es, aunque no lo creas, está en juego mi futuro; eso debería ser suficiente.

Él acercó un poco más su sillón al de ella para poder verla más de cerca.

—¿Crees que no te haría feliz?

A Rubí le sorprendió la pregunta, ella nunca había esperado felicidad, en todo el sentido de la palabra, cuando se casara. Siempre supo que se conformaría con una vida tranquila y agradable y no estaba segura de que un matrimonio con Aberdeen le proporcionara eso, al menos, no lo de tranquilo. Sin embargo, ya no tenía la certeza de que eso fuera lo que todavía deseaba. No sabía qué era lo que deseaba. No creía que Damián la fuera a hacer infeliz y tampoco creía que estar casada con él fuera tan malo, pero aún así no estaba segura de hacerlo, y no solo por las razones ya mencionadas, sino porque tenía miedo, ¿a qué?, no lo sabía.

Tal vez, miedo a lo desconocido. Aberdeen no era como cualquier aristócrata común, él no era predecible y eso la asustaba un poco.

—No es eso, es que... oh, no sé —no sabía cómo explicarlo, si ni siquiera sabía lo que ella misma quería.

—Está bien —dijo Damián— tal vez todavía es muy pronto.

Rubí asintió.

—Creo que iré por ese libro —dijo levantándose, pero antes de poder ir Damián la sujeto por el brazo.

—Cuando encontré ese anillo —dijo tomándole la mano en donde lo tenía— lo observé durante el resto de esa noche por un buen tiempo y hubo algo que me llamó la atención.

Rubí observó su anillo más pendiente del contacto cálido de su mano que de la conversación.

—Me fijé que en el interior del anillo hay un escrito grabado, decía “La joya” ¿Qué significa eso?

Rubí sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero las contuvo para que él no se diera cuenta.

—Era el nombre de la hacienda de mi padre —respondió intentando que su voz no sonase ahogada—. Eran tres, quiero decir, antes de morir, nuestro abuelo se aseguró de que cada hijo tuviera algo de terreno para que pudieran comenzar y no se quedaran sin nada. Las haciendas eran colindantes y bastante prósperas e iban creciendo con el tiempo. “La joya”, “El diamante” y “La gema” se llamaban.

A Damián no le sorprendieron los nombres. Al parecer, los Loughy tenían cierto fanatismo con lo que a las piedras preciosas se refería.

—¿Qué pasó con ellas? —preguntó sin poder contener su curiosidad.

—La de mi padre, supongo que la vendieron después de su muerte al no haber herederos varones; era la que mejor se encontraba, ya que las otras... Es curioso, sabes, “La gema” era la hacienda del padre de Zafiro, había sufrido un incendio pocos meses antes y quedó inutilizada; vivían con nosotros mientras buscaban cómo recuperarse. Fue una suerte que sobrevivieran al incendio.

“El diamante” era de los padres de Topacio. Curiosamente, venía sufriendo

una racha de mala suerte bastante sospechosa: los animales fueron envenenados, los cultivos incendiados. A “El diamante” pareciera que le hubieran caído las siete plagas; tales eran las desgracias, que la familia de Topacio se había endeudado hasta el cuello. Cuando nuestros padres murieron, lo acreedores sacaron todo lo que pudieron de ella para cobrar la deuda. Lo único que quedó intacto fue la dote de Topacio. Por lo visto, la desgracia se venía cerniendo sobre la familia Loughy hasta terminar en lo peor.

—¿Quieres decir que...?

—Que alguien no solo se conformó con vernos destruidos, también querían vernos muertos.

—¿Y nunca se supo quién?

Rubí negó con la cabeza mientras las lágrimas empezaban a bañar sus mejillas. Damián se levantó y empezó a limpiarlas.

—Lo siento, no debí preguntar.

—No importa —dijo calmándose— ya no importa; el mundo puede ser cruel a veces. No sé por qué alguien quiso hacernos daño, pero a final lo consiguió.

—Solo hay tres motivos poderosos por los que alguien hace un daño así de grave: la envidia, la ambición y el odio, y los tres van de la mano —respondió Damián—. Cuando un hombre está dominado por todo eso, puede suceder cualquier cosa.

—Incluso desatar una guerra —concluyó Rubí sabiendo de alguna forma lo que él pensaba.

Damián asintió.

Por un momento quedaron así, en silencio, ambos con ganas de preguntar más, pero sin atreverse del todo a hacerlo; ambos sabiendo que eso era solo una parte de la historia de lo que habían vivido y que en el fondo había más, algo más doloroso y difícil de contar.

Él seguía sosteniéndole la mano y pasó lo que pareció una eternidad hasta que Rubí recuperó la voz para hablar.

—Creo..., creo que iré por el libro— tiró de la mano para liberársela pero él la atrajo hacia arriba y se la besó.

Más que un beso fue una tierna caricia.

—Buenas noches —le dijo.

—Buenas noches —respondió con voz ahogada.

Rubí se apresuró a ir por el libro, cogió el primero que encontró y huyó hacia la seguridad de su habitación, todavía sintiendo el hormigueo en su mano y con una nueva curiosidad creciente hacia aquel hombre que no sabía cómo había dejado de caerle mal.

Capítulo 16

Abandonar la residencia del marqués al día siguiente no resultó ser un alivio como hubiera creído Rubí en un principio, todo lo contrario. La noche pasada había sucedido algo que no sabía cómo nombrar ni explicar. Nunca había contado lo de las haciendas a nadie, mejor dicho, nunca había hablado de nada que tuviera que ver con ese asunto; ninguna lo había hecho. Era demasiado doloroso de recordar y aún era más doloroso de contar. Las imágenes de esa noche se instalaron en sus pesadillas durante años y fueron muy difíciles de borrar. Incluso ahora, cuando las pesadillas habían desaparecido, la imagen de toda su familia muerta seguía tan patente como si no hubieran pasados más que días de lo sucedido, y Rubí estaba segura de que siempre sería así.

Haberle contado esa mínima parte a Aberdeen todavía la sorprendía, pero fue tan repentino. Habían empezado a hablar y las palabras salían de su boca con la seguridad de que llegarían a oídos confiables. Ese hombre tenía algo que la instaba a creer en él y ella quería que él confiara en ella, que revelara el tormento que había visto en sus ojos esa noche... ¡No sabía ni siquiera lo que pensaba! Sin duda, no debería analizar esas cosas si quería quedarse soltera, solo que ¿en verdad lo quería?

—¡Rubí!

La voz de Rowena la sacó de sus cavilaciones.

—¿Qué sucede? —preguntó sobresaltada.

Rowena puso los ojos en blanco y repitió la pregunta.

—Te decía que deberíamos ir mandando las invitaciones de la boda y elegir a quién invitar.

Rubí suspiró y se enderezó en el asiento del carruaje. De lo que menos tenía ganas en ese momento era de hablar de las invitaciones de una boda que no sabía si se llevaría a cabo. Claro que no podía decirle eso a Rowena, pero tampoco podría hacerla desistir de la idea de no enviarlas aún.

—Invita a quien consideres adecuado —dijo Rubí.

Rowena pareció feliz con la decisión.

—Tendría que hablar con lord Aberdeen para preguntarle a quién desea invitar él. No sé mucho de su familia, creo que tiene una hermana...

Rowena siguió hablando y Rubí volvió a ver por la ventanilla.

Tres días después, la ciudad se hizo notar incluso varios metros antes de llegar a ella. El ambiente tan activo de Londres era un contraste impresionante con la tranquilidad del campo y Rubí empezó a extrañar esto último. O tal vez era la compañía lo que extrañaba... No, eso era imposible, Aberdeen no tardaría en llegar también para seguir el cortejo, así que no tenía ningún motivo para extrañarlo, es más, no debía extrañarlo. Pero lo hacía, por más que intentara no pensar en él, lo hacía y eso la exasperaba. Si no podía controlar sus propios pensamientos, si no podía olvidar los maravillosos momentos juntos, ¿cómo podría convencerse de que quería permanecer soltera? Deseó que Damián tardara bastante en volver a Londres, quizás así pudiera lograr sacárselo de la cabeza.

Rubí debió saber que él no le permitiría semejante cosa. Solo dos días después de haber llegado, apareció él con otro hermoso ramo de flores que, esta vez, no tuvo el valor de regalar.

El cortejo se llevó a cabo como cualquier otro: salidas al parque, paseos, en fin. El hecho era que el tiempo corría y la posibilidad de arrepentirse se esfumaba con cada día que ella pasaba sin tomar una decisión. Pero en el fondo, muy en el fondo, Rubí sabía que seguramente ya no se echaría para atrás, que terminaría casada con Aberdeen, no solo para evitar el escándalo que una ruptura del compromiso significaría, sino porque no deseaba quedarse sola. Tal vez, Aberdeen no era el hombre que en un principio había imaginado como marido, pero era su única opción, y ya no se veía tan mala como antes. No supo si eran los días pasados en su compañía o las pequeñas confesiones de aquella noche en la biblioteca lo que la había hecho cambiar de opinión, pero ya no lo consideraba tan mal partido. Seguía siendo un arrogante egoísta, pero creía poder vivir con ello.

Tenía aún algunas renuencias, sí, pero estas ya no eran tan fuertes como antes y ella ya se veía a punto de claudicar, a pesar de que una vocecilla en su mente

se empeñaba en recordarle la forma en que había terminado comprometida y la promesa de venganza ante ello. Pero aunque siempre había sido rencorosa, solo cuando la ocasión lo ameritaba era vengativa, por lo demás, olvidaba el asunto. Aunque ese hecho no fue precisamente una ofensa leve, ella ya lo estaba olvidando y perdonando. Se odiaba por eso, pero no podía cambiar su naturaleza. Eso sí, seguía sin hablarle a Topacio, aunque a ella no parecía importarle. Al parecer, Topacio tenía la certeza de algo que Rubí desconocía.

Dado que la posibilidad de rendirse ya rondaba su mente y ella no tenía muchas fuerzas para oponerse, se dedicó a disfrutar de los días. Los detalles de la boda los llevaba Rowena y Rubí sabía que no necesitaba su intervención; tampoco es que le importara mucho, todo ese tipo de cosas siempre la habían fastidiado. No obstante, a pesar de haber jurado que disfrutaría de los días siguientes, Rubí se había olvidado de lo cruel que podía ser la sociedad cuando de un chisme se trataba.

Poco después de una semana de su regreso a Londres, Rubí comprobó en carne propia lo que era ser la fuente de distracción de la gente. Apenas entró en el salón de lady Dover, fue asediada por todas y cada una de las matronas chismosas conocidas, que tenían la intención de sacarle al pie de la letra los detalles de la supuesta proposición de matrimonio de Aberdeen, la fecha cuando había empezado a cortejarla y, lo peor de todo, si Aberdeen fue el motivo de que rechazara a Hereford.

Las lenguas viperinas atacaban sin piedad: frente a ella empezaron a asegurar, sin que ella hubiese dicho una palabra, que por supuesto que Aberdeen era el motivo, que cualquier dama en su sano juicio preferiría a un marqués rico que a un conde empobrecido, y que estaban completamente de acuerdo de su decisión; pero apenas se alejaba de un grupo, empezaba a escuchar las críticas a su persona donde decían que Aberdeen podía haber elegido a alguien mejor, que no sabían cómo había podido comprometerse con ella y que, seguramente, tras ese compromiso había algo extraño.

¿Había algo extraño? Sí. Nada de lo sucedido se parecía ni de cerca a lo que se especulaba, pero ese no era motivo para que Rubí no se sintiera ofendida por tales comentarios, productos de la envidia, que en algunas ocasiones no eran ni

discretos. A mitad de la velada se encontraba más que harta del asunto y a punto de pedirle a Rowena que se retiraran. No obstante, se negaba a comportarse nuevamente como una cobarde, así que se limitó a salir a la terraza por un poco de aire que la ayudara a tranquilizarse. Se recordó que la sociedad era así, hipócrita y que atacaban apenas venían una presa vulnerable; si se iba, parecería aún más vulnerable por lo que sería objeto de más ataques. Tendría que quedarse y resistir. No había otra.

Suspiró, era más fácil de decir que de hacer, y no porque le importara lo que la gente hablara de ella, sino porque era un completo fastidio escucharlo una y mil veces y fingir que no oía nada. Deseó que Aberdeen hubiera asistido, al menos las críticas se hubieran dividido en dos. Era injusto, el hombre se había pegado a ella como una sanguijuela desde que descubrió que era la mujer de aquella noche, pero ahora, cuando más lo necesitaba, no había asistido.

Apenas llevaba unos minutos afuera cuando una odiosa voz conocida interrumpió su tranquilidad.

—Es una linda noche cierto —dijo Hereford.

“Lo era hasta que apareció”, pensó Rubí suprimiendo una mueca de fastidio y girándose para enfrentarlo.

—Sí, lo es, ¿qué desea, milord? —le preguntó.

Debería irse de ahí, pero ¿por qué tenía que dejar su paz?; ella había llegado primero, que se fuera él.

—¿Por qué lo hizo, señorita Loughy? —preguntó directamente.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué hice qué? ¿Rechazar su propuesta? —sonrió— ya se lo dije, milord, todo fue un juego.

—Yo la amaba, aún la amo —dijo en un patético tono de tristeza.

Si lo que quería era hacerla sentir culpable, fallaba de la peor manera. Después de todo lo que le había escuchado decir, Rubí no podía creer que ese hombre tuviera sentimientos.

—¿Ah, sí? —dijo en tono burlón— yo no y le pido, por favor, que se vaya de aquí, quiero estar sola.

Debía estar muy desesperado por el dinero si arrastraba de esa manera su

orgullo por el piso. Pero para su desgracia, Rubí no le tenía ni un gramo de compasión.

—Aberdeen no la hará feliz, él no la ama como yo; es un crápula, no la respetará. Su vida a su lado será un calvario.

—¿Acaso con usted sería mejor?

Hereford alzó la cabeza.

—Por supuesto que sí, yo siempre la respetaría.

Rubí se encogió de hombros e intentó no reaccionar de manera furiosa ante semejante declaración.

—Lástima que no esté interesada.

—Por favor —dijo tomándole el brazo—, piénselo; está cometiendo un grave error.

Rubí sacudió su brazo pero no pudo zafarse.

—Suélteme —ordenó—, suélteme ahora mismo o empiezo a gritar.

—Usted no entiende —dijo desesperado— no puedo vivir sin usted, yo... ¡Ah! —exclamó cuando ella le dio un puntapié en la pierna mala.

Ella se soltó y se alejó de él.

—¡No vuelva a tocarme! ¡Váyase a buscar a otra imbécil para saldar sus deudas! —espetó dirigiéndose a la puerta.

Él la miró con un odio que contradecía a kilómetros el amor que decía sentir.

—¿Fue usted la que divulgó la información? ¿Cómo se enteró?

Rubí se encogió de hombros.

—El cómo me enteré es muy fácil, milord, la gente no hablaba de otra cosa; y sobre si fui yo la que lo divulgó... no puede asegurarlo. La gente que escribe columnas de chismes es muy perspicaz, se entera de todo. No hay que dudar de su capacidad —dicho esto, se fue.

—Pagarás por esto, Rubí Loughy —aseguró después de que ella se hubo ido mientras intentaba recuperarse del dolor en su pierna.

Había llegado al límite de su paciencia, esa mujer se atrevió a despreciarlo, lo había humillado y, como si fuera poco, había hecho que toda la sociedad lo repudiase, porque no le cabía duda: había sido ella la que filtró la información y

ahora no solo había perdido la oportunidad de obtener su dote, sino que había arruinado toda sus posibilidades de encontrar a otra ingenua. Las deudas lo estaban ahogando y no tardaría en perderlo todo y terminar en la cárcel. La sociedad lo invitaba a fiestas, pues su título era antiguo y respetado, pero ya nadie lo consideraba apto para sus hijas; ni las solteronas más feas se acercaban a él y todo por culpa de ella. Todo era culpa de Rubí Loughy que había echado por tierra todos sus planes. Pero se las pagaría, no sabía cómo, pero se las pagaría. Eso no podía quedar así.

Rubí entró echa una furia en el salón. El encuentro con Hereford, sumado a que era el entretenimiento preferido de la gente, no contribuían a fomentar su buen humor.

Caminó más rápido de lo que se considerara normal en búsqueda de una de sus primas, no importaba si era Topacio, pero necesitaba compañía familiar. De pronto, tropezó con un cuerpo que poco después se percató que era el de Aberdeen. Se alejó de él como si la quemara y lo miró furiosa.

—Creí que no venías —le dijo.

Una sonrisa arrogante se formó en los labios de Aberdeen.

—¿Me extrañabas?

Rubí no podía con él.

—No, solo me formaba esperanzas de que no vinieses.

—Temo decepcionarte, entonces, pero solo se me hizo tarde. ¿Bailamos? — preguntó al oír que la orquesta comenzaba a tocar una nueva melodía.

Rubí aceptó, pero solo porque sabía que la pregunta era por cortesía; la arrastraría a la pista si decía que no o, peor aún, le cobraría el baile con otro beso.

No supo por qué, pero la presencia de Aberdeen la reconfortó. Los cotilleos no eran tan evidentes cuando él se encontraba a su lado, ni los ataques eran tan directos. Era como si una sola mirada de él detuviera las lenguas viperinas.

Todo parecía volverse normal, al menos hasta que Rowena los interceptó y dijo

—Nos vamos a casa, no me siento bien.

Rubí asintió.

—Está bien, buscaré a las demás.

Ella negó con la cabeza.

—No, tú te quedas, no quiero arruinarte la noche —miró a Aberdeen y sonrió — estoy segura de que milord te podrá llevar a casa.

Si a ella le sorprendió la propuesta, pudo ver que a Damián también, pues sus ojos se abrieron sorprendidos, luego, mostró una de sus mejores sonrisas.

—Por supuesto, excelencia.

—Pero Rowena...

—No te preocupes, querida, Topacio los acompañará.

La sonrisa en la cara de Damián se borró y la aludida que apareció justo en el momento del comentario puso los ojos en blanco.

—Ni lo sueñes, Rowena, no pienso servir nuevamente de carabina para estos dos; le toca a Zafiro.

—Zafiro también se siente mal.

—Pues que Rubí venga con nosotros.

—Sí —se apresuró a decir ella— no hay problema, de verdad.

Rowena negó con la cabeza.

—No pienso arruinarles la noche. Te quedas con ella.

—No —negó Topacio—, que se vayan solos entonces; no me pienso quedar.

Rowena le dirigió una mirada de advertencia.

—Si se van solos sería del todo indecoroso.

La expresión de Topacio le dejó claro a Rubí que pensaba que después de lo que había sucedido entre ellos eso no debía importar, pero Rowena no lo sabía porque siguió

—Además, te lo mereces por tratar de manera tan mala a lord Frederick.

Topacio resopló sin importarle que alguien la escuchara.

—Simplemente, le dije que no deseaba bailar con él. ¿Es acaso tan malo?

—Sí —afirmó Rowena—, fue del todo descortés; el pobre solo está interesado en ti, tu respuesta fue bastante grosera, así no encontrarás marido.

Topacio sonrió.

—No deseo hacerlo y, si fui descortés..., no lo siento. Créeme, Rowena el

hombre no está interesado en mí, lo sé.

Rowena hizo una mueca de fastidio. Era cierto que Topacio tenía una intuición afilada, normalmente sus presentimientos no fallaban y muchos podían creerla adivina, pero ella estaba segura de que lord Frederick era un buen hombre. De todos modos, se negó a seguir discutiendo el asunto.

—Eso no importa, te quedas y es mi última palabra —dijo y se marchó sin darle tiempo a replicar.

Topacio gruñó y miró a la pareja con fastidio.

—Iré en el asiento del cochero —informó antes de desaparecer ella también.

Rubí tuvo que contener una maldición. Rowena era tan astuta como una ardilla. Ella debía saber que Topacio no iba a ir con ellos dos en el carruaje y por eso la dejó como carabina. Rubí no sabía si admirarla u odiarla por ello.

Por la cara de complacencia de Damián, supo que él había llegado a la misma conclusión, solo que él sí la admiraba por ello.

Dos horas después, Rubí iba de camino a su casa, sola en el carruaje con Damián. Topacio había cumplido su promesa y, apenas se habían alejado un poco de ojos curiosos, se bajó del carruaje; se sentó al lado del chofer, y los dejó solos. Rubí estuvo tentada de pedirle que se quedara, pero no lo hizo, no porque quisiera quedarse a solas con Aberdeen, no, solo, seguía sin hablarle y no pensaba perder su orgullo al hacerlo.

—Te dije que te ves hermosa hoy —dijo Damián apenas quedaron solos.

—Gracias —respondió.

Él, que se había sentado frente a ella, se colocó a su lado, muy cerca.

La cercanía hizo que el cuerpo de Rubí respondiera con un pequeño estremecimiento, pero no de incomodidad ni de miedo; bueno, tal vez, sí de miedo, pero a cómo reaccionaría si a él se le ocurría acercarse más.

—Rubí —dijo con tono algo ronco—, faltan tres semanas para la supuesta boda —recordó—, necesito tu respuesta.

Rubí suspiró. Había temido también eso. Era inútil pedir más tiempo que no tenían, mientras más tiempo esperasen para romper el compromiso, más serían las habladurías, pero, lo peor del caso era que ella no quería romper el compromiso. Se odia por su falta de determinación, pero la decisión ya estaba

tomada: a pesar de cualquier riesgo se casaría con él, y no solo por ella, sino por todos. La boda evitaría más rumores de los necesarios y ella ya no deseaba más escándalos.

—Sí —dijo al fin después de tomar aire— me casaré contigo.

Damián sonrió. Y Rubí gruñó.

—Odio esa sonrisa —le dijo— odio la arrogancia que siempre veo en ella.

Damián la amplió más

—Eres la primera persona que me lo dice.

—Siempre hay una primera vez.

Damián la observó atentamente y como si viera de repente todo contra lo que ella se debatía, dijo.

—Lo siento, Rubí.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Por qué?

—Por todo, por obligarte a la boda, por la presión y por haberte arruinado toda posibilidad de matrimonio aprovechándome de ti cuando estabas borracha.

Rubí sintió que se ruborizaba al recordarlo.

—Creo que eso último fue culpa de ambos —admitió— nadie me mandó a tomar ni... —“ni a sucumbir” quiso decir, pero las palabras no le salieron.

Damián negó con la cabeza.

—Tu resistencia debió ser suficiente para hacerme saber que debía parar, no debí seducirte sabiendo que no te encontrabas en tus cinco sentidos.

Eso no lo podía negar, pero ahora que lo pensaba, no es que hubiera ofrecido mucha resistencia.

—En fin... supongo que ya no se puede cambiar nada de lo sucedido, incluso, el bendito matrimonio que tanto te empeñas en realizar. Te arrepentirás, estoy segura.

Damián puso los ojos en blanco como si ya estuviera cansado de oír esa frase. Luego, acercó su rostro al de ella, lo que hizo que Rubí retrocediera hasta tocar la puerta del carruaje.

—Estarías más convencida de que no será así si te dijera que mi motivo para

la boda, más que el honor, es algo del todo indecoroso.

Rubí enrojeció y un calor familiar empezó a recorrerle el cuerpo tanto por las palabras como por la cercanía.

—Sabes, puede sonar irónico que después de tantos meses de celibato, de estar amargado, me haya recuperado justo con el tipo de mujer de la que nunca creí que fuera capaz de levantar pasiones.

Rubí no supo si sentirse halagada u ofendida por ese último comentario. Iba a hablar pero él continuó.

—Me gustas —admitió— y por Cristo, seré egoísta, pero no pensaba dejarte ir, no pienso hacerlo —se corrigió y Rubí no supo si tomar como algo malo esa declaración de posesión—, te prometo que te haré feliz —aseguró y, antes de que ella pudiera siquiera decir algo, la besó.

Rubí se rindió de inmediato sabiendo que era inútil resistirse.

Estaban tan ensimismados en lo que hacían que no se dieron cuenta del momento en que el carruaje se detuvo. Solo cuando la voz de Topacio hizo eco en el encerrado lugar, se separaron.

—Y luego preguntan por qué me niego a servir de carabina.

Rubí se sonrojó y Damián se dignó a mostrarse avergonzado.

—Nos vemos luego —dijo como despedida y se apresuró a bajar del carruaje sin esperar ayuda.

—Que vergüenza, milord —declaró Topacio después de que Rubí hubo bajado—, yo que voy al asiento del cochero confiando plenamente en que usted se comportaría como todo un caballero y me sale con esto —negó con la cabeza como dándole más credibilidad a la reprimenda.

No obstante, Damián pudo ver el brillo burlón en sus ojos antes de que se diera vuelta para marcharse; si no hubiera sido así, hasta se hubiera creído su interpretación. No solo era una bruja, también era una actriz consumada, lo que le hizo preguntarse con qué clase de familia se había emparentado. No importaba, estaba seguro, valdría la pena.

Capítulo 17

Damián, aburrido de las noticias del *Times*, dejó el diario a un lado en la mesa del comedor y se levantó para salir.

Ese día había amanecido con un peculiar buen humor. Quizás fuera el hecho de que Rubí había aceptado ser su esposa. No sabía qué hubiera hecho si ella hubiera exigido la ruptura del compromiso. Después de darle su promesa de que accedería a ello si así lo deseaba, no podía permitirse negarlo. Por suerte, no tuvo que llegar a tales medidas.

No recordaba haber dormido tan bien en años ni amanecer de tan buen humor tampoco. Aunque, si lo pensaba bien, su humor había mejorado considerablemente desde que esa mujer se había topado en su camino.

Recordó el día en el que se habían revolcado en el lodo. Antes de eso no podía decir cuándo se había reído tanto y disfrutado con tanto relajo la vida sin que le importara nada, ni el aspecto, ni la buena educación, nada. Era como si hubiese regresado años en el tiempo, a aquella época donde la vida era una ilusión, donde todo parecía tan simple, donde se era feliz, pues la dura realidad del mundo no lo había golpeado todavía. Era como si su antiguo yo hubiera regresado a ocupar el lugar que hacía tiempo había abandonado.

Sin ponerse a pensar mucho en ese nuevo hecho, tomó su sombrero y se dirigió a la puerta. Antes de llegar a esta vio que el mayordomo la abría para dar paso a la última persona que esperaba ver: Hereford.

El hombre lo saludó con una inclinación de cabeza y Damián lamentó no haber salido un poco antes. Ahora se vería obligado a recibirlo y a escuchar la razón que lo había llevado ahí.

—Hereford —saludó intentando ocultar el fastidio que le producía su visita— qué sorpresa verlo por aquí.

—Aberdeen, quiero hablar con usted.

Damián asintió y lo guió hacia su despacho.

Una vez ahí se sentó en un sillón frente a su escritorio y miró al hombre con

una ceja arqueada en un silencioso gesto de pregunta.

—Usted dirá —lo instó al ver que no decía nada.

Hereford jugueteó un poco con su bastón antes de alzar la mirada hacia a él. Damián tuvo que armarse de toda su paciencia para no echarlo de ahí. El hombre se comportaba como si fuera un rey que fue a visitar a uno de sus lacayos y eso no estaba más lejos de la verdad.

—He venido a hacerle un favor, Aberdeen.

—¿Ah, sí?

—Sí, tengo una información que quizás le pueda interesar.

Eso llamó su atención.

—Escucho.

—Es sobre su prometida, la señorita. Rubí Loughy.

Damián tenía el presentimiento de que no le iba a gustar lo que oiría a continuación.

—Verá —continuó Hereford— se que se ha corrido el rumor de que ha sido ella la que ha rechazado mi proposición, pero no es así.

— ¿Ah, no?

—No —respondió tranquilo— el día que coincidimos en su casa yo iba a enfrentarla. Verá, la señorita Rubí Loughy no es ninguna casta paloma, todo lo contrario.

Damián permaneció en silencio con un semblante impasible esperando que continuara.

—Ella está mancillada, milord.

Aberdeen se tensó, pero no dijo nada y esperó a que el hombre siguiese hablando, necesitaba saber qué tanto sabía o diría antes de decir algo.

—En la fiesta de los Derby, un conocido mío, cuyo nombre prefiero mantener en secreto, me confesó, ya estando un poco pasado de copas, que había estado con esa mujer. Me aseguró que me casaría con una mercancía usada y que cualquier heredero que tuviera debería dudar de la paternidad, pues él no era el único. Me sentí ofendido, por supuesto, y reté al caballero a que comprobara lo dicho, pero él se limitó a llamar a uno de sus amigos que confirmó la misma

historia. Al día siguiente, cuando me enfrente a ella, me aseguré que era mentira. Por supuesto, ante la duda preferí no seguir con el cortejo. La mujer, astuta y con miedo de ser desprestigiada ante la sociedad, filtró la información que corre ahora.

Damián se encontraba en ese momento en una encrucijada. No sabía si reír a carcajadas ante tan absurda historia o golpear a Hereford por malnacido. La última opción era más que tentadora, pero se contuvo; en cambio, se divirtió pensando en la cara de Hereford si le dijera que él había comprobado una noche antes a la que él decía, que Rubí era tan pura como el día en que nació.

Eliminando de su cara cualquier expresión, dijo.

—Y usted, señor, ¿ha venido aquí solo a contarme rumores?

Hereford pareció sorprendido por su falta de reacción, pero se recompuso casi al instante.

—Pues sí, son solo rumores, pero creo que debería tenerlo en consideración, milord, no creo que le guste ser tachado de cornudo en un futuro.

—¿Y no será que, tal vez, usted trata de vengarse por los rumores que circulan?

Hereford se enderezó en la silla en pose de ofendido.

—Yo jamás haría tal cosa, solo intentaba advertirle; si no quiere creerme, es su problema.

Se levantó y, con la espalda rígida como una tabla, desapareció por la puerta.

Damián maldijo por lo bajo. Ese malnacido se merecía más que unos cuantos golpes; si fuera por él lo mandaría tres metros bajo tierra por animal. No podía llamarse *hombre* el que por despecho hablaba mal de una mujer.

Solo esperaba que no empezara a divulgar ese rumor o la reputación de Rubí se vería seriamente afectada. Ciertamente que muchos podían tomarlo por un acto de desquite y que la gran mayoría se negaría a creerlo debido a los protectores de Rubí, pero a la gente le encantaba el chisme al no tener nada más con que entretenerse y, si eso se difundía, siempre habría quién la consideraría una pérdida. La vida que tendría a partir de entonces dependería de cuanto le importara a Rubí las opiniones de los demás. Claro que, cuando se casaran, sería distinto; serían muy pocos los que se atrevieran a desprestigiar a la marquesa de

Aberdeen y ninguno se tendría suficiente valor para insultarla, al menos no en la cara.

Más tranquilo y de mejor humor al pensar en la boda, salió a hacer lo que iba a hacer antes de que Hereford fuera a quitarle se valioso tiempo.

Anderson hervía de furia. Nada había salido como esperaba, ni siquiera pudo sembrarle la duda a Aberdeen. El hombre estaba, por algún motivo, completamente convencido de la respetabilidad de su prometida. En ningún momento su cara mostró ni la más mínima duda con respecto a lo que él decía y eso no le gustó nada.

Quizás la mujer lo había embrujado. Las Loughy eran consideradas por la sociedad unas brujas. Su belleza era tal que casi parecía sobrehumana; cualquier hombre que las viera caería rendido a sus pies. Puede que el rostro más bonito se lo disputaran Topacio y Zafiro Loughy, siendo esta última, por obvias razones, la mejor candidata, pero la estúpida de Rubí no se quedaba atrás. Ese cabello rojizo era tan poco común que llamaba la atención donde fuera que apareciera era... inolvidable.

La verdad le cayó como un balde de agua fría. ¡Claro! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Todo encajaba a la perfección. Había sido un estúpido al inventarle esa historia a Aberdeen, si lo que creía era cierto... Negó con la cabeza incapaz de creer en su buena fortuna, tal vez no consiguiera desprestigiarla, pero con esa información conseguiría algo mejor. El dinero que necesitaba. Después de todo, no tenía tan mala suerte.

Rubí estaba en su habitación, todavía pensando en si había sido buena idea aceptar lo del matrimonio cuando tocaron la puerta. Al abrirla, no pudo ser mayor la sorpresa al ver que una criada entró con un ramo de flores. Lo más curioso consistía en que eran al menos doce flores, todas diferentes. Había una rosa, una margarita, un clavel, un lirio, un jacinto y otras tantas que no supo identificar, ya que nunca fue fanática de la horticultura. Era el adorno más curioso y original que hubiera visto en la vida, pero no podía decirse que se viera muy bien debido a la discordancia de las flores unas con otras. Sin embargo,

logró sacarle una sonrisa, que se amplió al leer la nota:

“Mi querida Rubí, dado que nunca me hiciste saber el tipo de flores de tu preferencia, te dejo esta variedad, con la que espero poder complacerte”.

Soltó una carcajada y de repente el día pareció verse más soleado. Su humor ya de por sí bueno, mejoró y se encontró pensando positivamente sobre el futuro.

Absorta en su mundo no le prestó atención a los gritos que venían desde el pasillo directo a su cuarto.

—¡Ya te dije Esmeralda que no tengo la menor idea de dónde está tu novela, sabes que yo no leo ese tipo de cosas! —decía la voz de una exasperada Zafiro.

—¿Pero no la has visto? ¿Estás segura?, nadie parece haberlo hecho y no pudo desaparecer así.

—No, no la he visto. Rubí ¿no has visto...?

Solo cuando oyó su nombre Rubí se percató de que ya no estaba sola. Giró hacia su prima que había interrumpido su frase al mirar el ramo.

—¿Qué es eso? —preguntó con el ceño fruncido— ¿Las mandó Aberdeen? Si es así, creo que necesita mejorar un tanto su gusto en flores. Es el ramo más extraño que he visto.

—Las flores están hermosas —dijo Rubí.

—Sí, pero todas juntas no se ven bien, ¿En qué estaba pensando?

—No sabía cuáles flores me gustaban —defendió.

—¿Y te ha mandado varios tipos para agradarte? —preguntó Esmeralda con los ojos abiertos de asombro y un brillo soñador— Oh, pero que romántico, ¿no crees Zafiro?

Zafiro hizo una pequeña mueca como muestra de su desacuerdo.

—Lo único que creo es que deberías dejar de leer tantas novelas. Te quedarás soltera si sigues apuntando a ideales tan altos como los de las historias que lees.

Esmeralda no le hizo caso.

—Claro que no, ni siquiera he sido presentada y ya auguras que me quedaré soltera, no recuerdo que vieras el futuro.

Zafiro hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto y volvió su atención al ramo.

—¿Lo dejarás aquí, cierto? No creo que se vea muy bien allá abajo.

Rubí asintió y las demás salieron, poco después de cerrar la puerta volvieron a tocar.

—Se me olvidó —dijo Esmeralda— ¿No has visto mi novela? No la encuentro y estaba muy interesante.

Rubí sonrió y después de un corto viaje a su cómoda regresó con un pequeño libro.

—Toma, la encontré en el piso del jardín, espero que aprendas a recordar dónde dejas tus cosas.

Esmeralda se encogió de hombros.

—Creo que moriré siendo despistada —respondió y se alejó con una sonrisa feliz al tener de nuevo su novela en brazos.

Rubí volvió a ver el ramo sin que la sonrisa se le borrara del rostro. Sí había sido un detalle, de lo más extraño, pero un detalle; tal vez, no en el ámbito amoroso que afirmaba Esmeralda, ya que estaba claro que eso no era, pero sí uno muy bonito.

Tomó la rosa roja y se deleitó con su aroma. ¿Qué diría Damián si le dijera que esa era su flor favorita? Las rosas rojas, no las blancas que muchas señoritas adoraban; no, a ella le encantaban las rojas,

Suspiró y al darse cuenta de que seguro sonreía como una estúpida, frunció el ceño. ¿Qué le pasaba? Parecía una adolescente suspirando por su primer amor, era ridículo. Se casaba con Aberdeen, sí, pero no por amor. Se casaba para no quedarse como una solterona toda la vida y poder tener la familia deseada. Se casaba para no causar escándalos innecesarios. Por su lado, Aberdeen se casaba con ella para aplacar su conciencia y para... —se ruborizó al recordarlo— “un motivo indecoroso”, lo había llamado él, pero ese hecho en vez de escandalizarla, surtía el efecto contrario. Quizás se debía a que ya sabía lo que eso significaba y lo que se sentía estar con él, pero ¡por Dios!, si todavía le quedaba algo de decencia, no debería estar pensando en esas cosas, tal vez si fuera una pérdida por el mal camino. Pero, si pensar en eso era un pecado, ya podía ir haciendo penitencia, porque aquella noche era inolvidable, no tanto porque fuera la noche donde posiblemente había cometido el peor error de su

vida, sino porque también había sido la mejor noche de esta. ¿Serían así todas las noches con él? ¿O los hombres solo daban ese placer a las amantes? Si los besos de Aberdeen eran un preámbulo, bien que no había nada que temer.

Rubí suspiró y se echó en la cama ¿Por qué tenía el presentimiento de que al aceptar su propuesta se había adentrado en un territorio peligroso?

Capítulo 18

—Esmeralda Loughy, si me vuelves a pedir el postre, juro que te lo lanzaré encima.

Todos en la mesa detuvieron su conversación y giraron sus cabezas para mirar asombrados a Topacio que al parecer no se había dado cuenta de que había hablado en voz un poco alta, llamando la atención.

Esmeralda, al verse también centro de atención bajó la cabeza avergonzada. Topacio se encogió de hombros en ese gesto tan típico que indicaba que no le importaba lo hecho.

—Ya me parecía que la cena transcurría con demasiada normalidad — comentó James llevándose un poco de postre a la boca—. Aberdeen, si decides aceptar otra invitación para cenar, ya sabes a lo que te atienes.

Aberdeen sonrió y tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—Muchachas, por favor —regañó Rowena—. ¿Pero qué conducta es esa? ¿Qué pensará lord Aberdeen? Esmeralda, ¿cuántas veces te he dicho que el dulce engorda? No entiendo la afición que tienen estas dos por el dulce —miró a Rubí y a Esmeralda alternativamente quienes sonrieron.

—Supongo que es de familia —comentó Rubí.

—Usted nos disculpará, lord Aberdeen —se disculpó Rowena—, normalmente no es así.

—Es peor —dijo James con lo que se ganó una mirada enojada de Rowena.

—Creo, querida —comentó William sentado en la cabecera de la mesa— que te lo pensarás dos veces antes de invitar lord Aberdeen a cenar.

—No se preocupen —intervino Damián— todo está bien, en verdad no hay problema.

—Ah, se me olvidaba que pasaron una semana con usted en el campo, ya debió haberse acostumbrado —dijo William haciendo reír a los demás.

Rowena soltó un suspiro de rendición.

Por suerte, ese fue el único incidente que ocurrió en lo que restó de la cena. Después se reunieron en una pequeña sala y empezaron a hablar de temas convencionales.

—Rubí, ¿por qué no le enseñas a lord Aberdeen el invernadero? —sugirió Rowena después de un rato.

—¿De noche? —preguntó incrédula.

—Sí, de noche se verá más hermoso.

Rubí dudaba que se pudiera ver algo de noche, pero no protestó más, sabiendo que Rowena tendría preparada una respuesta ante cualquier objeción. Así que condujo a Aberdeen por el corto camino que los llevaría al invernadero.

Como predijo, no se veía más que lo que la luna dejaba ver, solo sombras, por lo que lo guió hasta unos bancos en el medio del lugar y lo invitó a sentarse.

—Bien..., se puede ver que es un hermoso invernadero.

Rubí sonrió ante lo irónica de la frase.

—De día es espléndido; a Rowena le encanta la horticultura, pero lamentablemente para ella, a ninguna de nosotras nos llamó la atención.

—Ya veo..., y hablando de plantas ¿Te gustaron las flores?

Rubí rio.

—Es el ramo más extraño que he recibido en mi vida.

—Por lo menos soy original.

—Mis favoritas son las rosas rojas —dijo al cabo de unos segundos de silencio.

—El primer ramo eran de rosas rojas y según dijiste... ¿las quemaste no?

Rubí sonrió.

—Se las regalé a la criada, eran muy hermosas para ser botadas, pero no quería tener nada tuyo.

—Es bueno saber el aprecio que me tenías en ese entonces.

Ella asintió.

—Estaba desesperada por librarme de ti, me tenías histérica.

Él sonrió.

—¿Entonces admites que sufres de histeria?

—Supongo que, dadas las circunstancias, se me perdona.

—Supongo —accedió él.

Otros minutos en silencio.

—La duquesa es una mujer astuta —comentó Damián— eso de que los invernaderos se ven mejor de noche es lo más original que he escuchado.

—Es la excusa más pobre que se le ocurrió —contestó Rubí—, si no la quisiera tanto, tal vez se lo hubiera hecho saber.

—Entonces, ¿no se lo hiciste saber porque la quieres mucho? Y yo que pensé que querías quedarte a solas conmigo —se mostró ofendido.

Rubí soltó una carcajada involuntaria.

—Tienes una opinión muy alta de ti mismo.

—Eso no es malo.

—En exceso, sí.

—Bien, supongo que tendrás que lidiar con ello, así como yo tendré que lidiar con tu histeria.

Rubí bufó, pero prefirió no replicar sabiendo que los llevaría a un camino interminable.

—¿Y si mejor regresamos? —sugirió.

—¿Tan pronto? La duquesa creerá que no te has tomado el tiempo suficiente para mostrarme la magnificencia de su invernadero.

—Eres imposible.

—¿Qué te parece si mejor hablamos un rato?

—¿De que?

Él pareció pensarlo.

—No sé, pregúntame algo, algo que desees saber de mí y yo te responderé.

Ella analizó cuáles preguntas le haría. Vaya que deseaba hacerle varias, pero ninguna era muy prudente. Deseaba saber cuál había sido el pleito por el que se peleó con su familia, por el que había terminado alistándose en el ejército. Deseaba saber qué había visto allá para que, al regresar, tardara tanto en volver a las andadas (que gracias a ella no habían pasado de una noche). Deseaba saberlo todo. Era una curiosidad demasiado fuerte la que le despertaba ese hombre. Si

embargo, no se atrevía a hacer ese tipo de preguntas, ella misma sabía que había cosas que era preferible no recordar.

Así que, sin saber que decir, preguntó.

—¿Por qué eres tan arrogante?

Damián soltó una carcajada.

—Supongo que una vida de crápula deja consecuencias irremediables.

—Ya veo.

Más silencio. Él se quedó observándola un largo rato, como si buscara algo en su cara o tratara de memorizársela. Rubí no supo lo que buscaba pero el escrutinio empezó a ponerla incómoda.

—¿Qué sucede? —preguntó— ¿Tengo algo en la cara?

Él negó con la cabeza.

—Es solo que... a veces, pienso cómo fue que me equivoqué tanto en juzgarlas, sobre todo a ti.

—¿Te refieres a cuando nos llamaste “bellezas sin cerebro”?

Él asintió.

—Sí, además de eso, también pensaba que eran manipuladoras y débiles como las otras.

Rubí lo miró furiosa.

—¿Algo más que deba saber?

Él suspiró.

—Dije “pensaba”, te tomas las cosas demasiado a pecho. Lo que intento decir es que es sorprendente lo que se pudo descubrir de una persona en tan solo unos días.

—¿Y qué has descubierto de mí?

Él sonrió.

—¿Además de que sufres de ataques de histeria? —rió al ver su expresión de fastidio y luego continuó—. Creo que eres una persona astuta, aunque también eres obstinada, insensata...

—No soy insensata —replicó.

—¿Ah, no? ¿No fue una insensatez aparecerte en el “Pleasure club”?

"La insensatez fue haber tomado demás", pensó y acostarse con él, pero por algún motivo su mente ya no lo consideraba así.

—Quería comprobar los rumores sobre Hereford, ¿es pecado querer saber con qué persona tenía intención de casarme?

Él negó con la cabeza.

—La insensatez fue ir a comprobarlo a ese lugar, no sabes la gente que podías encontrar.

—Gente como tú, por ejemplo —no pudo evitar decirlo.

Para su sorpresa, él asintió.

—Por ejemplo, sí.

—Bien, entonces, estamos de acuerdo en que dejar que me sedujeras fue la cosa más insensata y estúpida que pude haber hecho en mi vida.

—No lo veo así. Es... extraño. ¿No es curioso que mi regreso al mal camino haya empezado y acabado ese mismo día?

—Considéralo mala suerte.

Él se encogió de hombros.

—Yo, por mi parte, aprendí —continuó Rubí— que no pienso volver a probar una gota de alcohol en mi vida.

—Te veías muy cómica borracha —comentó.

—Bien, espero que guardes bien el recuerdo de esa noche, porque no volverá a suceder.

—¿El verte borracha espero?

Ella frunció el ceño.

—Por supuesto, ¿qué pen...? Oh, —agradeció que la noche no le permitiera ver el rubor que se formó al descubrir a qué se refería.

Él se acercó más a ella.

—Creo —dijo con voz ronca— que recordaré cada segundo de esa maravillosa noche.

Antes de que ella pudiera decir algo, tomó posesión de sus labios. No fue un beso pasional, al contrario, era lento, dulce, suave y... y se sentía tan bien como los otros. Fue una caricia que desapareció tan rápido como llegó.

—De-deberíamos volver —tartamudeó Rubí de repente nerviosa.

Damián asintió.

—Sí, vamos —se levantó y le ofreció el brazo.

Regresaron a la casa en silencio y no volvieron a cruzar palabra en toda la noche. Sin embargo, cada vez que ella lo miraba, podía sentir la intensidad que brillaba en esos ojos marrones. Podía ver el deseo e incluso podía distinguir un brillo de posesión en ellos.

“Recordaré cada segundo de esa maravillosa noche”, había dicho. Ella también lo recordaría, porque sí, fue maravillosa, pero Rubí se encontraba deseando más pues, al parecer, una noche no fue suficiente.

No sabía qué era lo que tenía ese hombre que la hacía sentir tantas cosas a la vez. No solo una caricia suya la volvía loca, sino que su mente no podía trabajar bien cuando él se encontraba cerca. Era diferente a los otros hombres, siempre lo supo, pero no por eso dejaba de sorprenderse. Él le inspiraba confianza, curiosidad. Le hacía pasar momentos divertidos a pesar de que era demasiado arrogante. Y, lo peor de todo, era que vivía ansiando cada una de sus visitas; como si el solo hecho de mantenerse alejada le causara un gran vacío. Todo era demasiado extraño, nunca había sentido algo similar y no tenía ni idea de qué era ni de qué hacer. Tampoco tenía idea de si eso que empezaba a descubrir, sería algo malo o bueno. Solo de una cosa estaba segura, algo había cambiado, y no creía que volviera a la normalidad.

Capítulo 19

—Señorita, ha llegado esto para usted.

Rubí hizo un gesto con la mano a la criada para que se acercara, ya que la doncella estaba terminando de arreglarle el pelo para la fiesta de lady Carter. La muchacha le entregó una carta y se retiró inmediatamente.

Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que la carta no tenía remitente. Tuvo que esperar a que la doncella le diera el último toque a su cabello y la ayudara a vestirse para después despedirla y abrir la misteriosa carta. Reconoció la letra al instante y su rostro palideció a medida que iba leyendo.

Si no quieres que toda la sociedad se entere de que la señorita Rubí Loughy estuvo en la última mascarada del Pleasure club y que subió a una de las habitaciones con el marqués de Aberdeen, tienes una semana para conseguirme veinte mil libras y hacérmelas llegar.

Rubí dejó caer la nota incapaz de sostenerla. Esto tenía que ser una broma. Hereford no pudo haberla reconocido. Era imposible, ¿o no? ¡¿Pero cómo?! ¿Cómo había conseguido reconocerla? Y lo peor de todo, ¿qué haría ahora? Le era más que imposible conseguir esa cantidad en tan poco tiempo.

No, decidió después de pensarlo mejor unos segundos. No haría caso a esa absurda nota, no caería en el chantaje. Nadie le creería si hablaba. Para la gente sería inconcebible que una respetable señorita estuviera en ese lugar. Además, podían tomarlo como una venganza ante su negativa de matrimonio. Se casaría con Aberdeen en tres semanas, se volvería una dama respetable.

“Tranquila Rubí, tranquila”, se dijo, él no podía hacer nada. Hereford necesitaba urgentemente el dinero y por eso recurrió al chantaje; si hablaba no ganaba nada, pues ya no tendría arma de chantaje. No le haría caso y dejaría que el tiempo pasara. Cuando se casara con Aberdeen aunque se divulgara su secreto, el efecto no sería tan grave. O al menos eso esperaba. Nunca se sabía qué tan cruel podía ser la sociedad.

Tiró la carta a la chimenea y vio cómo se consumía. No permitiría que la

chantajeara. Anderson no tardaría en llegar a la cárcel de deudores. Su palabra no valdría nada para entonces.

Salió de la habitación para reunirse con las demás, solo esperaba haber tomado la decisión correcta.

A pesar de su decisión de olvidar el asunto, Rubí no pudo pasarla tan bien como deseó en la fiesta. Por más que lo intentaba, su mente no podía dejar de estar un tanto preocupada por el hecho de que la amenaza pudiera ser cumplida y por las consecuencias que esto traería. Oh, ¿por qué todo eso tenía que sucederle a ella? Tal parecía que cargaría con las consecuencias de eso toda la vida.

—¿Qué te sucede?

La pregunta, hecha por Damián por tercera vez en la noche, le hizo entender que algo en su actitud debía de revelar su preocupación. Pensó en contarle lo sucedido, pero descartó la idea. Ella ya había tomado una decisión, ignoraría la nota y los demás no tenían que ser preocupados por nada.

Compuso su mejor sonrisa y respondió.

—Nada, estoy bien.

Damián la miró a los ojos como determinando qué tan cierto era lo que decía.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar.

Ella suspiró; o mentía muy mal o él era muy bueno detectando cuando alguien lo hacía.

—Nada importante.

Al menos no debería ser importante.

—Rubí...

—Oh, mira, Topacio está bailando con lord Frederick. Me pregunto qué ardidés habrá usado Rowena para lograrlo. De una cosa estoy segura, ella no parece muy contenta. Espero que el hombre se haya traído buenas botas.

Damián dudaba que esa bruja estuviera alguna vez contenta.

—Me estás cambiando el tema —le dijo al darse cuenta del porqué de su comentario.

—Claro que no, ya te dije no que sucede nada importante.

—Entonces, ¿qué es lo poco importante que te preocupa?

Rubí estuvo a un segundo de soltar un bufido y a ella la llamaba obstinada.

—No me preocupa nada. Solo... me duele un poco la cabeza.

—Bien, ya entiendo que no quieres decírmelo, pero deberías saber que puedes contar conmigo.

Ella asintió. Aun así prefirió no decir nada, no si todo salía como deseaba.

El resto de la fiesta intentó calmarse para que nadie más supusiera que le pasaba algo. Funcionó. Al final de la noche se durmió tranquila, segura de que todo se solucionaría.

“¿Por qué nada podía salirle bien?” Esa fue la pregunta que se hizo al menos una docena de veces cuando tres días después llegó otra nota de advertencia.

“Estoy hablando en serio, si no me das ese dinero en el tiempo estipulado, hablaré”.

A ese punto, Rubí ya no estaba segura de que mantenerse callada era la mejor idea. ¿Y si en verdad hablaba por desquite? ¿Qué sucedería entonces?

Incapaz de encontrar una buena solución al asunto, decidió recurrir al ingenioso cerebro de Zafiro por ayuda.

—¿Se pude saber por qué no lo dijiste en un principio?

Rubí debía haber supuesto que eso sería lo primero que su prima diría después de haberle contado todo el asunto.

—No te lo conté para que me lo reprocharas, te lo dije para que me ayudaras a buscar una solución.

Zafiro se puso los dedos en la barbilla en esa pose que indicaba que pensaba en algo. Rubí casi podía ver su cerebro trabajando en busca de la respuesta.

—Me rindo. No sé qué hacer.

De todas las respuestas, nunca esperó esa.

—Tú siempre sabes qué hacer.

—Sí, pero en este caso no. Verás, es un asunto muy delicado. Ceder al chantaje significaría darle pie para que siguiera haciéndolo, ya que le estarías demostrando que te interesa que la información no se filtre. No obstante, al ignorarlo, corremos el riesgo de que, por venganza, divulgue todo, que sería

igual de malo. Aunque te casarás con Aberdeen el escándalo sería de proporciones gigantescas. Estás entre la espada y la pared. Solo veo algo que se pueda hacer.

—¿Qué? —preguntó esperanzada inclinándose más hacia su prima que estaba sentada en la orilla de la cama de su habitación.

—Habla con Aberdeen y que él vea qué hacer. Al fin y al cabo, parte de la culpa también es suya. Creo que eso es lo que debiste hacer en un principio.

Rubí puso los ojos en blanco ante el obvio reproche.

—¿Crees que pueda detener a Hereford?

Zafiro sonrió.

—Estaría decepcionada de él si no fuera así.

Aunque esa era la última opción que hubiera tomado, dos horas más tarde, Rubí se encontraba frente a la casa de Aberdeen. Con Zafiro de acompañante para no levantar habladurías, tocó la puerta que, casi inmediatamente después, fue abierta por un mayordomo que las invitó a pasar mientras avisaba a su señor.

Cuando el mayordomo le informó que el marqués la recibiría en ese momento, Rubí dudó, no porque no quisiera contarle ni inmiscuirlo en lo sucedido, sino que cuando le dijera que esa era la segunda nota había muchas posibilidades de que se llevara otro reproche parecido al de Zafiro.

Resignada, se dirigió con paso firme hacia el estudio de Aberdeen. Él se hallaba sentado en frente de su escritorio. No se levantó cuando ella entró, pero si arqueó una ceja significativamente.

—Debo suponer que has venido a contarme el motivo poco importante que te tenía tan preocupada.

“Condenado”, pensó Rubí, ahora también era adivino. Se preguntó cómo lo había descubierto.

—Sí —dijo acercándose y se sentó frente a él.

—¿Y bien?

Rubí suspiró y empezó a contarle desde la primera carta recibida que había decidido ignorar, hasta la segunda y su decisión de venir a pedir ayuda. Damián

escuchó sin interrumpir; por cada palabra que decía Rubí notaba que sus facciones se endurecían más, pero su semblante seguía siendo impenetrable. Cuando habló, dijo exactamente lo que ella esperaba.

—¿Se puede saber por qué no me lo has dicho antes?! —su tono de voz un poco alto le dio a entender que no estaba muy contento al ser dejado como última opción.

Rubí gruñó y lo miró desafiante.

—¿Me vas a ayudar sí o no?

—Por supuesto. Yo lo resolveré —afirmó.

—¿Cómo? —preguntó curiosa.

Él sonrió, pero no con humor, más bien con un dejo de maldad.

—Eso déjame a mí. Solo ten por seguro que no te volverá a molestar.

Rubí se moría de curiosidad por saber lo que haría, pero también presentía que no le iba a gustar la respuesta, así que se mordió la lengua para evitar seguir preguntando y en cambio dijo

—Gracias.

Él asintió en respuesta.

Ella se levantó para irse pero, antes de salir, su voz la detuvo.

—Rubí.

—¿Sí?

—No vuelvas a ocultarme algo así —advirtió.

—No tengo por qué decirte todo lo que me sucede —desafió. Ya se había cansado de que le diera órdenes.

—Este tipo de cosas sí.

Ella blanqueó los ojos y salió de ahí para evitar replicar.

—¿Y? —inquirió Zafiro apenas apareció su prima.

—Dijo que se encargaría de todo.

—¿Y por eso estás molesta? —preguntó observando su ceño fruncido.

—No estoy molesta, estoy... olvídale, vamos.

Zafiro negó con la cabeza como si le costara entender a su prima y la siguió hacia la puerta.

Era una noche de luna llena. Damián no estaba seguro de si eso ayudaba o ponía en peligro sus planes, pero no importaba, no pensaba posponerlos. Era alrededor de medianoche cuando salió de su casa en dirección a la de Hereford. Ordenó a su cochero que se detuviera una calle antes y que lo esperara ahí mientras él se dirigía, con paso decidido pero silencioso, hacia su objetivo.

Tal como le había informado el lacayo que mandó a investigar, la casa de Hereford tenía una puertaventana a un lado de la casa que daba a un pequeño salón. Utilizando las sombras como aliadas, llegó hasta a ella después de volver a asegurarse de que no había nadie en la calle.

Haciendo uso de un truco aprendido de Adam (duque de Rutland y amigo desde hacía varios años), abrió la puertaventana sin ninguna dificultad y se escabulló dentro de la casa.

El olor a licor barato fue lo primero que inundó sus fosas nasales cuando estuvo dentro, y pronto comprobó que era porque ese salón estaba adjunto al despacho de Hereford, donde el cobarde se hallaba tirado en el piso con una botella de licor en la mano y había otra que estaba tirada derramada en el piso.

Damián maldijo por lo bajo. El hombre debía de estar tan borracho que aún no se había dado cuenta de su presencia y, si era así, seguramente tampoco recordaría al día siguiente su advertencia. Pero él no esperaría, algo se le ocurriría para recordarle lo que había ido a hacer esa noche.

—Hereford —lo llamó.

El hombre alzó la vista y lo miró con el ceño fruncido. Se pasó una mano por los ojos como si quisiera comprobar que no alucinaba, y cuando comprendió que era real, su confusión dio paso a la furia.

—Tú, ¿qué haces aquí? —preguntó arrastrando la voz— ¿Cómo has entrado? Lárgate o llamaré a alguien para que te corra —intentó levantarse pero resbaló y volvió a caer.

—Mi visita será rápida —aseguró sin hacer caso de sus otras preguntas—. Vengo a advertirte algo —se acercó hasta que solo los separaron unos centímetros— dejarás de chantajear a la señorita Loughy, ¿entiendes?

Anderson lo miró desafiante.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede enterarse la sociedad de que tiene una paloma

mancillada entre ellos? ¿Porqué no decirles de una vez que Rubí Loughy es una... ?

El puñetazo que recibió en la mandíbula impidió que siguiera hablando. Intentó levantarse del suelo pero otro golpe lo mandó nuevamente a él. Aberdeen lo agarró por el cuello de la camisa y lo levantó hasta dejar su cara a la altura de la suya.

—Escúchame bien, sabandija: si te oigo decir otra vez ante mí algo malo sobre ella, o si quiera escucho el más mínimo rumor que pueda afectarla, te aseguro que conocerás primero el fondo de la tierra que la cárcel de deudores. Tú decides cuál prefieres. Esas serán tus únicas opciones.

Lo soltó con tal brusquedad que la espalda del hombre fue a dar contra la pared más cercana.

—Esto no se quedará así. ¡Me oyes! Diré que me has amenazado.

Damián sonrió.

—Me encantará ver quién cree la palabra de un borracho jugador ante la mía. Además, ¿cómo te he amenazado si ni siquiera me han visto entrar a tu casa?

Dejándolo con el miedo en la mirada, se escabulló por donde había entrado. Solo esperaba que el ojo morado y el dolor en la mandíbula le recordaran su advertencia, sería tedioso tener que hacerlo de nuevo cuando estuviera sobrio.

Al día siguiente, Hereford se levantó, además de con el acostumbrado dolor de cabeza, con una fuerte palpitación dolorosa en el ojo y en la mandíbula. Tirado en el mismo lugar de la noche anterior, tuvo que hacer un esfuerzo monumental para intentar recordar lo que había causado sus nuevas lesiones. Tardó varios minutos. El fuerte dolor de cabeza no ayudaba en nada, pero al final recordó vagamente lo sucedido. Aberdeen. Había irrumpido de alguna manera en su casa y lo había amenazado. Desgraciado y desgraciada Rubí Loughy por abrir la boca. Ahora ¿qué haría? Aberdeen era un hombre con el que se debía andar con cuidado. En la guerra debió matar a muchos oponentes para llegar vivo; por ello, si lo consideraba un enemigo, Hereford no podía echar en saco roto sus amenazas. Tendría que dejar en paz a Rubí Loughy, pero eso sí, de manera temporal. Tarde o temprano se las cobraría, los dos se las cobrarían. Juró.

Días después. Rubí no tenía ni idea de qué era lo que había hecho Aberdeen

para que Hereford la dejara en paz, pero el día en que se suponía que debía entregar el dinero, Hereford no hizo ningún intento de recordarle lo que sucedería si ella no hacía lo exigido. Si se encontraban en alguna reunión, no le dirigía ni la mirada, lo que le causó un gran alivio. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado Damián, pero prefería permanecer en la ignorancia. Solo sabía que la había salvado y le estaba agradecida por ello, a pesar de que parte del conflicto también era culpa de él. No obstante, aunque se repetía eso, Aberdeen se alzaba en su cabeza como un héroe protagonista de esos libros que adoraba Esmeralda. Era ridículo lo sabía, y no comprendía por qué pensaba así, pero Damián había pasado de caerle mal a ser un héroe. Y todo había sucedido en un período de un mes. Esa noche lo había cambiado todo y al parecer la había cambiado a ella. Quizás se estaba volviendo loca pero, si lo que le pasaba era producto de la locura, bien podían ir internándola en Bedlam, porque no había indicio de cambio.

Solo esperaba que no se estuviera enamorando, eso sí que supondría un problema. Amar a un hombre que no te ama... se negó a pensar en ello; no, ella no se estaba enamorando, sería ridículo hacerlo. Veía a Aberdeen como un héroe porque la había salvado de una situación un tanto compleja, pero no era para tanto, solo era admiración temporal; sí, eso era. Damián era un hombre arrogante y autoritario. Nadie se enamoraba de un hombre así. Tendría que ser muy estúpida para hacerlo y ella no era estúpida.

Capítulo 20

Lo había hecho de nuevo. Rowena lo había hecho de nuevo. Había fingido una enfermedad para retirarse antes de la fiesta y así obligar a Damián a que la llevara a casa. Lo peor de todo era que esta vez no le habían interesado los posibles cotilleos que se formarían. Dado que Zafiro se había sentido mal y no fue, y Topacio, probablemente previendo lo que sucedería también se negó a ir, no tenía a nadie que hiciera de carabina. Iría sola con él y, por si eso fuera poco, ¡estaba lloviendo!, tendrían que ir más lento debido a ello y eso significaba más tiempo en su compañía.

Si era sincera, no entendía por qué armaba tanto escándalo, al fin y al cabo, se casarían en una semana. Viviría con él y conviviría con él, “y ya estuviste con él” le recordó una vocecilla fastidiosa en la mente. Entonces, ¿por qué tantos peros al hecho de viajar sola con él? Era ridículo. Tal vez fuera que tenía el presentimiento de que Damián no se comportaría como un caballero y ella sabía que, si él no se comportaba como un caballero, ella tampoco podría comportarse como una dama. Y eso la asustaba. La asustaba su reacción ante el mínimo toque de él. La asustaba que lo que ahora era deseo, fuera algo más fuerte en un futuro. La asustaba no tener control sobre sí misma cuando él estaba cerca. Y sobre todo, la asustaba la posibilidad de que eso nunca cambiara.

—Creo que deberíamos irnos —le comentó a Damián no habiendo pasado ni una hora de la partida de Rowena—. Está lloviendo más fuerte y después se hará más difícil atravesar los caminos.

Él asintió y salieron solos ante la curiosa mirada de la gente.

Como supuso, tuvieron que viajar a una velocidad excepcionalmente lenta. El camino estaba demasiado resbaladizo por la lluvia e ir más rápido significaría un gran riesgo. Rubí se puso cómoda en el asiento. Le esperaba un largo viaje.

—Bien, creo que tardaremos un poco en llegar a tu casa ¿Qué te parece si hablamos para matar el tiempo?

Ella estuvo de acuerdo, hablar le parecía un terreno seguro.

—Está bien ¿De qué hablamos?

Él lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—No sé, ¿Qué propones?

Rubí iba a hablar, pero el ruido de un trueno hizo que diera un pequeño brinco en su asiento. La compañía de Aberdeen casi había hecho que olvidara lo mucho que odiaba las tormentas.

—¿Te dan miedo los truenos? —le preguntó Aberdeen al verla sobresaltarse.

Rubí no sabía como explicarle que no era precisamente miedo. Los truenos y la lluvia no eran más que un recordatorio para ese fatídico día. Mientras vagaban solas por los desiertos caminos, los truenos que presagiaban la lluvia eran su única compañía. Y luego, cuando iban en el carruaje de Rowena, la tormenta que estalló fue como el sello definitivo de ese día. Odiaba las tormentas, pero no porque le causaban miedo, sino porque le traían a la mente recuerdos que quisiera olvidar. Los cuerpos de sus padres tirados en el piso. El charco de sangre que cubría el salón. La angustia. El miedo...

Puso las manos en las sienes como si quisiera echar a un lado esos recuerdos. Su cuerpo se estremeció y su respiración empezó a volverse agitada.

—¿Rubí? —preguntó Damián preocupado— ¿Rubí, estás bien?

Ella atinó a asentir y empezó a calmarse. Siempre era doloroso recordar.

—Sí, estoy... ¡Ah!

El giro brusco del carruaje sumado a lo resbaladizo de camino la tumbó del asiento.

—¡Oh, Dios! ¿Estás bien? —preguntó ayudándola a levantarse.

—Sí.

Él hizo que se sentara a su lado para, en caso de cualquier otro giro, poder sostenerla.

—No debes pesar nada si una sacudida puede tumbarte tan fácil —bromeó.

Ella lo miró mal, pero no dijo nada.

Pasaron un rato en silencio en el que la tormenta pareció empeorar. El viaje era cada vez más incómodo. El carruaje traqueteaba y cada tanto tenía que girar bruscamente para evitar algún obstáculo.

—Debí quedarme en casa yo también —comentó Rubí al cabo de un rato en el que tuvo que sostenerse del brazo de Damián para no volver a caer.

—¿Me hubieras privado del placer de tu compañía esta noche? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—Eres imposible —espetó—. Sinceramente no entiendo cómo la gente llegó a afirmar que habías regresado amargado. Yo creo que estás igual que hace unos años.

En el momento en que pronunció las palabras, Rubí pensó que tal vez había cometido un error al sacar el tema, sin embargo, a pesar de que la cara de él adquirió por un segundo una expresión de pesar, se recompuso casi de inmediato y la sonrisa volvió a su rostro.

—¿Acasos sabías cómo era antes de irme a la guerra?

—La gente rumorea que eras de lo peor. Una calavera sin remedio.

—La gente siempre exagera.

—¿Lo hicieron en tu caso?

El amplió la sonrisa.

—No, pero créeme, en comparación con esos tiempos, ahora soy un ángel.

Rubí soltó un sonido de incredulidad.

—Por supuesto, un ángel. Casi puedo ver el halo sobre tu cabeza.

Damián soltó una carcajada interrumpida por otro giro brusco del carruaje.

—Estoy hablando en serio, ¿acaso no me he comprometido contigo? Te aseguro que me tomo mis compromisos con seriedad.

Rubí no lo dudaba.

—Eres el primer libertino que conozco que desea echarse la soga al cuello por voluntad propia.

—Soy un hombre original, qué puedo decir —habló con aire de suficiencia.

—Lo dicho, eres imposible.

—Hay gente más imposible que yo.

—Lo dudo.

—Si Adam se dignase a regresar un día, te lo presentaré y me darás la razón

—¿Quién es Adam?

—Un viejo amigo. Ya que tanto te gustan los cotilleos, ¿no has oído hablar de las andadas del famoso duque de Rutland?

Rubí lo pensó por un momento, el nombre se le hacía conocido y después de un rato se acordó.

—¡Oh, por supuesto! ¿Es al que llamaban "Adonis de pelo negro", cierto?
Él asintió.

—Ese mismo; ten por seguro querida, que si me crees una persona arrogante e imposible es porque no lo has conocido a él.

—Si es amigo tuyo, lo creo ¿Dónde está ahora? Oí que desapareció hace unos años ¿Es posible abandonar el ducado tanto tiempo?

—No sé y no tengo ni la menor idea de donde puede estar ahora, ni si regresará algún día. Debería hacerlo, pero no sé.

Rubí vio en sus ojos que él sabía perfectamente por dónde andaba el tal Adam, pero que no podía decirlo. No le importó, entendía si quería guardar el secreto.

—Bien, si es peor que tú, no sé si desee conocer... ¡Ahhhh!

Una sacudida mayor a las demás hizo que ambos terminaran en el suelo del carruaje. Pronto, cuando el coche siguió moviéndose se dieron cuenta, no de que no fue una simple sacudida, sino de que se habían despegados de los caballos. Rubí experimentó el pánico mientras el vehículo daba tumbos produciendo golpes en su cuerpo. De pronto, cuando estaba a punto de soltar un grito involuntario, la carrosa se detuvo con un último golpe con lo que debió ser un árbol.

No se atrevió a moverse. Parecía encontrarse bien, pero le costó varias bocanadas de aire recuperar parte de su control.

Observó cómo Aberdeen buscaba a tientas la puerta del carruaje. Esta había quedado en un ángulo bastante extraño, como su cuerpo. Tuvo que empujar varias veces hasta que logró abrirla, luego se dirigió hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Dado que temía mover la cabeza para asentir, susurró un "sí" a duras penas.

Damián salió y luego extendió las manos hacia a ella para ayudarla a hacer lo

mismo. Cuando lo logró, sus músculos doloridos no encontraron ningún alivio en el torrente de agua de lluvia que la empapó de pies a cabeza a penas puso un pie en tierra.

—¿Y ahora que haremos? —preguntó mirando a su alrededor para ubicarse.

Si no se equivocaba, no estaban ni tan cerca ni tan lejos de su casa.

—Mi casa está cerca, iremos allí.

—¿A tu casa? —supo que la pregunta era de lo más estúpida, pero no pudo evitarla.

—¿Tienes una mejor idea? No creo que quieras quedarte bañándote en la lluvia.

Claro que no quería, pero no creía que ir a la casa de él cuando era más de medianoche fuera una buena idea.

—Vamos —la animó— si la tormenta no se calma, tendrás que pasar la noche ahí.

Rubí empezó a caminar inconscientemente, aunque la idea no la terminaba de convencer, no le quedaba otra opción.

—Rowena se preocupará.

—Si tenemos suerte, pensará que nos quedamos lo suficiente para que lady Carlisle nos ofreciera hospitalidad.

Sin ninguna otra alternativa, empezaron a caminar a paso apresurado hacia la casa de Aberdeen. El cochero venía atrás con los caballos que estaban bastante inquietos. No tardaron más de diez minutos en llegar, pero eso fue suficiente para que al llegar entrar en la casa, Rubí estuviera temblando sin poder controlarse.

—Manda a preparar un cuarto para la señorita —ordenó al mayordomo, que no pudo evitar que un gesto de sorpresa atravesara su rostro al verla ahí.

Rubí no necesitaba que nadie le recordara lo incorrecto de la situación, era perfectamente consciente de ello. Sin embargo, se consoló con el hecho de que se casarían en una semana; si surgía alguna habladuría, por lo menos no sufriría tanto. O eso esperaba. El hecho era que no había otra opción. Esa noche la pasaría en la casa de Damián.

Capítulo 21

Estaba en una habitación confortable, en una cama cómoda; se encontraba seca y llevaba un camisón que había dejado ahí la hermana de Damián antes de casarse pero, aún así, Rubí no podía dormir. Debía llevar al menos una hora dando vueltas en la cama. Los constantes truenos, que le recordaban la lluvia que se desataba, se lo impedían. Oh, como odiaba las tormentas.

Dándose por vencida en el intento de conciliar el sueño, se levantó de la cama y se paró frente a la chimenea para absorber el calor que el fuego proporcionaba. Frotó sus brazos con sus manos para infundirse, más que calor, tranquilidad. Si estuviera en su casa, ya estaría metida en la cama de Zafiro, o bien Esmeralda estaría metida en la suya. En ese tipo de noches siempre era mejor dormir con compañía, ¿y qué mejor compañía que lo que te queda de tu familia? Pero, ya que no estaba allí, mejor se resignaba a una larga noche de insomnio. Solo esperaba que Rowena estuviese dormida y no se percatara de que ella no había llegado; de lo contrario, se preocuparía.

Pasó su mirada por todo el cuarto y se detuvo en la puerta ubicada un poco más allá de la chimenea, en donde debía estar durmiendo Damián. Al parecer, cuando Damián había pedido que le prepararan una habitación e informó posteriormente que ella era su prometida, los criados no vieron problema en prepararle el cuarto contiguo al de él que, al fin y al cabo, en una semana sería el suyo. Intentó no pensar mucho en el asunto, ya que no sabía que le quitaba más el sueño, si el hecho de que el cielo estuviera cayéndose afuera, o que Damián estuviera en la habitación de al lado.

Se sentía bastante extraño estar ahí, y pensar que pronto viviría en ese lugar. Extrañaría, sin duda, a su familia, pero esas eran las consecuencias de casarse. Tal vez, tendría que pasar largas noches de insomnio cuando hubiera tormentas al no tener en quién refugiarse.

Una vocecilla en su cabeza le dijo que tal vez estuviera haciendo cosas más interesantes en esas noches. Rubí se reprendió inmediatamente por esos

pensamientos. Desde aquella mascarada, su mente vivía llena de pensamientos pecaminosos y ella tenía muy claro por qué. Pensó que lo único bueno de todo eso era que en su noche de bodas no estaría temerosa de qué sucedería, ni de si sería bueno o malo. Ella ya lo sabía y también sabía que no era malo.

Para alejarse de esos pensamientos, empezó a dar vueltas de un lado a otro. Su ausencia de sueño era tal que ni un aburrido libro podría mandarla a dormir.

Cada tanto su paseo era interrumpido por un nuevo trueno que la hacía dar un respingo, pero luego lo reanudaba. Al cabo de diez minutos dando vueltas, no sabía cómo no se había mareado.

Estaba punto de regresar a la cama y hacer un nuevo intento por conciliar el sueño, cuando el sonido de una puerta al abrirse la puso en alerta. No necesitó que nadie le indicara cuál era la puerta, ella supo en el primer instante que era la que comunicaba a ambos dormitorios.

Giró lentamente para encontrarse a Damián. Su cuerpo lo cubría una bata y llevaba una vela en la mano. Tenía su castaño cabello despeinado, pero sus ojos no daban ningún indicio de que se hubiera despertado, más bien, Rubí creía que él tampoco podía dormir.

—Si sigues dando vueltas, te marearás.

Rubí se alzó el camisón y se miró los pies solo para comprobar que estaba descalza; no pudo haber hecho ruido y, si lo hubiera hecho, dudaba que pudiera escucharse ante el ruido de la lluvia y los truenos afuera.

—¿Cómo sabes que daba vueltas? —preguntó curiosa.

Aberdeen bajó la vista hasta los diez centímetros sobrantes de camisón.

—Cada vez que dabas la vuelta, eso —señaló el borde del camisón— rozaba la puerta y, como yo estaba cerca de la chimenea, pude oírlo una y otra vez.

Rubí pensó que el hombre debía tener un oído muy afilado para haberlo oído.

Suspirando, se sentó en uno de los sillones cerca de la chimenea y, en una pose muy poco apropiada para una dama, se inclinó hacia adelante, puso los codos en las rodillas y colocó la cabeza entre sus manos.

—No podía dormir —admitió.

Damián se sentó en frente de ella.

—Ya me he dado cuenta ¿Es por la tormenta?

Ella asintió.

—¿Te da miedo?

Negó con la cabeza.

—No es miedo es... trae muy malos recuerdos.

Damián no necesitó que le especificaran cuáles eran los malos recuerdos que traían las tormentas. El instinto se lo dijo.

—Llovió esa noche —afirmó.

Rubí, que había estado a punto de volver a perderse en sus recuerdos, asintió sintiendo el familiar nudo en la garganta que le indicaba lo poco que faltaba para que las lágrimas se hicieran presentes. Para alejar de su mente esos pensamientos preguntó

—¿Y tú, por qué no puedes dormir?

Damián suspiró y se echó hacia atrás en el sillón como buscando comodidad.

—Digamos que es la costumbre.

—¿No duermes en las noches? —preguntó curiosa.

—Muy poco —admitió.

—¿Por qué?

—Bien, creo que también puedo decir que es debido a los malos recuerdos.

—¿De la guerra?

Él asintió.

—Lo que se ve ahí, cambia la perspectiva de vida de cualquiera.

—¿Qué se ve?

Él le regaló una sonrisa melancólica.

—No creo que sea apto para los oídos de una mujer.

—No veo por qué no, a veces mi... —tragó saliva intentando calmarse— mi mamá decía que cuando se contaba una pesadilla, esta ya no se volvería a presentar.

—Eso sería una suerte, ya que casi siempre es la misma pesadilla.

—Entonces cuenta —instó con cierto humor— te aseguro que no soy fácil de asustar.

—Es..., es complicado de explicar. Normalmente es lo mismo: el piso cubierto de sangre, gente que muere a cada segundo. Gritos de dolor y agonía de gente que ve cómo su vida se le escapa. El hedor a muerte que impregnaba las fosas nasales. Todos son recuerdos de guerra. Es terrible presenciar todo eso. Terrible ver cómo muchos de tus compañeros mueren en el campo de batalla. Terrible saber que muchas familias quedaron sin uno de sus miembros, ¿y todo por qué?, para satisfacer los caprichos de la ambición humana. Esa necesidad de querer tener más y más sin importar las consecuencias. Sin importar cuántos mueran por lo que creen una causa justa.

Con cada palabra que salía de su boca, su semblante se iba ensombreciendo aún más y su mirada parecía perdida; era como si estuviera absorto en los recuerdos. Ella se inclinó y le tomó las manos en gesto de apoyo. De pronto, él sacudió la cabeza como si quisiera salir del trance y sus ojos se enfocaron en ella.

—Bien, creo que no vale la pena recordar eso. Nada se puede cambiar.

—No, nada se puede cambiar.

Rubí pensó que era sorprendente que nunca se hubiera puesto a pensar en ello. Nunca había pensado en la gente que moría de forma tan trágica y causaba dolor a los demás. Pero claro, el ser humano era así, mientras el dolor fuera ajeno no importaba. Si todos nos pusiéramos a sufrir por el dolor ajeno se viviría en un constante estado de depresión. No obstante, no se podía dejar de sentir pena y tristeza al reflexionar un minuto sobre eso que dijo Damián. La gente moría y muchos perdían a la familia por la ambición de otros. Es posible que ella misma hubiera perdido a la suya por eso, aunque se inclinaba a pensar que fue más por el odio y la envidia de alguien desconocido.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas solo de recordarlo y tuvo que hacer esfuerzos monumentales para contenerlas.

—Llora —oyó que susurraba Damián. Cuando ella lo miró con el ceño fruncido explicó—. A veces, es mejor llorar que permanecer con ese sentimiento dentro.

—Créeme, ya he llorado bastante.

—Tal vez no lo suficiente, si así fuera, no tendrías ganas de llorar.

—Es que... da tanta rabia. Da rabia no saber quién fue. Da rabia pensar que esa persona puede estar viva y feliz mientras mis padres están muertos, mientras nosotros sufrimos una barbaridad por su pérdida. Da rabia y tristeza saber que por el odio de un desconocido personas tan buenas murieron de la peor manera.

Lo sollozos empezaron a salir a medida que los recuerdos volvieron a envolverla.

Damián se acercó a ella y sentándose en el reposabrazos del pequeño sillón, le colocó un brazo alrededor de sus hombros en un gesto reconfortante. Sin necesidad de preguntar, ella prosiguió como si necesitase contar lo ocurrido.

—A pesar de los problemas que venían trayendo mis tíos con sus haciendas pa- parecía que sería una linda noche. Siem- siempre cenábamos en familia, no importaba nuestra edad. Disfrutábamos de nuestra compañía —otra serie de sollozos interrumpieron su relato y tardó unos minutos en continuar—. Fue después de la cena cuan- cuando nuestra institutriz nos sugirió que jugáramos a algo. Su tono era nervioso, pero la excitación de la perspectiva de un juego hizo que no lo notáramos. Nos- nos dijo que nos escondiéramos bien y que ella nos buscaría y que no saliéramos porque, si nos dejábamos ver, perderíamos. La señorita Sarah siempre fue muy agradable, así que le hicimos caso. Yo llevé a Esmeralda conmigo y juntas nos escondimos en el invernadero entre unas plantas muy grandes. No pasó mucho hasta que empezamos a oír el ruido de caballos acercarse y después los disparos —hablaba como envuelta en un trance, su cuerpo temblaba como si estuviera reviviendo lo sentido en esos momentos —, Esmeralda y yo nos abrazamos, pero no nos atrevimos a salir hasta que estos cesaron.

“Cuando llegamos al salón, todo lo que conseguimos ver fue la sangre desparramada alrededor de los cuerpos inertes de nuestros padres y del servicio. Topacio ya se encontraba ahí, parada al lado de mi padre con los ojos desorbitados. Yo..., yo creo que se había escondido en el armario del salón”.

Damián que escuchaba con atención, no vio prudente preguntar qué hacía un armario en pleno salón principal.

—Zafiro también estaba ahí —continuó—. La pregunta inocente de Esmeralda sobre si dormían fue lo que logró sacarme del trance. No sabíamos

qué hacer, así que corrimos fuera de ahí, solo deseábamos alejarnos de los cuerpos que ya no respiraban. Después..., después nos encontramos a Rowena y el resto carece de importancia.

Al terminar, sus hombros empezaron a sacudirse con más fuerza mientras las lágrimas salían sin control atravesando sus mejillas. Pasó un rato hasta que los sollozos fueron reduciéndose y Rubí empezó a calmarse. Damián se mantuvo todo el tiempo quieto, acariciando sus hombros con sus manos intentando calmarla. Pasaron al menos cinco minutos hasta que los sollozos desaparecieron y, como quien regresa de un trance, Rubí enderezó repentinamente los hombros y se secó con el dorso de la mano los restos de lágrimas.

—Yo...

¿Qué iba a decir? Ni ella misma sabía cómo había contado todo. Eso nada más lo sabían ellas, ni a Rowena se lo había confesado. Entonces, ¿qué fue lo que la impulsó a decirle todo a él? ¿Por qué había desvelado esa parte secreta de su vida tan dolorosa de recordar? Y no solo eso, sino que también había llorado en su hombro desahogando esos sentimientos reprimidos por muchos años. Era demasiado extraña la confianza que lograba inspirarle ese hombre y Rubí temía que también fuese demasiado peligrosa.

—Ya, ya —tranquilizó Damián como si hablara con una niña pequeña — ¿Estás mejor?

Rubí asintió, en realidad se sentía mucho mejor; era como si se hubiera quitado un peso de encima. Desde aquel día, ese tema había sido prohibido y haber podido hablarlo hacía que se sintiera más libre.

—Sí, yo... creo que, después de todo, la vida es así. Está llena de maldad, pero..., pero no todo tiene por qué ser malo.

—Estoy de acuerdo —concordó acariciando su mejilla con la mano que no estaba en sus hombros.

De forma instintiva, Rubí presionó su mejilla contra su mano para sentir el calor que necesitaba con urgencia.

Él bajó su boca hasta la suya hasta unir los labios en lo que al principio fue una tierna caricia. Sus labios se rozaban con una exquisita suavidad, como quién saborea las últimas gotas del más fino vino. Se besaron con tranquilidad, sin

prisa alguna, hasta que la necesidad se fue incrementando. El beso empezó a volverse más atrevido, como si necesitaran más. Rubí por lo menos lo necesitaba. En pocos segundos ella se encontraba entre sus brazos rodeándole el cuello y pegándose a él en busca de su cercanía.

El espacio y el tiempo desaparecieron, solo eran ellos dos. Solo eran sus labios unidos y sus lenguas entrelazadas causándoles placer.

Él se separó un momento y Rubí sintió inmediatamente su alejamiento.

—Pasa conmigo esta noche —susurró en un murmullo ronco en su oreja para luego posar los labios en su cuello.

Por toda respuesta, Rubí gimió. Los sonidos no parecían salir de su boca en otra forma. Se pegó más a él si era posible, incapaz de encontrar palabras para negarse. No tenía nada de malo, ¿cierto?, en una semana estarían casados.

Damián interpretó su entrega como un sí y volvió a besarla mientras sus manos se deshacían de forma ágil del camisón.

En su desesperación de sentir su piel, Rubí consiguió abrirle la bata y quitársela para que no hubiera nada que se interpusiera entre ellos. Se deleitó acariciando su musculoso pecho. Tanteando con curiosidad los músculos de su pecho para luego bajar más...

Damián gimió dentro de su boca cuando sintió sus manos que bajaban más allá de su abdomen y como para no sufrir solo, puso sus manos en sus senos, acariciando con cuidado los sensibles pezones e hizo que de la boca de Rubí empezaran a salir más gemidos involuntarios. No pasó mucho hasta que ambos estuvieron en la cama, consumiéndose en las llamas de la pasión, disfrutando de esa esa atracción tan fuerte única entre ellos, olvidándose por un rato de las penas que los aquejaban e iniciando lo que sería un nuevo comienzo.

Capítulo 22

Cuando Rubí abrió los ojos lo primero que vio fue la cara de Damián frente a la suya. Después de todo, sí había podido dormir..., aunque fuera un poco.

Observó sin prisa y con curiosidad los rasgos de Damián. Dormido, toda esa arrogancia que irradiaba desaparecía, en cambio, su rostro llegaba a ser casi dulce a pesar de lo duras de sus facciones. Mientras pasaba un dedo por su mejilla en la que un rastro de barba empezaba a asomarse, pensó en todo lo sucedido. A diferencia de la última vez, en esta ocasión no se arrepentía de nada y, cuando decía nada, era nada, ni siquiera de haberle contado esa parte de su pasado. Esta vez tenía la certeza de que todo iría bien. De alguna manera y en algún momento ese hombre se había ganado su absoluta confianza. Había destruido todas sus objeciones y, por más que le costara admitirlo, era posible que también le hubiera llegado al corazón, solo que no sabía si eso era bueno o malo.

Estar enamorada de un hombre que no te ama no planteaba un futuro muy prometedor. Ella nunca había dudado de sí misma, pero en esta ocasión no tenía seguridad de que lograra que él también la quisiera. ¿Y si se fastidiaba pronto de ella? ¿Y si luego se arrepentía de la boda y terminaba odiándola? Bien, tal vez exageraba un poco; fue él quien insistió en el matrimonio, además, confiaba en ella, ¿no? Le había contado sus pesadilla y lo vivido en la guerra pero, ahora que recordaba, no le había confesado el porqué se alistó en el ejército. Además de lo que le había dicho aquella vez en su casa de campo, Rubí no tenía ni la menor idea de qué lo llevó hasta allí, de los motivos de su familia para darle la espalda. Bueno, en realidad, no tenía ninguna obligación de decírselo, ni ella ningún derecho de preguntarlo, aunque la curiosidad la comiera viva.

Siguió observando al hombre que le había robado el corazón mientras recorría sus facciones con el dedo índice. Era todo demasiado extraño, hace un mes no quería casarse y ahora estaba enamorada. Y lo peor del caso es que ni siquiera sabía como había sucedido. Tal vez ocurrió en el instante en que empezó a

conocerlo. Quizás fue después cuando empezó a confiar en él. Pudo ocurrir desde aquella primera noche que estuvieron juntos en la que fue incapaz de negarse a sus caricias o, posiblemente, se enamoró desde la primera vez que lo vio, cuando Rowena se lo presentó en su primera temporada. En aquella velada en la que se veía tan guapo, con esos ojos llenos de tormento que exigían a gritos liberación. Se enamoró a primera vista de él, pero la decepción posterior le hizo imposible reconocerlo.

¿Pero era posible saber el momento exacto en que uno se enamoraba? ¿O importaba acaso? Lo amaba y eso era lo único que debía importar en ese momento, eso y los problemas que eso conllevaría. ¿Podría vivir una vida entera a su lado sabiendo que no era correspondida? Le parecían irónicos todos esos pensamientos. Ella nunca había sido de las que guardaban fantasías amorosas, pero ahora estaba preocupada por el futuro. Debería pedirle consejo a Esmeralda; si había alguien en ese mundo que podía ayudarla era su hermana pequeña. Capaz que alguno de esos libros que siempre consideró ridículos le sirvieran de algo para resolver su problema.

Cuando su dedo empezó a recorrer la comisura de su boca, esta se movió y lo capturó.

Rubí frunció el seño y miró de forma acusadora a los ojos de Damián que la miraban con picardía.

—¿Desde cuándo estás despierto?

Él se incorporó un poco y apoyó la cabeza en su mano, luego la miró con el mismo detenimiento con que ella lo miraba a él y con una sonrisa en los labios.

—Buenos días —dijo evadiendo su pregunta.

—Buenos... —Rubí se incorporó bruscamente en la cama y miró por primera vez hacia a su alrededor— ¡Jesús! ¡Ya es de día!

Damián la miró confuso.

—Sí...

—¡Y seguimos aquí! ¡Debería estar en mi casa, Rowena se preocupará si despierta y no estoy!

Se levantó de la cama y fue en busca del vestido y de la ropa interior, que había dejado secando frente a la chimenea.

—Rubí, cálmate.

—¡No puedo! ¿No entiendes? ¡Ya es tarde! Los criados estarán despiertos y me verán llegar..., entonces, sabrán que no pasé ahí la noche... No sé los tuyos pero, a excepción del mayordomo, los nuestros son muy chismosos. El rumor correrá como pólvora.

—Nos casaremos en una semana —recordó él.

—Eso no lo hace correcto.

—No, pero la boda acallará habladurías.

Rubí no se molestó en replicar, en cambio empezó a colocarse la camisola y la enagua. Cuando llegó la hora del corsé giró hacia Damián.

—Eh... ¿Me ayudas?

Con pereza, él abandonó la cama dejando a la vista de Rubí toda su desnudez. Ella se ruborizó y apartó la vista del tentador cuerpo. Dejó que con manos ágiles le ajustara el corsé y luego procedió a ponerse el vestido. Cuando estaba haciéndolo, sonó un golpe en la puerta.

—¿Sí? —preguntó temerosa Rubí.

—Señorita —sonó la voz del mayordomo detrás de la puerta—, su familia ha venido a buscarla.

Rubí creía que se desmayaría. Al parecer se habían dado cuenta de su ausencia y también habían deducido dónde pasó la noche. No podía estar más roja en ese momento.

—Bajo en un momento —avisó antes de dirigirse a Damián en voz baja— ¿Tu mayordomo no debió tocar primero tu puerta? —preguntó temiendo la respuesta.

—Seguramente lo hizo y como no respondí, vino hacia acá.

No sabía si era posible que se ruborizara aún más.

—¡Dios!, lo que deben estar pesando. ¿Es mucho pedir que piensen que estás durmiendo?

Damián sonrió.

—A esta hora suelo ya estar levantado —dijo mirando el reloj colgado en una de las paredes.

—No estás ayudando —dijo Rubí sintiendo que se iba a desmayar.

Damián amplió su sonrisa.

—Creo que mejor iré a cambiarme —informó— si me dilato, sí que pensarán mal.

Rubí terminó de ajustarse el vestido y prosiguió con su cabello. Con las horquillas que se había quitado la noche anterior, logró recogerlo en un sencillo moño y cuando creyó que presentaba un aspecto aceptable salió. Ojala pudiera deshacerse del rubor de las mejillas antes de que estuviera frente a Rowena.

Cuando bajó, se encontró a todas las Loughy más Rowena mirándola con curiosidad. Rubí tuvo que hacer un esfuerzo monumental por no volver a ruborizarse y mirarlas tranquilamente. Rowena parecía aliviada, aunque después una expresión de desconcierto brilló en sus ojos. Topacio le susurró con una sonrisa algo a Zafiro y ella le lanzó una mirada reprobatoria, aunque Rubí pudo notar que se mordía en labio para no reír. No era difícil imaginar lo que ellas pensaban. Hasta Esmeralda la observaba con curiosidad y un brillo pícaro en los ojos.

—Buenos días —susurró con cautela.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Rowena alterada— todo el camino estuve con el Jesús en la boca pensando que te había pasado algo. ¿Cómo has terminado aquí?

—El carruaje se despegó de los caballos. Estaba lloviendo muy fuerte y como estábamos cerca de aquí no nos quedó otra opción que pasar la noche. Fue imposible mandar a avisar; debieron sentir la tormenta, parecía que el cielo se iba a caer. Hubiera sido una crueldad enviar a alguien con el mensaje.

—¡Oh, Dios! —exclamó Rowena revisándola de arriba abajo—, pero ¿estás bien? ¿No te hiciste daño?

Rubí negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—Creo que es bastante notable, Rowena —comentó Topacio con picardía.

A Rubí no le pasó desapercibido el doble significado de esa frase y solo esperó no haberse ruborizado. Le lanzó a su prima una mirada de advertencia y ella se limitó a sonreír. A pesar de todo, ya no podía estar enfadada con Topacio;

al fin y al cabo, si no hubiera tenido esa absurda idea de la trampa, ella probablemente se hubiera librado de Aberdeen hacía tiempo muy en contra de sus sentimientos, pero también quizás no estaría en ese momento temiendo su futuro.

Cuando iba a replicar, Rowena intervino con la pregunta menos deseada.

—¿Dónde está lord Aberdeen?

Rubí, que estaba concentrándose para que la mentira que dijera fuera más creíble, fue salvada por el susodicho que bajó en ese mismo instante. Ella lo miró y se percató de que su vestimenta era impecable, mientras ella apenas si se veía presentable. Eso no era justo, aunque debió agradecerlo, al menos, así Rowena tendría la certeza de que se había comportado como todo un caballero, a pesar de no haber sido así.

—Excelencia —saludó Damián—. Disculpen el retraso, por favor, estaba atendiendo unos asuntos importantes.

—Oh, milord, no se preocupe. Rubí me ha contado lo sucedido, ha sido una tragedia pero, gracias a Dios, no llegó a mayores.

—Gracias a Dios, sí. La iba a llevar a casa ahora mismo, pero veo que se me han adelantado.

—Estábamos muy preocupados.

—Estabas muy preocupada —corrigió Topacio ignorando el codazo de advertencia de Zafiro—, yo te advertí que se encontraba bien.

Rowena le lanzó una mirada reprobatoria.

—Eso no podíamos saberlo.

—Yo lo sabía —dijo encogiéndose de hombros.

—Topacio nunca se equivoca —intervino Esmeralda— recuerda que tiene sangre gitana, el instinto no le falla.

Rowena jadeó horrorizada ante lo dicho por Esmeralda y la miró con advertencia. Los gitanos no eran muy queridos en Inglaterra y normalmente eran despreciados porque las personas creían que eran ladrones, por ende, todo aquel que llevara su sangre, por más mínima que fuera, causaba repulsión a la gente. Rowena se había enterado mucho después de que la madre de Topacio era mitad gitana y ordenó que no hablaran del tema. Si alguien se enterara, la

despreciarían, aunque Topacio no necesitaba divulgar lo de su sangre para ser despreciada, su lengua se encargaba de ello.

Aberdeen no mostró ni la más mínima reacción ante lo sucedido, lo que logró tranquilizar a Rowena.

—Bien, creo que eso la hace una bruja en toda regla —le susurró Damián a Rubí en el oído. Ella tuvo intención de golpearle, pero se contuvo, ya que estaban bajo la atenta mirada de Rowena que, para romper la tensión dijo:

—Creo que es hora de irnos.

—¿Por qué no se quedan a desayunar? —propuso Damián.

—Le agradezco su ofrecimiento, milord, pero no es necesario. Fue un placer verlo.

Dicho esto, hizo una inclinación de cabeza como despedida y dejó que las acompañara a la puerta. Antes de entrar al carruaje, Rubí giró la cabeza hacia él y pudo ver cómo le guiñaba un ojo. Entró en el carruaje esperando que le atribuyeran el rubor a lo cálido que había amanecido el día después de la tormenta.

Durante todo el trayecto rehuyó la mirada de Rowena. Ella podía parecer o hacerse la tonta, pero Rubí sabía que no lo era. Debía estar en ese momento analizando todo y preguntándose si en verdad seguiría intacta. Solo podía agradecer que no mencionara nada al respecto.

A penas llegaron a la casa, se encerró en su habitación no sin antes ordenar que le mandaran ahí el desayuno. Tenía que pensar en su reciente descubrimiento. Estaba irrevocablemente enamorada de él, pero no tenía ni idea de los sentimientos de él hacia ella. Sabía que la deseaba, pero de eso al amor había mucho camino, al menos, para los hombres. Podía hacer que se enamorara de ella, el problema consistía en cómo lo haría. Siempre había sido muy solicitada, pretendientes nunca le faltaron, pero eso no significaba que tuviera mucha experiencia acerca de cómo eran los hombres ni de cómo se los conquistaba. No creía que les gustara recibir cartas de amor o algo por el estilo. Entonces, ¿cómo lo enamoraba?

Metiéndose un bollo en la boca, se dijo que la vida era muy injusta. A los hombres se les enseñaba cómo conquistar a una mujer, pero a ella no se les

enseñaba cómo conquistarlos a ellos, al menos, no les habían enseñado nada que fuera más allá de una sonrisa estúpida y de un pestañeo coqueto, y ella no creía que Damián se interesara mucho en eso.

Maldijo en voz baja, ¿por qué tenía que haberse enamorado? Hubiera sido más sencillo habérselo quitado de encima y en ese momento no estaría en esa situación; nunca se hubiera dado cuenta de su amor y estaría feliz y contenta sin tantas mortificaciones, en cambio, ahora se encontraba pensando en lo que sería amar a alguien que no la correspondía y que se casaba con ella solo por deseo y obligación.

Decidió dejar de analizar el asunto y le cedió al destino la tarea de hacer con su vida lo que quisiese, tal y como había hecho hasta ahora. Quién sabe, tal vez se llevaba una sorpresa.

Capítulo 23

Damián llegó a su casa de un humor excepcional, aunque si era sincero, había salido también de un humor excepcional. En realidad, ese parecía ser su único estado de ánimo desde que se comprometió. Esa noche había sido tan maravillosa como la otra, si no es que mejor; tal parecía que Rubí Loughy fue hecha para él, que ambos estaban hechos el uno para el otro. Había sido una noche espléndida, y no solamente por haber hecho el amor, sino también por lo sucedido antes. Por las confesiones compartidas, por la confianza brindada. Ella había confiado en él al contarle todo y eso le producía un placer infinito por algún motivo. Le había contado algo doloroso de su vida y eso para él era muy valioso.

Por su parte, era la primera noche en meses que dormía tranquilo, sin levantarse en la madrugada sobresaltado por los recuerdos. Era como si un peso hubiera sido liberado. Podía ser que la difunta señora Loughy tuviera razón y que las pesadillas se acabaran cuando se contaban a alguien.

Tal era su alegría ese día que entró hasta silbando en la casa, lo que causó que el mayordomo frunciera un poco el ceño antes de recuperar la compostura. Tan grande era su felicidad ese día que tardó un momento en darse cuenta de que los criados estaban más activos que lo común y unos iban cargando agua para un baño.

La sonrisa se le borró de la cara al comprender lo que sucedía. Solo una persona podía causar tal revuelo en los criados. Gruñó, su día comenzó siendo demasiado bueno para ser verdad.

Con desgana, subió las escaleras para enfrentarse a su inesperada y no bien recibida visita. Debió saber que la noticia no iba a tardar mucho en llegar a ella. De hecho, había tardado demasiado. La invitación que se vio obligado a enviar debió retrasarse.

Cuando llegó al final del pasillo, tocó la puerta por la que acaban de salir unos criados con baldes de agua vacíos.

—Adelante —ordenó una voz amarga de mujer.

Damián entró en la habitación y saludó con una inclinación de cabeza a la dama regordeta de unos cincuenta años, cabellos marrones canosos y ojos claros que tenía enfrente.

—Madre..., qué bueno tenerte por aquí.

Probablemente, era la mentira más grande que hubiera dicho en su vida, pero decirle lo que pensaba rayaría en la falta de respeto.

Samantha, marquesa viuda de Aberdeen, miró a su hijo con el desprecio grabado en el rostro y cuando respondió no se molestó ni siquiera en mirarlo a los ojos.

—No es necesario tanta hipocresía, Damián. Vine para mantener las apariencias, sería un escándalo que no me presentara en la boda. Si fuera por mí, me quedaría en la casa del campo.

Su madre vivía sola en una casa de campo en la localidad de Wiltshire. Desde la muerte de su hermano Derek, no había pisado la ciudad y Damián solo la había visto una vez a su regreso cuando se encontró con que su hermano había muerto y él había heredado el título.

Cualquiera un poco inteligente se daría cuenta de que su madre y él no se llevaban de la mejor forma. Para ella, Damián nunca le llegaría a los talones a Derek, que fue un perfecto ejemplar de virtudes, mientras él era un calavera cínico, sin remedio. Su hijo favorito siempre fue y sería Derek, no importaba que estuviera tres metros bajo tierra. Damián, por su lado, siempre sería la oveja negra de la familia, sobre todo, después de aquel incidente que le ganó el desprecio de su familia y justificó el que ya le tenía su progenitora.

—Ya era hora de que te casarás —continuó hablando su madre sin mirarlo— me preguntaba cuándo pensarías asumir esa responsabilidad, aunque no me hubiera sorprendido que nunca lo hicieras. Eres capaz de cualquier cosa para fastidiarme.

Él no tenía ninguna intención de quedarse ahí escuchando reproches, así que sin hacer caso de ese comentario dijo

—Espero que estés cómoda madre, no vemos en la cena.

Dicho eso, salió de ahí. Si tenía suerte, ella pediría que le llevaran la cena a su

habitación y se ahorraría su compañía.

Lamentablemente no fue así, su madre no solo bajó a cenar, sino que también insistió en invitar a su prometida a cenar al día siguiente, argumentando que tenía derecho a conocerla antes de la boda.

Damián no tenía muchas ganas de hacer llegar esa invitación a Rubí, pero si no lo hacía él, lo haría ella. Solo esperaba que su madre se comportara y que no hiciera uso de esa lengua viperina que dejaría en ridículo a la de Topacio Loughy..., bueno, tal vez no, pero sí le hacía competencia.

Decir que se quedó sorprendida al leer la carta de Damián fue poco. Rubí se quedó atónita, y no porque en la invitación dijera que su futura suegra deseaba conocerla; no, estaba atónita porque hasta ahora no había dedicado ni un segundo a pensar en la familia de Damián. Más allá de su curiosidad por saber lo que sucedió entre ellos que causó que Damián se alistara en el ejército para sobrevivir, no había pensado en su familia ni se interesó por conocerla. Se supone que cuando uno se casa con alguien, tiene interés en conocer a su parientes y, si no era por esa invitación, ella ni se hubiera entreado de que tenía familia viva.

Puso especial esmero en su aspecto esa noche, deseaba dar una buena impresión, no quería que su futura suegra pensase que Damián había cometido un error al comprometerse con ella, ya era suficiente con que Rubí lo considerase.

El vestido verde claro elegido para la ocasión le sentaba muy bien. Tenía la cintura alta y un escote cuadrado respetable adornado con una cinta de seda un poco más oscura. Ordenó a su doncella que recogiera su rizado pelo en un moño sencillo pero elegante, dejando unos tirabuzones adornando su cara y, aunque no era muy aficionada a los cosméticos, se puso solo un poco de polvo de arroz para ocultar las escasas pecas que tenía en la nariz. Al final, estaba más que satisfecha con el resultado.

Si Rubí hubiera sabido con lo que se iba a encontrar, no se hubiera molestado siquiera en peinarse.

Toda la familia (excepto Esmeralda) llegó a la casa de Damián alrededor de

las siete. Fueron recibidos por él, pero la marquesa viuda no apareció hasta la cena. A Rubí le pareció toda una descortesía, pero no mencionó nada.

La mujer, que debía rondar los cincuenta años, entró en el comedor con la elegancia de una reina. Llevaba un vestido verde oscuro, sin ningún encaje, además, tenía en la cabeza un adorno de plumas particularmente horrendo. Lo primero que hizo fue observarlas con esos críticos ojos azules.

Todos los caballeros se levantaron cuando entró y Damián le retiró la silla, pero antes de que ella se sentara dijo.

—Madre, ellos son los duques de Richmond —señaló a Rowena y a William—: él es lord James Armit y ellas son las señoritas Loughy.

Todas se levantaron para hacer una perfecta reverencia.

—La señorita Rubí Loughy —dijo señalándola— es mi prometida.

La mujer arrugó su entrecejo y la sometió a un estricto escrutinio. Rubí se empezaba a poner nerviosa cuando ella se sentó sin decir siquiera una palabra cortés.

“Pero que mujer tan maleducada”, pensó Rubí tomando asiento. Por la cara de su familia, supo que ellos habían llegado a la misma conclusión.

Los criados empezaron a servir el primer plato que consistía en sopa de fideos, filetes de cerdo rebosados en salsa, pastel de carne, y pollo con vegetales. Cuando estos terminaron, la mujer se dignó a dirigirle la palabra

—Así que tú eres la prometida de mi hijo —comentó mirándola como quien ve a un inferior—. Bien, dado que pensé que nunca se casaría, supongo que peor es nada.

Rubí consiguió con esfuerzo no atragantarse con el vino ligado con agua que le habían servido.

—¿Perdón? —preguntó creyendo no haber oído bien.

—Y además sorda —masculló la mujer en voz baja, pero ella lo escuchó claramente—. Supongo que serás una buena pareja para mi hijo, no es que sea muy exigente cuando de mujeres se trata. Mi querido Derek sí que lo era, lástima que la última vez se haya equivocado tanto.

—¡Madre, basta! —gruñó Damián lanzándole una mirada de advertencia a su madre. Sabía que no debía haber accedido a esa cena.

Si Rubí había querido caerle bien a esa mujer, ahora lo que deseaba era echarle el vino en la cara.

—¿Acaso no lo sabe, querido? —preguntó lady Aberdeen con la amargura impregnada en su voz—. Bien, no seré yo quien se lo diga, pero no estaré tranquila hasta que le advierta que se casa con un bueno para nada. Oh, si mi querido Derek estuviera vivo...

Todos en la mesa guardaron un silencio sepulcral, incapaces de creer lo que la mujer acababa de decir. Acababa de llamar a su hijo “bueno para nada” en frente de todos. Rubí sintió una punzada de rabia y sintió la necesidad de defenderlo, sobre todo, cuando vio el dolor bien disimulado en los ojos de Damián.

—No conocí a su otro hijo, milady, pero sí puedo asegurarle que lord Aberdeen no es ningún “bueno para nada”. Es la persona más respetable y responsable que he conocido. Es todo un caballero y me parece de muy mal gusto que hable así de él en mi presencia.

Un nuevo silencio se instaló, pero fue roto por la carcajada amarga de la mujer.

—¿Qué vas a saber tú, niña incauta? Eres muy bonita, pero no puedo tomar en cuenta el juicio de una mujer que, de lejos se nota, carece de clase.

—¡Es suficiente, madre! —se levantó Damián ya al borde de su paciencia—. No pienso permitir que insultes así a mi prometida; si sigues así, será mejor que te retires.

Debería dar por finalizada esa cena, que claramente estaba destinada a terminar en desastre. Debió imaginar que los motivos de su madre para insistir en esa reunión no eran nada buenos; solo que ingenuo, creyó que su progenitora tendría suficiente educación para comportarse como la dama que se supone que era.

—¿Me corres? —preguntó en tono burlón—. Eso no hace más que demostrar tu falta de educación.

—Usted la está demostrando con cada palabra, señora —intervino Rubí ya bastante molesta ¿Cómo se atrevía a acusar a su hijo de falta de educación cuando ella era la que estaba propiciando semejante espectáculo?

—Niña estúpida —se levantó la marquesa molesta—; una insignificante

muchacha no me va a dar clases de educación, y menos una que parece que le hubieran teñido la tela del vestido con jugo de limón. ¿Qué clase de tela es esa?

—Tafetán italiano, y al menos ella no lleva un pavo real en la cabeza— dijo Topacio con sorna, y fue la primera en salir del estupor que causó la conversación.

—Tal parece que todas son unas muchachas impertinentes.

Topacio sonrió fríamente.

—Mejor impertinentes que una vieja maleducada. Nos acusa de falta de clase, milady, pero a usted le hace falta educación. Además, si el vestido de mi prima parece teñido con un limón, usted parece un arbusto andante. ¿No crees, Zafiro?

Zafiro, que pestañeó varias veces para salir de su estupor, por primera vez no reprendió a su prima y dijo con una sonrisa igual de mala.

—Con esas plumas, querida, yo creo que es idéntica a un loro.

James no pudo aguantar una carcajada ante el comentario y la mujer se puso roja de rabia.

—Son todas unas irrespetuosas, cómo se nota que no han recibido educación.

¿En serio? ¿La mujer acaso era consciente de lo que decía? ¿Acaso se escuchaba a sí misma?

—La que no ha recibido educación es usted, señora— intervino Rowena sorprendiendo a todos—, y no pienso tolerar ni un minuto más su compañía. Muchachas, nos vamos —anunció. Cuando todas se levantaron, dijo—: No puedo entender cómo de semejante mujer ha nacido un caballero como lord Aberdeen.

—Y yo no entiendo que una señora como usted, incapaz de criar a unas buenas mujeres, sea una duquesa.

—¡Basta ya, señora! —se levantó William furioso—. No pienso permitir que le falte el respeto ni a mi esposa ni a mis hijas de esa manera. Para dar clases de educación, mejor recíbalas primero.

El duque fue el primero en abandonar el comedor sin mirar atrás. Rowena lo siguió, no sin antes hacer una reverencia de despedida a Damián. James les siguió el paso, pero Rubí pudo ver que le susurraba algo a Topacio antes de salir. Su prima, que era la más cercana a la marquesa, sonrió de esa forma que no

auguraba nada bueno.

—Bien, milord, lo que probamos de cena estuvo exquisito, pero lo que más me gustó fue este espléndido vino —tomó una de las copas de uno de los caballeros cuya bebida no estaba ligada con agua y la levantó para enfatizar lo dicho, solo que al hacerlo torció la copa de tal forma que el vino le cayó encima a la marquesa.

Rubí no pudo evitar reírse ante la expresión de la mujer y, según vio, Zafiro tampoco.

—Oh, mis disculpas, milady, resulta que no solo soy impertinente, también suelo ser un poco torpe.

Sonriendo, Topacio se encogió ligeramente de hombros para quitarle importancia al asunto y salió seguida de Zafiro.

Antes de abandonar el lugar, Rubí miró a Damián. Se había vuelto a sentar y pasó las manos por su cara como si no pudiera todavía comprender qué había sucedido. Él la miró con la disculpa que brillaba en sus ojos. En ellos también había desolación y tristeza, aunque intentara ocultarlo. Ella sonrió levemente para infundir ánimo. Luego salió sintiendo pena, no por Damián, sino por esa señora cuya amargura por algo desconocido le había envenenado su propia alma.

—Esa fue siempre tu intención —era más una afirmación que una pregunta—. No viniste para asistir a la boda, querías hacerme quedar mal.

—Quería advertirle a la ingenua a qué clase de persona está a punto de atarse; ni siquiera me dejó decir la cuarta parte de lo que pienso de ti —espetó con amargura.

—¡Querías humillarme! —gritó levantándose intimidándola con su altura.

—¡Sí! —respondió la mujer sin ningún remordimiento— ¡Quería dejar claro que no eres ni la cuarta parte de lo que era tu hermano! ¡De ese hermano que está muerto por tu culpa!

—¡No fue mi culpa! ¡Ni siquiera estaba aquí cuando murió!

—Tal vez no lo mataste, pero en cierta forma fuiste el causante y eso nunca te lo perdonaré —cada palabra era como un latigazo dado con extrema exactitud.

Con el desprecio siempre presente en la mirada, la mujer abandonó el salón para poner en orden sus pertenencias. Se iría al día siguiente.

Damián se dejó caer nuevamente en su asiento. No era su culpa y no pensaba cargar con ello. A Derek lo habían matado en un pleito de cantina cuando él ni siquiera se encontraba en Inglaterra. No había manera de que eso fuera su culpa, aunque su madre lo pensara así. Lo sucedido hace años tampoco era por completo su responsabilidad y no pensaba cargar con ese peso. Su madre estaba llena de amargura desde la muerte de su adorado hijo y no tenía con quién desahogarla, por ello su actitud, aunque eso no fuera ni de lejos una justificación para su conducta de esa noche. Había insultado de la peor manera a las Loughy y a los Richmond; no se sorprendería si quisieran romper el compromiso. Rubí tendría al menos una razón válida para hacerlo, nadie querría emparentarse con alguien como su madre.

La posibilidad de perderla le formó un nudo en el estómago. No quería alejarse de ella. Desde que se interpuso en su vida, esta había dado un giro de 180 grados, pero para bien. Toda la decepción y amargura que tenía consigo mismo desde ese incidente desaparecieron como por milagro. Sentía que había recuperado su confianza y se hubiera convertido en una mejor versión de sí mismo. Lo que ella le había causado era difícil de explicar. Solo sabía que no podía dejarla ir, aunque fuera un bastardo egoísta por ello. Ella se casaría con él en una semana, no importaba lo que tuviera que hacer para convencerla. Aunque interiormente rogaba que no hubiera necesidad de convencerla.

Capítulo 24

Al día siguiente por la noche, Rubí seguía muy preocupada. El tema de la horrible cena del día anterior no se había mencionado en ningún momento desde que sucedió, y su familia no parecía tener ningún rencor hacia Damián por el incidente. Eso era bueno. Pero lo que la tenía realmente preocupada era que Damián no apareció ese día por ahí, ni siquiera con la excusa de pedir una disculpa por lo sucedido. ¿Y si se sentía tan apenado por eso que ya no deseaba seguir adelante con el compromiso? O peor, ¿si pensaba que ella ya no quería seguir comprometida con él? Tenía que hacerle saber que eso no era así. No obstante, ese no era el único punto que le preocupaba, también estaba mortificada por todos esos sentimientos que vio en sus ojos antes de irse, por la tristeza grabada en ellos. Algo le decía que ese desprecio de la madre de Damián hacia él tenía que ver con el misterioso asunto que lo había llevado a alistarse en el ejército, y él aún sufría por ello; ella lo sabía, aunque tal vez él no. Tenía que ayudarlo y debía hacerlo ese mismo día.

Tomando una capa de invierno de su armario, Rubí se escabulló de la casa. Debían ser alrededor de las once de la noche. Encontró al cochero en el pequeño establo reunido con los demás lacayos hablando y le hizo señas para que se acercara y le contó su plan.

—Señorita, yo no puedo hacer eso —respondió el hombre, incómodo.

—Será solo un momento, es urgente.

—Pero es de noche —dijo él como si ella no lo supiera—, ¿no puede ser mañana?

—No.

—¿Y lady Richmond? ¿Ella sabe que usted desea salir a esta hora?

Si Rubí hubiera tenido menos sentido común, hubiera ido a detener cualquier coche de alquiler o hubiera agarrado un caballo y se iba sola, pero era muy tarde y, por ende, peligroso; necesitaba un compañero de fiar y nadie mejor que ese hombre que llevaba años con ellos. Podía confiar en él y en su discreción.

—Por favor... —rogó.

El hombre se rindió.

—¿Cómo haremos para que no se den cuenta?, el ruido del carruaje contra la tierra los alertará.

—Ya todos deben estar dormidos, iremos con cuidado, solo a caballo para no hacer tanto ruido.

El cochero suspiró y preparó los animales.

Tuvieron la suerte de que nadie pareció percatarse de su salida y en poco tiempo estaban parados frente a la casa de Damián.

Colocándose la capa que le cubría hasta la cabeza, se bajó y tocó la puerta.

Después de un rato, el mismo Damián fue el que abrió.

A pesar de la oscuridad de la noche él la reconoció inmediatamente, ya que su ceño se frunció.

—¿Qué haces aquí?

Ella no respondió, sino que entró antes de que alguien la viera y se quitó la capa.

—Me quedé preocupada —admitió sentándose en el primer asiento que encontró—. No fuiste hoy a verme.

Él arqueó una ceja.

—Una vez me acusaste de que te molestaba mucho y ahora te quejas de que no fui a verte. Creo que nunca entenderé a las mujeres.

El humor regresó a Damián en cuanto ella admitió sentirse preocupada porque él no había ido. Eso debía significar que no tenía intención de cancelar la boda.

—Oh, sabes a lo que me refiero, ¿es por lo sucedido ayer cierto?

—No creo tener cara para ver a tu familia después de eso, en verdad lo siento mucho, Rubí.

—¿Y si te aseguro que no te guardan ningún rencor? Tú no tienes la culpa de haber tenido una bruja como madre. ¡Es más! —los ojos se le iluminaron con diversión—, estamos a mano, tú tienes una bruja como madre y yo tengo una bruja como prima.

Él no pudo evitar sonreír.

—Creo que tu prima se ha ganado mi respeto desde lo del vino.

Ella también sonrió.

—James se lo sugirió, sabía que Topacio era la única que se atrevería a hacerlo.

Pasaron unos minutos en silencio.

—¿Por qué te trata así tu madre? Y ¿Cuál es aquel asunto que yo no sé? —le preguntó al final incapaz de reprimir su curiosidad.

Él se sentó al lado de ella en el sofá estilo georgiano y suspiró. Pasó tanto tiempo en silencio que Rubí creyó que no se lo iba a contar, pero al final habló.

—Digamos que siempre fui la oveja negra de la familia. El niño travieso. El adolescente rebelde y el hombre irresponsable y mujeriego. Derek era todo lo contrario, porque se ganó el favor de mis padres, pero sobre todo de mi madre. Claro que al él lo educaron como lo que era, el heredero, y la disciplina fue un poco más estricta en su caso. A pesar de todo siempre nos llevamos bien hasta...

Rubí permaneció en silencio. Podía ver la indecisión en sus ojos sobre si contarle o no. Ambos se miraron a los ojos y luego, contra todo pronóstico, él continuó

—Hasta que ella entró en nuestra familia —sonrió amargamente al recordar—. Tenía un rostro de ángel y era uno de los mejores partidos de esa temporada. Derek la empezó a cortejar, invitábamos a su familia a cenar, salían juntos, todo parecía que terminaría en matrimonio, hasta que me di cuenta de que ella no estaba interesada en Derek, no al menos como lo estaba en mí. En esa época era un sinvergüenza, sí, me metía con mujeres casadas, viudas; lo admito, pero nunca solteras y menos iba a meterme con la mujer de la cual mi hermano se había enamorado.

—Pero ella no entendió eso —dedujo Rubí.

—Era una zorra —dijo sin ningún pudor— coqueteaba conmigo mientras a Derek le juraba amor eterno. Me propuso que fuéramos amantes una vez que ella se casara. Cuando la rechacé y le reproché la situación, la mujer se puso furiosa, empezó a decir que a ella nadie la rechazaba y amenazó con vengarse; vaya que lo hizo.

Otro minuto de silencio pasó antes de que él volviera a hablar.

—El día en que el compromiso se anunciaría ante la sociedad, yo salí para no ver cómo mi hermano cometía el peor error de su vida. La mujer me siguió; lo que no supe fue que se había encargado de que Derek la siguiera a ella. Era una mascarada y yo acaba de cuadrar con..., con una mujer para pasar un buen rato —Rubí decidió ignorar la punzada de celos que la atravesó. Si se ponía a sentir celos de cada mujer con la que él había estado, se amargaría—, así que, cuando sentí unos dedos en mis hombros, bien supuse que era mi cita, giré y la estreché en mi cuerpo; muy tarde comprendí que no era a quién esperaba, ya que Derek llegó justo en ese momento.

“Lo que sucedió a continuación ya debes imaginártelo. Él se molestó. Ella lloró y me acusó de sabrá Dios cuántas cosas. No me creyeron. Fui el malo de la historia. Mi hermano dejó de pasarme dinero y yo terminé en el ejército para ganarme la vida”.

—Pero... ¿pero por qué nunca le dijiste lo que esa mujer hacía?

—Lo intenté en varias ocasiones, pero al final nunca pude hacerlo ¿Alguna vez has estado enamorada?

Rubí negó con la cabeza sabiendo que esa era la mayor mentira de su vida.

—Bien, resulta que, cuando alguien se enamora, esa persona pasa a ser prioridad ante todos, y el corazón tendrá el instinto de defenderla a ella por encima de los demás. No me hubiera creído y, probablemente, solo hubiera adelantado mi destierro de la familia.

—¿Y se casó al final con ella?

Damián negó con la cabeza.

—No, pero la traición le dolió más de lo que esperaba. Lo último que supe de él antes de irme era que tomaba con mucha frecuencia para olvidar.

—¿Cómo murió? —preguntó con voz suave Rubí.

—En una pelea de cantina. Estaba borracho. Mi madre y mi cuñado se encargaron de que el asunto no fuera un escándalo, pero ella nunca ha podido perdonarme eso, asegura que yo tengo la culpa.

—¡Eso no es cierto! —se apresuró a defenderlo.

—Lo sé, pero ella no lo cree así. De todas formas, hace tiempo que dejé de

mendigar su amor como para que eso me afecte.

Al verlo a los ojos Rubí supo que sí le afectaba, y mucho. Pero ¿a quién no le afectaba el desprecio de una madre? También pudo deducir que lo que más lo atormentaba no era eso, sino que su hermano, que seguramente era la única persona de la cual hubiera recibido apoyo, se hubiera ido de este mundo creyéndolo un traidor.

—El destino te jugó una mala pasada —le dijo en tono reconfortante—, pero creo que donde sea que esté Derek, sabe que la culpa no fue tuya.

—Debió odiarme hasta el último de sus días.

—O quizás se odió a él mismo por haberse enamorado de alguien así, no puedes saberlo.

La mirada de Damián indicó que no le creía.

—Dijo que no quería volver a verme en su vida.

—Oh, bueno, quizás después recapacitó, o tal vez sí, murió odiándote, pero eso ya no importa.

No era el mejor consuelo que podía dar. De hecho, era pésima dándolo, pero no se le ocurría nada más que decir.

—La vida sigue Damián, no puedes seguir atormentándote por lo ocurrido.

—No estoy atormentado.

—¿Ah, no? La gente asegura que cambiaste luego de la guerra, pero yo creo que cambiaste en el momento en que eso sucedió. Creo que tu tormento comenzó en ese mismo momento y no entraste en el ejército solo para sobrevivir, sino como una forma de escape. Querías escapar de todos aquellos que te acusaban y, a la vez, querías demostrarles que podías ser responsable y no un canalla como todos creían. ¿O me equivoco?

Damián se recostó en la silla y cerró los ojos. ¿Se equivocaba? No, no lo hacía. Lo que había dicho era exactamente lo sucedido. Desde ese día nada volvió a ser lo mismo; no solo contaba con el desprecio de su madre, sino también con el de su hermano, ese con el que siempre se había llevado bien. Después de eso había vivido en la casa de su cuñado durante un tiempo, hasta que se dio cuenta de que no podía seguir así, de que tenía que cambiar. Y fue cuando se le ocurrió; estaban reclutando hombres para luchar contra Napoleón.

¿Qué mejor forma de demostrar a su familia que había cambiado? ¿Que podía valerse por sí mismo? Fue entonces cuando se alistó en el ejército inglés y la guerra solo consiguió que madurara, que viera el mundo desde otra realidad. Cuando regresó, no era el mismo, pero cuando se fue tampoco. Por dentro, ya había tocado fondo.

—No —susurró después de un momento.

Sin saber qué hacer, Rubí se pegó a él y recostó la cabeza en su hombro.

—No puedes echarle la culpa por lo sucedido. Si tu hermano cayó en el vicio del alcohol, la culpa no fue tuya; el solo fue muy débil para afrontar los hechos. Tu único pecado fue no intentar abrirle los ojos y... ser irresistiblemente guapo.

Eso si consiguió sacarle una sonrisa.

—Afirmas que soy arrogante y, aún así, me halagas aumentando mi vanidad.

Rubí hizo un movimiento con la mano quitándole importancia y lo miró a los ojos.

—Ya me resigné a ese defecto tuyo, qué más da.

Él alzó una mano y le colocó un mechón de pelo en su sitio. Luego le acarició la mejilla.

—Supongo que tienes razón —dijo al final—, no puedo hacer más nada.

Rubí frotó su mejilla contra su mano.

—Sabes, admito que temí que cancelaras a la boda usando esto como excusa —dijo él

—Lo pensé —respondió en un tono que delataba la broma—, pero falta una semana para el matrimonio, el escándalo sería enorme, además, ¿qué tal si estoy embarazada?

Él acercó la cabeza a su pelo e inhaló el olor a rosas.

—Me encantaría aumentar esa posibilidad —dijo besándole el lóbulo de la oreja.

—Sí... !No! —exclamó separándose bruscamente—. Tengo al cochero esperando ahí afuera, no puedo dilatarme más.

Como pudo, Rubí se escabulló lejos de él.

—Nos vemos —le sonrió y después de fue.

“Unos días”, se repitió. Unos días y esa maravillosa mujer sería su esposa. Maravillosa, verdaderamente era maravillosa. Damián no recordaba la última vez que una mujer se preocupó tanto por él, que alguien le ofreció consuelo y lo escuchó en el momento más necesitado. Rubí era única y la alegría que sintió al saber que no pensaba romper el compromiso fue más que grande. Ya se le hacía extraño ver la vida sin ella. Sin ese carácter testarudo. Sin sus frecuentes ataques de histeria. Ella era perfecta; al menos, para él lo era. No sabía qué era lo que esa mujer le había hecho para que pensara así. Para que se hubiera atrevido a confesarle su mayor secreto. Pero, fuera lo que fuera, lo que le hubiera hecho, no deseaba cambiarlo.

Capítulo 25

Faltaban tres días para la boda. ¡Tres días para la boda! y Rubí aún no podía creerlo. En tres días sería la esposa de Damián. La esposa del hombre al que amaba. No cabía de alegría. Estaba tan feliz que ni siquiera protestó ante su obligatoria participación en los preparativos. Tuvo que asistir varias veces a la modista para su vestido. Ir de aquí para allá preparando todo, junto con Rowena. Pero nada de eso importó, porque todo valdría la pena al final.

Su buen humor debía ser más notable de lo que supuso, porque durante la última prueba de su vestido oyó a Topacio comentar.

—Para ser alguien que no deseaba casarse, yo la veo con la misma sonrisa estúpida de una novia antes de una boda.

Esmeralda y Zafiro habían asentido en conformidad.

A Rubí no le había molestado el comentario, al fin y al cabo, era la pura verdad. Todavía no le hablaba a Topacio, pero no porque siguiera molesta, no, al contrario, le estaba hasta agradecida. Ella, seguro, supo desde el principio lo que Rubí tardó tanto en descubrir y por eso hizo lo que hizo. Se había apresurado en juzgarla, aun sabiendo que ella nunca haría nada por dañarla. Le debía una disculpa y tenía que encontrar el momento para dársela, aunque era posible no la aceptara y se empeñara en negar, lo que se consideraría una buena acción por su parte.

Al día siguiente de su visita a la casa él, Damián fue a verlos. Se iba a disculpar por el incidente de la cena, pero Rowena se negó a oír cualquier justificación de su parte, afirmando que eso no fue su culpa y que uno no elegía a sus progenitores. Todo había quedado resuelto ese día para alivio de Rubí. Solo restaba esperar la boda y dejar que el destino decidiese su futuro.

—Ya basta de esperar, Hereford— Jonh agarró por el cuello al escuálido hombre y lo pegó contra la pared—. No sé cómo lo harás, pero yo quiero mi dinero para mañana o te envío a la prisión Fleet.

Lo soltó, Hereford cayó al suelo y miró con odio al hombre que desaparecía por la puerta de su estudio.

El lugar estaba completamente vacío. Casi todo en la casa había sido vendido para pagar las deudas, pero aun así no había alcanzado. Solo le quedaba esa casa y, aunque la vendiera, no le alcanzaría el dinero. De la finca ligada al título no podía desprenderse, por lo que nada lo salvaba de la cárcel.

Maldijo su suerte y se sirvió una copa del licor barato que le quedaba. Todo era culpa de ella. Todo era culpa de Rubí Loughy. Por su culpa estaba en esa situación. No solo lo rechazó, sino que la desgraciada se encargó de que nadie más quisiera ser su esposa. Ni los padres más desesperados se atrevieron a concertar una alianza con él, ni las más feas de las debutantes se dejaron convencer por sus encantos. Y todo por ella, todo porque había filtrado la información de su ruina y que andaba buscando fortuna. Rubí Loughy lo había dejado sin ninguna salida y ahora tenía un pie en la cárcel de deudores y no tenía dinero ni si quiera para pagar la zona de señores. Sería enviado a una zona de comunes y obligado a convivir con gente muy por debajo de su rango. Sería tratado peor que una animal y todo por ella, siendo lo por que ni siquiera se la había podido cobrar. ¿Cómo? Sin dinero no se podía hacer nada. Sin embargo, su sed de venganza se negaba a dejarla feliz mientras él se pudría en la cárcel. Tenía que hacer algo para cobrarse la afrenta.

Después de unos tantos tragos más se le ocurrió la idea perfecta. No, ella no sería feliz, porque antes la mataría. Sí, esa sería la venganza perfecta: la mataría y también mataría a Aberdeen. Los dos merecían morir, ninguno debía ser feliz mientras él estuviera en la cárcel y ¿qué mejor forma de evitarlo que mandarlos a la tumba?

Soltó una carcajada de júbilo. Sí, eso es lo que haría. Quizás terminaría en la horca en vez de en Fleet, pero la muerte sería mucho mejor que lo que le esperaba en ese lugar.

Levantándose a duras penas del suelo, fue trastabillando hasta su escritorio, de donde sacó una pistola. Era alrededor de las doce de la noche, así que tenía toda una noche para pensar en cómo atraería a sus presas a la trampa.

Capítulo 26

Faltaban dos días para la boda y Damián no podía hallarse más feliz. No era como hubiera esperado sentirse estando a punto de echarse la soga al cuello, pero se sentía así y después de analizar el asunto por varias horas, descubrió por qué. Se había enamorado.

Estaba completa y absolutamente enamorado de Rubí Loughy. ¿Cómo sucedió? No lo sabía. ¿Cuándo sucedió? Tampoco tenía ni la menor idea, pero de una cosa estaba seguro, y era que esa mujer con temperamento explosivo era el amor de su vida y no podría vivir sin ella.

Las mujeres nunca habían representado para él nada más que una aventura, una forma de entretenimiento. Las jóvenes casaderas, por su parte, siempre habían sido un mal de que tenía que huir, una plaga cuyo único objetivo en la vida era atraparte y arruinar tu existencia. Esa era y creyó que siempre sería su opinión sobre las mujeres, y es que su progenitora no le había dado muchos motivos para que las viera de otra forma. Pero cuando ella apareció en su vida todo fue diferente. Desde el momento en que la vio en aquella mascarada, desde que mostró ese ingenio afilado y se retiró con pose orgullosa, Damián había notado que ella era distinta. Cuando le dio la mejor noche de su vida, debió saber que no había vuelta atrás, aunque no lo admitió en su momento. Sin embargo, fue cuando pudo confesarle todo su pasado que supo que ella era especial; cuando la confianza surgió entre ellos y se contaron esos acontecimientos tan bien guardados como un secreto de confesión; cuando ella lo había apoyado sin juzgarlo como hizo toda su familia. Ahí fue cuando comprendió que lo que sentía por ella era más que una simple atracción y luego de analizarlo por horas, llegó a la conclusión de que estaba enamorado.

Todo en ella le encantaba, sus ataques de histeria, su sentido del humor, su terquedad, su insensatez. Todo. Absolutamente todo.

Mientras caminaba por las calles en dirección a la casa de la mujer de su vida, sabía que debía tener la cara de un estúpido enamorado y, si no la tenía, al menos

la sonrisa debía dejar entrever algo, pero es que ocultar ese sentimiento que acababa de descubrir se veía tan complicado cuando uno estaba tan feliz.

Al llegar a la casa de los duques, la sonrisa se le borró de inmediato.

El mayordomo que le abrió la puerta tenía en su semblante, normalmente inexpresivo, una expresión de indudable angustia.

Damián no necesitó preguntar para saber que algo andaba mal.

Había desaparecido, no había otra explicación. Esmeralda había desaparecido.

Rubí se recostó en una de las columnas de mármol del gran salón para tomar un descanso en su búsqueda que, sinceramente, no sabía por qué la hacían, ya que estaba más que confirmado que su hermana no se encontraba en esa casa.

Se había registrado el lugar y los alrededores de arriba abajo al menos dos veces y Esmeralda no se hallaba ahí. Rubí se sentía muy preocupada. Puede que su hermana no tuviera la sensatez de Zafiro, pero no era irresponsable y jamás desaparecería así sabiendo la angustia que causaría. Lo peor de todo es que en verdad parecía haber desaparecido. Nadie la había visto salir de la casa.

Esa mañana todas las mujeres habían salido a finiquitar los asuntos de la boda. James tampoco se encontraba en el hogar y William resolvía asuntos de parlamento, por lo que ella se había quedado casi sola en casa. Era el día libre de la mayoría de los criados y solo trabajaban el mayordomo, el ama de llaves y algunos lacayos; no obstante, era suficiente personal como para que alguno se hubiese percatado de su salida y todos aseguraban que no la habían visto salir. Pero, entonces, ¿cómo es que no la encontraban por ningún lado? Habían registrado el lugar de pies a cabeza varias veces y ella no estaba ahí.

No sabía por qué, pero Rubí tenía un mal presentimiento sobre el asunto.

—¿Qué pasó?

La voz de Aberdeen la sacó de sus cavilaciones. Rubí giró hacia él. Por su cara, dedujo que ya había descubierto que algo no andaba bien en la casa y, seguramente, ya lo había confirmado porque la expresión de Rubí no era la mejor. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Esmeralda desapareció. Cuando regresamos no se hallaba en casa y no la

encontramos por ningún lado. Yo creo que le pasó algo, Damián.

Damián asintió mostrando su conformidad.

—¿Pero qué...?

Damián se cayó cuando vio que el mayordomo entraba en el lugar.

—Ha llegado esto para usted, señorita —indicó el mayordomo tendiéndole una carta.

Rubí abrió el sobre y sacó el papel apenas el mayordomo desapareció. Su rostro palideció al leer el contenido.

Incapaz de hablar, tendió el papel hacia Damián para que él leyera por sí mismo.

Ya que se ha molestado en arruinar todos y cada uno de mis planes, he decidido que ha llegado la hora de cobrármela. La situación es así: su hermana está en mi poder y, si no viene apenas reciba esta nota, con todo lo de valor que pueda reunir, ella morirá. No se engañe, la mataré; prefiero morir en la horca que en la cárcel de deudores, por lo que no se le ocurra traer policías con usted.

Hereford.

—¡Oh, mi pobre hermana! —sollozo Rubí incapaz de creérselo—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Lo primero será que te calmes, no caeremos en el chantaje y tú no harás nada.

Ella lo miró furiosa.

—¡¿Cómo que no se hará nada?!

—Dije que tú no harás nada, yo iré a ver a Hereford.

—No pienso quedarme aquí mientras la vida de mi hermana esta en peligro, voy contigo.

—No —negó en forma rotunda— te pondrás en peligro tú también.

—¡Pero es mi hermana! —le reprochó—. Moriré de la angustia mientras espero. Voy contigo. Además, sé defenderme sola, disparo tan bien como tú, ¿recuerdas?

Damián gruñó.

—¡No pienso ponerte en peligro! ¡Olvídalo!

Rubí cambió de táctica.

—Si estoy contigo, no estaré en peligro.

—No funcionará, Rubí. No me convencerás.

—Oh, vamos, me quedaré en el carruaje si quieres, pero no pienso quedarme aquí esperando y con el Jesús en la boca. Voy contigo y esa es mi última palabra.

Damián dudaba de que pudiera convencerla de lo contrario y, mientras discutían, perderían el tiempo.

—Está bien —accedió a regañadientes—, pero te quedas en el carruaje —aseguró.

Rubí asintió satisfecha.

—Voy por las armas, estoy segura de que James tendrá una para prestarte

Rubí salió y regresó al salón con dos pistolas, le dio una a Damián y guardó otra en su pequeño ridículo*.

Se disponían a salir cuando Topacio les interrumpió el paso.

—¿Qué sucede aquí? —interrogó.

Rubí suspiró, tenía la esperanza de que podían escabullirse sin que nadie se percatara; no quería preocuparlos más, pero conociendo como conocía a Topacio Loughy, sabía que no los dejaría ir sin recibir primero una explicación. Así que, resignada, empezó a relatar lo ocurrido.

—Yo voy con ustedes —afirmó después de haber escuchado todo.

—¡No! —dijo Damián— no pienso estar pendiente de dos mujeres a la vez. Usted se queda.

—Yo no necesito que nadie esté pendiente de mí, milord, soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Voy con ustedes —se empeñó.

—Topacio —intervino Rubí—, no hay tiempo para discusiones; quédate aquí, por favor, estaremos bien.

Topacio lo pensó un momento y, contra todo pronóstico, accedió.

—Está bien.

Rubí se relajó pero no había dado ni dos pasos cuando su cerebro fue consciente de que ella había accedido muy rápido.

—Prométemelo —exigió sabiendo que una promesa era lo único que Topacio

no rompería.

Topacio hizo algo parecido a un puchero y luego asintió de mala gana.

—Te lo prometo.

Damián suspiró aliviado y junto con Rubí salieron de la casa.

—¡Auxilio!

El grito de Esmeralda hizo eco en el encerrado lugar. Sabía que era probable que nadie la escuchara ya que, si no se equivocaba, debía estar en el sótano, pero al menos su voz aguda atormentaría los oídos de su captor hasta que este, cansado, bajara para amordazarla, entonces, escaparía.

No tenía la menor idea de cómo había hecho para llegar ahí. Recordaba estar en la biblioteca, concentrada leyendo una novela muy interesante cuando, de repente, sintió que alguien le apuntaba por la espalda. Hereford la había obligado a salir por la cocina que estaba vacía a esas horas y luego hizo que se subiera a un carruaje parado muy cerca de ahí. Después solo recordaba un lacerante dolor en la cabeza que, supuso, la llevó a la inconsciencia. Despertó ahí, en ese lugar oscuro, seguramente, atestado de ratas donde, poco después, descubrió que su captor debía haber perdido el juicio.

A pesar de que no tenía la menor idea de por qué la llevaron ahí, sí tenía idea de cómo escaparía. El muy imbécil tenía la fuerza de un ratón, eso, o estaba un tanto borracho, porque las cuerdas con la que la había atado no fueron muy difíciles de deshacer. Entonces, cuando él entrara harto de sus gritos, ella lo golpearía con la pesada viga de manera que había encontrado en un rincón del asqueroso lugar. Así de simple. No sabía por qué la había secuestrado, pero ella no dejaría que se saliera con la suya.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —siguió gritando a todo pulmón haciendo caso omiso al escozor de su garganta ya cansada y a su dolor de cabeza.

El esfuerzo valió la pena, poco después escuchó que unos pasos se acercaban a lugar. Se colocó al lado de la puerta sujetando firmemente el trozo de madera en la mano. Cuando la puerta se abrió, estampó —con toda la fuerza que su joven edad le permitía— la viga contra la espalda del hombre.

Hereford cayó al piso retorciéndose de dolor, mas no inconsciente.

Esmeralda, en vez de salir corriendo de inmediato, se inclinó frente al hombre y sin que él tuviera fuerza de evitarlo, sacó de su chaleco el anillo que le había quitado.

—Ni pienses que te quedarás con él —dijo antes de salir corriendo escaleras arriba.

Oyó que el hombre gritaba una serie de improperios, pero no hizo caso y siguió corriendo. En la casa, al parecer, no había personal de servicio, por lo que nadie le obstaculizó el paso.

La puerta estaba abierta para su suerte y salió. La calle se encontraba vacía y Esmeralda miró a su alrededor sin saber a dónde ir. Debido a que aún no había sido presentada en sociedad, no salía mucho de su casa, además, era despistada por naturaleza; por ello, no tenía ni la menor idea de dónde se hallaba ni hacia dónde ir. No dispuesta a perder valioso tiempo, corrió hacia la derecha, hasta que vio un coche de alquiler y lo detuvo. El hombre tuvo sus dudas en llevarla, pero al ver su buena ropa, accedió. Sabía que corría bastantes riesgos al montarse en el coche de un desconocido, pero probablemente estaría peor en casa de Hereford.

Lástima que los carruajes donde iban ambos fueran de puertas cerradas, sino Esmeralda se hubiera percatado de la presencia de Rubí y Damián, o ellos de la de ella cuando se hubieran cruzado en algún punto del camino.

Capítulo 27

Hereford tardó varios minutos en recuperarse del golpe y poder levantarse. Condenada niña, quién diría que tendría tanta fuerza. Al menos no la suficiente para dejarlo inconsciente, pero ¿qué importaba eso ahora que se había escapado?

Maldijo en voz baja. Fue tan fácil capturarla que pensó que sería igual de sencillo retenerla. Cuando llegó a su casa, la encerró en el sótano sin poner mucho empeño en amarrarla, y luego cerró la puerta. Después, redactó la nota que enviaría a Rubí Loughy y que seguramente informaría sobre el contenido al marqués.

Todo había ido bien hasta que la muchacha recuperó el conocimiento y empezó a gritar con esa voz irritante. Decidió que la amordazaría para que se callara; vaya sorpresa que se llevó cuando fue golpeado por la espalda. Al parecer, había subestimado la inteligencia de Esmeralda Loughy. En su defensa, nunca hubiera esperado que lo que era poco más que una niña, tuviera tanta fuerza.

Se dirigió hacia la biblioteca con pasos silenciosos y, para su sorpresa, encontró al marqués de espaldas a él. Sin ponerse a pensar en cómo había entrado, alzó el arma que cargaba en la mano y le apuntó.

—No te muevas, Aberdeen —ordenó.

Damián giró lentamente con el arma en la mano y lo enfrentó.

—Suelta el arma.

Damián, que se había encontrado varias veces con un arma apuntándolo, no mostró el mínimo miedo y no le hizo caso, en cambio, la levantó apuntando él también.

—¿Dónde está Esmeralda Loughy? —preguntó con voz calmada.

La mano de Hereford empezó a temblar pero el arma no se desvió de su objetivo.

—Suelta el arma o disparo —repitió Hereford.

Calculando las opciones, y sintiendo de repente la misma excitación que

había experimentado en el campo de batalla, cuando no sabía qué día podía atacarlo la muerte en forma de balas o de otra cosa, Damián dejó que una sonrisa torcida se formara en sus labios. Sus ojos destellaron determinación y con una voz ronca y firme, dijo

—Hazlo.

Hereford evaluó los posibles riegos y al final decidiría que valía la pena correrlo porque puso la mano en el gatillo y disparó. Damián hizo lo mismo y los dos disparos resonaron simultáneamente en el lugar. Un cuerpo cayó al piso.

Rubí se sobresaltó al oír los disparos y, sin poder contenerse más, salió del carruaje y fue a investigar.

Procurando que no hubiera nadie alrededor y antes de que la gente saliera a curiosear el motivo de los disparos, Rubí corrió hacia la casa y se metió por el mismo lugar por donde había visto colarse a Damián.

Lo que encontró hizo que un gemido saliera de su boca. Hereford estaba tendido en el piso inconsciente, con una herida de bala en el hombro izquierdo y Damián sangraba de una herida en el brazo derecho.

—¡Dios mío! —dijo— Estás herido.

Damián hecho una mirada a su brazo y le quitó importancia negando con la cabeza.

—Solo es un roce, vamos... —la miró con el ceño fruncido— ¡¿No te dije que te quedaras en el carruaje?!

Rubí lo miró desafiante.

—Cuando oí los disparos me asusté, pero no perdamos el tiempo, busquemos a Esmeralda. No, mejor tú quédate aquí, yo la buscaré; no debemos forzar esa herida.

Él no hizo caso y empezó a buscar después de que ella salió.

Cuando Esmeralda entró en la casa, varios ojos sorprendidos se posaron en ella.

—¿Dónde has estado? —preguntaron todos, todos menos Zafiro y Topacio enteradas del asunto.

—¿Escapaste? —preguntó Topacio y Esmeralda asintió.

—¿Cómo que escapar? —chilló Rowena.

Topacio la ignoró.

—Dime que te has topado con Rubí y el marqués.

—No... ¿Por qué habría de...? —Esmeralda comprendió todo —Oh, Dios, fueron a buscarme.

—Tenemos que advertirles —dijo Topacio y corrió a su habitación.

—¡¿Qué alguien me explique que esta sucediendo?! —gritó Rowena sobresaltando a todos.

—Bien...

Zafiro empezó a hablar; acababa de terminar cuando Topacio bajó con una pistola en su mano y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó William.

—A avisar a Rubí y a Aberdeen.

—Topacio no puedes... —William se quedó con la palabra en la boca porque la morena ya había salido.

—James, ve tras ella —ordenó a su hermano y este se apresuró a seguirla, sin embargo, se detuvo un momento para observar a Esmeralda repasándola de arriba abajo

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

Cuando ella asintió, él salió murmurando algo sobre que le enseñaría a disparar.

Topacio tomó el primer caballo que encontró, lo montó sin molestarse en ensillarlo y salió a galope sin prestarle atención a las miradas reprobatorias, escandalizadas e incrédulas que se ganaba a su paso.

James hizo lo mismo y salió tras ella.

Esquivando a cuanto carruaje se les atravesara, llegaron a la casa de Hereford que se encontraba rodeada por gente curiosa.

—No podemos entrar, llamaremos mucho la atención. Vamos por la puerta de servicio —indicó James.

Topacio no se molestó en decirle que, seguramente, ya habían llamado la atención cuando cabalgaban a horcajadas por las calles de Londres en pleno

mediodía.

La gente estaba tan ocupada en el chisme, que no se percató cuando ellos rodearon el lugar para llegar a la puerta de atrás por donde entraba el servicio.

—Yo voy —indicó Topacio— tú quédate con los caballos y vigila que nadie se acerque.

James asintió, pensando que sería tener demasiada suerte que alguien no los viera, al fin y al cabo, era pleno día.

Topacio entró en la casa con la pistola en la mano. Esta parecía libre de personal, pero eso no le extrañaba, Hereford debía de haber despedido a todos debido a su situación o, si no, al menos se había encargado de que no estuvieran presentes cuando secuestrara a Esmeralda para no tener testigos del delito.

Con pasos silenciosos, atravesó la cocina y salió a un corredor. No se escuchaba nada. Cuando entró en el salón principal escuchó unos sollozos provenientes de un salón adyacente y se dirigió ahí. Los sollozos eran de Rubí que se encontraba en la esquina de una sala vacía, abrazándose a sí misma intentado contener la lágrimas. El marqués estaba a su lado.

—No está por ningún lado —dijo Rubí— no lo entiendo...

—No está por ningún lado, ya que debe estar en la casa intentado tranquilizar a Rowena que, supongo, debe estar peor que tú en estos momentos.

Rubí giró hacia ella y la miró sorprendida.

—¿Pero cómo...? ¿Entonces, ella no estaba aquí?

—Sí, pero tengo entendido que se escapó.

—¿Cómo?

Topacio se encogió de hombros.

—Es una Loughy.

Rubí sintió como si el aire le regresara a los pulmones e incluso le dieron ganas de sonreír. Había que tener mucho valor para meterse con una Loughy, incluso una Loughy tan pequeña como Esmeralda.

Topacio posó su vista en Aberdeen cuya herida parecía sangrar más.

—¡Oh, Dios! Está herido —dijo, aunque eso era obvio.

Rubí giró hacia él y un gemido ahogado exclamó de su boca al ver que la

herida sangraba más.

—Tenemos que irnos y buscar un médico rápido.

—Solo es un roce —afirmó él—. Te aseguro que no es grave.

—Mientras no se infecte...

Rubí le dirigió una mirada hostil a su prima y volvió su atención a Aberdeen.

—Será mejor que nos vayamos.

Él asintió en conformidad.

—Esperen —intervino Topacio— ¿Dónde está Hereford?

—Le disparé en el hombro; se encuentra inconsciente en la biblioteca.

Ella hizo un gesto enfurruñado, como si le molestara haberse perdido la acción, pero luego se recompuso.

—¿Lo mató?

—No lo sé.

—Será mejor que lo confirme, no me gustaría que esa alimaña diera más problemas.

Admitiendo que la mujer tenía razón, regresaron a la biblioteca. El cuerpo del hombre seguía exactamente en donde lo habían dejado. Damián le tomó el pulso y se dio cuenta de que aún vivía, pero había pocas posibilidades de que sobreviviera. Aun así, sacó de su chaleco un par de pañuelos y le ató las manos y los pies con suficiente fuerza para que no pudiera zafarse.

Rubí le reprochó el esfuerzo y le recordó la herida, pero él no le hizo caso y siguió su trabajo.

Cuando salieron por la misma puerta trasera por la que entró Topacio, Damián montó con Rubí en un caballo y Topacio se montó en el otro con James.

El viaje de regreso a casa de los Richmond pareció durar una eternidad. Aunque nadie los vio salir de la casa de Hereford, si hubo varias personas que los vieron en el camino de regreso y vaya que causaron más de una murmuración. Al día siguiente, toda la sociedad inglesa estaría especulando sobre ese hecho y no tardarían en sacar conclusiones. El escándalo los perseguiría un buen tiempo.

Apenas llegaron a la casa, llamaron al doctor y tal y como había afirmado

Damián, la herida no era más que un roce, nada de lo que preocuparse.

Rubí se había sentido aliviada por varias cosas. Su hermana estaba a salvo e intacta, su futuro esposo no tenía nada grave, la boda no se cancelaría y lo más importante de todo fue que no tardó en llegar la noticia de que Hereford había sido arrestado, aunque murió en el camino a Newgate, así que ya no supondría un problema.

Rubí tuvo que soportar una fuerte reprimenda de Rowena por haber arriesgado de esa forma su vida y Damián no salió inmune, él también tuvo que escuchar que su tutora lo acusara de haber permitido llevársela consigo, como si no supiera que Rubí no le había dado otra opción.

Al final todo parecía haberse arreglado, fueron víctimas de varias columnas de chismes y cotilleos debido a la escena que presentaron, pero nada que no se arreglara en un tiempo.

El día anterior a la boda, la emoción no dejó dormir a Rubí. Aún le preocupaba un tanto el asunto de amar a un hombre que no la amaba, pero decidió que pondría todo su empeño en que él también la quisiera. Y Dios sabía que era terca por naturaleza, no se rendiría hasta lograrlo, por ello no dejó que ese pensamiento interfiriera en su felicidad.

En lugar de ir por su libro “cura-insomnio”, decidió que era la hora de ir a hablar con Topacio, así que salió de su habitación y fue a la de su prima que estaba al lado. Tocó con suavidad, pero no esperó respuesta y entró.

Topacio se había incorporado en la cama al sentir la puerta abrirse y la miró con una ceja arqueada.

—¿Has decidido volver a hablarme? —preguntó en tono de burla.

Rubí se acercó a la cama y se acostó en su lado.

—De hecho vine a agradecerte todo, creo que sin ese descabellado plan, nunca hubiera aceptado el matrimonio y, mucho menos, hubiera descubierto que me enamoré —Rubí miraba hacia el techo por lo que no vio la sonrisa burlona en la cara de Topacio.

—¿Así que al final te has dado cuenta?

—Tú lo sabías —afirmó mirándola.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Lo suponía, sí.

—¿Cómo es que tú lo sabías y yo no?

—Tu sí lo sabías, creo que siempre lo supiste, solo que tardaste en admitirlo.

Rubí lo pensó y se sorprendió al darse cuenta de que era cierto. También le sorprendió una vez más esa capacidad que tenía Topacio de descifrar los sentimientos de los demás.

—Solo espero que cuando te enamores, seas capaz de descubrirlo con la misma facilidad.

Topacio chasqueó la lengua.

—Jamás me enamoraré —aseguró.

—Solo espera que llegue el hombre adecuado —predijo—. Eso me recuerda..., Lord Frederick está muy interesado en ti.

Topacio se incorporó levemente en la cama como si hubiera recordado algo, pero luego se relajó al acordarse de que no estaba sola.

—Tonterías —le dijo—, ese hombre no está interesado en mí. Trama algo.

—No puedes desconfiar tanto de las intenciones de los caballeros, Topacio. Sé que algunos son malos, pero tú eres hermosa, cualquiera se fijaría en ti, a pesar de esa lengua peligrosa que posees.

Topacio rio. Rubí sabía que siempre le causó gracia lo que la gente decía de ella.

—Puede ser —admitió, aunque supo por el tono de su voz que lo decía solo para finiquitar el asunto—, pero él no trama nada bueno, créeme, lo sé.

Rubí no lo puso en duda. El instinto de Topacio Loughy nunca fallaba.

—Bien, pero ya llegará alguien, estoy segura.

—Si tú lo dices...

—Oh, no seas tan negativa, te acordarás de mí cuando suceda.

Topacio no dijo nada más.

Pasaron un rato en silencio hasta que Rubí habló.

—Dormiré aquí —informó.

—No lo creo.

Rubí frunció el ceño.

—No entiendo por qué nunca quieres que alguien duerma contigo.

—Me gusta dormir sola, además, te mueves mucho cuando duermes.

—Eso no es cierto.

—Lo es, Zafiro me lo dijo.

Era Zafiro la que buscaba siempre colchones humanos, pero no lo dijo, en cambio, insistió.

—Pero no puedo dormir —se quejó.

—Si quieres compañía, ve a la habitación de Esmeralda o Zafiro, ellas te recibirán encantadas.

Rubí frunció los labios en gesto enfurruñado pero se levantó de la cama.

—Está bien.

Cuando iba a salir, unos golpes en la ventana hicieron que detuviera.

Ambas giraron y vieron una pequeña piedra que golpeaba el vidrio. Topacio, extrañada, se acercó a la ventana y la abrió. Sacó la cabeza por ella y sonrió al ver la cara de desconcierto de Aberdeen que, al parecer, se había equivocado de ventana

Topacio sacó una mano por la ventana y saludó en gesto burlón.

—Creo que tu príncipe se equivocó de balcón —le informó a Rubí.

Ella se acercó de inmediato a la ventana para ver. Efectivamente, Aberdeen se encontraba abajo en el jardín, mirando con el ceño fruncido a Topacio. Cuando se percató de que ella también estaba ahí sonrió y le hizo señas de que bajara.

Rubí salió de la habitación con una sonrisa en los labios. Topacio negó con la cabeza y sonrió, luego empezó a buscar sus pantalones, tenía una cita a la que acudir.

Rubí salió de la casa con el mayor sigilo posible y se escabulló hasta el jardín. La oscura noche les ofrecería refugio de ojos indiscretos.

—Tienes suerte de que haya estado en la habitación con Topacio, me temo que quién sea que te haya indicado la dirección de mi cuarto, lo hizo mal —le dijo a sus espaldas y lo recibió con una sonrisa.

Él también sonrió.

—Tu doncella se lo dijo a uno de mis lacayos, no sé cuál de los dos filtró mal

la información.

Ella soltó una pequeña risa y se pegó a él entrelazándole los brazos en el cuello.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Vine a verte, tenía que decirte algo muy importante.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja— ¿Y qué podía ser tan importante que no podía esperar hasta mañana?

—Yo... vine a decirte que, además de terca, histérica e insensata, eres una ladrona.

Rubí frunció el ceño.

—¿Perdón?

Él sonrió.

—Y una muy buena además.

Por el tono de su voz, Rubí supo que bromeaba, pero no entendía el significado de su broma.

—¿Y... se puede saber qué me robé?

—Mi alma y mi corazón.

Rubí se quedó paralizada, sin saber qué responder. No era ni capaz de asimilar completamente lo que acababa de oír. ¿Sería cierto? ¿No sería una mala jugada de su esperanzado cerebro?

—¿Qué... qué dices?

—Que te amo. Que mi alma y mi corazón ahora son tuyos y de nadie más. No sé cómo te hiciste con ellos, pero ahora tú eres la dueña. No sé cuándo ni cómo pasó, pero está hecho. Estoy irremediabilmente enamorado de ti y no podía esperar un minuto más para decírtelo.

Rubí sintió que la alegría empezaba a distribuirse por su cuerpo. Era verdad, él la amaba. No podía ser todo más perfecto.

Incapaz de contenerse, se le lanzó encima y lo besó. Lo besó diciéndole con sus labios lo que la emoción no le permitía expresar. Él la rodeó con sus brazos y respondió a su beso con la misma urgencia, con la misma emoción.

—Yo también te amo —confesó ella cuando pudo recuperar la voz —creo que

lo hice siempre, pero supongo que fui demasiado terca para admitirlo. Si yo te robé el corazón, fue solo una retribución, ya que tú te habías robado el mío desde hace tiempo. Creo que en el fondo, desde aquella noche, supe que eras el hombre para mí.

—Y yo supe que siempre serías la mujer de mi vida.

Se volvieron a besar con la misma pasión de la primera vez, pero también con el mismo amor que sentían ahora. Expresaron con sus labios ese sentimiento indescriptible con palabras, porque a veces, cuando hay amor, no se necesitan palabras, solo se necesita a esa persona especial, a esa persona que se encuentra en el lugar menos esperado y con la que se pasarían días y noches inolvidables.

Epílogo

La boda fue una de las mejores experiencias que seguramente tendría en su vida y la celebración de esta no se quedó atrás. Toda persona que pudiera decirse así misma respetable estaba ahí. Unos para disfrutar de la fiesta, otros para curiosear y otros pocos porque en verdad se alegraban por el matrimonio.

Rubí no recordaba haberse sentido más feliz en su vida. Todo parecía sacado de un final de novela. El vestido, la fiesta, pero sobre todo Damián. Si antes le hubieran dicho que encontraría al amor de su vida en él, se hubiera reído en la cara del que lo mencionara, pero eso solo demostraba lo irónica que podía ser la vida.

Cuando abrieron la pista con el primer baile, Rubí empezó a creer que todo era un sueño que esperaba nunca se acabase. Al final, tenía mucho más de lo que esperó.

Damián, por su parte, no se sentía menos contento. Después de todo, sí se había casado con Rubí Loughy, solo que hubo un pequeño cambio en los motivos iniciales: ahora lo hacía porque sabía que ella era la mujer de su vida. Si alguno de sus amigos lo oyera, con toda probabilidad se echarían a reír. Otro calavera que cayó en las redes del amor. Pero qué hermoso era quedar atrapado en esas redes. Si muchos supieran lo que se siente, no se esmerarían tanto por evitarlo.

Damián tomó un sorbo de su copa incapaz de creer aún que semejante alegría y paz fueran posibles. Vio cómo su esposa hablaba felizmente con la marquesa de Lansdow y sonrió. Ya no tenía cura, Rubí lo había embrujado de por vida.

Estaría tan concentrado en ella, que no sintió cuando las conversaciones en el salón cesaron y luego se reavivaron con más fuerza aún.

—Así que te has casado —dijo una voz familiar a sus espaldas— vaya que es una sorpresa, pero no sé qué me ofende más, que hayas caído en las redes del matrimonio o que no me hayas invitado a la boda.

Damián no pudo evitar dar un respingo por la sorpresa, pero luego que pasó,

se volteó y sonrió.

—¿Qué te pasa, Aberdeen? ¿Acaso el matrimonio te ha hecho bajar la guardia? Ahora resulta que te sorprendes solo al oír mi voz —se burló el hombre.

—No sabía que habías regresado. Esto sí que es una sorpresa.

Adam sonrió.

—Debo suponer que es por eso que no recibí invitación. Menos mal, empezaba a sentirme ofendido.

Eso lo hizo pensar.

—¿Cómo has entrado?

Él se encogió de hombros quitándole importancia al asunto.

—Ya que tu lacayo se negó a dejarme pasar, tuve que entrar por la puerta de los criados.

—¿No estaba cerrada?

—Sí, pero eso no fue inconveniente.

Damián negó con la cabeza en gesto reprobatorio, pero en el fondo se divertía.

—Forzaste la cerradura —dedujo.

—¿De qué otra forma quería que entrara? No pensaba perderme la boda de un gran amigo.

—Ya te la has perdido.

—Pero no me he perdido el banquete.

Damián soltó una pequeña carcajada. Adam, duque de Rutland, jamás cambiaría. Miró a su amigo y se dio cuenta de que tampoco había cambiado físicamente. Seguía siendo el mismo hombre con esas facciones que habían hecho que la gente lo apodara “el Adonis de pelo negro”. Solo había desarrollado un poco más de músculo.

—¿Cuándo has regresado?

—Ayer, me alegra que la guerra haya acabado, pero es una lástima no tener trabajo.

—Tienes una finca bastante grande de la que ocuparte y otras propiedades.

Adam compuso una mueca.

—A un trabajo entretenido me refiero, nada mejor que buscar información sintiendo cómo el peligro asecha.

—Estás loco —declaró.

—Tal vez. Mejor dime ¿Cómo caíste en las redes del matrimonio? Eso de casarse parece estar en el ambiente como una plaga. Regresé para encontrarme con todos los famosos libertinos reformados. Me acabo de topar con Blaiford y me enteré de que se casó, y eso no era todo, sino que miraba a su esposa con la misma cara de estúpido que tú estás mirando a la tuya.

—¿Crees en el amor, Adam?

—Antes no, pero ahora que te estoy viendo la cara, lo pongo en duda.

—Bien, cuando lo encuentres tendrás tu respuesta.

—Entonces, creo que no me queda más que felicitarte; muy hermosa tu esposa.

—Tiene dos primas en edad casadera, si quieres te presento a la más aceptable.

Los ojos negros de Adam se abrieron en una expresión de horror.

—Hombre, vaya manera de demostrar que te alegra mi regreso, ofreciéndote a presentarme a una joven casadera. No me interesa así sea tan bella como tu mujer.

—Como quieras, veo que no tienes intención de reformarte.

—No, al menos, en unos cinco años. No importa si... —Adam no terminó de hablar, ya que sus ojos se había quedado fijos en la mujer de cabello caoba que estaba en la otra esquina del salón— ¿Quién es? —preguntó anonadado por la singular belleza.

Damián no pudo evitar soltar una carcajada antes de responder.

—Una de las primas de mi esposa.

Adam giró hacia él y lo miró en tono de reproche.

—¿Y vas a cometer la descortesía de no presentármela? ¿Dónde ha quedado tu educación, Damián?

Damián se guardó lo que pensaba al respecto y dijo.

—Créeme a esa no deseas conocerla.

—Soy bastante mayor para saber lo que deseo —respondió volviendo a posar la vista en la mujer.

—Está bien, pero lo dejo bajo tu responsabilidad. No te dejes engañar por ese rostro de ángel Adam, ella dista mucho de ser uno.

—Años de experiencia me han enseñado esa moraleja, querido amigo. Ahora, ¿me la presentas o me presentó yo?

Damián se puso serio de repente al ver que su interés era real.

—Adam, en verdad...

—Creo que ya lo entiendo —dijo él.

—¿Entender qué?

—Lo que dijiste sobre por qué se cae en las redes del matrimonio.

Damián empezó a preocuparse.

—No dirás lo mismo cuando la conozcas realmente.

Él sonrió.

—Yo creo que seguiré afirmando lo mismo. Ahora, preséntamela —ordenó.

Damián negó con la cabeza y se acercó con su amigo hacia el rincón donde Topacio se encontraba sola.

—¿Bebiendo, señorita Loughy? —preguntó burlón viendo la copa que la mujer tenía en la mano—. Creí que eso no estaba permitido a las damas solteras.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—A mí nadie me prohíbe nada, milord, una también puede disfrutar de una buena copa, siempre y cuando no se exceda, por supuesto —dijo sabiendo que el captaría el significado oculto.

Topacio miró entonces al hombre que lo acompañaba. Al principio lo examinó con fastidio, pero luego, como si recordara algo, abrió los ojos con indudable sorpresa, aunque la ocultó tan rápido que Damián pensó que se lo había imaginado. No le prestó atención ni a eso, ni a la sonrisa de Adam, ya que vio que Rubí salía al jardín y se apresuró a hacer las presentaciones.

—Adam, ella es la señorita. Topacio Loughy. Señorita. Topacio, él es su excelencia, el duque de Rutland —desapareció tras Rubí apenas terminó de decir

aquello.

Adam sonrió de forma pícaro a Topacio y tomó su mano para besarla.

—Señorita Topacio, qué gusto... volver a verla.

Topacio soltó un sonido poco femenino y miró al hombre con fastidio. Pensó que su mala suerte actual iba en aumento y es que, de todos los hombres en Inglaterra, tenía que volverse a topar con el entrometido de la noche anterior.

Damián encontró a Rubí paseando cerca de unos rosales y se acercó a ella.

—¿Ya te has aburrido de la boda? —preguntó burlón.

Ella le sonrió.

—Es tan increíble que todo parece un sueño. Si es así, deseo nunca despertar.

—Y yo deseo estar en él siempre.

—Te estás volviendo muy romántico últimamente.

—Lo que hace el amor. Además, creí que las mujeres adoraban a los hombres románticos.

—Yo solo te adoro a ti —respondió acercándose a él.

Damián pasó un brazo por sus hombros y la apretó contra su cuerpo.

—Y yo solamente viviré por ti.

Alzó su barbilla y le dio un suave beso en los labios, más un caricia que un verdadero beso.

—¿Será que podemos escabullirnos de la fiesta? Me gustaría comenzar la noche de bodas.

—Tenemos muchas noches por delante para expresarnos amor.

—No obstante, a mi me bastó una noche para saber que eras el amor de mi vida.

—Y a mí me bastó una noche para darme cuenta que, en realidad, nunca me caíste mal.

Damián soltó una carcajada y volvió a besarla; esta vez con más intensidad, con más pasión, pero no por ello con menos amor. Y es que, a veces, una noche es suficiente para enamorarse.

Agradecimientos

A Dios, por permitir que todo esto fuera posible.

A mi familia, por haberme apoyado cuando decidí dar a conocer mis obras y ayudarme en todo lo que estuvo a su alcance.

A la persona que me recomendó Wattpad porque, sin saberlo, provocó un cambio drástico en mi vida.

Por supuesto, a los lectores maravillosos que me encontré en esa plataforma de lectura Wattpad, que me brindaron su cariño sin conocerme y me hicieron creer en mi trabajo. Me alegraron día a día con sus comentarios y me alentaron para que me diera a conocer y para que siguiese escribiendo. Sin ellos, ni su apoyo, posiblemente no hubiera llegado a terminar esta serie a la que le tengo tanto cariño.

Si te ha gustado

Una noche con Rubí

te recomendamos comenzar a leer

El gran Zandovani y otros relatos

de Aldo Merlino

*El gran Zandovani
y otros relatos*

ALDO MERLINO



SELECCIÓN
Ficción contemporánea

El Gran Zandovani

Eran las once y cuarto de la mañana cuando Mario Culazo despertó. Siempre la misma escena: aunque todas las noches se proponía firmemente salir de la cama más temprano, nunca encontraba la fuerza de voluntad para hacerlo. Entre bostezos y corriendo las sábanas de mala gana, apoyó los pies en el piso frío y se levantó.

Aún adormilado, observó el reflejo de su rostro en el espejo del baño. Francamente lucía muy mal. La barba de tres días y unas ojeras producto de dormir más horas de lo normal le daban un aspecto cansino y viejo. Y aunque tenía treinta y cinco años, parecía bastante mayor. La calva pronunciada no colaboraba en absoluto; tampoco su abdomen, que resultaba en una curvatura extraña pues, aunque era delgado, la panza le sobresalía de modo notorio.

Se pasó la mano por la barbilla y decidió que esa mañana se rasuraría. Quizá verse mejor le levantaría un poco el ánimo.

Hacía casi tres semanas que no trabajaba, situación que era cada vez más frecuente. Para Mario, ser mago de profesión se había tornado en una cruzada realmente difícil. La competencia era mucha y la gente pedía trucos cada vez más complicados, seguramente influenciados por los megailusionistas internacionales de alto presupuesto, de los cuales él no podía estar más lejos.

Para un mago vernáculo de escasos recursos, la alternativa más frecuente para ganar algo de dinero eran las fiestas infantiles. Pero Mario odiaba a los que él consideraba adultos en miniatura, sin ningún control ni filtro. Aun así, y aunque detestaba ser un animador de cumpleaños o primeras comuniones, el trabajo era trabajo y había que soportarlo.

Como para sumar una dificultad más a la profesión, tanto él como sus colegas estaban padeciendo la aparición del reciente programa de televisión *El mago enmascarado*, en el cual un ilusionista vil, tras una máscara, se dedicaba a develar sistemáticamente todos los trucos de magia, desde los más inocentes

hasta los más complejos. El resultado no podía ser más desastroso, pues gracias a esa jugada televisiva ruin, todo el mundo se estaba enterando de cómo se adivinaba la carta que elegía alguien del público o de qué modo se engañaba a la audiencia para cortar a una mujer por la mitad, en la caja mágica. Una verdadera calamidad para un noble oficio. Aunque en realidad Mario había pensado más de una vez que cortar a alguien por la mitad no era algo intrínsecamente muy ilustre, y menos aún si se consideraba que la seccionada era siempre una mujer. Vaya uno saber por qué compleja e inconsciente tendencia a la violencia de género los magos se la habían tomado contra la anatomía femenina, cortándola, clavándole sables en una caja y algunas otras sutilezas de ese tipo.

Cada día, Mario intentaba convencerse a sí mismo de que su elección laboral era producto de una vocación irreductible, aunque no siempre tenía éxito en tal intento, pues el tipo de trabajos para el cual lo llamaban no era precisamente lo que imaginaba cuando comenzara a trabajar como mago, ocho años atrás. Había hecho un curso por internet que se titulaba Sea mago ahora, por el que tuvo que desembolsar un metálico que en ese momento equivalía a tres meses de alquiler. Pero en aquel entonces estaba muy entusiasmado y soñaba con ser como David Copperfield, o quizá una versión de mago menos teatral y más moderna y callejera, como el inglés David Blaine, que hacía levitación en plena calle, dejando histéricas y excitadas a las muchachas que se detenían en plena calle para verlo. ¡Ese sí que era un mago!

Pero en el curso por internet no le habían enseñado cómo levitar, ni actos tan espectaculares. Más bien había aprendido —no sin bastante dificultad— a hacer desaparecer una bola roja de las manos o a sacar una paloma de la galera. Ese tipo de trucos, infinitamente menos glamorosos que los de aquellos magos anglosajones.

El acto más sofisticado del repertorio de Mario era hacer desaparecer un conejo, lo cual ciertamente, era un truco bastante tonto. En concreto, el acto consistía en colocar al roedor en una jaula que parecía estar apoyada sobre una mesa, aunque en realidad se encontraba pegada a ella. Luego de cubrir el receptáculo con su capa y hacer unos ademanes misteriosos, el mago oprimía un botón oculto que liberaba la base de la mesa, dejando caer al conejo en otra jaula oculta debajo, la cual permanecía invisible para el público, pues quedaba

disimulada por una tela negra que cubría la superficie de la mesilla y la celda inferior. Y ese dispositivo primitivo era todo lo que se necesitaba para el truco. Pero lo difícil, precisamente, no era ejecutar mecánicamente el acto sino poner en juego todas las condiciones actorales que rodeaban al mismo; cualidades, de hecho, de las que Mario carecía por completo.

Pero tal ausencia de habilidades teatrales no mermaba la capacidad onírica del mago. A menudo, había fantaseado con vivir y trabajar en Las Vegas, la Meca de los ilusionistas. Y, por supuesto, esas fantasías estaban asociadas a la idea de poseer mucho dinero y varias ayudantes hermosas, que siguieran las instrucciones que él les diera. Pero lo cierto era que, por el momento, lo único que Mario Culazo tenía era un apartamento rentado en una zona horrible de la ciudad, un coche que se caía a pedazos y varias deudas.

Y como si aquella situación no bastara para generar un cuadro depresivo crónico, Mario debía llevar a cuentas su apellido. ¿A qué retorcido antepasado podría habersele ocurrido llamarse Culazo? Un verdadero desastre onomástico. Toda su vida se habían reído de él, y no era para menos. El consuelo que le quedaba era no llamarse Mario Culo. Eso, sin duda, hubiese resultado peor.

Dado el cuadro de burlas sistemáticas que provocaba su nombre de familia, Mario había tratado de darle un corte definitivo al asunto a sus veinticinco años, alentado por un amigo que sostenía haber modificado su apellido portugués original —Peneninho— por uno que a su juicio ya no afectaba su autoestima —Penenano—. Si bien Mario dudaba de la racionalidad de dicho cambio, decidió finalmente ir al registro civil e intentar modificar su apelativo, solicitándole a la autoridad de turno llamarse Cilazo, Celazo o Calazo. Cualquier cosa menos Culazo. Pero no hubo caso. Eran tan engorrosos los trámites que tenía que hacer y tantos los formularios que debía completar, que al final la burocracia pudo más y él se rindió. Le habían solicitado hasta el acta de nacimiento de su bisabuelo, Don Leopoldo Culazo. ¿De dónde iba a sacar los papeles del viejo? Imposible.

Por todo aquello, Mario no podía usar su nombre real para los *shows*. El solo imaginarse al presentador diciendo:

«Y ahora... con nosotros... el Gran Culazo... Un gran aplauso por favor»

Resultaba realmente inviable, por más respeto que uno guardara hacia sus

antepasados. Por esa razón, cuando tuvo que autobautizarse con un nombre artístico —algo imprescindible para acceder al universo de las contrataciones— decidió hacerse llamar el Gran Zandovani.

En realidad, no le había resultado nada fácil elegir el nombre. Lo primero que ensayó fue un apelativo inglés, al estilo *Paul, The Magician* o el Increíble Chesterfield. Pero viéndose al espejo con realismo, nadie podría pensar que un pelado panzón encajara bien con ese tipo de nombre. Por eso había optado por usar un seudónimo más bien italiano, que parecía cuajar mejor con su humanidad y su biotipo latino.

Casi terminaba de rasurarse cuando sonó su teléfono móvil. Un viernes a esa hora, quizá la suerte se hacía presente y se trataba de una llamada por trabajo.

—Hola —respondió, todavía con espuma de afeitar en la cara.

La voz del otro lado parecía dubitativa:

—¿Hola? ¿Hablo con el Gran Zandovani?

Sí... era por trabajo. Quizá podría salvar el fin de semana si lo contrataban.

—Sí, soy yo —respondió, tratando de que su voz sonara lo más grave y ceremonial posible.

Se hizo un breve silencio, y luego el interlocutor pareció decidirse:

—Le hablo porque necesito un mago para la fiesta de cumpleaños de mi hijo. Cumple nueve años.

«Maldita sea mi suerte... otra vez una fiesta de cumpleaños», pensó Mario. Un conjunto de mocosos enloquecidos, a los que era imposible satisfacer, por más trucos que uno hiciera. Pero no podía negarse, pues su estado financiero no se lo permitía.

Decidió jugar una carta ganadora, ubicándose en un rol escéptico, con miras a obtener el mayor rédito económico por entretener a la horda de pequeños tiranos:

—Disculpe —dijo con tono formal—, no hago *shows* para niños, pero por esta vez podría hacer una excepción.

El padre del cumpleaños pareció dudar unos segundos hasta que, sin más prolegómenos, descerrajó la pregunta más importante, aquella que el mago detestaba escuchar:

—Y dígame, Zandovani, ¿cuánto cobra usted?

Esos eran los segundos cruciales. Allí se definiría si con ese *show* podría pagar algo del alquiler atrasado, o solo hacer una pequeña compra en el supermercado. Sin duda, era menester usar toda la astucia para obtener el mejor precio.

El silencio pareció eterno, hasta que Mario se decidió. Iría por lo grande, para luego bajar, de acuerdo con lo que su contraparte estuviese dispuesta a erogar por los servicios de un mago local.

—El *show* completo dura una hora y cuesta ciento cincuenta euros. Pago en efectivo.

El potencial contratante no contestó de inmediato. Mario supo que se aproximaba el regateo. Esto, seguramente, no le sucedía a David Blaine.

—Mmm... me parece un poco caro, Zandovani. Acabo de hablar con el mago Zoroastro y él me cobra ochenta euros por una hora y me asegura que va a hacer desaparecer a una persona en el *show*. Mi esposa dice que va a ser la voluntaria.

El mago Zoroastro... el eterno competidor de Mario. Siempre estaba al salto por un *show*, igual que él. ¿Cómo podría haber obtenido el padre el teléfono de los dos magos? Generalmente, quien recomendaba a Zandovani no lo hacía con Zoroastro.

Mario pensaba a toda velocidad. Tenía que tomar una decisión. ¿Habría hablado el otro realmente con Zoroastro? ¿Cobraría este ochenta euros? ¿Y cómo competir con el truco de la desaparición? Mario sospechaba que el hecho de hacer evanescente a su mujer era un servicio diferencial que el padre quería contratar a toda costa, seguramente anhelando que el mago fallara en su intento de hacerla aparecer nuevamente.

Pero ya... tenía que contestar de inmediato, o el *show* se le escaparía de las manos. Respondió del modo más solemne que pudo, para no sonar desesperado:

—Mire... ¿señor?... —hizo una pausa forzada para averiguar el nombre de su interlocutor, dado que alguna vez había leído que en el proceso de negociación era mejor llamar al otro por el nombre de pila.

—González —respondió el padre—. Rodolfo González.

—Mire, Rodolfo, no sé cuánto es lo que cobra el mago Zoroastro, pero

bueno... le puedo hacer, solo por esta vez, un precio preferencial. Le cobro cincuenta y cinco euros por todo el *show*. Menos no puedo, porque el sindicato de magos me va sancionar.

Lo del sindicato no era cierto, pero Mario se había jugado esa última carta para que el otro no le pidiera más rebajas.

Se hizo un silencio en el que se podía escuchar la respiración del contratante a través del tubo del teléfono. De pronto el padre respondió:

—¿Va a hacer desaparecer a mi mujer?

Mario se vio tentado a decirle que él no hacía milagros, pero optó por inventar una excusa dado que, en realidad, él nunca había aprendido a hacer desaparecer personas.

—No, señor González. En los *shows* para niños yo no hago desapariciones, porque las criaturas se impresionan, y no me parece adecuado.

El padre titubeó y Mario temió lo peor, pues pensó que otro trabajo se le escurriría entre los dedos. Pero finalmente el hombre respondió:

—Está bien —sentenció—. Cincuenta y cinco euros. Pero espero que el espectáculo valga la pena, porque es bastante caro.

«¿Bastante caro?» pensó Mario. ¿Cómo podían existir padres tan avaros? Pero bueno, por lo menos el negocio estaba concretado.

—Venga el sábado, a las cinco de la tarde —indicó—. Calle Esperanza, número 2356.

—Allí estaré —afirmó Mario, con tono asertivo.

El sábado a las tres de la tarde el mago estaba listo para salir a brindar su *show*. Como siempre lo hacía, revisó metódicamente el equipo para el evento: la varita mágica, el mazo de naipes, la bola roja para hacer desaparecer de las manos y, lo más complicado, el truco del conejo. Había que revisar la mesa con la jaula oculta, cerciorándose de que esta estuviese bien asegurada. Aunque el resignado animal casi ni se movía durante el acto, igualmente era importante que todo fuese controlado con meticulosidad.

A veces Ricardo le daba pena. Sí... el conejo se llamaba Ricardo. Tenía cinco años y en su juventud había sido blanco como la nieve. Hoy, su pelaje había virado hacia un color más bien amarronado, que parecía sucio.

El conejo vivía en el apartamento, suelto. Y no molestaba a nadie. Apenas comía un poco de lechuga que Mario le daba todas las tardes. El infeliz roedor había intentado fugarse tres veces, rasguñando la puerta de salida para hacer un hueco y huir. Y nadie podía culparlo, pues resultaba obvio que Ricardo debía estar realmente harto de que lo tomaran de las orejas para ponerlo en la jaula de arriba y luego, tras apretar el botón oculto, ir a parar de un golpe a la jaula de abajo. Un verdadero espanto para el pobre animal. Pero ese truco era el mejor que el Gran Zandovani tenía en su repertorio, y de ningún modo podía prescindir de él.

Ya era la hora. Se miró al espejo por última vez, para evaluar su atuendo. Estaba vestido con el clásico esmoquin negro y la galera, algo no muy adecuado para un sábado a la tarde, con treinta y dos grados de temperatura bajo la sombra. Pero en el curso por internet había aprendido que el traje era parte central del espectáculo, y él no era quién para poner eso en duda.

Faltaba el último toque: la capa. Sí...ese era su sello. Toda negra, de raso, con un cuello forrado en rojo en la parte interna. Y aunque al mago le parecía una pieza de tela exquisita, no había faltado quien se la criticara. Un amigo le había dicho una vez:

—Mario, con esa capa pareces un gilipollas... un Drácula del tercer mundo.

Pero a Mario le parecía que el reluciente manto le daba un toque misterioso, y no estaba dispuesto a dejar de usarlo.

Ataviado con capa y todo, comenzó a cargar los elementos para el *show* en el maletero del coche. Y ese era otro problema, no menor: el vehículo. Un Seat Panda 35, motor 843 cc, modelo 1980. En su momento había sido de color amarillo, pero en el presente tenía varias partes arregladas con pasta para abolladuras y otras directamente oxidadas, carcomidas por los años de descuido. Le faltaba una luz delantera y las dos traseras. Realmente era un peligro andar de noche en ese vehículo. Pero, por el momento, ese era el medio de transporte del Gran Zandovani.

En el maletero no entraba todo el equipo para el *show*, de modo que debía dejarlo semi abierto y sujetar la tapa con una soga que iba atada al tubo de escape. Nada muy glamoroso, por lo cual Mario prefería aparcar el coche

siempre a una cuadra del lugar del *show* y llevar caminando los elementos para el espectáculo. Era más engorroso, pero menos vergonzante que estacionar al frente de la casa del cliente con semejante Zandovani-móvil.

El Seat tosió con ganas, hasta que finalmente arrancó. Tras unos cuarenta y cinco minutos, Mario llegó a la calle Esperanza, casi al número indicado. Como siempre, dejó el coche aparcado una cuadra antes y se dispuso a bajar todo el equipo. Lo más pesado era la mesa del conejo. Luego de quince minutos, ya estaban todos los elementos al frente del hogar del agasajado.

La casa era casi un palacete, con unos jardines amplios en el frente, cubiertos de flores multicolores. Aunque un lamentable mal gusto se hacía presente a través de unos diez enanos de jardín dispuestos por todo el predio. Estaban pintados de colores estridentes y se encontraban en diferentes posiciones: uno tocando un acordeón, otro un arpa y los restantes en actitudes difíciles de dilucidar. La verdad es que resultaban algo intimidantes.

Mario oprimió el botón del timbre y de inmediato un pequeño perro caniche miniatura, de color blanco, corrió desaforado hasta la puerta de rejas de la entrada. El animal ladraba desesperadamente, con un tono tan chillón como irritante. A Mario no le gustaban los perros, y menos los que gritaban como locos ante el menor ruido.

El caniche seguía ladrando cuando el señor Rodolfo González apareció en el jardín. El hombre avanzó unos pasos y se detuvo de golpe detrás de la reja. Parecía confundido al ver al sujeto vestido con esmoquin y galera, rematados con la capa negra de cuello rojo. Aun así, preguntó dubitativo:

—¿Señor Zandovani?

—El Gran Zandovani —corrigió Mario.

El hombre abrió la reja, haciendo un gesto con la mano, para que el mago entrara.

—Adelante...pase. Los niños están en el patio.

Mario tomó con las dos manos la mesa para el acto del conejo. Se trataba de una maniobra bastante compleja, dado que el mueble medía un metro y medio de alto por un metro de ancho, y tenía el mantel negro que cubría la jaula pegada al reverso de la mesa. Y dicha jaula debía permanecer fuera de la vista del público,

para no descubrir el truco. Pero, por otra parte, estaba la segunda celda pequeña; la que era visible para la audiencia. En este caso, era menester que los asistentes al *show* no notaran que esta segunda celda estaba adherida a la mesa, pues si tal cosa se descubría, iba a resultar notorio que toda la estructura era falsa, y que había un piso corredizo que dejaba caer al conejo de la jaula de arriba a la de abajo.

Aparte de cargar la mesa, Mario se colgó al hombro un bolso enorme, donde guardaba los demás adminículos para el *show*. Pero quedaba en el suelo la caja donde traía al conejo.

El señor González, al ver que el Gran Zandovani se tambaleaba cargando la mesa y el bolso, atinó a intervenir:

—¿Puedo ayudarle?

El mago sopesó la idea. No le parecía muy profesional que el cliente ayudara al ilusionista a cargar los bártulos del espectáculo, pero a esa altura ya estaba sudando como un caballo y la perspectiva era complicada.

—Sí, por favor, tome usted la caja. Cuidado que adentro está Ricardo.

—¿Ricardo?

—Sí, mi conejo... Ricardo.

El hombre parecía confundido. De todos modos, tomó la caja y le hizo al mago una seña con la cabeza, como para que ingresara a la casa.

Mario, bolso al hombro y jaula en mano, se dispuso a avanzar. Pero el caniche —que había ladrado en todo momento, sin detenerse ni un segundo— lo miraba amenazante.

Al Gran Zandovani le pareció prudente consultar antes de entrar:

—¿Muerde?

El señor González respondió con una sonrisa tranquilizadora:

—No, en absoluto. No se preocupe, perro que ladra no muerde.

Mario avanzó, trastabillando por la carga. No alcanzó a trasponer la puerta y el caniche le dio la vuelta y arremetió desde atrás contra su tobillo derecho, clavándole los dientes con toda la fuerza que tenía.

—¡Aayyyy! —El grito de Mario sonó agudo, casi femenino.

El señor González soltó la caja con Ricardo adentro, al tiempo que gritaba:

—¡Quieto Tulipán! No muerda... suelte... chu... chu. ¡Fuera!

El perro soltó a Mario de inmediato y emprendió la huida lloriqueando, temeroso de la reprimenda de su dueño.

Mario estaba indignado:

—¿Pero no me dijo que no muerde?

El otro parecía sorprendido, deshaciéndose en disculpas.

—Perdón, por favor, le juro que es la primera vez. No sé qué le pasa. Quizá ha sido por la capa.

Mario decidió que era mejor olvidar el episodio. La tarde no había empezado de la mejor manera.

—Está bien... no hay problema. —Y sin decir más, reanudó la carga de los utensilios, ahora rengueando del pie derecho, pues la mordida no había resultado profunda pero sí molesta.

Finalmente, ambos llegaron a un patio pequeño que conectaba con otro más grande, en el cual se encontraban los niños.

El padre indicó:

—Aquí puede armar todo para el espectáculo. Cuando esté listo me avisa y hacemos pasar a los pequeños, que están en el patio de al lado.

Mario estimó que era prudente hablar sobre los aspectos administrativos.

—Disculpe, señor González, si le parece bien quisiera arreglar el asunto económico.

—¿Ahora? —preguntó el otro.

—Sí, usualmente el pago es por adelantado. Así que si usted puede...

La pregunta tan temida no se hizo esperar:

—¿Tiene recibo? Necesitaría un comprobante de pago.

Ese siempre era un problema. Mario era trabajador autónomo, y cuantos más recibos emitiera, más tenía que declarar al fisco y peor era para él. Pero El Gran Zandovani no podía negarle un comprobante de pago a su cliente, pues su imagen profesional se vería afectada.

—Sí —respondió—. Se lo emito ahora mismo.

El padre sacó el dinero del bolsillo y la transacción fue cerrada.

El hombre se llevó el recibo y Mario quedó solo, organizando los elementos para el *show*.

Desde atrás de la reja de madera que separaba los dos patios, Tulipán, el caniche furibundo, asomó la cabeza y miró a Mario con los ojos inyectados en sangre, mientras gruñía. Parecía advertirle que en cuanto pudiera, lo mordería de nuevo... y por detrás.

En unos quince minutos ya estaba todo listo. Mario se secó un poco el sudor con un pañuelo y se dispuso a comenzar el *show*. Eran las cinco y media de la tarde; el sol partía el macadán y la capa negra parecía absorber todos los rayos de Febo directo hacia la humanidad del mago.

El padre llamó a todos los niños que, entre gritos y codazos, como una avalancha humanoide, se precipitaron al patio donde se hallaba El Gran Zandovani. Habría unos veinte chiquillos, enloquecidos por todo el azúcar y la cafeína del refresco de cola que habían consumido. Parecían incontenibles.

Como quien no quiere la cosa, el caniche se filtró entre la manada de mocosos.

El zoológico de infantes realmente infundía miedo. Se destacaban en el grupo dos mellizos pelirrojos, que reían histéricamente al unísono. Estaban ataviados con sendas bermudas rojas y camisetas con la cara de Homer Simpson. Al lado de uno de ellos, un pequeño moreno, de pelo ensortijado masticaba con la boca abierta un puñado de palomitas. Tenía en una de las manos un vaso gigante de refresco y en la otra la bolsa de papel que contenía el maíz inflado.

Mario prefirió no seguir escudriñando a su público, porque cuanto más los individualizaba, más temor sentía.

A duras penas, el padre hizo sentar a los invitados en semicírculo, alrededor del improvisado escenario. Luego tomó de la mano a uno de los niños y lo condujo hasta Mario. Se trataba de una criatura bastante obesa, con un flequillo que casi le tapaba los ojos y con el rostro cubierto de restos de refresco y vaya a saber qué otra cosa. Sus ojos negros brillaban de malicia, causando la impresión de que se los había prestado el mismísimo Satanás, para usarlos en aquella ocasión. Llevaba puesto un disfraz del Hombre Araña, que lucía ridículo en él,

pues no llegaba a taparle la barriga, que sobresalía entre el pantalón y la camiseta con la telaraña estampada en el pecho.

El padre lo presentó orgulloso:

—Este es mi hijo, Carlitos. Carlitos, saluda al señor Mago. Se llama el Gran Zandovani.

La criatura lo miró y dijo, despectivamente.

—¿El Gran Zampete?

Mario intervino, en un esfuerzo por parecer un mago amante de los niños, cosa que no podía estar más lejos de la realidad.

—No, chaval... El Gran Zandovani.

El chico se soltó de la mano del padre y salió corriendo, mientras gritaba:

—¡El Gran Zampete!

El padre lo reprendió:

—¡Carlitos! ¡Ven aquí!

Mario intentó conciliar, dado que el *show* ya estaba en marcha y había que proseguir:

—Déjelo, señor González, los niños son así... espontáneos.

En realidad, el mocoso le había parecido a Mario un escupitajo del infierno. Pero era mejor lucir comprensivo ante el contratante.

Finalmente, el padre se dispuso a presentar al mago a la horda de infantes y elevando bastante el tono de voz, se hizo oír entre los chillidos de los niños.

—Atención, atención... todos. Quiero presentarles al extraordinario mago que hoy nos trae su asombroso espectáculo.

El pobre hombre no había terminado de proferir todos los calificativos grandilocuentes que se le ocurrían para agrandar el *show*, cuando el primer abucheo se desprendió de la audiencia infantil.

—¡Buuuuuhhhhh! ¡Buuuhhhh!

«Dios mío», pensó Mario. La cosa ya había comenzado mal. Los chiquillos eran incontrolables.

—Calma, niños, calma —intervino el padre, en un intento por contener a la muchedumbre embravecida. Y sin más, prosiguió con la introducción:

—Con ustedes... ¡el Gran Zandovani! —Y haciendo un pomposo ademán, señaló a Mario, y se movió del escenario para dejar listo el comienzo el *show*.

Ni uno solo de los mocosos aplaudió o emitió sonido alguno que indicara un ápice de alegría. Más bien parecían escrutar al mago hasta el último detalle, dispuestos a no perdonarle el más mínimo paso en falso, que por otra parte parecían esperar ansiosos.

Mario decidió que trataría de involucrar a la audiencia en el *show*. Si lo conseguía, tendría éxito y pronto terminaría aquella tortura.

Entonces, haciendo un paso hacia adelante y tomando la capa con la mano derecha, la hizo flamear en un movimiento exagerado y formuló la pregunta de rigor:

—¿Están listos para el *show*?

Lo único que obtuvo como respuesta fue un silencio espantoso. Realmente, el Gran Zandovani no recordaba haber tenido un comienzo de espectáculo tan malo en sus ocho años de carrera.

Para colmo de males, el señor González, seguramente harto ya de aquellos demonios, emprendió la retirada hacia la cocina, a beber algo fresco... y que el mago se hiciera cargo.

Cuando el padre se estaba retirando, Mario pudo ver que el recibo que le había dado y que el hombre había puesto en su bolsillo trasero, cayó al suelo, cerca de uno de los revoltosos asistentes al *show*. De inmediato, un sudor frío le corrió por la espalda. El recibo decía en su encabezado:

El Gran Zandovani Espectáculos de Magia

Una empresa de Mario Culazo

Tristemente, Mario estaba obligado a poner el nombre real en el comprobante de pago, más allá de su seudónimo artístico. Y si ese papel caía en manos de alguno de aquellos chicuelos, todo se iría al mismísimo demonio.

El mago quedó paralizado por unos segundos, sin saber si comenzar el *show* o intentar rescatar el recibo del piso. Cuando decidió lo segundo, el caniche se levantó de donde estaba y, como si lo hubiese calculado milimétricamente, fue a acostarse unos metros más allá, justo encima del papel.

Ahora sí que resultaba imposible intentar rescatar el recibo. Aquel monstruo

peludo no dudaría un segundo en morder a Mario nuevamente; y eso sí que les daría un motivo a los asistentes para deshacerse en risas y burlas.

«Bueno, basta», pensó. Había que hacer el *show* y terminar con aquello de una vez.

El primer acto fue la bola roja que desaparece de la mano. El Gran Zandovani tomó la esfera en cuestión, realizó unos ademanes y la hizo desaparecer en la manga, mostrando las manos vacías, al tiempo que sonreía lo más ampliamente que su ánimo en desgracia le permitía.

Lo único que se escuchó fue el sonido de las criaturas comiendo palomitas y sorbiendo refresco de un modo tan sonoro que resultaba exasperante.

La demanda no se hizo esperar:

—¡Eh, tú, mago, haz un truco más difícil! —gritó uno de los demonios.

Sin duda, el ambiente se iba caldeando a pasos acelerados. Cualquier artista amateur podía pronosticar un final terrible si el clima de la fiesta no se revertía rápidamente.

Mario tomó la varita, se sacó la galera, y tras un par de toques mágicos comenzó a extraer un pañuelo blanco, que parecía interminable. Cuando iba sacando ya el tercer metro de tela, la debacle comenzó a concretarse. Un vaso de refresco de naranja, proveniente de la improvisada tribuna, impactó en su cabeza, volcando el líquido pegajoso sobre su esmoquin negro.

Mario quedó paralizado, como una estatua chorreante, dado que esperaba cualquier cosa menos que algún mocoso le arrojara un vaso lleno desde el auditorio.

La horda de infantes rompió en carcajadas hirientes. Hasta el caniche parecía reír. Mario, aún inmóvil, no supo qué hacer. El primer impulso que tuvo fue preguntar quién había sido el autor de la tropelía, para darle una reprimenda ejemplar. Pero aquello iría absolutamente en contra del éxito del *show*. Por ello, y muy a su pesar, decidió proseguir con el espectáculo; pero esa disposición no pudo evitar que una intensa sensación de cólera comenzara a subirle, desde el vientre hasta la cabeza. En ese estado de ira creciente, trató de controlar a los salvajes:

—Niños, por favor, quédense quietos que ahora viene lo mejor.

Pero no había terminado de soltar la frase, cuando divisó que el caniche se levantaba de su sitio, lo cual llamó la atención de uno de los niños; un engendro de cabello revuelto que parecía Atila en miniatura. Los ojos del pequeño bárbaro saltaron del caniche al recibo que estaba en el piso. Y lo inevitable sucedió: el mocoso tomó el papel y lo leyó.

Ahora sí que todo estaba perdido. Si ese comprobante circulaba entre la audiencia, el evento se iría al diablo en menos de dos minutos.

Los agitados asistentes todavía reían por el vaso arrojado, cuando Mario decidió ir por su mejor truco. Y tratando de distraer al auditorio, anunció en voz alta:

—Y ahora, mi querido público... haré desaparecer al conejo Ricardo.

Y sin mediar más palabras, se inclinó sobre la caja de cartón que contenía a Ricardo y la abrió, tomando al resignado animal de las orejas y metiéndolo en la celda sobre la mesa, cuya parte de abajo —la jaula oculta— estaba cubierta con el mantel negro.

Pero mientras realizaba esa maniobra, pudo ver que el pequeño Atila ya estaba riéndose de modo endemoniado, mientras le pasaba el recibo a su compañera de al lado, una chiquilla pecosa y despeinada, con una mirada que haría atemorizar a una institutriz inglesa del siglo diecinueve. La chiquilla leyó el papel y rompió en una carcajada sonora, mientras se lo pasaba al cumpleañosero, que a esta altura ya tenía todo el rostro pegoteado con refresco azucarado.

Mario se apresuró a distraer la atención de los asistentes:

—Niños... atención aquí —Y pronunciando las ridículas palabras, propias de todo mago de salón, exclamó—: Habra Khadabra...— al tiempo que cubría la jaula con una manta negra y oprimía el botón oculto, haciendo pasar al conejo, sin más trámites, al receptáculo oculto bajo la mesa.

Pero ya era tarde. Del auditorio comenzaron a surgir risotadas crueles, y la primera burla espantosa no se hizo esperar. Fue el agasajado del cumpleaños el que comenzó:

—¡Un aplauso para el mago Culazo! —Y todos rieron al unísono.

Fue esa frase, precisamente esa, la que retumbó como un martillazo en su

cabeza. Años de padecimiento por las burlas en su infancia parecían volver, con la misma intensidad emocional con que lo habían afectado en aquel momento. De pronto, era de nuevo el pequeño Mario Culazo, el niño indefenso del que todos se reían, por causa de un apellido que ni siquiera había elegido.

Sin poder evitarlo, comenzó a sentir la cabeza caliente y unas intensas náuseas. Ya había hecho el mejor truco, pero aquellos demonios no parecían estar interesados en otra cosa más que en su nombre real. Todavía parado en el mismo lugar, el mago sentía en el cuerpo el malestar y la ira que crecían incontrolables, como un incendio que se extiende voraz. Y sin pausa, cual una catarata, los gritos de la tribuna comenzaron a llegar:

—¡Mago Culo!

—¡El gran Culazo!

Ahora los improperios y las carcajadas invadían todo el lugar. Los asistentes comenzaron a arrojar sus vasos y las palomitas a Mario, que trataba de cubrirse, mientras comenzaba a ver todo rojo y sentía cómo la razón se escapaba irremediabilmente de su mente.

—¡Mago Culazo!

—¡El gran tontazo!

Hasta que el último vaso impactó en la frente del mago, llenándolo de brebaje sabor lima limón.

Entonces, lo inevitable sucedió. Allí mismo, los años de escarnio, las miserias de toda su vida, el regateo de los contratantes, las deudas de alquiler... afloraron a borbotones. Y, absolutamente poseído por la ira, el mago estalló en un solo grito:

—¡Baaassstaaaa!

Y al mismo tiempo, en un movimiento brutal, el Gran Zandovani tomó la mesa del truco del conejo, la levantó sobre sus hombros y la arrojó hacia la audiencia, al tiempo que vociferaba, ya sin autocontrol alguno:

—¡Los voy a mataaarrrrr!

Luego, con los ojos desorbitados y las manos levantadas, comenzó a correr hacia los chiquillos, que habían cambiado sus risas por rostros de horror, cuando vieron que el mago — con capa y galera— se les abalanzaba encima aullando

como un demente.

El griterío se tornó infernal. Los mocosos huían en todas direcciones mientras Mario, alienado, perseguía a uno y a otro sin poder dar caza a ninguno, mientras sentenciaba, con una voz que no era la de él:

—¡Vengan, mierdas, el Gran Culazo los va a destrozaaaaarr!

En un costado del patio, la mesa que contenía al conejo Ricardo se había hecho pedazos, dejando abierta la jaula, con el roedor aún dentro de ella. Por unos instantes, el animal pareció titubear, dudando sobre si salir a aquel pandemónium o quedarse en la seguridad conocida de su encierro. Finalmente, el conejo optó por abandonar su celda. Pero, cuando apenas había dado unos pasos hacia su libertad, el caniche, enfurecido por todo el escándalo que se desarrollaba en el patio, arremetió ladrando contra él. Ricardo comenzó a correr, uniéndose al escándalo general. Y entonces, no solo El Gran Zandovani perseguía a los infantes por todo el lugar, sino que el pequeño y crispado canino hacía lo propio con el conejo. Pero en un instante, como si la ira de su dueño se hubiese apropiado de Ricardo, el animal detuvo su carrera de manera abrupta y se volvió hacia su perseguidor. El caniche Tulipán también frenó la corrida, confundido porque su presa dejaba de comportarse como tal. Por un momento, perro y conejo se miraron desafiantes, como si estuviesen midiendo sus fuerzas. Y Ricardo, harto de una vida de obediencia, de una lechuga miserable y de ir de la casa a la jaula y de la jaula a la casa, volcó todo su resentimiento sobre su contrincante. Así, tras pararse en dos patas y calcular que él y el pequeño can tenían más o menos el mismo peso y tamaño, arremetió contra el perro, emitiendo unos raros gruñidos.

Tulipán, ni lerdo ni perezoso, emprendió la huida, lloriqueando a viva voz.

A esa altura, entre gritos y ruidos de objetos arrojados y destruidos, el Gran Zandovani había conseguido tomar del cuello al cumpleañosero. Lo mantenía sujeto con ambas manos, ahorcándolo con toda la fuerza que podía. Los pies del pequeño obeso colgaban en el aire, mientras balbuceaba:

—Mmmmgggghhcccccc

Fuera de sí, Mario proseguía sacudiendo al infante, al tiempo que gritaba:

—¿Qué dices, infeliz?

El otro seguía tratando de hablar:

—Mmmmgggghhccccc

El mago aflojó las manos, de modo que el pequeño demonio cayó al piso, mirándolo con rencor y tomándose el cuello dolorido. Desde el suelo, pudo decirle lo que el ahogo no le permitía:

—¡Mago culo!

Mario enloqueció:

—¡Aaahhhh... te voy a mataaaarrrrr!

Pero cuando se disponía tomar de nuevo al crío por el pescuezo, dos agentes de la policía se abalanzaron sobre él, inmovilizándolo. El dueño de casa, desesperado, había llamado a al brazo armado de la ley, informando que un mago se había vuelto loco en su patio. Y un sábado por la tarde, los uniformados no tenían mucho para hacer, de modo que no tardaron casi nada en llegar a la casa del señor González, para reprimir al ilusionista maníaco.

Ya todo estaba perdido. En pocos minutos, El Gran Zandovani estaba esposado y era conducido al coche patrulla. Ridículamente, la galera no se había movido de su cabeza durante aquel desastre, de modo que el mago seguía ataviado con el absurdo sombrero y con la capa negra, de cuello rojo carmesí.

Ya dentro del coche patrulla y camino a la jefatura, uno de los agentes, con el carné de identidad de Mario en la mano, le dijo a su compañero:

—Hombre... ¿Sabes tú cómo se llama este tío? Pues Mario Culazo.

El otro agente respondió, con tono casi comprensivo:

—Vale, con ese nombre... cómo no se va a deschavetar.